

MAURICE DOMMANGET

HISTORIA DEL

1^o

DE MAYO



Maurice Dommanget, historiador de los movimientos sociales en Francia, es autor de más de cuarenta libros.

Profundo conocedor del movimiento obrero, contó con la colaboración de notables historiadores para elaborar esta nueva síntesis de historia de las luchas populares.

HISTORIA DEL PRIMERO DE MAYO, una de las obras más importantes de Dommanget, permite seguir el proceso de las luchas generadas por la aparición de la clase obrera y la progresiva toma de conciencia de sus derechos de clase.

El asesinato de los mártires de Chicago, a consecuencia de los hechos de mayo de 1886, dio lugar a una fecha de lucha programática para toda la clase obrera: «a partir de ahora ningún obrero debe trabajar más de 8 horas por día: 8 horas de trabajo, 8 horas de reposo, 8 horas de educación.»



MAURICE DOMMANGET
HISTORIA DEL

1
o

DE MAYO



Maurice Dommanget

HISTORIA DEL PRIMERO DE MAYO

Société Universitaire d'Éditions et de Librairie, 1953

Título original: Histoire du Premier Mai

Traducción: Marta Guastavino

Cubierta original: Enric Satué

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Introducción

I. Las ocho horas, desde sus orígenes lejanos a la Comuna

II. Nacimiento del 1º de Mayo en América

III. La manifestación francesa del 10 al 24 de febrero de 1883

IV. El 1º de Mayo en el Congreso Socialista Internacional de 1889

V. El 1º de Mayo de 1890

VI. El 1º de Mayo de 1891

VII. El 1º de Mayo de 1892

VIII. El 1º de Mayo de 1893

IX. Diez años deslucidos: de 1894 a 1904

X. El despertar francés de 1905–1906

XI. Nuevos años deslucidos: de 1907 a 1914

XII. Los primeros de mayo de la guerra

XIII. De 1919 a 1933

XIV. De 1934 a 1939

XV. Años negros – Resurrección

XVI. La Fiesta del Trabajo

XVII. Aspectos, pasado y porvenir del 1º de Mayo

Acerca del autor

INTRODUCCIÓN

En 1940, Emile Buré escribía en «L'Ordre» que la historia del Primero de Mayo esperaba su historiador. Amédée Dunois replicaba: «Es verdad. Yo no he elaborado de esta historia más que un esbozo en treinta páginas, y que un día habré de completar.»

Por desgracia, Dunois murió deportado y no pudo cumplir su designio. Pero yo mismo, al dar cuenta de su folleto, «tan neto, tan documentado, tan bien llevado», había escrito en 1934:

«Lo que el 1º de Mayo exigiría es un libro, un libro que apasionaría y reservaría muchas sorpresas. Existe uno en lengua alemana... Sin embargo, este libro documentado no es satisfactorio; Dunois, tomándose tiempo para tratar el tema a fondo, haría un importante servicio a la historia proletaria.»

Las circunstancias no permitieron que Dunois respondiera a este deseo. Pero, por una de esas ironías de la suerte, estoy ahora en condiciones de ofrecer esta Historia que, según Bracke, «merecería ser escrita detalladamente por un investigador» y ser objeto «un día u otro de una tesis de doctorado».

En verdad, como decía más arriba, y como Bracke por lo demás señala, en 1925 apareció una Historia del 1° de Mayo. Tiene por autor a Frédéric Giovanoli.

Pero aparte que, desde hace diecisiete años, los anales del 1° de Mayo han sido tan considerablemente enriquecidos por la historia que se impone un complemento y una actualización, hay que decir que la obra de Giovanoli, por estimable que sea, está lejos de ser exhaustiva. No trata suficientemente de los antecedentes y orígenes del 1° de Mayo; no destaca las cabezas sobresalientes; no sigue el camino reproduciendo con toda la fidelidad posible todas sus etapas; estudia en especial el fenómeno en Alemania y en Francia desde el ángulo del sindicalismo revolucionario; descuida demasiado América y olvida los países escandinavos y balcánicos; no recoge bastante las controversias suscitadas en el interior del mundo obrero por la jornada del Trabajo.

La presente obra, que pretende a la vez llenar estas lagunas y corregir cierto número de errores, no es superfinia como el libro de Giovanoli, del que, por lo demás no existe traducción francesa. Por otra parte, su composición no es la misma. Está concebida de una manera completamente distinta, en un plano diferente, hasta tal punto, que a veces no se creería que el tema tratado sea el mismo.

Me propuse escribir como si se tratara de una vida la biografía de esta «persona» que es el 1° de Mayo. Y ya que está íntimamente ligada a los «tres ochos», a la huelga general, al internacionalismo proletario y a la fiesta del Trabajo, no convenía extraviarse, teniendo cada una de estas nociones su

historia particular, que precede a veces muy de lejos a la historia del 1º de Mayo propiamente dicho. O, más bien, había que hablar de ellas solamente en la medida en que el tema lo exigía. Por otra parte, estableciendo la filiación había que delimitar bien el 1º de Mayo de incubación inmediata, el 1º de Mayo nacional americano, y el 1º de Mayo internacional, el verdadero 1º de Mayo, cuyo nacimiento real data del 21 de julio de 1839. Por fin, había que discernir y separar de entre la diversidad de acontecimientos y peripecias, e incluso de latitudes, el sentido profundo de la dirección del conjunto.

El 1º de Mayo viene del fondo de nuestra época. Pero, como todos los grandes fenómenos y movimientos sociales que emergen en la historia, estuvo precedido por utopías y fenómenos más modestos que lo anunciaron. Se los encontrará aquí reproducidos. No hacen más que confirmar con fuerza su origen colectivo al salvar del olvido algunas tentativas y unos cuantos nombres.

A partir del momento en que el 1º de Mayo conmueve a los trabajadores con tanta resonancia y comienza a tomar vuelo, es más fácil proyectar como sobre una pantalla sus sorprendentes peripecias y poner de relieve sus momentos claves y sus grandes protagonistas a la luz de la información clásica. A este respecto la prensa, los debates de las asambleas, las actas de congresos, los folletos, las proclamas y opúsculos, las correspondencias de militantes y también los estudios fragmentarios aparecidos en algunos países, son de gran interés. Estos materiales fueron utilizados con la prudencia y el escrúpulo que imponen la evocación de un partidario, sea de uno o de otro lado. Sólo se retuvieron los datos que se han revelado más auténticos

después de minuciosos y reiterados recortes y de lo que yo llamo «el paso por el laminador». Fueron reproducidos, lo más posible, preciosos extractos que, al correr de las páginas, colorean los aspectos de una historia palpitante, (se apoyan sucesivamente en referencias que dispensan de componer una bibliografía final). Y para dar verdaderamente su sentido a estos textos, el autor se ha ocupado de incluirlos cuidadosamente en el movimiento del que surgen.

No obstante, no hay que disimular la imperfección del cuadro. Lo mismo que para la Historia de la Bandera Roja –esa otra faz del díptico proletario–, la perspectiva es inmensa y los rincones de sombra múltiples. No olvidemos que estamos en una escala internacional. Para comprobar, para elaborar los materiales indispensables, se choca con muchos obstáculos de los cuales la barrera del idioma no es el menor. A este respecto debo expresar aquí mi vivo agradecimiento a todos cuantos me han ayudado con sus traducciones, especialmente a André Bernard (Alemania, Inglaterra, Países Escandinavos), Marcy (América), Guillot (Italia). Aprovecho para agradecer igualmente a todos los que han facilitado mis investigaciones, entre otros: Jean Tramet (Alto Mame), Fulpius (Ginebra), G. Bosio (Italia), I. Simón y A. Lapraz (Alta Saboya), P. Monatte, A. Rosmer y G. Mader (Francia). Estas dificultades explican la ambivalencia de la obra. Está examinada en profundidad para Francia y tratada superficialmente y con retoques ligeros para la mayoría de los otros países. Tanto más cuanto que se han consentido grandes amputaciones en interés de la edición.

A pesar de su densidad, este no es, pues, si se reflexiona bien, más que un trabajo de desciframiento y de aproximación que,

esperémoslo, suscitará obras análogas en los distintos países, hasta el día en que la colaboración fraternal de los pueblos y la organización internacional permanente de los estudios históricos permitan elevarse a la gran síntesis digna de este gran tema.

Maurice Dommanget

I. LAS OCHO HORAS, DESDE SUS ORÍGENES LEJANOS A LA COMUNA

La limitación del tiempo de trabajo, más concretamente la jornada de ocho horas y el principio de los tres ochos –ocho horas de trabajo, ocho de descanso, ocho de sueño– están en el origen del 1° de mayo, primero bajo su forma nacional, luego en su forma internacional.

Buscar las fuentes lejanas y primitivas, hacer en cierto modo las génesis o, si se quiere, la prehistoria del 1° de Mayo, es pues recoger el nacimiento y seguir el lento camino de realización de la reivindicación de las ocho horas por la clase obrera.

Robert Owen y su catecismo

En agosto de 1817, el industrial socialista inglés Robert Owen había fijado en ocho horas la jornada de trabajo en el sistema comunitario que proponía. En 1833 lo vemos pronunciarse

nuevamente por la misma duración del trabajo cotidiano y resumir las razones que cuentan en su favor.

En su Catecismo para el uso de los trabajadores, Owen responde, así a la decimocuarta pregunta de por qué hay que adoptar la jornada de ocho horas:

1° Porque es la duración más larga de trabajo que la especie humana –teniendo en cuenta el vigor medio y concediendo el derecho a la existencia a los débiles tanto como a los fuertes– puede soportar manteniéndose en buena salud, inteligente y feliz.

2° Porque los modernos descubrimientos químicos y mecánicos suprimen la necesidad de demandar un esfuerzo físico más largo.

3° Porque ocho horas de trabajo y una buena organización del mismo pueden crear una superabundancia de riqueza para todos.

4° Porque nadie tiene el derecho de exigir de sus semejantes un trabajo más largo de lo que en general es necesario para la sociedad, simplemente con el fin de enriquecerse empobreciendo a otros.

5° Porque el verdadero interés de cada uno reside en que todos los seres humanos sean sanos, inteligentes y ricos, y estén contentos.

Por lo demás, en su fábrica de New Lanark, Robert Owen había anticipado de 1816 a 1828 lo que se llamará luego «legislación

obrero», reduciendo a diez horas y media la duración de la jornada de trabajo y protegiendo a la infancia, prematuramente arrojada al taller. Todo esto, notémoslo bien, sobresaliendo en la competencia con sus rivales y obteniendo igualmente grandes beneficios.

A sus socios, que se quejaban de tales innovaciones, Owen les respondió con estas palabras llenas de buen sentido:

La experiencia os ha enseñado la diferencia que hay entre una máquina limpia, reluciente, siempre en buen estado, y la que se halla sucia, desordenada, llena de rozamientos inútiles y desgastándose poco a poco. Por tanto, si el cuidado que concedéis a motores inanimados puede dar resultados tan ventajosos, ¿qué no se podría esperar de los mismos cuidados prodigados a estos motores animados, a estos instrumentos vivientes cuya estructura es mucho más admirable?

Era plantear en términos muy simples no sólo el gran problema de la disminución del tiempo de trabajo, sino el problema inmenso del mejoramiento de la condición de la clase productora en el interés de la producción misma.

Sin duda –como lo subraya su biógrafo francés Édouard Dolléans–, Robert Owen no fue el primero en reclamar medidas protectoras del trabajo, así como la reducción de las horas de trabajo. Además de los edictos de Felipe II que tratan el tema, se podría hacer una lista de los reglamentos y estatutos de la Edad Media y aun de la antigüedad. Pero fue el «primer industrial que hizo la experiencia de condiciones de trabajo más

normales, antes de toda medida legislativa y para dar lo que él reclamaba un precedente de hecho».

Con el objeto de comprender bien el alcance de su intervención, hay que tener presente en el espíritu que, basándose en la revolución industrial de fines del siglo XVIII, la explotación del trabajo, particularmente en lo que respecta a los niños, se había intensificado hasta tal punto que la justicia había debido legislarla. La primera sentencia sobre la limitación de las horas de trabajo para los niños, pronunciada por los magistrados de Manchester, parece remontarse a 1784. Precede al acta del 22 de junio de 1802, que prohíbe el trabajo nocturno de los aprendices y limita a doce horas su trabajo diurno.

Robert Owen, aunque aplaudía estas medidas, las encontraba insuficientes. No contento con actuar directamente en New Lanark, intentó influir en los parlamentarios y participó en los trabajos de las comisiones oficiales a fin de obtener la abolición de las escandalosas jornadas de trabajo de catorce, quince, dieciséis y aun –cosa increíble– dieciocho horas. A los industriales egoístas e inhumanos que defendían los intereses de sus establecimientos les mostró, sobre todo, que la reducción de las horas de trabajo se compensaría rápidamente con un acrecentamiento de la productividad. A pesar de todos los esfuerzos de Robert Owen, aún más allá del terreno nacional, el bill de 1819, aplicable sólo a la industria del algodón y de la lana, se limita a fijar en doce horas la jornada de trabajo de los niños admitidos en las fábricas desde los nueve años.

Desanimado al obtener tan poco de los patronos y del Estado, y alentado por otra parte por los resultados obtenidos en New

Lanark, Robert Owen intentó en los Estados Unidos la experiencia de New Harmony, que se frustró. Entonces, en noviembre de 1833 fundó la Sociedad para la Regeneración Humana, que difunde el Catecismo antes citado, gana para la causa a las personalidades más diversas y organiza conferencias y grupos de Manchester a Londres.

La agitación británica de 1833 a 1847

Apenas lanzada, la fórmula favorable a las ocho horas encuentra eco, cosa notable, en cierto número de patronos, sobre todo gracias a los esfuerzos de John Fielden –«el honrado Juan», como lo llaman familiarmente los obreros–, gran fabricante de algodón en Totmorden y miembro del parlamento por la villa de Oldham. Obtiene de sus asociados la introducción de la jornada de ocho horas en determinada fecha, innovación de importancia, plena de perspectivas; logra la misma promesa de manufactureros de Manchester y el entusiasta apoyo de Condry, redactor en jefe del periódico radical «Manchester Advertiser», así como de William Coblett, director del «Political Register», también diputado por Oldham. Hasta se llegó a encontrar un gran manufacturero de Bradford, John Wood, de ardiente celo, para aplicar en sus fábricas la jornada de ocho horas con un salario igual a la remuneración de once horas, reducción ya otorgada.

Huelga decir que el mundo del trabajo encontró un estímulo en estas iniciativas. Ya a principios del siglo XVIII los sastres de Londres y Westminster habían intentado obtener una disminución de las horas de trabajo, y hacia el fin del siglo, en 1786, los encuadernadores de Londres habían ido a la huelga para obtener las once horas. Ahora, gracias al movimiento carlista y al impulso tradeunionista, las ocho horas, junto con el derecho del sufragio, se convierten en la gran reivindicación de la clase obrera. Al lado de Fielden, los nombres de Richard Oasler, Doherty y Bronterre O'Brien se deben asociar al de Robert Owen en las numerosas huelgas masivas motivadas por lo que se llamó la «reducción de las horas» que sostenían, junto con «la unión general de clases productoras», especie de CGT de entonces, cientos de comités especiales constituidos en todo el país. Los patronos, furiosos, se resisten, y lejos de conceder las ocho horas a los adultos, desafían al gobierno con esta amenaza que registra Karl Marx:

Si se nos impide hacer trabajar diez horas por día a los niños de cualquier edad, detenemos la fabricación.

Son los hilanderos de algodón de Nottingham los que, desde 1825, parecen haber abierto camino a las huelgas para obtener las ocho horas. A su vez, los delegados de las Trade-Unions reunidos en Manchester el 25 de noviembre de 1833 deciden no trabajar más que ocho horas y exigir al menos, por estas ocho horas, el salario íntegro de un día. Al mes siguiente, veinte mil obreros sastres de Londres entran en huelga por la reducción de las horas de trabajo. Es la época en que por primera vez los obreros, así como los patronos de buena voluntad, fijan una fecha para conseguir las ocho horas. Eligen el 1° de marzo de

1834, día en que debe entrar en vigor el bill del 20 de agosto de 1833 que fija en 48 horas el máximo semanal de trabajo para los menores de nueve a dieciséis años, con jornadas de no más de nueve horas.

Es imposible no advertir una relación entre esta decisión de gran huelga por las ocho horas en determinada fecha y la propaganda por la huelga general emprendida entonces por el tabernero Benbow. La lucha por las ocho horas está ligada en forma manifiesta a la idea de huelga general en un día determinado, y la clase obrera británica se impregna de esta noción. Es un hecho de primera importancia que se cuenta entre las apasionantes etapas de la historia del 1° de Mayo.

El levantamiento proyectado no tuvo lugar, es cierto, pero el mero hecho de que semejante idea hubiera llegado a convertirse en un «plan» –según la expresión de Fielden a W. Cobett– es importantísimo.

El movimiento se postergó para el 2 de junio y después para el 1° de septiembre. Ocasionó, no obstante, una ola de huelgas por las ocho horas que inundó toda Gran Bretaña, llegando a las corporaciones más insospechadas. Por ejemplo, en abril de 1834 entraron en la palestra con los obreros de Oldham «–que resistieron al menos una semana– las organizaciones de las «Mujeres jardineras» y de «Vieilles Filles»¹

Como la parte patronal había encontrado el necesario apoyo del gobierno, se ejerció una despiadada represión. La Unión

¹ La expresión “vielle fille”, así como su equivalente inglés “old–maid”, es intraducible, por no tener la connotación despectiva del castellano “solterona”. [N. d. T.]

General de las Clases Productoras acabó por zozobrar. Sin embargo, en 1836 los mecánicos de Londres, que habían intervenido poco en el movimiento anterior, hicieron una huelga de ocho meses por la reducción de las horas de trabajo a sesenta por semana y por una tarifa más elevada por las horas suplementarias. Debían seguir su lucha por una mayor reducción de las horas de trabajo en 1844, el mismo año en que el industrial Gradner, haciendo trabajar once horas en lugar de doce en sus dos tejedurías de Presión, comprobó que el rendimiento no bajaba por ello, ya que se «llegaba a la misma cantidad de productos».

También en 1844 entró en vigor una nueva ley que reducía a siete horas la jornada de los niños menores de trece años, y a doce la de las mujeres mayores de dieciocho. La expresión «entrada en vigor» es por lo demás puramente formal, porque Marx estima que todos los bills de protección obrera fueron eludidos por la parte patronal. También afirma que la agitación por la reducción del tiempo de trabajo alcanzó su punto culminante en 1846–1847. Ve su coronación en el bill de las diez horas votado en el parlamento el 8 de junio de 1847. Esta ley establece para los adolescentes mayores de trece años y para todas las obreras las once horas, en espera de su reducción a diez. Ésta entró en vigor –curiosa coincidencia– el 1° de mayo de 1848, a despecho de increíbles e inútiles maniobras de los patronos. No es casual que la primera batalla reivindicativa por las ocho horas, la primera legislación que disminuye progresivamente las horas de trabajo, la primera idea de sincronizar fecha para la huelga general en favor de las ocho horas, factores todos que preparan la eclosión del 1° de Mayo, hayan nacido todos en Inglaterra. Como ha escrito Karl Marx, a

quien se debe el magistral estudio de la lucha por la jornada de trabajo normal y de la legislación manufacturera inglesa de 1833 a 1864:

Habiendo comenzado la lucha en el dominio de la industria moderna, debía por consecuencia declararse primero en la patria misma de esta industria, Inglaterra.

La lucha en Francia

De Inglaterra, era normal que la lucha pasara a Francia, el país más industrial del continente, donde los obreros trabajaban como forzados de doce a diecisiete horas diarias.

Como Owen en Inglaterra, Sismondi denunció en Francia y en Suiza el trabajo excesivo y predicó el intervencionismo. Pero en sus Nuevos principios, cuya primera edición apareció en 1819, no se habla de las ocho horas.

Son los hilanderos de algodón de Nottingham quienes en septiembre de 1825 hicieron quizá conocer esta reivindicación y la táctica de huelga empleada para obtenerla, a sus colegas franceses. Decidieron, en efecto, enviar copia de sus resoluciones a los comités de los hilanderos de Calais, Lille y San Quintín. No obstante, no hay prueba de que esta copia haya llegado realmente a los interesados. De todos modos, los carpinteros de Pecq en 1832 y los de Caen en 1833 obtuvieron por la huelga la reducción de la jornada de trabajo. Por otra

parte, también en 1833, los obreros joyeros de París reclaman una disminución de una hora, en tanto que el año siguiente el periodista Émile de Girardin, adelantándose una vez más a su época, con una de esas atrevidas afirmaciones cuyo secreto poseía, se declara partidario de la jornada de ocho horas:

La alianza de la industria y de la agricultura puede y debe resolver este problema de la civilización planteado a los gobiernos por los pueblos: que todo hombre inteligente, moral y laborioso, con ocho horas diarias de un trabajo racional y efectivo pueda nutrir sustancialmente, alojar sanamente y vestir convenientemente a su familia, asegurando el porvenir y el presente y disfrutando de seis horas libres para instruirse útilmente y educar honradamente a sus hijos en la profesión a que deba su bienestar.

En plena monarquía de julio, una crisis económica aguda en 1839–1840 engendra desórdenes y coaliciones cuya amplitud aterroriza a la burguesía. En el curso de esta gran efervescencia los carpinteros y cerrajeros dedicados a la fabricación de carruajes reclaman la jornada de doce horas, y en agosto–septiembre de 1840 los objetivos principales del movimiento de cien mil obreros son la supresión de los intermediarios y la reducción del trabajo a diez horas. Algunos años más tarde, en 1843, los tipógrafos, de acuerdo con los patronos, debían establecer una tarifa fijando la jornada en diez horas de trabajo efectivo, en tanto que en 1846 los tintoreros fracasaron en su huelga por la disminución del trabajo.

Por lo demás, el relato de las luchas inglesas, popularizado por

periódicos de vanguardia y principalmente por «Reforma», no deja de tener influencia sobre el clima espiritual que acompaña la lucha reivindicativa: es el vehículo del lema de las ocho horas como tiempo normal cotidiano de trabajo.

También es esta jornada la que aparece en el plan comunitario que Girod (del Ain) consigna en su célebre informe a la cámara de los pares (10 de mayo de 1841). En él se habla de «talleres nacionales en los que los trabajadores estarían ocupados cada día un tiempo razonable, por ejemplo, ocho horas». Pero el periódico fourierista de la época, por la pluma de uno de sus redactores, se rebeló contra esta pretensión:

¡Ocho horas por día! ¡Pero entonces tomáis al obrero por un haragán! ¡Ved la jornada del falansteriano² descrita por Fourier!... Nosotros os decimos que cada individuo trabajará voluntariamente más de quince horas por día, cuando el trabajo sea variado y atrayente en los grupos y las series y cuando el trabajador pueda desarrollar todas sus aptitudes latentes.

Así pues, la teoría del trabajo atrayente lleva a los fourieristas –y es lógico– a estimar que las largas jornadas de trabajo prevalecerán en la sociedad futura.

Ciertamente que con los otros socialistas están a favor de todo lo que proteja a los trabajadores del «trabajo repugnante», que es regla en la sociedad capitalista. Por eso, basándose en la

² Miembro de un falansterio, asociación ideada por la escuela socialista de Fourier y que debía vivir en comunidad en un edificio que debería albergar a toda la comunidad. [N. d. T.]

«Papillonne» se rebelan contra el trabajo uniforme que se prolonga demasiadas horas.

Los comunistas Cabet, Weitling y Dézamy iban más lejos que sus camaradas denunciados por Girod (del Ain) en la reducción de las horas de trabajo en el régimen socialista. Cabet en 1840 fijaba en siete horas en verano y seis en invierno la jornada laborable; Weitling en 1842 se detenía en seis horas al comienzo de la organización comunista para llegar a tres horas después de veinte años de régimen, y Dézamy planeaba el mismo año una jornada que no pasara de cinco o seis horas.

La revolución de 1848 y la reducción de las horas de trabajo

La Revolución francesa de 1848, poniendo en el orden del día los problemas de la organización del trabajo, debía llevar a discusiones y huelgas por la reducción de las horas de empleo. Muchos patronos debieron rebajar a diez horas la duración de la jornada.

Se hubiera podido esperar que los cartistas en su proclama al pueblo de París expresaran su esperanza en la conquista de las ocho horas. No fue así. El texto ponía el acento sobre la soberanía del pueblo. Sin embargo, el 1º de marzo, antes aún de que la Comisión de Luxemburgo hubiera verificado los poderes de los delegados, los representantes obreros reclamaron

insistentemente la reducción de las horas de trabajo. Louis Blanc y Arago pudieron apenas calmar su impaciencia.

La discusión tuvo lugar al día siguiente y en la misma tarde aparecía un decreto. Considerando «que un trabajo manual demasiado prolongado no sólo arruina la salud del obrero, sino que al impedirle cultivar su inteligencia ataca la dignidad del hombre», resolvía:

Se disminuye en una hora la jornada de trabajo. En consecuencia, en París, donde era de once horas, se la reduce a diez; y en provincias, donde hasta ahora era de doce horas, se la reduce a once.

Este decreto era un hecho. Iba mucho más lejos que la anterior legislación inglesa y francesa. Proclamaba, como lo hace resaltar Ernest Labrousse:

Algo fundamental en la historia de la legislación obrera: la afirmación –entonces única en el mundo– del derecho del Estado a proteger no solamente a los niños y a las mujeres, sino a todos los trabajadores.

El decreto fue objeto de una resistencia muy viva, por una parte, de los patronos, que llegaron a despedir a obreros; por otra parte, de los trabajadores, que en cierto número reclamaban la jornada de ocho horas. Tanto en provincias como en París hubo huelgas. En Lyon los ovalistas³, después de más de un mes de lucha, obtuvieron la jornada de diez horas.

³ Operarios que preparan la seda destinada a la fabricación de medias, tules y obras de pasamanería. [N. del T.]

A pesar de un nuevo decreto del 4 de abril, que penaba severamente a los jefes de taller que contravinieran la ley, ésta fue poco respetada. Hay que observar que la industria atravesaba una crisis. Por eso algunos patronos, con el pretexto del decreto, cerraron sus establecimientos prometiendo reabrirlos si se les concedían primas de exportación. Se vio entonces a obreros sin trabajo –que preferían las jornadas largas al hambre–, pedir la violación de las medidas legales tomadas en su favor. Se volcaron amenazadores en las calles y aun buscaron pendencia a sus hermanos favorables a los decretos del 2 de marzo y el 4 de abril. Algunos llegaron a pedir la libertad de trabajar trece o catorce horas y aún más.

De hecho, la aplicación dependía de la relación de las fuerzas entre la clase obrera y el capitalismo. En tanto que esta relación se inclinaba en favor de la patronal, la ley se convertía en letra muerta. No fue por casualidad que el economista Wolowski, diputado constituyente, pidiese su abrogación después de las jornadas de junio.

El Comité del Trabajo de la Asamblea Constituyente, ganado por la proposición, concluyó el 3 de julio de 1848 por anular todas las medidas tomadas desde febrero sobre la duración del trabajo «como nocivas a la industria nacional y al interés de los trabajadores». El informe de Pascal Duprat, depuesto en la asamblea el 5 de julio, dio lugar a importantes debates que se abrieron el 30 de agosto. Los socialistas, naturalmente, apoyaron el mantenimiento del decreto y la necesidad de la intervención estatal en materia de duración del trabajo. Pierre Leroux, su principal orador, se ciñó a mostrar que desde 1789 el salario real del obrero francés había bajado, al paso que su

jornada de trabajo aumentaba. Señaló que en Ruán, en 1841, según un informe oficial, la mayoría de los obreros trabajaban de trece y media a catorce horas por día. La tesis de la abrogación fue sostenida por Wolowski, Léon Faucher, Buffet y sobre todo por Charles Dupin, el defensor de la ley de 1841 sobre el trabajo de los niños. Todos se mostraron implacables con el decreto del 2 de marzo, responsabilizándolo de la totalidad de los males. En cuanto al gobierno, representado por el ministro Señart, sostuvo una tesis intermedia, que prevaleció.

La ley del 9. de septiembre de 1848 abrogó el decreto del 2 de marzo, fijó en doce horas el máximo de trabajo efectivo en las manufacturas y fábricas, y por su artículo 2º abrió ampliamente la puerta a las derogaciones. Decretos y circulares posteriores terminaron de quitar toda garantía a los obreros, cuya jornada de trabajo bajo el Segundo Imperio va de nueve horas, cosa completamente excepcional, a diecisiete, siendo la regla doce horas en provincias y once en París.

De la Asociación Internacional de los Trabajadores a la Comuna

Cuando se crea la Asociación Internacional de Trabajadores –la Primera Internacional– en 1864, Karl Marx, que redacta su «Mensaje inaugural», se extiende bastante largamente sobre la cuestión de la limitación de las horas de trabajo. Haciendo un

resumen del bill de las diez horas señala el éxito obtenido por la clase obrera inglesa, pero no menciona siquiera «la ley [francesa] de doce horas», que califica en otro texto de «mucho más defectuosa que su original inglés». Hay que mencionar, además, que este mensaje inaugural se mantiene prudentemente en generalidades en lo que respecta al tiempo de trabajo.

No plantea la cuestión de las ocho horas, y se sabe, por otra parte, que Marx y Engels no las habían indicado en la lista de las medidas que se adoptarían en ocasión de la toma del poder.

Por el contrario, la fracción blanquista de Lyon, y especialmente Gabriel Charavay, se había pronunciado netamente en marzo de 1849 por el trabajo obligatorio de ocho horas. Se le consideraba siempre como una reforma del período transitorio y no como una reivindicación inmediata.

La Internacional dio un gran paso en su Congreso en Ginebra (del 3 al 8 de septiembre de 1866) reanudando la tradición inglesa de las ocho horas como objetivo inmediato.

Era la primera vez que el principio de la jornada de ocho horas se planteaba en un congreso obrero internacional. También lo era para el Consejo General de Londres, uno de cuyos mandatarios fue Eugène Dupont, representante de Karl Marx.

Eugène Dupont propuso las siguientes resoluciones:

1º El Congreso considera la reducción de las horas de trabajo como el primer paso en vista de la emancipación obrera. 2º En principio, el trabajo de ocho horas diarias debe

considerarse suficiente. 3º No habrá trabajo nocturno, salvo en casos previstos por la ley.

Odger, presidente del Consejo General de Londres y obrero carpintero, sostuvo estas resoluciones. Apelando a la autoridad de Robert Owen, afirmó que «si cada miembro de la sociedad hiciera su parte», tres horas de trabajo bastarían. Afirmó que se podía producir en ocho horas más que antes en doce, que la jornada de ocho horas daría al obrero tiempo de cultivar su inteligencia y evitaría rivalidades entre los trabajadores de los distintos países. En nombre de la solidaridad –concluye– debemos aceptar como principio ocho horas de trabajo.

Notemos de paso la afirmación de Odger sobre la producción en ocho horas superior a la producción en doce. No era hablar en balde, ya que se apoyaba sobre la experiencia de algunas grandes minas de hulla de South Yorkshire, donde la jornada de ocho horas se había introducido en 1859. El secretario general de la Asociación de Patronos había enunciado la cosa como un «hecho indiscutible», en un informe de 1860.

Después de Odger, un delegado suizo, respaldado por algunos franceses y un alemán, sugirió que para el continente se limitaran a las diez horas que los obreros bronceros de Barbedienne, en París, habían conseguido por la huelga del año anterior. Hubo aun un momento en que la delegación francesa presentó una moción que rechazaba toda reglamentación, dependiendo el número de horas de trabajo de la producción en cada país. Pero finalmente, después de abandonar esta oposición de principio, el proyecto del Consejo General de Londres, ligeramente enmendado, se aceptó por unanimidad.

Se le completó con la afirmación del principio del salario mínimo, la condenación del trabajo excesivo de los niños y de todo trabajo femenino en las fábricas.

El II Congreso de la Internacional en Lausana (2-8 de septiembre de 1867) tuvo como punto culminante el debate sobre la propiedad. Pero la reducción de las horas de trabajo dio lugar a una animada discusión, como el año precedente. El ginebrino Charles Perron, pintor de esmalte, presentó una proposición muy interesante. La moción Perron estaba concebida así:

Entendimiento de todas las sociedades obreras para reclamar en todas partes a la vez, en el curso del año 1868, la disminución de una hora de trabajo por día.

Pero al mismo tiempo Perron abandonaba el principio de las ocho horas para atenerse a lo que fuera posible obtener en cada país según las contingencias. Habiéndose pronunciado Eccarius porque se «dejara a cada nación actuar por su cuenta» e inclinándose visiblemente el congreso en este sentido, Perron retiró su proposición. Se quedó, pues, en la posición de Ginebra.

El III Congreso de la Internacional (Bruselas, del 6 al 13 de septiembre de 1868) se refería a la resolución de Ginebra para pronunciarse unánimemente en favor de «la disminución legal de las horas de trabajo» como «condición preliminar indispensable para todas las mejoras sociales ulteriores y en especial el desarrollo de la instrucción en la clase obrera». Pidió a las secciones afiliadas que dieran un «efecto práctico» a la resolución de Ginebra.

Hubo, en efecto, huelgas en tal sentido, por ejemplo, la célebre huelga de los mineros del Loira en 1869 que, como se sabe, degeneró en masacre en La Ricamarie. Pero no se puede, sin extremar la nota, referirlas a dicha resolución.

En cuanto a la Comuna de París, en 1871, era demasiado “una ciudad sitiada y una «barricada»” para establecer en tres meses, a pesar de su carácter social, la reforma de la jornada de trabajo a ocho horas. Ninguno de sus manifiestos oficiales u oficiosos (lo mismo, por los demás, que los de la Asociación Internacional de los Trabajadores y del Consejo Federal de Secciones Parisienses) hace alusión a dicha reforma.

El obrero húngaro Leo Frankel, uno de los raros marxistas de la asamblea comunalista y que era delegado al Trabajo, pide en la sesión del 12 de mayo que se exija la jornada de ocho horas en los registros de trabajo confeccionados por la intendencia. Pero el artículo 4º del decreto publicado en el «Journal Officiel» sólo exige como condición el «precio mínimo del trabajo por jornada». Y es finalmente la jornada de diez horas, con excepción en casos de urgencia de una hora o dos de más, la adoptada por el reglamento de los talleres del Louvre para la reparación y transformación de armas.

II. AGITACIÓN POR LAS OCHO HORAS Y NACIMIENTO DEL 1º DE MAYO EN AMÉRICA

Primeros esfuerzos en favor de las diez y de las ocho horas

Hemos visto que en Inglaterra el movimiento por las ocho horas está ligado a la huelga general, pero no a la fecha del 1º de Mayo. En los Estados Unidos, país de emigración inglesa, lo encontraremos ligado a huelgas generalizadas y esta vez a la fecha del 1º de Mayo. Así se; efectuará una progresión nueva y muy seria en la génesis de la gran manifestación internacional del proletariado.

Naturalmente, fueron los emigrantes los que llevaron a América y Australia la aspiración a las ocho horas y el recuerdo de las luchas a que había dado lugar la reivindicación. Como en Inglaterra, el movimiento por las diez horas preludió a la acción por las ocho horas o se libró simultáneamente, sobre la misma base económica.

La amplitud de la agitación se explica, pues, objetivamente por el desarrollo de la industria manufacturera, el

perfeccionamiento del maquinismo y de las herramientas, y también subjetivamente por la propaganda de los emigrantes respondiendo al frenesí de lucro del capitalismo. Quizá también los ensayos owenistas de New Harmony, iniciados el 1° de Mayo de 1825, hayan tenido alguna influencia.

La agitación comenzó en 1827 con la huelga de los carpinteros de Filadelfia. Pronto los obreros gráficos, los vidrieros y los albañiles se unieron al movimiento y quince sindicatos entraron en la Mechanics Union of Trade Associations de Filadelfia. Este ejemplo fue seguido por una docena de ciudades. Se crearon cincuenta periódicos obreros y se realizaron mítines y congresos con miras a obtener la elección de candidatos «que representaran los intereses de la clase obrera».

El resultado de esta lucha, que señala sin lugar a dudas el nacimiento del sindicalismo en los Estados Unidos, fue uno de los menos considerables, sobre todo en razón de la depresión de 1837. Sin embargo, los empleados federales y los trabajadores de los arsenales obtuvieron las diez horas en 1840 por orden del presidente Van Burén, y dos estados, Massachusetts y Connecticut, adoptaron en 1842 leyes que prohibían a los niños un trabajo de más de diez horas por día. El mismo año, la quincallería White, de Búffalo, introdujo en sus talleres la jornada de diez horas, que reemplazaría en 1875 por la de ocho.

En el primer congreso industrial de los Estados Unidos, efectuado en Nueva York en octubre de 1845, se plantea de nuevo la cuestión de la reducción legal de la jornada de trabajo a diez horas. Estallan huelgas. New Hampshire concede la ley de

diez horas. Pero la competencia de la mano de obra debida al flujo inmigratorio no es muy propicia al éxito de las reivindicaciones obreras.

Hay que llegar, en 1848, al anuncio de la conquista de las ocho horas por los obreros de una sociedad de colonización neozelandesa, y al comienzo de 1866, después de la guerra de Secesión, para ver renacer basándose en la acción sindical la voluntad de obtener las diez horas. Entre tanto, Ohio había adoptado la ley de diez horas para las mujeres. Los sindicatos de la construcción, que acaban de crearse, se agitan al saber que los albañiles de la colonia de Victoria, en Australia, han obtenido la jornada de ocho horas. Por otra parte, la reducción de la jornada de trabajo se convierte en una necesidad urgente por el retorno de los soldados desmovilizados y el cierre de los talleres que trabajaban para la guerra.

El Congreso de los Estados Unidos da entrada a ocho proyectos de leyes tendentes a legalizar la jornada de ocho horas, y el Congreso Nacional del Trabajo de Baltimore –que comprende sesenta organizaciones, entre ellas una docena de Uniones Nacionales– proclama, el 16 de agosto de 1866:

La primera y gran necesidad del presente, para liberar al trabajo de este país de la esclavitud capitalista, es la promulgación de una ley por la cual la jornada de trabajo deba componerse de ocho horas en todo el Estado de la Unión Americana. Estamos decididos a todo hasta obtener este resultado.

El mismo congreso decidió la creación de comités para

estudiar la reivindicación de las ocho horas. Pero el defecto de las organizaciones es esperar de los poderes públicos el estudio y el voto de la medida reclamada.

Al año siguiente el Congreso Obrero de los Estados del Este, en Chicago, se ocupa mucho de las ocho horas. La cuestión, por lo demás, estaba planteada en la misma época en los congresos de la Internacional, según hemos visto. El hombre que simboliza esta lucha es Ira Steward, mecánico autodidacta de Chicago, a quien se llamó «el monomaniaco de la jornada de ocho horas».

Parece haber comprendido –dice R. Marjolin– cuánto poder revolucionario pueden contener las reformas más moderadas en apariencia.

Sostenía la teoría de que al acrecentar el tiempo libre se aumentarían las necesidades de los trabajadores y que, por tanto, de allí surgiría el aumento de los salarios, favorecido además por la utilización de las máquinas. Escéptico sobre la eficacia de la acción puramente corporativa, luego de los fracasos precedentes y en razón de la depresión económica que comenzaba a hacerse sentir, Steward, propugnó un método siempre en uso en el movimiento sindical americano: ejercer presión sobre los partidos y no conceder votos más que a los candidatos que aceptaran hacer triunfar todo o parte del programa sindical.

La Ley Federal que instituye las ocho horas (1868)

Los esfuerzos obreros terminaron por la institución de la jornada de ocho horas en todos los establecimientos del gobierno de la República americana y para todos los trabajos directamente ejecutados o licitados por el Estado.

Así, la jornada de ocho horas llegaba a ser legal en los Estados Unidos para los trabajos públicos, como era ya legal en Australia para los trabajos privados. Pero, en lo que respecta a estos últimos, la jornada de trabajo en general seguía siendo efectivamente en los Estados Unidos de once y doce horas.

Sin embargo, la agitación en favor de las ocho horas hacía tales progresos entre los obreros de la construcción que los patronos daban «grandes gritos» y formaban una asociación de las diez horas. Es la época en que, con visible satisfacción, Engels anuncia a Marx, basándose en una información proveniente de un periódico californiano, que «a causa de la agitación de las ocho horas se han anulado contratos por un millón y medio de dólares». Sin embargo, es probable que el Estado de California, que en 1868 por su propia cuenta había fijado en ocho horas la jornada legal de trabajo, no se ocupara de la aplicación de esta ley más que el gobierno federal en lo que concierne a los trabajos públicos. Así, R. Marjolin ha podido hacer esta juiciosa reflexión:

El movimiento en pro de la jornada de ocho horas, después de numerosas vicisitudes y de éxitos legislativos que no fueron seguidos de aplicación práctica, no llegó a

ningún resultado y el pueblo obrero fue afectado por una profunda desilusión.

Esta desilusión no le impidió, empero, organizar en Nueva York, el 13 de septiembre de 1871, una gran manifestación por la jornada de ocho horas que agrupó a veinte mil obreros, entre otros el conjunto de las secciones alemanas y francesas de la Internacional, ni llevar adelante huelgas de cierta importancia en el año siguiente, sobre todo la de los obreros de muebles y afines. Es la época en que un exaltado de Prince Street Council envió a los periódicos la amenaza de un incendio general si no se votaban las ocho horas. En suma, estas huelgas eran desde un principio coronadas por el éxito, pero las organizaciones eran demasiado débiles para aprovechar la victoria, de manera que al cabo de cinco o seis meses todo se había perdido.

Los años negros (1873 a 1883)

Después de la crisis financiera de 1873 vienen años negros para los trabajadores americanos. Sin embargo, no pierden de vista la reivindicación de las ocho horas. Se forman numerosos grupos que la apoyan y los Caballeros del Trabajo, en su programa de 1874, declaran que se esforzarán en obtenerla por la negativa general a trabajar más de ocho horas. Esta importante afirmación liga otra vez la huelga general a la lucha por las ocho horas. Más tarde, en el preámbulo de su constitución estos mismos Caballeros inscribirán en la larga lista de las reformas y reivindicaciones a obtener «la reducción

gradual de las horas de trabajo a ocho horas por día, a fin de gozar en alguna medida de los beneficios de la adopción de máquinas en reemplazo de la mano de obra».

El año 1874 no se señala sólo por la viril decisión de los Caballeros del Trabajo en favor de las ocho horas, sino por la fijación de diez horas como máximo legal de la jornada de las mujeres y los niños, en el Estado de Massachusetts. Sin embargo, en 1877 los ferroviarios que van a la huelga por las ocho horas son vencidos en Pittsburg en una lucha a mano armada. En esta ciudad se constituye en noviembre de 1881 la Federación de Trade-Unions que se convertirá pronto en la American Federation of Labor (A. F. L.), o Federación Americana del Trabajo. El programa de este primer congreso pide que se refuerce «en el espíritu de sus autores» la ley nacional de las ocho horas para los empleados del gobierno.

El II Congreso en Cleveland, insiste en esta resolución el 21 de noviembre de 1882 y la siguiente declaración, hecha en ese mismo congreso por la Asamblea sindical de Chicago, es la más típica de las resoluciones adoptadas en la época:

Nosotros, la Asamblea de Sindicatos de la aglomeración de Chicago, representantes de los trabajadores organizados, declaramos que la jornada de trabajo de ocho horas permitirá dar más trabajo por mejores salarios. Declaramos que permitirá la posesión y el goce de más riquezas por aquellos que las crean. Esta ley aligerará el fardo de la sociedad dando trabajo a los desocupados. Disminuirá el poder del rico sobre el pobre, no porque el rico se empobrezca, sino porque el pobre se enriquecerá. Creará las

condiciones necesarias para la educación y mejoramiento intelectual de las masas. Disminuirá el crimen y la intemperancia. Aumentará la posibilidad de que los obreros «controlen» sus posibilidades de vida. Aumentará las necesidades, alentará la ambición y disminuirá la negligencia de los obreros. Estimulará la producción y aumentará el consumo de bienes por las masas. Hará necesario el empleo cada vez mayor de máquinas para economizar la fuerza de trabajo. No conmoverá, molestará ni perturbará el actual sistema de remuneración del trabajo, sino que es una medida que tenderá permanentemente a acrecentar los salarios sin aumento del costo de la producción de las riquezas. Disminuirá la pobreza y aumentará el bienestar de todos los asalariados, y gracias a esta ley, en algunos años desaparecerá el sistema actual de salarios para dar lugar a un sistema de cooperación industrial en que los salarios representen ganancias y no, como al presente, el mínimo necesario al asalariado.

El Comité legislativo del congreso de 1883 decide que la resolución Murch pidiendo que la ley de las ocho horas sea apoyada por la autoridad del presidente de los Estados Unidos sea presentada al presidente Arthur.

Esta decisión fue aplicada y además se envió una nota a los Comités nacionales de los partidos Republicano y Demócrata invitándoles a definir sus respectivas posiciones en lo que respecta a la ley de las ocho horas y a otras medidas favorables al mundo obrero.

El Congreso de Chicago y la resolución Edmonston

Frank K. Foster, secretario del Comité legislativo, rindió cuenta de estas diligencias al IV Congreso de la A. F. L. en noviembre de 1884, en Chicago. Foster reconoció su fracaso. Por lo demás, como consecuencia de los reveses experimentados, se había producido en el espíritu de numerosos militantes obreros un cambio de frente. Se pronunciaban ahora por una acción propia de trade-unionismo.

Creían poder obtener más por presión directa sobre la parte patronal que por gestiones ante los hombres y poderes públicos.

Foster traduce tal estado de espíritu en el congreso cuando observa que es inútil contar con la legislación para obtener la jornada de ocho horas y las reivindicaciones formuladas:

Una demanda concertada y sostenida por una organización completa produciría más efecto que el voto de millares de leyes cuya vigencia dependerá siempre del humor de los políticos... El espíritu de organización está en el aire, pero el bajo importe de las cuotas pagadas, el parti-pris y la falta de espíritu práctico representan grandes obstáculos.

Se creería oír a Adhémar Schwitzguebel sosteniendo en la Federación del Jura, en 1875, que la limitación de las horas de trabajo debe obtenerse por iniciativa directa de los obreros y no

por una «ley federal que no adelanta en nada la cuestión» porque queda «en estado de letra muerta».

Esta opinión se explica mejor cuando se sabe que los únicos resultados realmente serios en el plano de las ocho horas se habían logrado en Estados Unidos, fuera de toda legislación. Así, en Nueva York, un taller de ebanistería ya bajo el régimen de las diez horas había pasado a fines de 1885 al de las ocho horas, al mismo tiempo que algunos obreros ganaban más. Un número bastante grande de establecimientos pertenecientes a las más variadas industrias no trabajaban más que ocho horas, y en Massachusetts, si bien se trabajaba en general diez horas, había una serie de talleres de todos los ramos que gozaban de las ocho horas, y la fabricación de dentaduras postizas estaba ya completamente bajo este régimen.

En el curso de su intervención en el congreso de Chicago, Foster había sugerido que todos los sindicatos manifestaran su voluntad unánime, apoyados por la organización entera, haciendo una huelga general por la jornada de ocho o nueve horas.

Gabriel Edmonston, que compartía estos puntos de vista, sometió entonces al congreso una resolución por la cual, a partir de 1º de Mayo de 1886 la jornada normal de trabajo se fijaría en ocho horas por todas las organizaciones obreras, que se prepararían a este efecto.

Tal resolución se votó. Desdichadamente, no se tiene el texto exacto. Si se comprende bien su exposición, Edmonston no quería ni sorprender a nadie ni precipitar las cosas. Pedía que la

resolución fuera sometida al Comité ejecutivo permanente y que los delegados pudieran discutirla a fin de que fuera presentada al próximo congreso para su adopción definitiva.

El Comité ejecutivo permanente aprobó la resolución en la forma siguiente, después de un largo debate que no figura en los informes:

La Federation of Organized Trades and Labor Union of the United States and Canadá, ha resuelto que la duración legal de la jornada de trabajo desde el 1o de mayo de 1886 será de ocho horas, y recomendamos a las organizaciones sindicales de este país hacer promulgar leyes conformes a esta resolución, a partir de la fecha convenida.

Propuesto por G. Edmonston, Washington, D. C.

Asistido por Thomas J. Doran, Chicago, Ill.

Vuestro Comité Ejecutivo permanente, tras atento examen de la resolución citada, recomienda su adopción por el Congreso.

Algunos días más tarde, Edmoston presentó una moción pidiendo que los Caballeros del Trabajo fueran invitados a cooperar en el movimiento general por las ocho horas. La moción fue aceptada, y en la nota que Edmonston envió se especificó bien que la jornada de ocho horas debía hacerse efectiva el 1° de Mayo de 1886.

Es, pues, en el Congreso de Chicago donde apareció por primera vez la idea de hacer del 1° de Mayo una jornada de reivindicación obrera en torno a las ocho horas.

La cuestión de la fecha

Falta dilucidar un punto. ¿Por qué ha sido elegida, con preferencia a cualquier otra, la fecha del 1º de Mayo para generalizar un sistema de condiciones de trabajo que era aún excepcional?

No se puede dar como explicación el hecho de que el 1° de Mayo de 1531 los obreros de la seda de la ciudad italiana de Lucca hubieran hecho una manifestación por un salario mínimo y otras reivindicaciones. Esta manifestación, desconocida ciertamente para Edmonston, no tiene ninguna relación con el movimiento americano de las ocho horas. Es una coincidencia de fecha completamente fortuita.

He aquí la explicación de Gabriel Deville:

El 1º de Mayo de 1886, en el pensamiento de los que eligieron esta fecha, debía ser el punto de partida del régimen de las ocho horas en las empresas que se sometieran a la decisión de Chicago, o de la suspensión del trabajo en las que rehusaran someterse. Y si se escogió esta fecha hay que presumir, dada la disposición de ánimo de los que la eligieron, que esto se debió a que existía entonces,

como práctica común a diferentes sitios, el hábito de hacer comenzar y terminar el año en un día determinado por el uso en lo que respecta a locaciones, contratos y arrendamientos. Ahora bien, este día era, estoy seguro, para el Estado de Nueva York y Pennsylvania, el 1° de Mayo, conocido como «Moving-day». Aunque siempre se practica, parece que el «Moving-day» tiende a perder la importancia que tuvo y que tenía aún hace doce años.

Si mi suposición es fundada, como me lo hace creer la imposibilidad con que he chocado de hacerme dar un motivo cualquiera de esta elección, los delegados a la convención de Chicago, al fijar este día, han obedecido simplemente a la misma idea que al establecer una dilación bastante larga entre la época del voto de la resolución (octubre de 1884) y la de su ejecución (1° de Mayo de 1886).

Por esta dilación y por el término mismo de esta dilación –partiendo los compromisos del 1º de Mayo, con modificaciones en los precios convenidos hasta esa fecha, llegado el caso– se evitaba toda sorpresa a los capitalistas. Así no podían éstos argumentar contra la modificación reclamada por los trabajadores que ellos habían firmado contrato sobre la base de sus antiguas condiciones de trabajo, puesto que tenían la posibilidad de organizar sus planes de acuerdo con las nuevas condiciones para los contratos a cumplir.

Estas explicaciones son tanto más satisfactorias cuanto que nunca se las ha rechazado y jamás, que sepamos, se han intentado otras. Así, el 1° de Mayo ha sido elegido porque esta fecha correspondía en América del Norte en la práctica de las

transacciones económicas y de los compromisos de trabajo al San Juan de las campiñas meridionales francesas, al San Martín de ciertas regiones, a la Navidad en otras. Tales feriados, en particular San Juan, señalan, como se sabe, el comienzo del año de trabajo para la contratación de servicios.

Agitación preliminar y primeros resultados

Metámonos bien en la cabeza la idea de que los contemporáneos no pensaban siquiera en todas las cuestiones que nosotros nos planteamos a propósito de la importante decisión de Chicago. Es que los hombres no tienen conciencia del futuro. Por eso la resolución de Edmonston, tan plena de perspectivas, pasa inadvertida en general. Tan verdad es esto que en Francia «Le Cri du Peuple», cotidiano atento a las informaciones obreras y que rinde cuenta del movimiento en los Estados Unidos, no consagra una sola línea al Congreso de Chicago. Aun en América, los que votan la resolución están seguramente lejos de prever el alcance de su gesto y sólo mucho más tarde apreciarán su significación profunda. Hay que observar también que los elementos socialistas y revolucionarios son entonces del todo extraños a esta decisión puramente corporativa que, en el espíritu de los que la votan, no reviste en modo alguno carácter socialista e internacionalista.

Sea como fuere, gracias a una intensa propaganda, la resolución de Chicago abre brecha en la clase obrera. No se

descuida ningún centro. El Congreso de los Caballeros del Trabajo, en Hamilton, también decide la agitación para la obtención de las ocho horas. Se crean grupos locales especialmente encargados de la propaganda, que organizan mítines y manifestaciones, reparten folletos y periódicos. Naturalmente, las Uniones o Federaciones sindicales más activas intervienen más particularmente para respaldar la acción nacional. Así la Fraternidad de los Carpinteros, desde la primavera de 1885 toma la iniciativa de un movimiento por la reducción de la jornada de trabajo en la costa del Pacífico; luego el Congreso de Washington de la A. F. L. (diciembre de 1885) renueva la decisión de Chicago. La resolución votada, emanada de los sindicatos de obreros muebлерos, preconiza en cada ciudad el frente único de todas las organizaciones sindicales y la comunicación a los empresarios, antes del 1° de Mayo de 1886, del contrato-tipo preparado por el Comité Legislativo de la AFL. Prohíbe reclamar aumentos de salario en compensación de la disminución de las horas de trabajo.

A medida que el 1º de Mayo de 1886 se aproxima, las organizaciones obreras trabajan animosamente. Lanzas llamamientos y multiplican los consejos a sus adherentes. Preparan sus baterías en vista de la obtención de las ocho horas. Por ejemplo, en Chicago se ve al Comité de las ocho horas, de acuerdo con la Unión intercorporativa local, poner en guardia contra las huelgas parciales que acarrearán como consecuencia el «lock-out» que «pueden hacer abortar el movimiento». Por su parte, la Cámara sindical de los carpinteros y ebanistas de la misma ciudad fija el 3 de mayo como punto de partida de la «jornada normal» y advierte de ello a los patronos por carta certificada, en tanto que compromete a sus miembros a detener

el trabajo en los talleres en que no se aplique la jornada de ocho horas.

A pesar de los consejos de prudencia de los militantes, estallaron huelgas, a veces violentas, durante todo el mes de abril de 1886. Tomaron tal extensión y la situación pareció tan grave que el presidente Cleveland consideró oportuno someter al Congreso la cuestión de las relaciones del capital y el trabajo. En esta ocasión, no temió afirmar:

Las condiciones presentes de las relaciones del capital y el trabajo son muy poco satisfactorias, y esto en gran medida, gracias a las ávidas e inconsideradas exacciones de los empleadores.

Ante la pujanza del movimiento, un cierto número de empresas no esperó la fecha fijada para conceder las ocho horas sin disminución de salario. Se estiman en cerca de 32.000 los obreros que se beneficiaron con esta mejora en el curso del mes de abril, en especial los mineros de Virginia.

El 1° de mayo de 1886

Por fin, el 1° de Mayo de 1886 llegó.

Por todas partes se realizaron importantes manifestaciones con la consigna uniforme:

¡A partir de hoy, ningún obrero debe trabajar más de ocho horas por día!

¡Ocho horas de trabajo!

¡Ocho horas de descanso!

¡Ocho horas de educación!

No hubo menos de 5.000 huelgas y alrededor de 340.000 huelguistas. En Nueva York se pronunciaron en los diversos mítines discursos en inglés y en alemán. Los obreros fabricantes de pianos, los ebanistas, los barnizadores y los obreros de la construcción conquistaron las ocho horas sobre la base del mismo salario. Los panaderos y cerveceros obtuvieron la jornada de diez horas con aumento de salario. En Pittsburg el éxito fue casi completo. En Baltimore, tres corporaciones ganaron las ocho horas: los ebanistas, los peltreiros y los obreros de pianos y órganos. En Chicago, se conquistan las ocho horas sin disminución de salarios por los embaladores, carpinteros, cortadores, obreros de la construcción, tipógrafos, mecánicos, herreros y empleados de droguería. Conquistan las diez horas con aumento de salario los carniceros, panaderos y cerveceros. En Newark son los sombrereros, cigarreros y obreros de máquinas de coser los que obtienen las ocho horas, en tanto que en Boston son los de la construcción; en Louisville, los obreros del tabaco; en Saint Louis, los ebanistas, y en Washington los pintores de obras... En total 125.000 obreros obtuvieron las ocho horas el día fijado. A fin de mes serían 200.000 y 250.000 un poco más tarde, al paso que un millón más veían disminuir su jornada.

No era –como lo ha observado Georges Vidalen– más que un

insignificante «porcentaje», pero se había obtenido un importante resultado: agrupar a todas las fuerzas obreras para una reivindicación única y precisa, cuya realización debía perseguirse sin debilidad. Se trataba de la toma de conciencia del proletariado americano frente al capitalismo más opresivo e irresistible.

Por lo demás, un informe del secretario general de la A. F. L., aunque subrayando las divisiones vituperables que entre los trabajadores existían, dice textualmente:

Jamás, en la historia de este país, ha habido un levantamiento tan general entre las masas industriales... el deseo de una disminución de la jornada de trabajo ha impulsado a millares de trabajadores a afiliarse a las organizaciones existentes, cuando muchos, hasta ahora, habían permanecido indiferentes a la agitación sindical.

El mismo informe, sin ocultar nada de los puntos negativos del movimiento, reconocía las «enormes ventajas» logradas.

Así, la fecha del 1° de Mayo de 1886 ha sido para la historia social de América lo que es –guardando las proporciones–, el 18 de marzo de 1871 para Francia. Como lo reconoció Paul Lafargue, los Estados Unidos son, «por su inmensa huelga por la jornada de ocho horas», los que «han inaugurado la serie de las manifestaciones del 1º de Mayo».

La lucha de clases en Chicago

La jornada fue sangrienta en Milwaukee. Ante la amplitud del movimiento, las autoridades enviaron refuerzos policiales; la multitud les arrojó piedras. Hubo una descarga de fusilería y, finalmente, murieron nueve personas.

En Chicago, el 3 de mayo, se produjeron acontecimientos aún más trágicos, que debían asegurar al 1º de Mayo de 1886 y a la fecha del 1º de Mayo en general una resonancia mundial.

Los trabajadores de Chicago, a pesar de los esfuerzos de sus organizaciones, vivían en su mayoría en las peores condiciones. Muchos trabajaban aún catorce o dieciséis horas diarias, partían al trabajo a las cuatro de la mañana y regresaban a las siete u ocho de la noche, o incluso más tarde, de manera que «jamás veían a sus mujeres y sus hijos a la luz del día». Unos se acostaban en corredores y desvanes, otros en chozas en que se hacinaban tres o cuatro familias. Muchos no tenían alojamiento; se les veía juntar restos de legumbres en los recipientes de desperdicios, como los perros, o comprar al carnicero algunos céntimos de recortes. Por otra parte, la generalidad de los empresarios tenía una mentalidad de caníbales. Sus periódicos escribían que el trabajador debía curarse «de su orgullo» y ser reducido al «papel de máquina humana».

Encontraban que el plomo era «la mejor alimentación para los huelguistas». El «Chicago Times» osó decir:

La prisión y los trabajos forzados son la única solución posible de la cuestión social. Hay que esperar que su uso se generalizará.

Huelga decir que ante semejante estado de cosas aumentó el espíritu de rebeldía en la clase obrera, tanto más cuanto que Chicago, que fue siempre el centro más poderoso de la agitación revolucionaria en los Estados Unidos, había llegado a ser el cuartel general del movimiento anarquista de América.

Éste, después de haber desdeñado en un principio la acción por las ocho horas, la había apoyado luego con todo su ardor combativo. Le aportó además el peso local de su prensa, que estaba lejos de ser despreciable. El «Arbeiter Zeitung», en idioma alemán, se había convertido, de trisemanario y socialdemócrata de izquierda, en cotidiano libertario bajo la dirección de Hessois Auguste Spies, de treinta y un años de edad y residente en América desde 1872.

El «Alarm», semanario en inglés, tenía por redactor en jefe a Albert Parsons, americano, uno de cuyos antepasados había combatido junto a Washington en la guerra de la Independencia. En 1879 había declinado la candidatura a la presidencia de los Estados Unidos ofrecida por el Partido Socialista Obrero. Lizzie M. Schwab, más tarde Lizzie M. Holmes, lo secundaba, en tanto que su marido, Michel Schwab, nacido en Mannheim en 1853, redactaba con Spies el «Vorbote» y «Die Fackel», ambos semanarios.

En torno a estos órganos y a ocho o diez grupos que reunían casi dos mil miembros, todo un núcleo de brillantes militantes, agitadores de ideas con alma de apóstoles y temperamento fogoso, se prodigaban sin límites. Entre ellos sobresalía William Holmes, autor de diferentes folletos, propagandista tan infatigable como Albert Parsons, Lucy E. Parsons, William

Snyder, Thomas Brown, Sarah E. Ames, William Patterson, el doctor James D. Taylor y todos aquellos que con Spies, Albert Parsons y Michel Schwab llegarán a ser los «mártires de Chicago»: el súbdito inglés Samuel Fielden, obrero textil; Georges Engel, Louis Lingg, Adolphe Fischer, los tres alemanes y Oscar Neebe, rico banquero nacido en Filadelfia en 1846, descendiente de familia holandesa. A este último se debe en gran parte la reducción de las horas de trabajo de los obreros panaderos, cerveceros, de los dependientes de la alimentación y de los empleados de comercio de la gran ciudad de Illinois.

Los trabajadores de Chicago, habituados a los mítines al aire libre, a las inmensas comitivas, a los picnics monstruosos, a los tumultos callejeros con banderas rojas y negras y el mayor despliegue de insignias y folletos de propaganda, y aun, en determinado momento, respaldados por grupos armados de autodefensa, respondieron en gran número con la huelga, el 1º de Mayo de 1886, al llamamiento de las diversas organizaciones.

Se concibe que una lucha incubada durante largo tiempo y que había llegado a ser encarnizada, no podía detenerse de la noche a la mañana. La agitación y la fiebre no caen tan rápido. Los días siguientes quedaban aún de treinta y cinco a cuarenta mil huelguistas en la brecha y, por otra parte, numerosos trabajadores se encontraban frente al «lock-out» o al despido patronal. Es lo que pasó en la gran fábrica de máquinas agrícolas Cyrus Mac-Cormick, que había despedido a 1.200 obreros, parcialmente reemplazados por Scabs⁴ o amarillos, contratados en las ciudades vecinas. Disponía además de equipos de la

4 Obreros de tendencia antirrevolucionaria. Esquiroles. [N. del T]

Pinkerton, detectives armados proporcionados por una agencia privada, individuos sin escrúpulos que multiplicaban las provocaciones, seguros de la complacencia policial y la impunidad judicial.

Masacre del 3 y 4 de mayo de 1886

Al terminar la tarde del 3 de mayo, de 7.000 a 8.000 huelguistas se fueron a la salida de las fábricas para escarnecer a los amarillos. Chocaron con las fuerzas policiales y las apedrearon. Se dice que de la multitud partieron algunos tiros de revólver. Siguió una refriega. A los disparos de los Pinkerton hicieron eco los de los revólveres y los de fusiles de repetición de la policía enviada en refuerzo. La multitud debió huir, dejando seis muertos y una cincuentena de heridos. Muchas otras víctimas y numerosos arrestos se agregaron a este sangriento cuadro.

La indignación de los trabajadores se tradujo por el siguiente llamamiento que lanzó al día siguiente el «Arbeiter Zeitung» y que recuerda por su salvaje virulencia la protesta de Blanqui en 1848 al anuncio de la masacre de Ruán.

La guerra de clases ha comenzado. Ayer, frente a la fábrica MacCormick, fusilaron a los trabajadores. ¡Su sangre pide venganza!

¡Quién podría dudar de que los tigres que nos gobiernan están ávidos de la sangre de los trabajadores!

Pero los trabajadores no son carneros. Responderán al Terror Blanco con el Terror Rojo. Vale más la muerte que la miseria.

Si se fusila a los trabajadores, respondamos de tal manera que nuestros amos lo recuerden por mucho tiempo.

Es la necesidad la que nos hace gritar: «¡A las armas!».

Ayer, las mujeres y los hijos de los pobres lloraban a sus maridos y sus padres fusilados, mientras en un palacio los ricos; llenaban sus vasos de vinos costosos y bebían a la salud de los bandidos del orden...

¡Secad vuestras lágrimas los que sufrís!

¡Tened coraje, esclavos! ¡Levantaos!

Al mismo tiempo, los grupos anarquistas convocaban al pueblo a un mitin de protesta en la plaza del mercado de heno (Haymarket), a las siete y media de la tarde. Al fin de la convocatoria se decía a los obreros:

¡Armaos y apareced con toda la fuerza! (Workmen! arm yourself and appear in full force!)

Era la confirmación del llamamiento a las armas del «Arbeiter Zeitung». Pero en el último momento la manifestación tomó un carácter pacífico. Se recomendó a los manifestantes que fueran al mitin sin armas, y tampoco previo el matrimonio Parsons lo que sucedería, pues llevó a sus dos hijos pequeños.

Había alrededor de 15.000 personas. Desde lo alto de un carro, Spies, Albert Parsons y Fielden tomaron sucesivamente la palabra. Todo transcurrió en calma. La multitud iba a retirarse cuando la policía irrumpió en la plaza y comenzó a dispersar con violencia a los asistentes. El comandante no había terminado de pronunciar la frase reglamentaria en tales casos cuando una bomba cayó en las filas policiales, derribando a unos sesenta hombres. Dos murieron en el acto y seis más tarde, a consecuencia de sus heridas. Fue la señal de un pánico loco y de una batalla más terrible que la de la víspera. Los policías sobrevivientes, ayudados por refuerzos abrieron nutrido fuego sobre la multitud aun presente. La masacre fue espantosa, pero es imposible establecer el doloroso balance. Un despacho de la agencia de Chicago habla de más de 50 «agitadores» heridos, muchos mortalmente. Se trata, evidentemente, de una subestimación bien comprensible.

Para completar esta sangrienta represión, Chicago fue puesta en estado de sitio y se prohibió a la población salir de noche a las calles. La tropa ocupó durante muchos días ciertos barrios y la policía llegó a vigilar estrechamente los entierros de las víctimas de la masacre, con la esperanza de descubrir entre los asistentes a los militantes que habían escapado a las pesquisas. Se detuvo a un gran número y se procedió a indagaciones en masa. Todo el equipo del «Arbeiter Zeitung» presente en el momento de la operación policial fue detenido en los talleres del periódico, especialmente la compañera de Schwab y Lucy Parsons. Pero Albert Parsons, a quien la policía designó públicamente al principio como autor del lanzamiento de la bomba, logró escapar.

Según la declaración posterior de un detective, el autor del atentado sería un anarquista alemán cuyo refugio se había descubierto pero sin poder arrestarlo. Así, por una maquiavélica combinación, en un designio oscuro, el atentado se pudo trasponer del plano individual al colectivo. La instrucción terminó por procesar a los militantes de quienes querían desembarazarse a cualquier precio. Se tenía la esperanza de que haciéndolos desaparecer se acabaría con el movimiento revolucionario de Chicago. El anarquista alemán responsable ignoraba, naturalmente, este odioso plan.

El proceso de Chicago

La instrucción retuvo preventivamente a Spies, Fielden, Neebe, Fischer, Schwab, Lingg, Engel y Albert Parsons. Sólo pasadas dos semanas y media y después de un minucioso examen de 979 nombres se constituyó un jurado, con todas las garantías para una condena ejemplar y despiadada. La prueba debían proveerla más tarde las deposiciones bajo juramento. El propio ministerio público organizó falsos testimonios. En una palabra, fue una caricatura de jurado, de instrucción y de proceso, una innoble parodia de justicia que terminó por ser un juicio de clase, en toda la extensión de la palabra.

Es verdaderamente difícil –ha escrito Morris Hillquit, historiador del socialismo en los Estados Unidos– leer los informes sin sacar la conclusión de que fue la más monstruosa caricatura de justicia que haya sido dado ver jamás en un tribunal americano.

El procurador pidió la pena de muerte, a pesar de que resultó imposible establecer la menor participación directa de los inculcados en el atentado. La actitud de éstos fue admirable. Parsons, refugiado en casa de unos amigos, en Waukesha (Wisconsin), y que tenía la mayor posibilidad de no ser descubierto, se constituyó prisionero al abrirse los debates para compartir la suerte de sus camaradas y «si era necesario –dijo– subir también al cadalso por los derechos del Trabajo, la causa de la Libertad y el mejoramiento de la suerte de los oprimidos».

Todos durante el proceso resistieron con firmeza y prudencia a los magistrados, y entre el veredicto y el pronunciamiento de la pena elevaron, cada uno según su temperamento, una viril requisitoria contra la sociedad capitalista.

Fue –como lo ha escrito Robert Louzon– una magnífica afirmación de fe y coraje.

Lucy Parsons ha recogido piadosamente y publicado en su totalidad estas últimas declaraciones. No hay quizá páginas más conmovedoras en la historia del proceso de los revolucionarios proletarios.

Spies, dirigiéndose al juez, habló «como el representante de una clase al representante de otra» y trató de agente de los banqueros y los burgueses al fiscal Grinnel. Evocó a los grandes perseguidos y se declaró pronto a seguirlos.

Schwab pintó con persuasiva emoción la explotación capitalista que había vivido dolorosamente en Europa y en los Estados Unidos. Neebe relató los «crímenes» que había cometido impulsando a otros a la acción sindical. Fisher

denunció al fiscal, en caso de ejecución, como «un criminal y un asesino». Engel y Fielden recordaron la miseria, la opresión y explotación de los trabajadores. Lingg se proclamó enemigo irreconciliable de la sociedad burguesa y partidario de la violencia revolucionaria.

Albert Parsons mostró que el orden capitalista está basado en la fuerza y mantenido y perpetuado por ella, y se entregó a una audaz comparación entre el papel emancipador de la pólvora de los cañones, rechazando antaño la potencia nobiliaria, y el papel liberador de la dinamita, que permite al proletario moderno hacerse respetar por sus opresores. Spies, Neebe y Fielden no dejaron de incidir en la cuestión de la reducción de las horas de trabajo. Formando un conjunto de sacrificio, reclamando abiertamente la muerte.

Spies, que gustaba recordar las palabras de Mirabeau: «no es con agua de rosas como se riega el campo social», exclamó:

–¡Si la muerte es la pena que corresponde a la proclamación de la verdad, entonces estaré orgulloso de pagar su precio!

–Colgadme –dijo Neebe.

–Colgadme –repitió Lingg.

–Si mi vida –dijo Fielden– debe servir a la defensa de los principios del socialismo y la anarquía, tal como yo los entiendo, y creo honestamente que son en el interés de la humanidad, declaro que me siento feliz de darla, y es un precio muy bajo por tan grande resultado.

Vista la grande y noble causa porque me apresto a morir –escribió el tipógrafo Fisher a sus camaradas de sindicato–, mi ruta al cadalso será fácil.

La sentencia, dictada el 20 de agosto de 1886, condenaba a los ocho acusados a la horca. Sin embargo, hubo gracia para Schwab y Fielden, cuya pena fue conmutada por la prisión perpetua, y para Neebe, por la de quince años de prisión. Mientras tanto, se había apelado el 18 de marzo de 1887 y, por sentencia del 20 de septiembre, el juicio había sido confirmado. El Supremo de los Estados Unidos no consintió en anular el juicio por vicio de forma.

Desenlace del drama

La antevíspera de la ejecución, Lingg se suicidó en su celda fumando un cigarro de fulminato, con la esperanza de salvar a sus camaradas. La víspera, en el momento de los adioses, se desarrollaron escenas atroces, y la misma mañana de la ejecución Lucy Parsons fue a suplicar a los carceleros con «palabras que enternecerían a las fieras» que se le permitiera una vez más besar a su compañero. En vano Lucy se desvaneció con un grito trágico. Los yernos de tres de los condenados a muerte trataron igualmente en vano de verlos. Como rehusaran abandonar la cárcel por la fuerza, fueron detenidos. Los carceleros se mostraron tan inflexibles como el gobernador Oglesby, que no tuvo en cuenta ninguna de las innumerables protestas y peticiones que recibió, especialmente un telegrama

de los diputados del Sena y otro de los diputados de la extrema izquierda francesa. Por lo demás, uno de los jurados, fuera del tribunal, confesó cínicamente el objetivo perseguido bajo la máscara del juicio:

Los colgaremos igualmente. Son hombres demasiado sacrificados, demasiado inteligentes y demasiado peligrosos para nuestros privilegios.

El suplicio tuvo lugar el 11 de noviembre de 1887, antes de mediodía, en el patio de la prisión, mientras en las calles y los alrededores la multitud era contenida por las tropas.

Los cuatro ajusticiados murieron heroicamente. Sus pies estaban ya trabados con una cuerda y sus manos atadas a la espalda. Se les anudó una tercera cuerda al cuello. Y después que las trampillas hubieron cedido, los cuerpos convulsos se balancearon en el espacio, con los ojos fuera de las órbitas y la lengua pendiente:

... Mordaza de carne violácea que sellaba para siempre –escribió Sevrine– aquellos labios culpables de haber hablado de justicia y verdad.

Igualmente, en su última hora Parsons exclamó:

–¿Me dejaréis hablar, gentes de América? Dejadme hablar, sheriff Matson.

Y había comenzado a decir:

–¡Oh gentes de América, escuchad la voz del pueblo! Oh...

Pero la caída de la trampilla lo interrumpió. En cuanto a Spies, pudo pronunciar estas palabras proféticas:

–Salud, tiempo en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces, que estrangula la muerte.

Engel y Fisher gritaron:

–¡Hurra por la anarquía!

Y el último agregó:

–Este es el momento más feliz de mi vida.

Los cuerpos de Parsons, Fisher y Spies fueron entregados a sus familias. Seis mil personas siguieron al cementerio los féretros embanderados de rojo.

Con estas muertes crueles, que pagaban con su sangre generosa la conquista de las ocho horas, acababa uno de los episodios más atroces de la inexorable guerra de clases, dejando al proletariado preso de indignación y furor.

Hay que confesar que en aquel momento la clase obrera no alcanzó a darse cuenta, en su entorpecimiento, de la grandeza de lo que se había arriesgado y del sacrificio hecho. Hains Henryot, emigrado francés con la ciudadanía americana, ha contado lo que vio en Nueva York el día de la ejecución. Grupos de obreros sollozaban como niños. Pero nadie estaba listo para vengar el crimen. Tanta indiferencia lo subleva y no cree que el obrero parisiense soportase tal desafío. Hubiera habido barricadas –dice–. Quizá. Pero hay que reconocer en justicia que

el proletariado parisiense, absorbido por sus propias luchas, no reaccionó al anuncio del crimen. Algunos pequeños grupos protestaron, y esto fue todo. Lo mismo ocurrió en casi todas partes.

Es que el espíritu de solidaridad internacional era aún muy débil y no se había concretado en organizaciones sólidas y combativas, ¡Qué diferencia con el mar de fondo que se abrió al mundo en 1927 cuando el «affaire» Sacco–Vanzetti, esa nueva negación de justicia del capitalismo americano!

Sin embargo, la sangre vertida por los mártires de Chicago no fue inútil. Fecundó la idea de las ocho horas, y sin ella, quizá la fecha del 1° de Mayo no hubiera conquistado derecho de ciudadanía en el Congreso internacional de 1889. Fisher había acertado cuando en febrero de 1887 escribió:

Estoy persuadido de que nuestra ejecución ayudará al triunfo de nuestra causa.

Hecho sintomático: dos meses después del horrible drama, muchos millares de voces proclamaron el nombre de Albert Parsons para las elecciones de presidente de la República, y algunos años más tarde la burguesía americana se vio públicamente abofeteada por uno de los suyos, el nuevo gobernador de Illinois, John Altgeld, un hombre íntegro. Después de una larga investigación, éste se convenció de la inocencia de los condenados. En 1893 proclamó en una serie de considerandos todas las irregularidades e infamias del proceso y demostró que el veredicto había sido dictado cumpliendo órdenes.

Tal atrocidad –dice del juicio– no tiene precedente en la historia.

En consecuencia, Fielden, Neebe y Michel Schwab quedaron en libertad incondicional, después de siete años de prisión. En cuanto a los cinco ajusticiados, fueron públicamente rehabilitados, pero no era posible, por desgracia, devolverlos a la justa ternura de los suyos, a la fraternidad y a la lucha de sus camaradas de clase.

Persistencia de la agitación y de la elección del 1° de Mayo

Después del 1° de Mayo de 1886, la atmósfera de pánico creada por la prensa en torno a los Caballeros del Trabajo hizo perder a esta orden mucha de su influencia y acarrió la caída en vertical de sus efectivos. Sin embargo, a pesar de que sus miembros habían sostenido el movimiento, la organización no había sido cálida partidaria del mismo. Había llegado incluso a atacar en su periódico oficial a Albert Parsons, uno de sus afiliados, a quien la asamblea local, más valerosa, rehusó expulsar.

La American Federation of Labor, constituida en diciembre de 1886 en el Congreso de Columbus por la Federación de las Trade-unions y los disidentes de los Caballeros del Trabajo, reemprendió la lucha por las ocho horas. Esta lucha de orden nacional se libraba al mismo tiempo que diversas huelgas en los distintos planos corporativos. Así los tipógrafos de Nueva York,

que en el momento de la creación de su sindicato trabajaban 16 horas diarias, entraban en lid para conquistar las nueve horas. Llegaron a obtenerlas finalmente en 1898, a la espera de conseguir las ocho horas por su tenaz y victoriosa huelga de 1906.

En 1887 la AFL contaba ya 200.000 miembros. En su Congreso de Saint Louis en 1888, Samuel Gompers, presidente de la organización hasta su muerte en 1924, hizo resaltar en su informe las razones que militaban en favor de la disminución de las horas de trabajo:

Reduciendo la jornada de trabajo, no solamente daremos a los que buscan trabajo en vano el medio de encontrarlo, sino que haremos más constante nuestro empleo y nuestros salarios más estables y menos expuestos a reducciones.

El Congreso votó con entusiasmo las proposiciones de su presidente y el consejo ejecutivo recibió la orden de realizar encuestas sobre la duración del trabajo en cada oficio, sobre el número de obreros que sería directamente alcanzado por una reducción, sobre la situación financiera de las Trade-Unions, etc. El congreso preconizó discusiones amigables con los empresarios a fin de inaugurar las ocho horas en todo el país el 1° de Mayo de 1890.

Comenzó una nueva campaña, que se desenvolvió rápidamente. El 22 de febrero de 1889 se realizaron mítines en 210 ciudades, el 4 de julio en 311, el 2 de septiembre en 420 y el 22 de febrero de 1890 en 526. El número de organizaciones específicas pasó de 80 a 300. Se repartieron 60.000 folletos.

Gompers debió atemperar el celo de algunas uniones nacionales que querían decretar la huelga general el 1º de Mayo de 1890, pero se declaró dispuesto, sin embargo, a sostener a las organizaciones que estuvieran en condiciones de obtener las ocho horas para esa fecha.

El consejo ejecutivo quería evitar la dispersión de los esfuerzos. Eligió los oficios mejor preparados para lograr las ocho horas y concentró la acción sobre ellos. Así, el 14 de diciembre de 1888 aprobó la entrada en la lucha de la Fraternidad Unida de los Carpinteros.

Este grupo podía contar, en efecto, con el apoyo de los otros obreros de la construcción. Creó un fondo de huelgas, impuso una contribución extraordinaria y se lanzó enérgicamente al movimiento.

El sindicato de los mineros, por su lado, hizo cesar el trabajo a sus afiliados durante cinco semanas en 1889 para obtener las ocho horas. Y cuando al año siguiente, después de una fusión se constituya un nuevo sindicato, la jornada de ocho horas estará a la cabeza de sus reivindicaciones.

Finalmente, gracias a la acción sindical, un gran número de mineros, que conmemorarán en adelante esta victoria con un día de fiesta –el 1º de abril–, conseguirán en 1898 las ocho horas.

Las resoluciones del Congreso de Saint Louis fueron confirmadas por decisión del Congreso de Boston en 1889. Así la fecha del 1º de Mayo se fijaba en las masas americanas como jornada reivindicativa en favor de la reducción de las horas de trabajo.



III. LA MANIFESTACIÓN FRANCESA DEL 10 Y 24 DE FEBRERO DE 1889

Las ocho horas en la acción obrera después de la Comuna

Después de la Comuna el obrero francés no es sólo el asalariado del capital, sino el vencido por la reacción. La represión, que en mayo de 1871 fusiló a los soldados de la revolución, continuó encarnizándose bajo otra forma en los talleres y astilleros, en las minas y en los campos.

La debilidad numérica e ideológica y la pérdida de los cuadros experimentados de las organizaciones obreras permiten que a la opresión política se agregue la opresión capitalista. Las consecuencias son la miseria en el hogar y el exceso de trabajo y el autoritarismo en el taller.

Los obreros textiles se agotan hasta el punto de que los más favorecidos trabajan quince horas. Los maquinistas y fogoneros de ferrocarril trabajan a veces hasta veinte horas de las veinticuatro, poniendo en peligro, con su fatiga, la seguridad de los pasajeros.

Los obreros franceses están tan agotados que no piensan ni en apelar a la protección legislativa, ni en recurrir a la huelga para escapar a las abrumadoras jornadas de trabajo. En Suiza, por el contrario –más exactamente en la Federación del Jura– dos hombres, James Guillaume y Adhémar Schwitzguebel, en 1874 y 1875 piden a los obreros que limiten por sí mismos su tiempo de trabajo obligando a los patronos. Es sin duda en el curso de esta campaña, inspirada en una hostilidad a la intervención del Estado, cuando se han empleado por primera vez las tan expresivas fórmulas de «acción directa» e «iniciativa directa».

El Congreso Obrero Francés realizado después de la Comuna se llevó a cabo en París, en la sala de escuelas de la calle de Arras, del 2 al 10 de octubre de 1876. Reunió a 360 delegados. Algunos pidieron la limitación legal de la jornada de trabajo para los adultos, lo que se convirtió en una resolución. Pero solamente para la mujer se formuló un voto reclamando las ocho horas. En esa época hacía ya tres años que la jornada de ocho horas se había adoptado en Tasmania y Australia del Sur, completando los grandes éxitos de los años 1855–1858 en el continente australiano.

El II Congreso Obrero, reunido en Lyon en enero de 1878, adoptó una noción de principio sobre las ocho horas. El III, celebrado en Marsella en octubre de 1879, con mucho el más importante, ya que de él data la creación de un Partido Obrero en Francia, no se ocupó de las ocho horas en general. El 26 de mayo de 1879 Martin–Nadaud y Villain presentaron cada uno un proyecto de ley que reducía a diez horas la duración del trabajo de los adultos en el plano industrial. Estas proposiciones, que al principio habían sido objeto de un informe favorable de

Waddington (11 de junio de 1880), fueron finalmente rechazadas al cabo de cuatro años de discusiones.

En julio de 1880, en París, el Congreso Regional de la Federación del Centro del Partido Obrero inscribió como reivindicaciones en su programa económico, artículo 1, la «reducción legal de la jornada de trabajo a ocho horas para los adultos» y la «reducción de la jornada de trabajo a seis horas» para los jóvenes. Este programa, publicado en «L'Égalité» del 30 de junio, había sido elaborado en Londres por Marx, Engels, Guesde y Lafargue. Revestía por ello gran importancia. Por lo demás, se convirtió en la carta constitutiva del Partido Obrero Francés, y todo el movimiento obrero de raíz guesdista sostuvo desde entonces la jornada legal de ocho horas. En cuanto al programa adoptado por la Alianza Republicana Socialista fundada por antiguos communards⁵ (octubre de 1880), se limitaba a pedir «la reducción legal de la duración máxima de la jornada de trabajo» entre las reformas «inmediatamente realizables».

El IV Congreso Obrero de El Havre (16–22 de noviembre de 1880) ratificó la reivindicación de las ocho horas al confirmar el programa elaborado en Londres. El sindicato de la Tipografía Parisiense, que participa de él, se había pronunciado por «la fijación de la duración de la jornada de trabajo en diez horas como máximo» y había aprobado el informe Vallet especificando que «la mujer no debe jamás, bajo ningún pretexto, trabajar más de ocho horas y con un reposo de una hora, por lo menos».

⁵ Así se llamaba en Francia a los partidarios de la Comuna de París (1871). [N. del T.]

Los obreros en general se detenían entonces en las diez horas como reivindicación. Lo testimonia el voto de un proyecto de ley en este sentido por 3.000 ciudadanos reunidos en el Alcázar de Lyon, voto apoyado por la adhesión de las cámaras sindicales de numerosas ciudades obreras. Édouard Vaillant, declarándose satisfecho de ver a los obreros interesarse así por la cuestión de la disminución de las horas de trabajo, creyó deber recordarles la reivindicación del «proletariado de Europa y América».

Esperamos –dijo– que sea la jornada de ocho horas y no la de diez la que reclamen los obreros, confiando en que comprendan que el único medio de obtenerla es tomarla.

Merece retenerse esta parte final, que esperaba más de la virtud de la acción directa de los trabajadores que de la de los proyectos de ley para la conquista de las ocho horas. Muestra, con la intervención de Pédrón en el Congreso Corporativo de Calais (1890), que desde 1881 algunos militantes socialistas se orientaban ya en el sentido de la gran lucha que la CGT emprenderá en 1904. Debido al rechazo del programa mínimo del Partido Obrero elaborado en Londres –oposición doctrinal que se agrega a las disensiones personales entre Guesde y Brousse– se produjo durante el Congreso de Reims (30 de octubre–6 de noviembre de 1881) la división virtual en el seno del Partido Obrero. Pero la reivindicación de las ocho horas no estaba en discusión. Muy al contrario. La prueba es que el Congreso de Rennes (12–19 de octubre de 1884) del Partido Obrero Socialista Revolucionario (sección broussista) se pronuncia por la limitación de la jornada de trabajo, y que el VI Congreso Regional de París, de la misma organización, en 1885, en la parte económica de su programa se pronuncia por la «re-

ducción de la jornada de trabajo a ocho horas como máximo, con fijación por cada corporación de un mínimo de salario», y por la reducción a seis horas de la jornada de trabajo para los adultos que trabajen de noche y para los jóvenes menores de 18 años. Por otra parte, el Congreso Nacional de Charleville (octubre de 1887), de la misma organización, adoptará la resolución siguiente:

Considerando:

Que es de la mayor importancia combatir la desocupación ocasionada por las crisis comerciales, sobre todo por el perfeccionamiento de las herramientas, el desarrollo del maquinismo y el trabajo excesivo.

El Congreso decide:

La jornada de trabajo será limitada a ocho horas sin disminución de salarios; éstos deberán ser fijados por las Cámaras sindicales y grupos corporativos.

La propaganda del Partido Obrero Francés

Mientras tanto, Jules Guesde y Paul Lafargue, presos entonces en Sainte-Pélagie, habían mostrado la razón de la reivindicación de las ocho horas, basándose en una argumentación sólida y sobria que, ampliamente difundida, popularizó esta parte del programa del Partido Obrero. Su exposición completa figura en

el célebre folleto que comenta el programa y que, aparecido en octubre de 1883, se publicó aún en una sexta edición a comienzos de este siglo.

Los dos líderes del POF, después de haber relacionado la reivindicación de las ocho horas con la tradición de los congresos de la Internacional, refutaron las críticas de los obreros inconscientes y de los burgueses temerosos, hostiles a la reforma. Los primeros pretendían que la reducción de la jornada de trabajo se traduciría por una reducción de los salarios. Guesde y Lafargue respondieron mostrando que por el contrario la reforma, al reabsorber la desocupación, impediría la baja de los salarios por parte de los desocupados que buscan colocarse a cualquier precio. En apoyo de su razonamiento citaban el ejemplo de Inglaterra. En cuanto a los burgueses que pretendían que la reforma arruinaría la industria francesa e impediría el mejoramiento del utillaje. Guesde y Lafargue los confundían citando nuevamente el ejemplo británico. Por último, y sobre todo, los autores del folleto, seguros de las consecuencias de la experiencia inglesa y de la iniciativa tomada por la República Helvética, mostraban la necesidad de hacer «de la fijación de una jornada legal de trabajo en Europa una cuestión de convención internacional».

Esta idea-fuerza debía abrir brecha poco a poco en el proletariado mundial. Se volvió a ella en el Congreso de Roubaix del Partido Obrero Francés (29 de marzo–7 de abril de 1884), que señaló una importante etapa en la vía de la conquista internacional de las ocho horas. Este congreso no sólo confirmó el programa del partido elaborado en Londres, ratificado en El Havre y en el Congreso de Roanne (26 de septiembre–1 de

octubre de 1882), sino que discutió especialmente la idea de una legislación internacional del trabajo, idea que no era específicamente socialista, ya que cuarenta años después de Robert Owen –el gran precursor a este respecto– había sido retomada en 1857 por un patrono alsaciano, Daniel Legrand, y en 1881, por el Consejo federal suizo, como Guesde y Lafargue lo habían recordado en el folleto arriba citado. Los dos líderes del partido obrero francés hubieran podido, para ser justos, referirse también al gran socialista belga César de Paepe que, en el Congreso de Higiene y Medicina Pública de Bruselas en 1880, había planteado, a instancias del socialista alemán Höchberg, la cuestión de la Legislación Internacional del Trabajo, y la había desarrollado luego en el «Moniteur Industriel», periódico de Ernest Vaughan.

El Congreso de Roanne discutió también la necesidad de reunir un congreso internacional a los efectos de promover esta legislación. Sobre estos dos puntos, de acuerdo con la Democratic Federation de Inglaterra, representada por Belfort-Bax y Quelch, adoptó una resolución invitando a los partidos socialistas de ambos mundos a «emprender una campaña común», en especial por «la limitación del trabajo de hombres y mujeres». El párrafo tres de esta resolución especificaba:

La jornada de trabajo deberá fijarse en un máximo de ocho horas, pero el congreso invita, a las organizaciones obreras lo bastante poderosas para arrancar a sus gobernantes una reducción más considerable, a actuar internacionalmente en tal sentido.

Jules Guesde afirmó que el gran mérito del Congreso de Roubaix era haber «abierto el campo internacional a los proletariados de los diversos países, ya comprometidos en una primera acción común».

A su regreso, los delegados, de paso en París, dieron cuenta de sus trabajos en una reunión en la sala Lévis. Fue Gabriel Farjat, delegado de Lyon, quien subrayó larga y enérgicamente la importancia de la moción votada «desde el punto de vista de la revolución que se prepara».

Es necesario que el Partido Obrero –agregó–, para atraerse las masas, pruebe que es desde hoy el único partido que toma en cuenta sus intereses inmediatos.

Período de revueltas

Pero hay que creer que no llegó a dar esta prueba, por lo menos en Lyon, a pesar de haber puesto las bases de las federaciones textil y del vidrio, dos organizaciones que respondían a las necesidades de una importante parte de la clase obrera local. Porque, ¿qué vemos seis meses más tarde en la gran ciudad del Ródano? Los desocupados, reducidos a la miseria por la crisis económica que alcanzaba entonces toda su agudeza, organizan una gran reunión a la que acuden 4.000 personas. ¿Qué reclaman? No la jornada de ocho horas, con o sin convención internacional, sino la «apertura inmediata de los

astilleros nacionales para todos los obreros sin trabajo, con una jornada de nueve horas y un salario mínimo de 4 francos».

¿Cómo asombrarse de tal indiferencia de los obreros respecto a la reivindicación de las ocho horas? ¿Acaso los anarquistas militantes no se levantan contra toda reducción de la jornada de trabajo, porque de uno o de otro modo no podría pagarse más que por una «nueva combinación» del patrón para recuperar su beneficio, lo que acarrearía para el trabajador una «mejora» que se vuelve contra él? Llegan incluso a sostener esta curiosa argumentación:

La reducción de la jornada de trabajo tendrá por efecto activar el perfeccionamiento del utillaje e impulsar el reemplazo del trabajador de carne por el obrero mecánico, lo cual en una sociedad bien organizada sería un progreso, pero en la sociedad actual resulta una agravación de la miseria.

Sin embargo, la resolución de Roubaix no deja de ganar terreno. Camélinat, diputado socialista, presenta a la Cámara un proyecto de ley sobre la legislación internacional del trabajo. Hay otra iniciativa que merece señalarse. Emana del fourierista J. B. A. Godin, el fundador del *familisterio* de Guise. La crisis económica se prolonga y él propone en 1886 a los fabricantes de aparatos de calefacción –sus colegas, en suma– el establecimiento de la jornada de diez horas, con salario mínimo, para intentar resolver las dificultades, al menos en esta rama de la industria.

Conferencia internacional corporativa de París (Agosto de 1886)

En el último semestre del año, las asambleas obreras de Lyon y de París llaman la atención de los trabajadores sobre las cuestiones de las ocho horas, de la legislación internacional del trabajo y de la acción común internacional.

La Conferencia Internacional Corporativa se organiza en ocasión de la Exposición Internacional Obrera que se realiza en el pabellón de la ciudad de París, en el Cours la Reine. Se reúne del 24 al 27 de agosto por iniciativa del Consejo de la Exposición, cuyo secretario es J. B. Lavaud. Agrupa en la sala de la Redoute a siete delegados de las Trade-Unions británicas, un delegado de las Trade-Unions de Australia y Nueva Gales del Sur, tres de Bélgica, dos de Hungría, uno de Austria, uno de Alemania y uno de Noruega, además de cierto número de delegados franceses que representan sesenta cámaras sindicales parisienses y quince grupos corporativos de los departamentos.

El 26 de agosto, Victor Dalle (posibilista) presenta un informe reivindicativo en favor de las ocho horas, en nombre de los sindicatos parisienses.

El preámbulo dice:

Los obreros de los diferentes países intimarán a sus respectivos gobiernos para abrir negociaciones con vistas a concluir convenciones y tratados internacionales respecto a las condiciones del trabajo.

La resolución adoptada ratifica el informe de Dalle. En cuanto a los delegados ingleses, fueron los únicos –salvo uno– que formularon reservas sobre la cuestión tan importante de la legislación internacional del trabajo.

Esta conferencia, como etapa hacia el 1º de Mayo internacional, presenta, si se puede decir, un interés más directo en razón de la posición que toma en el plano de la acción obrera internacional.

El 27 de agosto, Anseele formula enérgicamente la idea–fuerza cuyas consecuencias no han terminado de desarrollarse. Lamenta que las relaciones entre los trabajadores de todos los países no sean lo bastante continuadas porque –dice– «sin un entendimiento, sin unión internacional, fracasarán todos nuestros proyectos». Termina citando a todos los delegados presentes para la Exposición Internacional de 1889. Sería –agrega– «bien mezquina si los productores de las maravillas que allí habrá acumuladas no acudieran a tomar las medidas necesarias para la liberación de los trabajadores».

En verdad, la quinta Comisión de la conferencia había recibido numerosas sugerencias que reclamaban la celebración de un congreso internacional en el momento de la Exposición Universal. La idea estaba, pues, «en el aire». Pero Anseele le imprimió tal fuerza que muchos delegados apoyaron de inmediato su intervención, esperando la lectura del informe favorable de la comisión.

Por su parte, César de Paepe hizo adoptar por unanimidad una resolución pidiendo la reconstitución de la Internacional en oca-

sión del proyectado congreso. Por fin, para responder al deseo general, se votó la siguiente resolución:

La conferencia decide que en 1889 tendrá lugar una Exposición colectiva obrera internacional con subvención del Estado, dejando la administración a las cámaras sindicales obreras, que convocarán a este efecto una asamblea general de las corporaciones.

Decide también que en 1889 se llevará a cabo un congreso obrero internacional y que el Partido Obrero Socialista Francés se encargará de su organización.

Si se agrega que el 26 de agosto John Northon, delegado australiano, había hablado a la conferencia de la situación de su país, colocado –como se sabe– a la vanguardia de las ocho horas, se comprende que estas sesiones representan un notable paralelogramo de fuerzas en dirección al 1º de Mayo. Por lo demás, Jules Guesde, deplorando el ostracismo de que habían sido objeto –a instancias de los posibilistas– los grupos socialistas, no se engañó sobre el alcance de la conferencia. Subrayó que ésta insistía en el fondo y la forma en las resoluciones reivindicativas del Congreso de Roubaix y que volvía a entrar «en la vía abierta por los grandes congresos de la Asociación Internacional». La calificó de «Conferencia preparatoria del congreso de 1889», que debía conducir a una nueva constitución de la Internacional. La misma abstención de los delegados británicos le parecía de buen augurio, como cortando con un poco «de vino socialista su agua clara corporativa».

Del Congreso de Lyon al Congreso de Burdeos

Este artículo apareció el 21 de septiembre de 1886. Al mes siguiente, del 11 al 16 de octubre, se realizó en Lyon el Congreso de sindicatos obreros, que señaló, con la derrota de los barberetistas, la fundación de la Federación Nacional de Sindicatos y grupos corporativos. Gabriel Farjat informó allí sobre «la limitación a ocho horas de la jornada de trabajo» y el voto del proyecto de ley Camélinat, al mismo tiempo que acerca de la abrogación de la ley sobre la Internacional. La resolución especifica en lo tocante a los dos primeros puntos:

El congreso pide que los legisladores voten una ley que fije la duración de la jornada de trabajo en ocho horas y que se aplique a todas las industrias.

Que las cámaras sindicales se encarguen de tomar medidas para facilitar la aplicación de dicha ley a los obreros de la pequeña industria.

Al procederse a la votación, 94 votos se pronunciaron por la jornada de ocho horas, 8 en contra y hubo 7 abstenciones. Por otra parte, se lee en el manifiesto de la comisión ejecutiva, publicado por el congreso, que la legislación sobre «las horas de trabajo» es «esperada con viva impaciencia por todos los trabajadores». El manifiesto del Congreso votado en la última sesión encontraba «humillante» para los trabajadores estar reducidos a pedir la disminución de la jornada a ocho horas. De

hecho, en agosto de 1887 los parados de Tolosa, como los de Lyon, no ligan a sus reivindicaciones la reducción de las horas de trabajo. Y cuando, como consecuencia de su acción, el Consejo Municipal de Tolosa dicta un reglamento para el trabajo de los desocupados en los astilleros comunales, fija su jornada en diez horas en los meses de agosto y septiembre.

Los tejedores y las devanadoras huelguistas de los talleres Pellaumail, en Cholet, consiguen al mes siguiente no las ocho horas, sino once en vez de doce, lo que no tarda en desencadenar una huelga casi general de más de diez mil tejedores. Estos nuevos huelguistas reclaman a su vez, con un aumento de salario, la jornada de once horas que, como escribía Víctor Dalle, no es «una pretensión excesiva» porque «trabajar once horas por día ya es más que suficiente». Hecho increíble: había aún viejos tejedores en el campo que hacían pañuelos trabajando hasta diecisiete y dieciocho horas por día.

La cuestión de las ocho horas está entonces en Francia tan poco en el orden del día que cuando se forma en la Cámara el grupo socialista (16 de diciembre de 1887), el programa, que comprende catorce reformas u objetivos, no menciona la reducción legal de las horas de trabajo. Sin embargo, en octubre, y en París, veintidós cámaras sindicales de la construcción organizan un mitin para combatir el paro, reclamando, con la supresión de los intermediarios, la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas. Fuera de Francia, no parece que el movimiento haya progresado más. Los desocupados de Londres reclaman en sus manifestaciones callejeras la construcción de casas obreras para reabsorber la desocupación y los carpinteros huelguistas de Berna luchan por las nueve horas.

También por las nueve horas se agitan en los primeros meses de 1888 los obreros parisienses de la construcción (a pesar de su precedente afirmación de principio por las ocho horas), a fin de obtener de la ciudad de París la aplicación del voto de su Consejo, que seguía siendo letra muerta a causa de la obstrucción de los empresarios y de la mala voluntad del prefecto. Sin embargo, en la misma época los dependientes de farmacia de París y los mineros de Saint-Étienne se pronuncian por las ocho horas con un día entero de reposo por semana. Pero estos últimos, a consecuencia de su desdichada huelga se contentarán con reclamar diez horas de presencia efectiva, entre las condiciones de su regreso al trabajo. No obstante, en la Cámara, el exminero Basly, en el curso de la discusión del proyecto Lokroy-Demóle, seguirá reclamando la limitación a ocho horas para los mineros, al mismo tiempo que a nueve horas para los otros obreros. La Cámara denegará por 375 votos contra 163 reglamentar la jornada de trabajo de los obreros adultos (14 de junio de 1888).

Édouard Vaillant y las ocho horas

El III Congreso de la Federación Nacional de Sindicatos y Grupos Corporativos realizado en Burdeos y Le Bouscat, del 28 de octubre al 14 de noviembre de 1888, se inscribe también, y sobre todo, como una etapa importante en la historia del 1º de Mayo.

¿Por qué? Porque su preparación, su desarrollo, las re-

soluciones que adoptó y el secretario que dio a la Federación constituyen otros tantos factores tendentes a la eclosión de la jornada internacional de reivindicación y de combate.

A pesar de no haber asistido al congreso y no pertenecer a la Federación, Édouard Vaillant, el ex miembro de la Comuna y de la Internacional, desempeñó un papel de primera línea en la orientación de las sesiones de Burdeos, especialmente en lo que atañe a la cuestión de las ocho horas. Será injusto, pues, manteniéndose en un punto de vista puramente formal, no tener en cuenta su acción.

Lo hemos visto ya actuando. En verdad, desde su regreso del destierro en Londres, Édouard Vaillant se preocupa por la reducción de las horas de trabajo con el espíritu revolucionario propio de un blanquista impregnado ya de marxismo en su misma fuente. Del 8 al 12 de diciembre de 1880 escribe en el cotidiano de Blanqui «Ni Dieu ni Maître» cuatro sólidos artículos sobre dicho tema. Estas páginas son un excelente comentario del artículo que reivindica las ocho horas en el programa del naciente Partido Obrero, tres años antes de aparecer el folleto de Guesde y Lafargue. Tal conjunción de esfuerzos, que debía reproducirse al aproximarse el Congreso de Burdeos, es verdaderamente notable, tanto más cuanto que no ha dejado de recibir la aprobación del viejo Blanqui, aún entonces director del periódico.

La Cámara acababa de votar en primera lectura una modificación al artículo 1º de la ley del 9 de septiembre de 1848, a fin de que el trabajo efectivo no pudiera exceder de las diez horas, y el ministerio había declarado que aceptaba esta

modificación. Vaillant ve en el texto votado al aproximarse el escrutinio una «propaganda electoral» que el Senado se encargará de rechazar. Muestra la precariedad de tales reformas, ya que los capitalistas pueden eludirlas por medio de mil artificios que las comisiones, las excepciones y las complacencias de la ley facilitan. No obstante reconoce –y lo desarrolla con un verdadero análisis– que la reducción, aun insuficiente, de las horas de trabajo, es «un golpe en el corazón del capitalismo». Ve en ella, por otra parte, un «instrumento de liberación» para el trabajador, porque «salva una parte de su carne de los dientes del Shylock capitalista, que, por el exceso de trabajo, devora glotonamente su vida». Por otro lado, al disminuir el ejército de reserva del trabajo impide la baja de los salarios atenuando la desocupación. Sobre todo, intensifica gracias al descanso «la vida moral, intelectual y política del obrero», y Vaillant piensa que en un pueblo revolucionario como es el francés, la reforma debe traducirse finalmente por la unión de la masa a la «minoría consciente y activa», prenda de la victoria. Vaillant apoyó también el texto votado, a pesar de sus defectos y lagunas, confiando en la voluntad obrera para sacar de él el máximo y para ir más allá en el sentido de la revolución social, porque solamente en la sociedad socialista el trabajo de todos permitirá la reducción de la jornada de cada uno «a un corto número de horas» del cual «el solo y ligero excedente» servirá para constituir para todos «el fondo de reserva de la producción social». Digamos de paso que con esta afirmación Vaillant reanuda la vieja tradición del socialismo utópico que pone muy por debajo de las ocho horas el trabajo efectivo del productor. Pero, a la espera de ello, indica Vaillant la vía práctica en que conviene moverse para dar un contenido real a la ley. Se nota, en resumidas cuentas, lo pertinente de sus objeciones y lo

constructivo de sus observaciones sobre la inspección del trabajo y las precisiones que debería contener la ley, así como su evocación del ejemplo inglés.

Aunque confía sobre todo en la organización y la coordinación de las fuerzas obreras en el terreno económico para arrancar la reducción de la jornada de trabajo, Vaillant, desde que entra en el Concejo municipal de París utiliza el mandato de que está investido para obtener personalmente lo que la falta de cohesión proletaria no puede dar. En discursos y artículos notables despliega la bandera bajo la cual debía hacerse la manifestación del 1º de Mayo en favor de las ocho horas. Gracias a él, sobre todo, la ciudad de París limita a nueve horas, con un día de reposo por semana, la jornada de trabajo en sus astilleros. El Ministerio Floquet, después de largas y penosas negociaciones terminó por aprobar la decisión. Lo hizo a escondidas, sin publicidad, con un designio bien comprensible. Pero Vaillant, que quiere que el ejemplo sea imitado en otras ciudades y aun traspuesto del plano municipal al plano privado, hace conocer el resultado obtenido. Al aproximarse el Congreso de Burdeos, en «Le Cri du Peuple», que dirige desde el 30 de agosto de 1888, subraya que la reducción de las horas de trabajo constituye, con el salario mínimo y la abolición de los intermediarios del trabajo, una de las «tres condiciones cardinales» e impulsa a los delegados independientemente, fuera de toda tutela, a crear «un centro de unión impersonal y activo aceptado por todos» –una CGT sin ese nombre–, en vez de dispersar y perder sus esfuerzos.

Importante resolución del Congreso de Burdeos (1888)

Tanta perseverancia y tantos acertados consejos no debían ser inútiles.

Gabriel Farjat no intervino en el Congreso de Burdeos, porque había partido como delegado de los sindicatos franceses al Congreso internacional en Londres, que debía tratar entre otras cosas la reducción de las horas de trabajo. Pero el futuro diputado socialista Antoine Jourde –que había comenzado su vida política apoyando la candidatura de Blanqui en Burdeos–, otro socialista bordelés, Raymond Lavigne, y el futuro alcalde de Montluçon, Jean Dormoy, intervinieron en un sentido altamente favorable al triunfo de la reivindicación de las ocho horas.

De las diez cuestiones del orden del día del congreso, dos referentes directa o indirectamente a las ocho horas se resolvieron en sentido positivo. Delestique, ponente de la cuestión relativa a los congresos internacionales, concluyó refiriéndose a la celebración del próximo congreso en 1889 en París. La resolución adoptada se transmitió en seguida. Si se piensa que el acta de nacimiento del 1º de Mayo se levantará en el Congreso internacional de París en 1889, se puede medir la importancia de esta decisión. A su vez, Raymond Lavigne informó sobre la cuestión de la reducción de la jornada de trabajo limitándola a ocho horas. La resolución adoptada:

Considera la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas como el único paliativo aplicable que permitirá disminuir el número de víctimas del progreso moderno, dándoles los medios

de ocuparse de sus intereses sociales y de establecer un aumento en el consumo, que es actualmente muy inferior a la producción.

Pero es sobre todo al discutirse la táctica a seguir para llevar a buen fin las resoluciones del congreso, cuando estas sesiones dan el paso más importante en dirección del 1º de Mayo.

Se vota la moción siguiente:

Considerando:

Que desde hace mucho tiempo las organizaciones obreras han reclamado en todas las circunstancias las siguientes reformas:

Limitación de la jornada de trabajo a ocho horas;

Salario mínimo;

Prohibición de los intermediarios en el trabajo;

Responsabilidad de los patronos en los accidentes de trabajo; Que la Sociedad se haga cargo de los niños, los ancianos y los inválidos del trabajo;

Supresión de las oficinas de colocaciones;

Abrogación de la ley sobre la Internacional;

Legislación del trabajo, etc.;

Considerando:

Que hasta ahora los poderes públicos han pasado por alto nuestras reclamaciones aisladas, de las que se burlan, y que importa hacer cesar esta situación presentando nuestras reivindicaciones bajo una nueva forma, colectiva, general y más imponente; Que a fin de dar mayor fuerza a este movimiento de conjunto hay que concentrar toda la acción de los sindicatos sobre las reivindicaciones más generales e importantes, sin renunciar por esto a las otras,

Decide:

1º En la mañana del domingo 10 de febrero próximo, todos los sindicatos y grupos corporativos obreros de Francia deberán enviar, sea a la prefectura o subprefectura, sea a la alcaldía de su municipio, una delegación encargada de reclamar las siguientes reformas:

- a) Limitación a ocho horas de la jornada de trabajo, y
- b) Fijación de un salario mínimo correspondiente al costo normal de la vida en cada localidad y por debajo del cual ningún patrono podrá hacer trabajar a sus obreros.

2º El domingo 24 de febrero, la misma delegación volverá a buscar la respuesta, apoyada en lo posible por una manifestación de la población obrera.

3º Todos los delegados presentes en el congreso se comprometen, desde su regreso, a ocuparse activamente en la preparación de este movimiento de conjunto para la fecha fijada.

Los precedentes

Sin querer disminuir en nada la «idea maravillosa» de Jean Dormoy –para tomar la expresión de Raymond Lavigne–, hay que admitir sin embargo con Pierre Monatte que «es un poco pueril pretender que la iniciativa tomada por la Federación Nacional de Sindicatos fuera una forma de creación o de invención».

Es cierto que estaba en plena ebullición la idea de «intimar» para hacer triunfar las reivindicaciones y especialmente las ocho horas. Guesde y Vaillant se encarnizaron sobre todo en echar esta levadura en la pasta obrera, y se podría demostrar paso a paso, texto tras texto. La fórmula se remonta quizás a la crisis económica de 1884. Figura con todas sus letras en la resolución votada el 13 de enero de 1884 en la sala Lévis, en el gran mitin de los obreros sin trabajo, pero con el fin de obtener un crédito de cien millones. En Marsella, el 27 de enero Paule Mink la emplea en un orden del día para obtener la distribución de productos de consumo a los desocupados, y Guesde el 18 de febrero en Roanne hace votar una «intimación» para obtener una legislación internacional del trabajo basada sobre las ocho horas. Desde entonces, a lo largo del año 1884 usará el término de «intimación» referente a la misma reivindicación. Y en muchas ocasiones las delegaciones obreras, concretando la idea, irán a entrevistar a los electos y a los poderes públicos.

Por otra parte, Jean Dormoy, un militante con honrosa hoja de

servicios y que desde hacía un año era secretario de la Federación Nacional de Sindicatos, sabía que el proletariado americano en 1886 se había levantado un día fijo por las ocho horas, ya que en su informe sobre la jornada de ocho horas al Congreso Nacional Corporativo de Montluçon (octubre de 1887) había evocado la campaña del POF en 1880, «que ha sido luego seguida con éxito parcial por el proletariado americano». Agregaba:

En todas partes donde, como en Inglaterra y Estados Unidos, se ha podido producir una acción proletaria, ésta se ha afirmado inmediatamente a favor de una limitación demandada y arrancada al Estado, del tiempo de trabajo que los empleadores o patronos pueden imponer legalmente a sus asalariados.

Hayan sido o no estas líneas inspiradas por Guesde o Lafargue, como se puede suponer, es un hecho bien establecido que Dormoy estaba al corriente de las luchas más allá del Atlántico.

Incluso es posible que haya tenido conocimiento de las discusiones mantenidas entonces al aproximarse la Convención de Saint Louis para reanudar la agitación. Sin embargo, su proposición difería del 1º de Mayo americano, no solamente por la fecha, sino –como lo ha hecho observar Gabriel Deville– por «la idea de una presión ejercida por la clase obrera, no sobre los patronos, como en América, sino sobre los poderes públicos». Difería también porque no implicaba el recurso a la huelga en caso de ser rehusada.

Otra iniciativa que data de este mismo año 1888 prueba que

la idea de un movimiento nacional con fecha fija flotaba verdaderamente «en el aire» en esa época. Esta iniciativa vio la luz en Suecia y se debe al sindicato de obreros muebleros de Estocolmo. Discutió, en efecto, la posibilidad de que las corporaciones obreras suecas organizadas hicieran manifestaciones en fecha fija en todo el país a fin de reivindicar los derechos naturales y cívicos.

El Congreso de Troyes (diciembre de 1888)

Raymond Lavigne, secretario de la Federación Nacional de Sindicatos, se encargó de aplicar la decisión de Burdeos. Para hacerlo se apoyaba en el Consejo de la agrupación con sede en la ciudad de la Gironde.

Los gobernantes de esta época –dice– hicieron la asombrosa experiencia de lo que puede un puñado de militantes resueltos y abnegados cuando, seguros de ser el eco fiel de las aspiraciones de su clase, se disponen a cumplir dignamente una misión para la cual tienen mandato.

La tarea era en efecto ruda, si se piensa en la división obrera de este tiempo que acentuaba la actitud divergente, con o sin la burguesía republicana, frente al boulangismo ascendente. La Federación de Sindicatos de tendencia guesdista podía contar con el apoyo de los blanquistas y de ciertos anarquistas. Pero en

la capital, en el corazón mismo del país y en algunos departamentos como las Ardenas, Vienne, Maine-et-Loire, Indre-et-Loire, donde la influencia posibilista era dominante, los sindicatos desdeñaban o combatían su acción. En el Concejo municipal de París, cuando Vaillant y Chauvière habían propuesto facilitar a las cámaras sindicales una subvención para el envío de delegados a los congresos de Burdeos y de Troyes, Joffrin había exclamado: «No hay Congreso en Troyes», en tanto que el viejo Chabet había calificado al Congreso de Burdeos de «congreso barberetista». Por otra parte, Paul Brousse, el 19 de octubre, en una reunión pública de 4.000 personas acababa de sufrir en Burdeos, durante más de una hora, la réplica de Sébastien Faure, que demostró un gran talento oratorio.

La agudeza de estas divisiones explica el carácter híbrido del Congreso nacional de Troyes (23–29 de diciembre de 1888) que, convocado primitivamente por los posibilistas, se convirtió, por obra de la influencia local del Partido Obrero, en una especie de máquina de guerra contra sus iniciadores. Estaban allí representados 327 sindicatos o grupos revolucionarios.

Raymond Lavigne, Jean Dormoy y Paul Lafargue no dejaron de contribuir al éxito de las jornadas reivindicativas decretadas por el Congreso de Burdeos. Por lo demás, el Congreso de Troyes los ratificó, como también la resolución de celebrar en París el congreso internacional.

Preparación de las manifestaciones de febrero de 1889

Se estaba a principios de febrero de 1889; no había ya tiempo que perder. Raymond Lavigne preparó metódicamente la acción proyectada.

Envío a las organizaciones, en nombre del Consejo Nacional de la Federación, una circular explicativa en la que, después de la reproducción de la resolución de Burdeos, decía:

No hay necesidad de largas explicaciones para haceros comprender a todos la considerable importancia que tendría para la clase obrera el actuar en conjunto y solidariamente en sus reivindicaciones. Es el único medio que puede dejarnos la menor esperanza de obtener de nuestros dirigentes algunas reformas reales. En todos los tiempos los gobernantes y legisladores se han cuidado muy poco de los intereses directos de los proletarios y han permanecido sordos a las quejas de los desheredados, cuyas reclamaciones aisladas les han parecido siempre poco amenazadoras y peligrosas para su tranquilidad. Pero, en presencia de una población obrera que adopte la costumbre, de un extremo a otro del país, de actuar simultánea y enérgicamente ante los poderes públicos, estemos bien seguros de que esto haría reflexionar un poco y que ya no se creería suficiente responder con el desdén.

¡Cómo no concebir la fuerza imponente, imperiosa, irresistible de este pueblo de trabajadores levantándose unánimemente frente a sus amos, es decir, a los que detentan la llave de las reformas sociales, para reclamar con una sola voz inmensa sus derechos a la vida, el bienestar y las ventajas de la civilización!

Tenemos, además, como ejemplo a los grandes movimientos obreros de Inglaterra y América, donde centenares de miles de trabajadores, el mismo día y a la misma hora, realizan simultánea y exactamente tal acto previamente convenido y decidido en los congresos.

En Francia, el movimiento de conjunto del 10 de febrero será la primera tentativa que hagan los trabajadores en tal sentido. Para que esta experiencia sea solemne y concluyente es necesario que participen en ella la inmensa mayoría, si no la totalidad de las organizaciones obreras.

Queridos camaradas:

Que no haya entre nosotros ni desfallecimientos ni indiferencia en esta solemne circunstancia; hagamos saber a los poderosos de hoy que todos los explotados están unidos en la reivindicación de sus derechos y podremos esperar entonces que pronto se abrirá para nosotros una nueva era en que la justicia y el bienestar llegarán por fin a los que han creado y crean sin cesar todas las riquezas sociales: los trabajadores.

Tengamos siempre presente en el espíritu esta verdad, tan ineluctable en economía como en política: que siempre y en todas partes los pueblos sólo han obtenido las reformas que han sabido conquistar con harta lucha.

¡Viva la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos!

Esta circular, de significación histórica y que se refiere

formalmente, en su tercer párrafo, a los ejemplos que habían dado Inglaterra y los Estados Unidos, iba acompañada, para facilitar la tarea de las organizaciones y llevar al máximo la conexión del movimiento, de la siguiente fórmula de petición:

En el nombre de [designar aquí el sindicato o grupo que actúa]⁶ venimos a rogaros transmitir a quien corresponda la presente petición, por la cual reclamamos de los legisladores las siguientes reformas, que se han considerado de todo punto indispensables para atenuar la situación intolerable y dolorosa en la que la crisis económica que atraviesa el mundo arroja a la población obrera en general y a nuestra corporación en particular:

1. Que se fije legalmente un salario mínimo correspondiente al coste normal de la vida en cada localidad, por debajo del cual ningún patrón podrá hacer trabajar a sus obreros.

⁶ Se notará, así como al final de la fórmula-tipo, la elasticidad que permite a los grupos políticos actuar en lugar de sindicatos inexistentes o débiles.

2. Que la duración de la jornada de trabajo se limite legalmente a ocho horas.

Los abajo firmantes volverán ante usted [señor prefecto, señor subprefecto o señor alcalde] el 24 de febrero para preguntarle qué curso se ha dado a la presente petición. A la espera, le presentan sus respetuosos saludos.

Dos importantes reuniones se llevaron a cabo en la sala Leger, calle del Temple, una de los delegados del Congreso de Troyes el sábado 2 de febrero, y la otra, de la Federación de Cámaras Sindicales y Grupos Corporativos del departamento del Sena, el 4; ambas para preparar el movimiento de París, donde los posibilistas estaban en mayoría en la Bolsa de Trabajo. En la primera reunión, después de numerosas intervenciones, en especial las de Jehová y Paul Lafargue, este último hizo ratificar por unanimidad de los presentes la decisión de Burdeos, dejando a las cámaras sindicales la organización de la jornada. Lafargue se había visto en la necesidad, frente a los anarquistas, de «recomendar la calma para asegurar el éxito». En la segunda reunión esta oposición fue más fuerte. Bodeleau, Spagnac, Porel, Louis, Luce y Malato se pronunciaron en contra de la intimación a los poderes públicos. Pero ésta, apoyada por Orion, Féline, Roussel, Combomoreil, Fauneau y Boulé, prevaleció por voto nominal de las organizaciones. Solamente la Cámara sindical de peones se pronunció en contra. En sus intervenciones, Combomoreil y Boulé se habían colocado hábilmente en el mismo terreno al que los anarquistas habían llevado el debate; el primero declaró que la acción emprendida serviría para «demostrar a los indiferentes y a los inconscientes que creen todavía en los poderes públicos, que no hay nada que

esperar de ellos, fuera de tiros de fusil»; el segundo sostuvo que la intimación era uno de los preliminares de la huelga general y que el rechazo de los poderes públicos permitiría presentar a los obreros la huelga general como «la única solución práctica para el cese de sus miserias».

Se estaba en pleno boulangismo. El aprendiz de dictador acababa de ser elegido en el Sena por 244.070 votos contra 162.520 del republicano Jacques. Boulé, candidato de la intransigencia revolucionaria, no había obtenido más que 16.766 votos. Por lo menos 80.000 votos socialistas se habían pronunciado por el nombre del general Boulanger.

El público, incluso el obrero, y los parlamentarios socialistas, se interesaban sobre todo por los acontecimientos políticos. Los posibilistas y los republicanos burgueses daban por descontado que en estas condiciones la manifestación sería un fiasco. Los primeros pusieron en guardia a sus agrupaciones contra toda participación en una empresa calificada de «blanquista». En cuanto a los boulangistas y a los católicos sociales que seguían a Albert de Mun, trataron desdeñosamente a la manifestación y declararon quiméricas las reivindicaciones que reclamaban. Sin embargo, como mostró Paul Lafargue en un artículo brutal pero juicioso, la jornada de ocho horas y el salario mínimo eran reclamaciones bien modestas.

Estas reivindicaciones de ciudadanos libres que gozan de sus derechos políticos las han obtenido las bestias de carga. Los caballos de las compañías de ómnibus, por ejemplo, trabajan de cuatro a cinco horas diarias. Están convenientemente alojados y nutridos, y cuando enferman

se cuida atentamente su preciosa salud y se los envía a pasar su convalecencia en el campo.

En editoriales aparecidos la víspera de la manifestación, Édouard Vaillant y Paul Lafargue incitaron a los trabajadores a la acción.

El yerno de Karl Marx subrayó en estos términos la originalidad del movimiento:

La agitación socialista entra en una fase nueva: de espontánea y aislada que era, se convierte en combinada y colectiva... Los socialistas tienen que hacerse cargo de la educación política de las masas y de la preparación de los cerebros para la revolución que se acerca. No hay propaganda oral o escrita que cumpla mejor ese doble fin que esta marcha pacífica y legal...

Y después de haber hecho notar que en el momento en que escribía había un «ejército socialista revolucionario» Ignorante de sus propias fuerzas, agregaba, pensando en el porvenir:

La manifestación del 10 de febrero, primera en su género que se intenta, al no poder ser general por falta de preparación y entendimiento, no dará la verdadera medida de las fuerzas socialistas; no hará más que afirmar en un gran número de ciudades la existencia de grupos socialistas decididos a actuar y que saben coordinar su acción.

Conforme se echará de ver, Lafargue no se engañaba. Sentía cierta aprensión y se mostraba prudente en sus predicciones.

Manifestación del 10 de febrero

El éxito del 10 de febrero sobrepasó todas sus esperanzas. En más de 60 ciudades los obreros se hicieron oír.

En Burdeos –nobleza obliga, podemos decir–, la manifestación fue «completa y de éxito inmejorable». A las nueve y media numerosos trabajadores estaban ante la prefectura. En respuesta a la carta enviada por el secretario de la Federación Nacional de Sindicatos, el prefecto de Selves, futuro prefecto del Sena, hizo saber que recibiría a los delegados a partir de las diez. Se presentaron sesenta delegados. Los recibió muy bien y discutió cada una de las reivindicaciones sostenidas.

En Lyon, 10.000 obreros respondieron al llamamiento de las cámaras sindicales. Cuatrocientos agentes y una compañía de línea estaban apostados en el interior de la prefectura. El prefecto y el alcalde recibieron a 23 delegados cada uno. El alcalde prometió dar satisfacción en la medida de sus medios. El prefecto, rodeado del procurador de la República y de sus secretarios generales, declaró que la manifestación amenazaba el régimen republicano y que las reformas exigidas eran imposibles de realizar. Exhortó a los obreros a la calma, con palabras preñadas de amenazas. Uno de los delegados le dijo: «En 1848 los obreros concedieron tres meses de plazo; nosotros llevamos dieciocho años dando plazo.» La multitud se retiró en calma.

En Marsella, 2.000 trabajadores que representaban a 60

organizaciones sindicales se presentaron en la prefectura. Quince delegados fueron recibidos, y los obreros, reunidos en la Bolsa de Trabajo, decidieron ir en masa a la prefectura el 24 de febrero.

En Lille, el prefecto recibió a los delegados y pareció interesarse mucho en sus reivindicaciones. En Nantes, como en Lyon y Marsella, hubo algunas escaramuzas con la policía o las fuerzas militares enviadas por el ministerio del Interior. En Amiens el prefecto recibió bastante cortésmente a los cinco delegados de las cámaras sindicales obreras de la región. En Roanne y en Montluçon diez delegados fueron recibidos por el subprefecto, pero en Reims, en ausencia de éste, el memorándum de las reivindicaciones fue remitido a su secretario general. En Roubaix y en Armentières los delegados se presentaron en la alcaldía. Naturalmente, como lo había previsto Lafargue, no se hizo nada en las ciudades en que la organización socialista no estaba seriamente arraigada. Así en Creil los obreros, en vez de reivindicar, pidieron mejores comunicaciones entre el barrio de la estación y el camino de las fábricas.

En París, en una reunión realizada la víspera, se había decidido que la manifestación tendría carácter pacífico y no se admitiría en el cortejo ningún grupo político. Se había llegado aun a discutir la ida a la plaza Bauveau, al Ministerio del Interior, no en corporación, sino por pequeños grupos de cuatro o cinco personas.

Estas precauciones no denotan una gran confianza y quizás haya que creer a «Le Temps» cuando dice que reinaba el «mayor

desorden» entre la sesentena de delegados que desde las ocho horas del día 10 se reunieron en los corredores y en dos oficinas de la Bolsa de Trabajo, ya que las dos grandes salas de reunión estaban cerradas y con guardia. Hacia las diez, los delegados salieron en pequeños grupos, dándose cita en el bar de las Caves de la Madeleine, a la entrada del arrabal de Saint-Honoré. Allí designaron entre ellos a los encargados de volver a intentar la empresa. Eran: el vidriero Lecomte, el probo consejero y albañil Baudet, los pintores Hann y Daligod, el zapatero Besset, el herrero artístico Dubois, el sastre Dedieu, el peluquero Prévot, más Féline y Roussel, secretarios de los congresos de Troyes y de Burdeos. Esta delegación pudo franquear la verja del Ministerio del Interior. Un oficial de paz la condujo hasta el despacho del ministro. Ahí se avisó a la delegación que el señor Floquet estaba ausente y que podría ser recibida por su jefe de gabinete. «No vale la pena –respondieron los delegados–. Reciba la carta.» Y se retiraron.

He aquí el texto de esta carta deferente, pero equívoca en su redacción y restrictiva con relación a la circular Lavigne y a las decisiones de los congresos invocados:

Las corporaciones obreras del departamento del Sena tienen el honor de recordar al señor presidente del Consejo que, siendo las decisiones tomadas por los congresos obreros socialistas revolucionarios de Burdeos y de Troyes –celebrados en octubre y en diciembre de 1888–, conformes a las condiciones de trabajo votadas por el Concejo municipal de París.

Reclaman en estricta aplicación y preguntan al señor presi-

dente del Concejo si está, sí o no, decidido a hacerlas respetar en forma absoluta en los trabajos del Estado:

1. Reducción de la jornada a ocho horas de trabajo.
2. Salario mínimo correspondiente a los gastos mínimos establecidos en cada localidad.
3. Prohibición de la explotación de la mano de obra por parte de los intermediarios del trabajo.
4. Que la sociedad se haga cargo de los niños, los ancianos y los inválidos del trabajo.

Tenemos el honor de hacer saber al señor presidente del Consejo de Ministros que la delegación de las cámaras sindicales y grupos corporativos obreros del departamento del Sena se presentará el domingo 24 de febrero para recibir la respuesta del señor presidente del Consejo.

París, 10 de febrero de 1889.

BOULÉ (Secretario)

Al salir del Ministerio del Interior, los delegados se presentaron en casa del presidente de la Cámara, Jules Méline. Las reivindicaciones fueron remitidas a su jefe de gabinete. Hacia mediodía se depositaron en el Ministerio de Obras Públicas y luego en la prefectura del Sena, ya que el ministro Deluns-Montaud y el prefecto estaban ausentes, siguiendo probablemente una consigna. En el ayuntamiento, donde la

delegación llegó hacia las dos, no estaba tampoco el presidente del Consejo municipal. La delegación declaró que volvería al día siguiente. Y, en efecto, cumplió su palabra y esta vez fue recibida.

Se tiene la impresión de que en París la manifestación fue puramente formal, en resumidas cuentas, bastante indiferente, en tanto que en un buen número de ciudades de provincias asumió un carácter verdaderamente popular. Es que la capital era sensible al boulangismo y su clase obrera sufría fuertemente la influencia posibilista. Sin embargo, en conjunto la manifestación conmovió a la opinión, y Ernest Granger pudo escribir:

El maravilloso acuerdo con que se ha producido en la fecha de antemano fijada, la calma que la ha acompañado y el sentido preciso de las reivindicaciones, todo esto desorienta a los adversarios.

De ahí que, a falta de argumentos sólidos para explicar el éxito de la jornada, los periódicos burgueses recurrieran a la calumnia. «Le Temps» vio en ella el resultado de «intrigas boulangistas». La «Lanterne», también. Llegó aún más lejos, puesto que no vaciló en afirmar que el boulangismo, después de haber organizado directamente la manifestación, esperaba «hacer salir de ella la sedición y la guerra civil».

En cuanto a los gobernantes puestos entre la espada y la pared, no ganaron nada con esto. Los instigadores de la jornada lo habían previsto y ello formaba parte de su táctica. Lafargue no dejó de llamar la atención sobre este hecho:

Nunca se ha dado frente al gobierno republicano un paso más legal, y se podría agregar más honorable, porque es hacer un honor inmerecido a los siniestros y grotescos personajes que ocupan los poderes públicos el creerlos capaces de cumplir las reformas obreras. Pero es necesario obligarlos a desenmascarar públicamente su impotencia y su mala voluntad. Raymond Lavigne, en una circular a las Cámaras Sindicales que se dio al conocimiento público, expresó la lección que se desprendía de la jornada:

El hecho esencial, que señalará una etapa en la marcha del proletariado hacia su emancipación, es la unanimidad y simultaneidad con que una clase económicamente sojuzgada acaba de afirmar en todas partes a la vez, de Calais a Tarbes, de Lille a Marsella, de Nantes a Besançon, de Burdeos a Niza, con la calma y la resolución que caracterizan a las causas justas, su voluntad de llegar a un cambio de situación social. En el mismo texto se felicita por el «admirable acuerdo» que presidió a la primera jornada reivindicativa y, golpeando el hierro mientras está caliente, agrega:

Es necesario que la segunda parte... sea no menos imponente.

La jornada del 24 de febrero

En realidad, la jornada del 24 de febrero fue como una repetición de la del 10. De nuevo París se vio eclipsado por las

grandes ciudades de provincias. Sin embargo, la atmósfera no era la misma. La caída del gabinete Floquet provocó una crisis ministerial. Los periódicos que habían despreciado desdeñosamente el movimiento del 10 participaban esta vez de su inquietud. En general, no veían en las reivindicaciones más que la causa aparente de la manifestación y le daban como fondo una causa política: «la agitación anárquica y revolucionaria».

«Contamos –decía uno de ellos– con que los poderes públicos harán de manera que se mantenga rigurosamente el orden.»

No había nada que temer a este respecto. La policía y el ejército se movilizaron más intensamente que el 10. En París pululaban los espías de la policía y las tropas estaban acuarteladas. Incluso los artilleros de Vincennes y la guarnición de Versalles se hallaban prontos. Un escuadrón de guardias republicanos ocupaba el Palacio de la Industria. Los patios del ayuntamiento se encontraban abarrotados de agentes y de guardias. Este inusitado e imponente despliegue de fuerzas impresionó a los militantes responsables.

Temiendo una masacre, contraordenaron la manifestación proyectada. No hubo más que un millar de personas en la plaza del ayuntamiento, que los agentes dispersaron por última vez hacia las 14 horas. La nieve que caía copiosamente y el viento que soplaba con fuerza terminaron de dispersar a los últimos manifestantes.

En Burdeos, tres grupos se presentaron a la prefectura. El funcionario del poder central dio pruebas de «verdadera

simpatía» y se comprometió a transmitir las reivindicaciones a la superioridad.

En Marsella, los delegados, recibidos por el prefecto, le entregaron una protesta contra la circular ministerial de Floquet sobre las medidas de orden de la jornada. Luego se retiraron y se desarrolló una gran manifestación que partió de la Bolsa de Trabajo.

En Lyon, donde se reunieron 10.000 obreros, el prefecto y el alcalde rehusaron recibir a los delegados. Había numerosas fuerzas policiales, como en Saint-Quentin, en Reims y en Troyes, donde se efectuaron arrestos.

En Reims, donde hubo más de 3.000 manifestantes, el subprefecto declaró que el gobierno no podía conceder las reformas en cuestión.

En Troyes, el prefecto, tras las rejas cerradas rehusó recibir a una delegación, en tanto que en Lille conversó con ella una hora.

En Roubaix, la entrevista cortés entre el alcalde y los ocho delegados duró tres cuartos de hora.

Édouard Vaillant declaró que la jornada le hacía «una excelente impresión» por su conjunto y disciplina. Según él, esta doble característica había provocado «la estupefacción de los reaccionarios». Agregaba:

No es solamente una intimación eficaz y de consecuencias inestimables lo que acaba de hacer el proletariado; es también la primera vez que el socialismo revolucionario

pasa revista a sus tropas. Hay motivo para estar contento.

Fuera de Francia, las manifestaciones de febrero de 1889 tuvieron gran resonancia. Se habló mucho de ellas en la Conferencia Internacional Socialista de La Haya, que se reunió el 27 de febrero, y de allí, gracias a los delegados que retornaban a sus países, la nueva idea, que ellas representaban se transmitió a Europa.

A este respecto Suecia merece un lugar de honor. Hemos visto que el sindicato de obreros muebleros de Estocolmo había discutido desde 1888 acerca de una manifestación obrera nacional con fecha fija. En el congreso constituyente del Partido Obrero Sueco (19–22 de abril de 1889) los obreros del mueble formularon una moción en tal sentido. Esta moción fue discutida por el congreso, que tomó la siguiente decisión:

El congreso decide que las corporaciones obreras organizadas de Suecia realizarán el mismo día, en todo el país, una manifestación destinada a obligar a las clases dirigentes a reconocer cuanto antes los derechos naturales y cívicos de la clase obrera, pero la organización de esta manifestación se confía a la diligencia de los organismos directores.

Sin duda, no se trataba especialmente de las ocho horas en esta resolución. Pero, después de los americanos y de los franceses, los suecos se iniciaban en la vía de una jornada común, siempre en el plano nacional. No habrá más que trasponer a la escala internacional el principio adoptado en Suecia con un objetivo de orden general, el principio adoptado

y llevado a los hechos en los Estados Unidos y en Francia sobre la plataforma de las ocho horas, para tener el antecedente esencial de donde surgirá el 1º de Mayo que será, en lo sucesivo, histórico.

Proposición de Anseele en el Congreso de Londres (Noviembre de 1888)

Cosa notable, esta trasposición se había hecho aun antes de que se desarrollara la manifestación francesa del 10 y del 24 de febrero de 1889. Fue formulada en el Congreso Internacional Sindical realizado en Londres del 6 al 20 de noviembre de 1888, es decir, a pocos días del Congreso de Burdeos–Le Bouscat.

El Congreso sindical de Londres, sobre el cual se ha guardado hasta ahora silencio en Francia, representa un eslabón muy importante en la cadena de formación del 1º de Mayo internacional. Faltaban por cierto delegaciones de Rusia, Austria, América y Alemania, e Italia no estaba representada más que por Lazzari. Pero había dos daneses, 10 belgas, 13 neerlandeses, 79 británicos y más de 20 franceses. Hemos visto que Gabriel Farjat era delegado por la Federación Nacional de Sindicatos. Sin embargo, no figura entre los delegados franceses –entre ellos Heppenheimer y Keufer– oficialmente citados por la nota del congreso. Tampoco figuran el anarquista Tortelier, el ex miembro de la Comuna Viard y el diputado Lavy. Volveremos a encontrar a algunos de estos delegados o auditores en el Congreso internacional «posibilista» de París, al año siguiente.

La delegación inglesa comprendía personalidades como John Burns, T. Burt y G. Fenwick, mineros de Northumberland y sobre todo Annie Besant, la futura gran sacerdotisa del Culto de la reencarnación. Participarán también en el mismo Congreso de París, así como el danés Jensen.

La delegación belga estaba integrada por el flamenco Édouard Anseele, que había desempeñado el papel que ya se sabe en la Conferencia de París, en agosto de 1886. Se le deben en el Congreso de Londres palabras que lo colocan de nuevo y esta vez directamente entre los pioneros del 1º de Mayo.

Presidió muchas sesiones y participó activamente en los debates y reuniones anexas, provocando el ardiente entusiasmo de los asistentes. Parece haber apoyado sobre todo la acentuación del carácter internacionalista que debía darse al movimiento obrero. Fue él quien, en el curso de la comida de bienvenida, propuso que la delegación francesa, «a fin de mostrar al mundo el espectáculo de la fraternidad de los pueblos», bebiera a la salud de los obreros alemanes, lo que suscitó escenas patéticas.

Con el mismo espíritu subió a la tribuna para entregarse a una intervención de considerable importancia, dado el tema tratado. He aquí cómo la resume un periódico de entonces:

Improvisa en francés y dice que se ha podido creer muerta a la Internacional, pero que renace de sus cenizas. Que su espectro amenazador haga retroceder al despotismo cuando se levanten los artesanos del mundo. Termina pidiendo que el congreso decreta una gran manifestación

que, el 1º de Mayo, a la misma hora, tendrá lugar en todos los países donde exista libertad de asociación.

¿Por qué elige Anseele esta fecha del 1º de Mayo para una manifestación de fecha fija como la que acaba de decidirse en Burdeos? No sabemos nada, aunque sospechamos que la elección ha sido suscitada por el ejemplo norteamericano, ya que no vemos otra hipótesis plausible. En todo caso el hecho, junto al carácter internacional que, esta vez, da Anseele a la manifestación con fecha fija, señala la proposición con una piedra blanca. Por primera vez en un congreso internacional obrero toma cuerpo la idea de una manifestación internacional el mismo día y, además, se fija para el 1º de Mayo. Esta proposición bastaría por sí sola para conservar el recuerdo de Anseele.

Ahora bien, ¿qué suerte corrió esta proposición? Según el informe que tenemos a la vista, la sesión de clausura, que sucedió a una sesión tumultuosa, se realizó «en un cierto desorden» y algunas proposiciones «no llegaron a ser votadas». Sin embargo, como conclusión de los debates sobre la cuestión de la reducción de las horas de trabajo, si era necesario por «legislación prohibitiva», se aceptó una moción que a pesar de que omite la manifestación eventual con fecha fija y la fecha del 1º de Mayo adelantadas por Anseele, está en la línea de la intervención del líder belga, y el término de intimación que figura en ella es particularmente significativo. Se puede y se debe considerar este texto, a pesar de su imprecisión, sobre todo cuando se le compara con la viril proposición de Anseele, como un verdadero prefacio a la resolución fundamental que votará el Congreso de París.

IV. EL 1° DE MAYO EN EL CONGRESO SOCIALISTA INTERNACIONAL DE 1889

Los dos congresos internacionales socialistas de París

Hemos visto que la Conferencia Internacional Corporativa de París y los congresos obreros franceses de Burdeos y de Troyes se habían pronunciado por la celebración de un Congreso Internacional Socialista Obrero en París en 1889. El Congreso Internacional de Londres lo decidió igualmente así, pero encargó a la Federación de Trabajadores Socialistas (posibilista) la organización de este congreso. De ello resultaron altercados y maniobras, tanto en el plano nacional como en el internacional, entre las organizaciones de tendencia marxista o afines y las otras. Por último, a pesar de la Conferencia de conciliación de La Haya no se pudo llegar a un acuerdo, y con ocasión del 14 de julio de 1889 se realizaron en París dos congresos internacionales socialistas obreros: uno en la calle Lancry, sala de la Unión del Comercio y de la Industria, organizado por los posibilistas, y otro en la sala Pétrelle, calle Pétrelle, núm. 24; después en la sala de las Fantasías Parisienses, calle Rochechouart, núm. 42, organizado por los guesdistas, los

blanquistas de la tendencia Vaillant y la Federación Nacional de Sindicatos. De este último congreso data, si podemos expresamos así, el nacimiento oficial del 1º de Mayo internacional.

En el congreso de la calle Lancry (15 al 20 de julio), que representaba a 369 agrupaciones, se sentaron entre los 612 delegados, de los que había 521 de Francia y ninguno de Alemania, de Asia y de América del Sur, hombres como Hyndmann, John Burns (Inglaterra), Jensen (Dinamarca), Limanowsky (Polonia), Merlino y J. Croce (Italia), Palonski (Rusia), Vliegen (Holanda), F. V. de Campos (Portugal), Paul Brousse, Joffrin, Lavy, Allemane, J. B. Clément, Réties, Lavaud, Prudent-Devillers, V. Dalle, Paulard, J. V. Dumay, Galiment y el orador anarquista Tortelier por Francia. Hungría estaba representada por siete delegados y Austria por seis, cuyos nombres no se han revelado para evitar la represión. Había 35 organizaciones de las Islas Británicas, 16 de Portugal, 6 de España y 3 de Suiza regularmente representadas, así como, por Francia, 227 organizaciones sindicales y grupos o círculos políticos. Algunos delegados italianos y belgas, como Andrea Costa, Amilcare Cipriani y el joven Vandervelde, estuvieron en las dos asambleas.

El congreso de la sala Pétrelle se realizó del domingo 14 al sábado 20 de julio de 1889. Reunido sin medios de publicidad, ya que las convocatorias y circulares se hicieron con mimeógrafo, agrupó 377 delegados, entre ellos 221 franceses. Era mucho menos representativo desde el punto de vista sindical, pero mucho más desde el punto de vista de las personalidades notables. Porque reunía a las siguientes:

Liebkecht, Bebel, Bernstein (Alemania), Volders, Anseele, César de Paepe (Bélgica), Aveling, Mme. Aveling-Marx, William Morris (Inglaterra), Dómela Nieuwenhuis (Holanda), Pierre Lavrov (Rusia), Víctor Adler (Austria), Pablo Iglesias (España), Guesde, Vaillant, Deville, Lafargue, Jaclard, Ferroul, Charles Longuet, Basly, Camélinat (Francia). La tendencia de una buena parte de estos delegados valió al congreso el epíteto de «marxista». Había allí, como también en la calle de Lancry, conforme lo ha hecho notar Víctor Adler, «hombres que salían de prisión y otros que eran esperados allí»; algunos habían sido condenados a muerte y muchos proscritos. Son los elementos «indispensables» que hablan en nombre de la clase obrera mundial, y esta simple anotación indica con fuerza dónde estaba entonces el movimiento socialista con relación a los gobiernos capitalistas.

La importancia histórica de estos dos congresos fue considerable. No solamente porque en el momento en que el boulangismo vengativo estaba en auge en Francia 80 delegados enviados por la Alemania socialista fraternizaron en la calle Rochechouart, en la antigua ciudad sitiada, con los delegados franceses venidos de todos los rincones del país, sino porque asistimos –frente al mundo cuyos ojos se fijan en una Exposición prestigiosa en la capital más prestigiosa– a la fundación de la Segunda Internacional.

No es ya como su antecesora –según se ha hecho notar– «la asociación de secciones o militantes más o menos numerosos o escasos en las naciones europeas, que ensayan elaborar el programa que ha de reunirlos y buscan el método de lucha que deberían usar». La tarea no es ya la de abrir debates

doctrinarios, sino la de uniformar los programas de los partidos constituidos desde 1872 y que, habiéndose encontrado casi en iguales condiciones económicas, habían llegado sin consultarse a adoptar la misma táctica. Esto fue fácil. Los dos congresos, después de haberse pronunciado por idénticos principios fundamentales formularon casi las mismas reivindicaciones, en especial el establecimiento de una legislación internacional del trabajo y la jornada legal de ocho horas como máximo.

En el congreso de la calle de Lancry, el 17 y 18 de julio, después de numerosas intervenciones en favor de las ocho horas, entre otras las de Pensén y del delegado inglés Walker, el informe de la comisión de administración, leído por Headingsley (Inglaterra), fue adoptado. Se pronuncia, a la cabeza de 14 reivindicaciones apremiantes, por la:

Jornada máxima de ocho horas de trabajo, fijada por una ley internacional.

Además, por iniciativa de un delegado trade-unionista americano, el mismo congreso adopta la siguiente resolución, salvaguardando el objetivo final del movimiento proletario:

El congreso internacional del trabajo declara que sus resoluciones en favor de la reducción de las horas de trabajo y de la limitación del trabajo de las mujeres y los niños, todas ellas medidas de protección, no alcanzan a expresar todo su programa de reformas industriales.

Estas medidas no se reclaman más que para asegurar el presente, suavizar la penosa situación del trabajador y concederle el descanso, la educación y la organización

necesarios para llegar por fin a la apropiación y el «control» de todos los medios de producción por los obreros mismos. Es ésta, afirmamos, la única medida que puede asegurar al trabajo la integridad de sus derechos.

La resolución sobre el 1º de Mayo

Los delegados al congreso «marxista» realizaron su última sesión –que se prolongó hasta las 20:30 ó 21 horas– el sábado 20 de julio.

En el curso de esta sesión fue votada por unanimidad, «en medio de un murmullo», una decisión «llamada –como lo ha escrito Émile Vandervelde– a conocer la fortuna más prodigiosa». Hacía resaltar a los ojos de todos la uniformidad de las conclusiones prácticas en los dominios del programa y de la táctica, ya que se decretaba que una manifestación pondría de pie el mismo día a la élite obrera de ambos mundos. He aquí el texto de esta resolución capital:

Se organizará una gran manifestación internacional con fecha fija de manera que, en todos los países y ciudades a la vez, el mismo día convenido los trabajadores intimen a los poderes públicos a reducir legalmente a ocho horas la jornada de trabajo y a aplicar las otras resoluciones del congreso internacional de París.

Visto que una manifestación semejante ya ha sido

decidida por la American Federation of Labor para el 1º de Mayo de 1890, en su congreso de diciembre de 1888 en Saint Louis, se adopta esta fecha para la manifestación internacional.

Los trabajadores de las distintas naciones llevarán a cabo esta manifestación en las condiciones impuestas por la especial situación de su país.

Además, se adoptó la siguiente resolución complementaria:

Con el concurso de los partidos socialistas representados en el Congreso Internacional de París se publicará bajo el título de «La journée de Huit heures», un órgano semanal destinado a centralizar los informes sobre el movimiento internacional con miras a la reducción legal de la jornada de trabajo. Se recomienda a todos los delegados que hagan una manifestación en todos los centros obreros de Europa y América en favor de la fijación de la jornada en ocho horas de trabajo.

Resulta del mismo texto de la resolución principal que si el 1º de Mayo está centrado ante todo sobre las ocho horas, tiene también en vista la aplicación de las resoluciones del Congreso de París, que girando sobre todo lo que concierne a la legislación internacional del trabajo y a la acción de los trabajadores, forman lo que se ha llamado el «Código Internacional del Socialismo». Su objetivo, en el fondo, es nada menos que la transformación socialista, lo que le da desde el origen su pleno

sentido. Es muy posible, sin embargo, que los congresistas que votaron este pasaje hayan pensado como inmediata la realización de las reformas proyectadas. En esta época admirable de la primavera obrera, en que se afirman tantos ardores juveniles e ilusiones inagotables, no hay que sorprenderse de ninguna ingenuidad de parte de los militantes. En todo caso, es cosa que merece ser observada porque hasta ahora ha pasado inadvertida. Pero por otra parte es un hecho patente, indiscutible, incontestable, que el proletariado no retuvo de este texto principal más que la lucha por las ocho horas.

Sobre el tercer párrafo, Gabriel Deville reconoce que hubo una enmienda de un delegado francés, tendente a agregar la huelga general a la manifestación. Se explica esto cuando se sabe que la Unión de Sindicatos Obreros de las Bocas del Ródano, sacando a principios de mes la lección de las manifestaciones de febrero, había invitado en una resolución a las organizaciones sindicales francesas «a hacer de manera brillante, por todos los medios legales..., una nueva manifestación de su descontento», especialmente por «el cese completo del trabajo en un momento determinado, de todo trabajo, negativa pacífica y legal a producir». Pero el congreso rechazó la enmienda favorable a la huelga general, lo que prueba que para la mayoría de los congresistas la idea de la huelga general, más o menos ligada posteriormente al 1º de Mayo, debe en aquel momento separarse de él.

El ambiente de la Exposición Universal

Los periódicos de la época –y es muy comprensible– se ocupan sobre todo de la Exposición Universal, de las fiestas del Centenario de la Revolución francesa, de las brillantes ceremonias y recepciones diplomáticas que se desarrollan sin cesar, de la gran revista militar del 14 de Julio y también de la revista de batallones escolares. París está de fiesta.

Se concibe muy bien, pues, que la resolución del 1º de Mayo no llamase la atención. Tanto más puesto que la situación política creada por la agitación boulangista apasionaba mucho más a la opinión que las sesiones del Trabajo. En efecto, el Tribunal Supremo debía juzgar pronto al general faccioso, cuyos partidarios se proponían llevar su candidatura a las elecciones legislativas en numerosas circunscripciones. Precisamente la víspera, desde la apertura del Congreso de la calle Rochenhouart, a pesar de la oposición de Jaurés, entonces diputado de centroizquierda, la Cámara había votado un proyecto de ley impidiendo las candidaturas múltiples.

Hay que agregar que la gente estaba desilusionada de los congresos internacionales de toda clase. La misma semana en que deliberaban los dos congresos socialistas se realizaban por una parte el Congreso Internacional de la Masonería, en la sala de Grand-Orient, calle Cadét, bajo la presidencia del «hermano» Desmons y, en el Trocadero, el Congreso Internacional de la Participación en los Beneficios, bajo la presidencia de Émile Levasseur.

Nacimiento anodino de una gran decisión

Jules Guesde reconoció implícitamente algunos años más tarde, evocando el Congreso de la calle Rochechouart, que la resolución sobre el 1º de Mayo pasó casi inadvertida.

En julio de 1889, cuando la burguesía cosmopolita contemplaba, tomándolas por obras suyas, las riquezas creadas por el Proletariado internacional, se producía un hecho que pasó casi inadvertido en el momento...

En cuanto a Benoît Malon, al día siguiente del congreso «marxista» omite mencionar la importante resolución en el cuadro que ha pintado de las sesiones obreras. Aún más, el informe oficial del congreso, aparecido en alemán, se limita a decir, antes de publicar el texto:

El ciudadano Lavigne, en nombre de la Federación Nacional de Sindicatos y grupos obreros de Francia, formula una proposición relativa a una gran manifestación destinada a apresurar la aplicación de las resoluciones del congreso...

Émile Vandervelde tiene, pues, toda la razón cuando escribe que las deliberaciones del Congreso de la sala Pétrelle «apenas conservan huellas de la importante decisión».

En cuanto al cotidiano socialista parisiense de entonces, que había sucedido al «Cri du Peuple» y daba regularmente los

informes de las sesiones, dice simplemente que después de haber votado la resolución propuesta por Jules Guesde sobre la legislación internacional del trabajo y las ocho horas:

El congreso ha votado además una resolución tendente a una demostración que tendrá lugar simultáneamente en todos los centros obreros de Europa y América en favor de ocho horas de trabajo.

Esta resolución nace, pues, oscuramente y de una manera, por así decirlo, anodina.

Sin embargo, Gabriel Deville estima que el congreso ha tenido conciencia de la importancia de su decisión. En apoyo de su tesis cita el hecho de que «tal redactor de un gran diario burgués», no creyendo en el porvenir de la resolución, «sonreía ante la confianza del congreso en su propio poder y compadecía lo que llamaba nuestra exageración». Deville agrega:

Los hechos se han encargado de demostrar que, sospechando lo que hacíamos, no exagerábamos nada y teníamos una conciencia de las cosas más exactas que él.

En verdad, el razonamiento de Deville, cuando se pasa seriamente por el tamiz de la crítica, no parece muy convincente. René Chauvin se acerca probablemente más a la verdad cuando enuncia un año antes que Gabriel Deville que el público obrero, como el burgués, no ha visto en la resolución Lavigne más que «una decisión de pura forma, sin importancia, ni alcance, ni porvenir». Entendamos que se trata de la parte del público obrero verdaderamente interesada en los trabajos del congreso, lo que, convengamos, no debe representar muchos

militantes. Por lo demás, el testimonio de Édouard Vaillant, congresista de la calle Rochechouart, y no de los menores, debe ser considerado en esta discusión. Atestigua que los delegados no se dieron cuenta del alcance de su gesto:

... ¡Quién hubiera podido prever cuán rápidamente se engrandecería el 1º de Mayo con la incorporación del proletariado del campo y la creciente solidaridad de los socialistas de todos los países!

Jean Longuet, que tenía entonces trece años y estaba presente en el congreso con su padre, se plegará más tarde a la opinión de Édouard Vaillant:

Nadie... en la sala Pétrelle sospechaba la prodigiosa resonancia que tendría en todo el globo el llamamiento lanzado por el congreso.

Sea como fuere, aun admitiendo que los delegados tuviesen verdaderamente plena conciencia de la decisión que tomaban, el hecho es que la opinión no le dio ninguna importancia.

Preparación de la resolución

¿A quién debemos esta resolución de excepcional importancia? ¿Cómo y por qué? Tales son las preguntas a que hay que responder ahora.

Gabriel Deville, delegado al congreso de la sala Pétrelle y autor de una historia del 1º de Mayo, ha respondido ya, y su «deseo de ser exacto» y su minucia en la investigación son incontestables, de manera que no podemos sino recoger sus explicaciones. Sin embargo, conviene completarlas precisándolas con otros datos.

En una carta sin fecha, pero que parece haber sido escrita en abril de 1897, Jules Guesde dice a Gabriel Deville, a quien pide un ejemplar de su «historia», que no ha podido conseguir:

A veces, las mudanzas tienen algo de bueno. La que yo acabo de hacer me ha hecho encontrar todas las piezas del Congreso internacional de 1889, que debía creer perdidas para siempre. Y he aquí resuelta de golpe, no ya de memoria sino documentadamente, la cuestión del 1º de Mayo. De Burdeos (Lavigne y Roux) vino la propuesta de una manifestación con fecha fija, que para sus autores no era más que la manifestación nacional de febrero internacionalizada.

Así, basándose en los documentos en su poder, Guesde confirma las explicaciones de Deville, a saber, que el éxito de la manifestación de febrero y sobre todo la resonancia que tuvo en la prensa socialista y obrera de los diversos países sugirió la idea de intentar una manifestación análoga, esta vez internacional. Gabriel Deville agrega que a propuesta de Raymond Lavigne, secretario del Consejo Nacional de la Federación de Sindicatos, este consejo decidió el proyecto de manifestación internacional. Deville va más lejos y da el texto del proyecto:

Se organizará una gran manifestación internacional con fecha fija, de manera que en todos los países y ciudades a la vez, el mismo día convenido, los trabajadores emplacen a los poderes públicos a reducir legalmente a ocho horas la jornada de trabajo y a aplicar las otras resoluciones del Congreso Internacional de París.

Pero Guesde y Deville se quedan demasiado en las generalidades. Raymond Lavigne va más al fondo; precisa que en la Conferencia de La Haya:

Se habló mucho de la manifestación francesa y se proyectó darle extensión universal. Paul Lafargue me lo participó en una carta que transmití al Consejo federal. Siguió una serie de conversaciones que terminaron en un firme proyecto de manifestación internacional con fecha fija, que yo fui encargado de presentar al congreso de París en nombre de la Federación Nacional de Sindicatos y Grupos Corporativos Obreros de Francia.

Estas precisiones son interesantes. No se limitan a establecer sólidamente la relación del proyecto Lavigne con la manifestación de febrero, sino que hacen remontar la génesis de este proyecto a la Conferencia Internacional de La Haya.

Muestran que el proyecto ha madurado más de cuatro meses y que Paul Lafargue representó un papel en su gestación. Vista la fuerte personalidad de Lafargue, se puede incluso afirmar que este papel estuvo lejos de ser despreciable. Tanto más cuanto que Lafargue estaba entonces en continua correspondencia con Engels, quien, desde Londres, buscaba el aislamiento de los

posibilistas y «el reconocimiento» –es decir, el reconocimiento internacional de los guesdistas por medio del congreso disidente proyectado en París–. Quizá sea esto lo que explica por qué Adrien Véber, relatando algunos años más tarde la historia del 1º de Mayo, pudo escribir sin suscitar protesta alguna:

A dos franceses –al ciudadano Raymond Lavigne y al Diderot de los socialistas, Paul Lafargue– se debe la universalización e internacionalización de la manifestación del 1º de Mayo.

Si se hubieran conservado los papeles de Lavigne podríamos hoy reconstruir las importantes conversaciones que él evoca.

En todo caso, no hay más que comparar el primer párrafo de la resolución del congreso internacional, relativo a la manifestación, con el proyecto del Consejo de la Federación Nacional de Sindicatos, que Raymond Lavigne había recibido mandato de presentar, para verificar que ambos textos son idénticos. Esta transposición pura y simple, esta filiación directa no es más que la prolongación del estrecho parentesco entre el proyecto del Consejo de la Federación de Sindicatos y, de una parte, la resolución del Congreso de Burdeos (1888), y de otra, la proposición Anseele de la resolución sobre las ocho horas del Congreso de Londres (1888). Sorprende la similitud del objetivo principal y del método a emplear para obtenerlo. La diferencia consiste en que el proyecto de los sindicatos se encuentra condensado en la forma y ampliado en el fondo, pasando del plano nacional al internacional.

Los trabajos del congreso

Antes de presentar su texto, Raymond Lavigne lo había sometido a diversos delegados, en primer lugar a Guesde, a Lafargue, a Gabriel Deville y sin duda a Jean Dormoy, Boulé y algunos otros ex delegados al Congreso de Burdeos. Si hay que creer a Bebel, Víctor Adler y Édouard Vaillant participaron igualmente en las entrevistas referentes a la proposición de manifestación. Lavigne quería tener también el consejo de Liebknecht y de Bebel, cuya opinión era útil conocer para la suerte del proyecto. Jules Guesde nos explica por qué.

La democracia socialista alemana estaba en efecto, en esa época, bajo el régimen del cuasi estado de sitio o de la ley de excepción. Y los socialistas franceses no podían pensar en encerrarla en el dilema o de separarse del proletariado mundial, cuya unidad de acción se trataba precisamente de afirmar, o de proveer a Bismarck de un pretexto para una nueva represión sangrienta.

La respuesta de Liebknecht y Bebel fue «heroica», para repetir el epíteto de Guesde. «Sin vacilación» –escribe Deville– aceptaron la proposición Lavigne, exclamando en sustancia:

Poco importa el aumento de peligro. La manifestación se impone y se hará. Y la democracia socialista alemana sabrá cumplir sus deberes internacionales.

Sin embargo, según G. Deville, «aconsejaron» agregar una mención que dejara a los distintos países la elección de los

medios de aplicación, y entonces Lavigne presentó su proposición con la corrección que figura en el tercer párrafo.

Así enmendado, el proyecto no fijaba empero fecha para la demostración. No implicaba tampoco que debiera renovarse cada año. Esta segunda decisión, como lo veremos, intervendría más tarde. En cuanto a la fecha, resultó de una frase intercalada entre los dos párrafos del nuevo texto de Lavigne.

Origen americano de la fecha

¿De dónde viene esta frase que da su pasaporte a la fecha del 1º de Mayo? Se refiere formalmente a la manifestación proyectada por la American Federation of Labor.

Gabriel Deville discute largamente a este respecto y sus palabras han de tomarse en consideración muy seriamente porque, como formaba parte de la mesa directiva del congreso, la cosa pasó ante su vista. Reconoce, no obstante, que sus recuerdos son defectuosos y que ninguno de los que ha interrogado antes de acabar su estudio ha podido darle las precisiones que buscaba.

Sin embargo, es bueno recordar que él afirma de la manera más categórica, en su calidad de ponente de las resoluciones y refiriéndose al procedimiento seguido para su votación, que no se propuso para la manifestación ninguna otra fecha que el 1º de Mayo. Por otra parte, Gabriel Deville se siente «bastante

inclinado a creer» –y aquí repetimos su expresión– que el párrafo se debe «accidentalmente a una intervención americana».

G. Deville cree «muy posible» que la fecha del 1º de Mayo fuese tomada de un mensaje de simpatía de la American Federation of Labor firmado por su presidente Samuel Gompers y leído en el congreso «marxista» por el ciudadano Hugh MacGregor. Esta nota, dice el acta manuscrita de la tercera sesión del Congreso, realizada el 15 de julio por la tarde, explica «por qué, absorbida por el movimiento de las ocho horas, la Federación no ha podido hacerse representar en el congreso», y recomienda «la unión con el congreso posibilista, así como la mayor prudencia en las resoluciones que se adopten».

Lo que apena a Gabriel Deville es que no había oficialmente ningún representante de la American Federation of Labor en el congreso «marxista» –lo que confirma Jules Guesde y resulta del pasaje arriba citado.

Pero hay que ver en esto una interpretación demasiado formalista. Y la prueba es que en el congreso posibilista se leyó igualmente el mensaje de Gompers, a pesar de que la American Federation of Labor no tuviese ningún representante oficial. No se sabe quién lo leyó. Ahora bien, había dos delegados de la Unión Internacional de tipógrafos, afiliada a la American Federation of Labor, que concurrían regularmente a las sesiones del Congreso de la calle de Lancry: W. S. Wandby y P. F. Crowley. Ambos estaban calificados para leer el mensaje y seguramente uno de ellos lo hizo, pese a no tener mandato para representar a la A. F. L. en el congreso.

De todos modos hoy está establecido que si ningún representante americano fue oficialmente reconocido por la mesa directiva del congreso «marxista», no es menos cierto que Gompers había nombrado un mensajero, un enviado oficial que tenía mandato para asistir a este congreso y que asistió a él.

Este representante no era otro que Hugh MacGregor, que se había hecho conocer el año anterior como delegado de la Unión Local del Trabajo de la ciudad de Nueva York en el Congreso de la American Federation of Labor, y como dirigente designado del Comité de Labels and Boycotts. Según la autobiografía de Gompers, MacGregor habría sido elegido sobre todo «a fin de hablar de la jornada de ocho horas» por dos razones principales. Primero, a causa de su «gran experiencia de viajar sin apenas gastos», en tiempos en que el movimiento sindical americano era muy pobre. En segundo lugar, porque era un idealista, y como tal estaba más calificado que ningún otro para «pedir el apoyo de la Internacional» para la acción en favor de las ocho horas.

La posición unitaria de Gompers con relación a la dualidad de congresos explica harto bien y muy lógicamente por qué el mensaje leído por una parte por MacGregor se leyó igualmente en el congreso posibilista. Es lo que establece con «Le Temps» del 18 de julio el acta de la tercera sesión del congreso posibilista (16 de julio por la tarde):

Un delegado de la American Federation of Labor lee un mensaje de esta federación.

Y, por lo demás, en el curso de la decimoprimera sesión del 20

de julio por la tarde, se votó por aclamación la siguiente resolución:

El secretario del Congreso Internacional del Trabajo se encarga de hacer llegar al ciudadano Samuel Gompers, de Nueva York, presidente de la Federación Americana, un acuse de recibo de su nota y la expresión del agradecimiento que el congreso le debe por los utilísimos informes enviados.

El secretario presentará además al ciudadano Gompers su vivo deseo de ver triunfar la campaña de las ocho horas que la federación americana debe proseguir efectivamente en mayo de 1890.

La comparación de todos estos textos y principalmente el final de esta resolución corrobora la solución propuesta por Gabriel Deville. La fecha del 1º de Mayo ha sido tomada de la nota de la American Federation of Labor. En resumen, hoy está establecido de fuente oficial americana que el mensaje de importancia histórica de Gompers –del que desdichadamente no hay ninguna copia, según lo confiesa Gompers mismo–, trazaba bien, como lo afirma el acta arriba citada, la lucha por las ocho horas en los Estados Unidos, pedía a este respecto el apoyo de los congresistas y, además, evocaba los esfuerzos tendentes a realizar plenamente el Labor-Day.

Por otra parte, se encuentra una contraprueba en la continuación de la carta inédita de Guesde ya mencionada, que se extiende sobre los documentos del Congreso de la calle Rochechouart. Guesde escribe:

Fue igualmente, no el delegado –porque no lo tenía– sino

el informe en lengua inglesa de la American Federation of Labor el que dio la fecha.

Salvo el error de referirse a un «informe» –puesto que ninguno de los dos congresos se había ocupado de un «informe» sino de una «nota» de la Federación Americana del Trabajo –la confirmación sería completa. Completa, desde el punto de vista formal... A condición de no olvidar –como lo hace Guesde con toda buena fe– el «caldo de cultivo» creado en Londres por Anseele ocho meses atrás y que el mismo Anseele –o, al menos, uno de sus amigos– había llevado a la Conferencia de La Haya, cuatro meses antes.

Profundo sentido internacionalista de la resolución

En su carta agrega Guesde esta precisión:

Una enmienda de Many, el delegado rumano, ha desempeñado cierto papel en la redacción de la moción tal como se ha votado.

Esta información complementaria no es despreciable. El nombre de Many, uno de los cinco delegados rumanos al congreso «marxista» y el principal representante del Círculo de Socialistas rumanos de París, debe agregarse en justicia a los nombres de Raymond Lavigne, Rous y otros, del americano Gompers, del belga Anseele y de los alemanes Liebknecht y Bebel, como ligados a la célebre resolución que constituye, en

cierto modo, la partida de nacimiento del 1º de Mayo. De ello resulta que esta resolución, surgida de un Congreso Internacional, con ocasión de una Exposición Internacional y votada unánimemente por las delegaciones de 21 países, era internacional en su génesis y en su confección. Lo era también en su factura, ya que aunaba las experiencias francesas y americana y las iniciativas belga y sueca, teniendo en cuenta la situación alemana para coordinar y ritmar la reivindicación obrera de las ocho horas por encima de las murallas nacionales. En fin, como lo ha escrito Jules Guesde:

Del mismo modo que al votar la manifestación no se hacía más que internacionalizar el medio de acción adoptado por el Congreso nacional de Burdeos, al elegir el 1º de Mayo no se hacía más que internacionalizar una fecha ya adoptada por el Congreso nacional de los Estados Unidos.

El 1º de Mayo nació, pues, oficialmente bajo el signo mayúsculo del internacionalismo. Por eso, más allá de las ocho horas, tomando impulso, franqueando la inmensidad en medio de tormentas, cóleras y esperanzas, debía aportar al mundo el mayor mensaje de paz después de la fundación de la Internacional obrera en 1864. Tal sigue siendo su sentido profundo.

V. EL 1º DE MAYO DE 1890

Agitación y escaramuzas preliminares

Desde enero de 1890, los socialistas que habían tomado parte en el Congreso de la calle Rochechouart, celosos de aplicar sus decisiones, se pusieron a trabajar para organizar la manifestación del 1º de Mayo.

En Francia se creó una comisión en la capital. Comprendía más de 50 miembros pertenecientes a los sindicatos y agrupaciones guesdistas y blanquistas. Sus reuniones tenían lugar en un local puesto a su disposición por el consejero municipal socialista del distrito IX: Daumas.

En la Bolsa de Trabajo, que estaba en manos de los posibilistas, los militantes guesdistas multiplicaron sus esfuerzos a fin de arrastrar a la masa de los sindicatos. Fue en vano. La proposición presentada al Consejo general de la Bolsa por Prévost, del Sindicato de Peluqueros, obtuvo 26 votos contra 61 de una proposición de André Gély, del Sindicato de Empleados, que preconizaba la petición pura y simple.

Como consecuencia de esta votación, los sindicatos pari-

sienses partidarios del 1º de Mayo formaron un consejo local con Prévost como secretario, Roussel como tesorero, Gignet, Duluck, Guy Lacoste y Gouzou como vocales. Este consejo lanzó un llamamiento en que se hacía referencia a los posibilistas:

Os corresponderá anotar los nombres de los que falten a su honor no asistiendo a esta manifestación de los derechos del trabajador, después de haber aceptado el mandato de representantes del pueblo con nuestro programa. Los que no estén con nosotros estarán contra nosotros.

Jules Joffrin, uno de los jefes posibilistas, consejero municipal y diputado de París (Distrito XVIII), se dejó entrevistar por «Le Temps», a pesar de su vacilante estado de salud, que meses más tarde lo llevaría a la tumba. Hizo esta triste declaración sobre la jornada proyectada:

Estoy persuadido de que será un «fiasco». Hay que ser Jules Guesde e ignorar como él lo que es un taller francés para creer que 200.000 obreros van a pasearse por las calles de París. No hay que contar con el temperamento francés como con los temperamentos ingleses y americanos. Éstos están agrupados, tienen poderosas sociedades obreras y se hallan sometidos a una disciplina que no puede existir entre nosotros.

Y además se parece olvidar que en 1889 hubo en París dos congresos obreros internacionales. Tengo la pretensión de afirmar que el congreso de los posibilistas de la calle Lancry, donde estaban representados todos los sindicatos de París, las Trade-Unions de Inglaterra, etc., era más «obrero» que

el de los marxistas, donde no había más que estados mayores y no tropas.

... La manifestación tendría quizás alguna perspectiva de éxito si los marxistas se hubieran entendido con nuestras cámaras sindicales y nuestros grupos corporativos. Pero os digo que si la cuestión se hubiera planteado en nuestro congreso de la calle de Lancry, yo hubiera tomado la palabra y hubiese demostrado que, vistos nuestro temperamento y los hábitos de nuestros talleres, es imposible paralizar los trabajos a media semana... No quiero poner en duda la grandeza de la cuestión de la reducción de la jornada de trabajo; yo fui el primero de todos los socialistas elegidos que defendió en una corporación elegida por el concejo municipal, en 1882, la jornada de ocho horas. Fui llamado en esa época a reclamar y votar la jornada de ocho horas en el «affaire» del Metropolitain.

Tampoco creo que la manifestación del 1º de Mayo tenga éxito en Alemania. Estoy convencido de que los jefes del Partido Socialista Alemán, aun habiendo votado en el congreso marxista el descanso del 1º de Mayo, no van a arriesgar por las calles de Berlín los beneficios del éxito que acaban de obtener en las elecciones... En cuanto a los grupos del Partido Obrero, sindicatos, círculos de estudios, etc., no se mezclarán en una barrabasada que no puede beneficiar ni a la reducción de las horas de trabajo ni a la República.

Huelga decir que esta declaración fue sabiamente orquestada por la prensa burguesa.

Sin embargo, no todos los miembros de la Federación de Trabajadores Socialistas de Francia seguían a Joffrin en sus acritudes y rencores. Hombres notables de la Unión Federativa del Centro, tales como Jean Allemane, J. B. Clément y E. Faillat reprocharon a Brouse y a Joffrin haber «despreciado el beneficio moral de la manifestación del 1º de Mayo», y la escisión que se produciría poco más tarde en el Congreso de Châtellerault fue causada en parte por esta divergencia de miras.

Basly, secretario del Sindicato de Mineros del Paso de Calais, se dejó también entrevistar por un redactor de «Le Radical». Habló «de los anarquistas, boulangistas y otras gentes que pescan en río revuelto», expresó la esperanza de que los obreros «consagrarán el 1º de Mayo a trabajar» y adelantó que el gobierno no tendría «mucho trabajo para combatir esta ridícula procesión».

Actitud de los anarquistas

Por su parte, a los anarquistas les disgustaba la manifestación a causa de su origen «político», de su carácter pacífico y del recurso a los poderes públicos que implicaba una ley que limitara a ocho horas la jornada de trabajo.

Jules Guesde, en su estilo mordaz, respondió en «Le Socialiste» a los «fieles de Nuestra Señora de la Anarquía», que se oponen a que haya que sacudir el ciruelo del poder para «hacer caer de él la reducción de los trabajos forzados».

Encontraba lógica tal posición de parte de abstencionistas y trató de «escapatoria» al hecho de presentar la presión sobre los poderes públicos –«táctica eminente y exclusivamente revolucionaria»– como la última palabra del parlamentarismo y un acto de fe en los gobernantes. Hizo notar que la jornada de ocho horas estaba lejos de ser una «futesa» y que la lucha de las masas para conseguirla, por la conmoción que producía, constituía una brecha necesaria para abrir paso a la Revolución. Al mismo tiempo, ajustando cuentas con los posibilistas, que hacen «más que creer en los poderes públicos», denunciaba el engaño de la emancipación del trabajo por la multiplicidad de los servicios públicos en el régimen capitalista.

Un cierto número de anarquistas, aunque haciendo reservas, se unieron a la manifestación. Tortelier, el propagandista de la huelga general, declaró el 17 de abril en una reunión:

Lo que queremos no es una manifestación pacífica; es necesario que este gran movimiento sea provechoso; precisa que de él salga la idea de una huelga general para llegar a la jornada de ocho horas, en la esperanza de nuevas mejoras. No vayamos a ver a los diputados, es inútil; jamás harán nada por nosotros.

En el diario revolucionario «L'Égalité», Émile Couret se mostraba más violento respecto a los diputados. Couret fue perseguido por su diatriba, a la que seguía una apología de «la muerte de los opresores», lo mismo que Michel Zévaco, autor de un artículo provocativo dirigido contra el ministro del Interior, Constans.

Zévaco y Couret fueron condenados el 8 de abril, el primero a cuatro meses de prisión y mil francos de multa, y el segundo –en rebeldía– a quince meses de prisión y 3.000 francos de multa. También el semanario de Émile Pouget, «Le Père Peinard», fue perseguido por un artículo sobre la manifestación, y su gerente Weill condenado a 18 meses de prisión y 2.000 francos de multa.

Situación política y económica

Tales persecuciones y condenas que se suceden de fines de marzo a mediados de abril indican cierto nerviosismo en las esferas dirigentes. Éstas habían creído, al principio, que la disensión entre los socialistas de escuelas rivales haría abortar la manifestación. Pero, a medida que se aproximaba la fecha fatídica, veían que se habían equivocado. Era claro que la abstención de los posibilistas disminuiría la importancia de la manifestación mas no llegaría a impedirla. Tanto más cuanto que los esfuerzos de los organizadores se producían en condiciones favorables.

En todas partes una crisis industrial llevaba a la miseria a los centros obreros, empujándolos a la huelga. Por eso los gobernantes, inquietos, reunían una conferencia obrera en Berlín para tratar de contener, al mismo tiempo que al pauperismo, la agitación social. La cuestión del trabajo de las mujeres y los niños se había planteado allí, de forma parecida a como se había planteado en Francia ante el Senado, que había llegado a enviar una delegación de estudio al norte y al este del

país. Por lo demás, el Ministerio del Comercio realizaba una encuesta económica y la Administración de Finanzas registraba una minusvalía bastante seria en el pago de los impuestos. En París se agitaban corporaciones poco bulliciosas, como los obreros joyeros y los trabajadores de los mataderos. En provincias, la huelga de Commentry sucedía a la de Bességes. Las masas, liberadas de la ilusión boulangista, aprendían a sus expensas que el oportunismo burgués que habían sostenido los posibilistas, no rendía. El presidente de la Cámara, Floquet, en su gran discurso del 13 de abril en Burdeos, proclamaba que la legislación debía estudiar sobre todo la cuestión obrera.

El 1º de Mayo de 1890 debe, pues, colocarse en este ambiente propicio a la toma en consideración por los poderes públicos, si no de la jornada de ocho horas, al menos de la disminución de las horas de trabajo.

La represión gubernamental

El gobierno no practicaba, por su parte, el derrotismo de Joffrin. Freycinet era presidente del Consejo. Confiaba enteramente en Constans para quebrar la ofensiva proletaria. Era un hombre despiadado, que acababa de ponerse a prueba cuando el boulangismo ponía al régimen en peligro. Persiguió a los militantes, acentuando la represión ya iniciada. Charles Malato y Gégout fueron detenidos a fin de purgar los 15 meses de prisión que se les infligieron por un artículo del «Attaque». La imprenta del «Révolté», en un antiguo taller de nacarería, en la

calle de Trois-Bornes, de donde habían salido «pasquines sediciosos», fue allanada. Se incautó uno que incitaba a los soldados a la desobediencia.

Los anarquistas Sébastien Faure, Merlino, Tortelier, Louise Michel, Dumont, Leboucher, Tennevin, Prodi y Guisse fueron apresados. René Prévost y Martinet lo mismo, así como el marqués de Mores, enemigo personal de Constans, futuro líder del antisemitismo y propietario de la imprenta del «Révolté». Su arresto puso una nota original en estas medidas que se extendían por provincias, ya que en Lyon, Saint-Étienne y Roanne se contaban no menos de 36 detenciones.

La prensa aprobó el rigor gubernamental como susceptible de descorazonar a los «promotores de desorden».

Los llamamientos de las organizaciones

A pesar de las medidas de intimidación, el Comité de Organización cumplió su tarea. Se multiplicaron las reuniones en todo el país. El Congreso Regional de Sindicatos del Loira y del Ródano prescribió la cesación del trabajo el 1º de Mayo y el envío de delegaciones a las prefecturas. El Consejo municipal de Saint-Étienne, compuesto de socialistas y radicales, votó un crédito de 10.000 francos en favor de la manifestación. En las Bocas del Ródano, donde el prefecto impidió toda manifestación, el consejo general emitió un voto en favor de la libre circulación, y el diputado socialista Antide Boyer anunció

que, envuelto en su *écharpe*, se colocaría en la calle a la cabeza de los manifestantes.

Entre los numerosos llamamientos de las agrupaciones socialistas y de las organizaciones sindicales hay tres que atraen sobre todo la atención. Por su significación histórica merecen reproducirse. George Crépin se encargó de los carteles y aseguró su distribución, y Jules Guesde redactó el texto emanado de las agrupaciones socialistas centrales. Estaba concebido así:

Jueves 1º de Mayo de 1890

MANIFESTACIÓN OBRERA DE AMBOS MUNDOS

Decidida por el Congreso Internacional de París (1889), en apoyo de la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas, de la limitación del trabajo de las mujeres y los niños, de la PROHIBICIÓN DEL TRABAJO DE NOCHE, de la SUPRESIÓN DE LAS OFICINAS DE COLOCACIÓN Y DE LOS INTERMEDIARIOS EN EL TRABAJO, ETC.

Los trabajadores de Bélgica, Alemania, Austria–Hungría, Inglaterra, Suiza, Holanda, España, Italia, Dinamarca y los Estados Unidos de América se disponen a reivindicar pacíficamente estas reformas indispensables, el 1º de Mayo próximo, abandonando los talleres, y por medio de mítines intimaciones a los poderes públicos en nombre de muchos millones de obreros.

Trabajadores de Francia, que habéis estado siempre a la vanguardia, esta vez estaréis también a la altura de vuestra tarea. Consciente de su derecho y desdeñando las

provocaciones, cada uno estará en la cita de su clase y del partido socialista y cumplirá con su deber.

Firmaban este llamamiento: por el grupo socialista de la Cámara, Ferroul, A. Boyer, Baudin, Lachize, Thivrier, Franconie y Cluseret; por el Consejo Nacional del Partido Obrero Francés: Camescasse, Crépin, Dereure, Guesde, Lafargue y Lainé; por el Comité Revolucionario Central: Baudin, Lachize, diputados, Chauvière, Édouard Vaillant, consejeros municipales, y Landrin; por el grupo socialista del Concejo municipal de París: Chauvière, Daumas, Ch. Longuet y Édouard Vaillant.

Por su parte, la «Comisión permanente de los delegados al congreso internacional de París» lanzó el siguiente llamamiento:

FIESTA DEL TRABAJO

Manifestación Internacional del 1º de Mayo

Por la jornada de ocho horas y una legislación protectora DEL TRABAJO QUE TENGA COMO FIN, CON LA JORNADA DE OCHO HORAS COMO BASE ESENCIAL, LA GARANTÍA DE UN SALARIO MÍNIMO, LA LIMITACIÓN DEL TRABAJO DE LAS MUJERES Y LOS NIÑOS, EL REPOSO DE UN DÍA POR SEMANA Y LA SUPRESIÓN DEL TRABAJO NOCTURNO, DE LAS OFICINAS DE COLOCACIONES Y DE LOS INTERMEDIARIOS EN EL TRABAJO.

La manifestación del 1º de Mayo fue votada por el Congreso Obrero Internacional Socialista de París en 1889 en favor de la JORNADA DE OCHO HORAS

Porque la jornada de ocho horas es trabajo y pan para muchos trabajadores que se amontonan con el estómago vacío en las puertas de los talleres; en efecto, donde se necesitan dos obreros que trabajen doce horas se necesitarán tres que trabajen ocho horas;

Porque la jornada de ocho horas significa el fin del paro periódico que multiplican los progresos del maquinismo, y la disminución de trabajo para los que trabajan demasiado, proporcionando trabajo a los que no lo tienen;

Porque la jornada de ocho horas es el aumento de los salarios por la supresión de la competencia homicida que hacen los obreros desocupados a los trabajadores ocupados y de la baja de salarios que esta competencia acarrea;

Porque la jornada de ocho horas es, con ocho horas de sueño y ocho de descanso, vida de libertad y de acción para la clase obrera;

Porque la jornada de ocho horas beneficiará al pequeño comercio, aumentando el poder de adquisición y de consumo de su clientela obrera, ya que ésta será más numerosa y mejor pagada, como consecuencia del aumento forzoso de los obreros ocupados y sus salarios;

En consecuencia, los militantes de cada barrio son invitados a organizar reuniones locales para firmar peticiones en favor de la jornada de ocho horas, cuyo formulario encontrarán en la Bolsa de Trabajo (escritorio núm. 5).

Por la tarde se organizarán grandes reuniones para celebrar esta

PRIMERA FIESTA INTERNACIONAL DEL TRABAJO

La petición de las cámaras sindicales y las agrupaciones socialistas de Francia será presentada el 1º de Mayo a la Cámara de Diputados, por una delegación compuesta por la Mesa Directiva del Consejo Local (Federación Nacional de las Cámaras Sindicales Obreras de Francia), por los delegados con mandato de las diversas cámaras sindicales y por los socialistas elegidos de la Cámara y del Consejo municipal. La delegación partirá de la plaza de la Concordia a las 14 horas.

TRABAJADORES DE PARÍS,

Festejaréis el 1º de Mayo con el orden y la dignidad que animan al proletariado internacional en marcha hacia su emancipación.

¡VIVA LA JORNADA DE OCHO HORAS!

¡VIVA LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA Y SOCIAL!

Por último, el Consejo Nacional del Partido Obrero Francés (guesdista) lanzó un llamamiento, redactado probablemente por Jules Guesde, cuyo tercer párrafo está concebido casi en los mismos términos que el segundo del anterior.

A LOS TRABAJADORES DE FRANCIA

CAMARADAS:

Conforme a la decisión del Congreso Internacional Obrero Socialista de París, que el año último selló el *pacto de fraternidad* entre los trabajadores de todo el mundo, las clases obreras de Europa y América se disponen a manifestarse el *1° de Mayo* próximo en favor de la *jornada de ocho horas* y de sus corolarios: la *prohibición del trabajo nocturno* y el *descanso de un día por semana*.

En Austria–Hungría, Alemania y los Estados Unidos, este día, considerado como *Fiesta del Trabajo*, los talleres estarán desiertos y el trabajo suspendido en todas partes. Además, como en Bélgica y en Inglaterra, los proletarios afirmarán en la calle, por medio de grandes desfiles y mítines, su voluntad de limitar a *ocho horas por día* la *explotación de la carne obrera*.

CAMARADAS:

Vosotros, que en 1832, 1848 y 1871 os habéis sacrificado tan heroicamente por la liberación del Trabajo, no querréis quedaros atrás en esta primera acción común de los proletarios de ambos mundos.

Seréis tanto más numerosos en la *cita internacional de vuestra clase* cuanto que, al mismo tiempo, habéis de protestar contra gobernantes que se dicen republicanos y no han intervenido en la Conferencia de Berlín más que para hacer fracasar todas las tentativas de mejoramiento de vuestra suerte.

A los Jules Simón, a los Tolain y a los Burdeau de la conferencia, que llevaron la traición hasta impedir que se discutiera la limitación de los trabajos forzados obreros, responderéis, el 1º de Mayo, levantándoos de todos los puntos del territorio al grito de «¡Viva la jornada de ocho horas!», la primera y más esencial de las reformas.

CAMARADAS:

La jornada de ocho horas significa lugar en el taller para los parados, a quienes multiplica el fatal desarrollo del maquinismo.

La jornada de ocho horas es la supresión del paro periódico que os condena cada vez más a la humillación de las oficinas de beneficencia.

La jornada de ocho horas es el fin de la competencia mortal que suscita luchas entre los obreros y permite a la rapacidad de los patronos reducir al hambre a los trabajadores ocupados en el taller por los sin pan de afuera.

Es el alza necesaria e inmediata de vuestros salarios.

Pero la jornada de ocho horas constituye aún otra cosa; representa, gracias a *ocho horas de sueño y ocho horas de descanso*, vuestro reingreso en la vida humana, la libertad de cumplir vuestros deberes hacia vosotros mismos y hacia vuestra clase, que para emanciparse necesita contar con vuestra actividad constante.

CAMARADAS:

Semejante conquista merece la lucha pacífica a que os convocamos en nombre del Partido Obrero, al mismo tiempo que, arrancada a la mala voluntad de vuestros amos, será la medida de vuestras fuerzas y la garantía de vuestros próximos triunfos. ¡VIVA LA JORNADA DE OCHO HORAS! ¡VIVA LA FRANCIA PROLETARIA! ¡VIVA LA INTERNACIONAL OBRERA!

Idea de una Fiesta del Trabajo

Subrayemos que en este llamamiento se trata de una «Fiesta del Trabajo» el 1º de Mayo en Austria–Hungría, Alemania y los Estados Unidos, lo que entre paréntesis es falso, como veremos luego, en lo que toca a este último país.

Esa cuestión de una «Fiesta del Trabajo» se desliza en el llamamiento, que no insiste sobre este tema, ya que ante todo da a la jornada un carácter de lucha y solidaridad Internacional. Pero, por otra parte, el llamamiento de la Comisión permanente está encabezado, y en letras mayúsculas, por la mención de «Fiesta del Trabajo». Además, hacia la mitad del texto invita a los obreros a celebrar por la tarde la «primera Fiesta Internacional del Trabajo» –mención también en mayúsculas– y termina pidiendo que se festeje el 1º de Mayo. Es la primera vez que en Francia se asocia la idea de la Fiesta del Trabajo a la de las ocho horas a propósito del 1º de Mayo. Como en la resolución del Congreso Internacional de París no se trataba de fiesta, es ésta una noción totalmente nueva y nos vemos induci-

dos a preguntarnos por qué se ha introducido en los dos llamamientos citados: subrepticamente casi, en uno; con insistencia en el otro.

Es probablemente para arrastrar el máximo de trabajadores y tranquilizar a los más timoratos, haciendo resaltar bien el carácter pacífico de la jornada. Jules Guesde lo prueba en el número del 1º de Mayo del cotidiano socialista «Le Combat»:

Recordamos una vez más a los trabajadores que ni el Congreso Internacional de París ni la Comisión de permanencia han querido dar una forma exclusiva a la manifestación de hoy.

Todos los medios que permitan al proletariado afirmar la unidad internacional de su acción son buenos.

Se manifestarán los ciudadanos y ciudadanas que, transformando el 1º de Mayo en Fiesta del Trabajo, efectúen el paro, dejando desierto el taller o el comercio.

Se manifestarán aquellos y aquellas que, en todas partes, en sus sindicatos y en sus comités, firmen la petición de las ocho horas.

Se manifestarán los delegados que, en nombre de las cámaras sindicales parisienses, lleven al Palais-Bourbon los primeros cuadernos del trabajo.

Se manifestará la multitud que, en uso de su derecho a la calle, grite: «¡Viva el ejército!» al paso de nuestros soldados, obreros de ayer y de mañana, a quienes en vano se querría

volver contra sus camaradas de trabajo y de miseria.

En una palabra, la manifestación pacífica decidida por el Congreso Internacional de París implica todas las expresiones pacíficas de la voluntad obrera.

Excluye sólo la violencia, que rechazamos por inútil y que dejamos a la atemorizada burguesía gubernamental.

En efecto, el tercer párrafo de la resolución Lavigne daba el máximo de elasticidad a la jornada permitiendo que se amoldara a cada país. Pero tal elasticidad se refería sólo al plano exclusivo de la manifestación. Es cierto –y él lo sabe– que Guesde fuerza el sentido de la resolución al admitir que se haga de la manifestación una fiesta. Por lo demás, emplea una expresión muy significativa: «transformar» el 1º de Mayo en fiesta. Pero sabe bien lo que hace y lo que dice sin ambages: quiere llegar al resultado por «todos los medios». En lo sucesivo, la idea de una fiesta del trabajo estará ligada al 1º de Mayo en gran número de países y, naturalmente, en Francia. Tendremos ocasión de volver sobre este punto.

Preparativos y temor de la burguesía

Por el momento, después de haber mostrado cómo y con qué espíritu han preparado la jornada los organizadores del 1º de Mayo, vamos a penetrar en el campo contrario para mostrar cómo se piensa contrarrestar la ofensiva proyectada.

A las medidas de represión ya señaladas y que completa una tentativa de arresto de Jules Guesde, el 30 de abril hacia las 23 horas, se agregan muy serias medidas de orden, que se resumen, para la capital, en el siguiente comunicado:

Las tropas cargarán el fusil Lebel. Los hombres tendrán en cartuchera dos paquetes de cartuchos libres, es decir, 12 cartuchos. Si en el curso de la jornada se hiciera necesario un mayor número de cartuchos, los proveedores designados de antemano –uno por sección, ocho por compañía– se encargarán de renovar las provisiones en los cuarteles, donde estarán listas las cajas de municiones.

Muchos regimientos de las guarniciones suburbanas serán llamados a París.

El 1º de Mayo las tropas de París comprenderán: Once regimientos de Infantería, el 6º regimiento de Coraceros, el 27º y 28º regimientos de Dragones, el 3º de Coraceros de Versailles, el 5º de Cazadores de Rambouillet, el 8º de Dragones de Melun, el 12º y 13º regimientos de Artillería de Vincennes.

A estas tropas se unirán: la Guardia Republicana en su totalidad y la compañía de Gendarmería del Sena.

En la plaza de la Concordia se dispondrán quinientos guardias de las brigadas centrales; otros cien se hallarán colocados en la Madeleine.

Las manifestaciones en la vía pública estarán formalmente prohibidas. La menor reunión de personas será dispersada.

Este comunicado, hecho para impresionar, no indicaba sin embargo sino una parte de las precauciones tomadas.

Las tropas estaban acuarteladas con uniforme de campaña y listas para marchar a la primera señal. Debían organizar patrullas. Se habían previsto piquetes en el interior de los monumentos públicos y de los palacios nacionales. En los patios de las alcaldías y de las escuelas debían doblarse o triplicarse las guardias, lo mismo que en el Elíseo y en el Ministerio de Finanzas. La Bolsa de Trabajo debía estar cerrada y sus accesos custodiados. Todos los permisos estaban suspendidos. En cuanto a los guardias de paz, recibieron las consignas más rigurosas. Todas estas medidas, intencionada y ampliamente llevadas al conocimiento público por todos los periódicos, crearon una atmósfera de pánico.

Constans trataba de forjar la leyenda de un 1º de Mayo preludio con su motín del «trastorno universal de la Gran Noche». Llegó hasta hacer robar, en Soisy-sous-Etioles, dinamita que –pretendía– debía servir para hacer saltar las alcantarillas y los monumentos públicos. Soltó una nube de espías entre los socialistas, y estos caballeros llenaron las hojas gubernamentales de extravagantes informes.

La jauría periodística de París –escribe Paul Lafargue– ladró terroríficas noticias sobre el 1º de Mayo [y] los borregos de Panurgo de la prensa departamental balaron al unísono.

La prensa extranjera se hizo eco de ello, reproduciendo noticias alarmantes de París. Tomando gusto a la cosa, publicó

incluso otras de su invención, que los diarios franceses se apresuraron a reproducir a su vez. Naturalmente, los periódicos veían en la manifestación «la mano del extranjero». El editorial de una hoja de provincia es típico a este respecto:

Hay que reconocer que la señal de la manifestación del 1º de Mayo no parte de Francia.

La iniciativa de la manifestación obrera no pertenece al proletariado francés.

Y nuestros obreros hubieran permanecido perfectamente tranquilos y no hubiesen pensado en desertar de las fábricas y los talleres para ir a la calle, si Italia y Alemania no se hubieran mezclado en ello.

Consciente o inconscientemente, los manifestantes de hoy obedecerán a una orden de Roma y de Berlín.

Según las palabras de Paul Lafargue, Constans, director de orquesta de este ensordecedor concierto, «preparaba el alma de la burguesía para el día de su juicio final». La verdad es que quería ser consagrado como «salvador de la sociedad», y los periódicos veían ya en él al hombre providencial que tenía «una exacta noción de sus deberes y de sus responsabilidades».

No es menos cierto que los capitalistas, aterrorizados, huyeron de París. Pero en provincias, su terror continuaba, porque por todas partes se levantaba «el espectro del 1º de Mayo».

La manifestación en París

Por último, llega el 1º de Mayo. Amédée Dunois anota muy bien, con pocas palabras:

Hay un cielo de fiesta, un sol dulce y luminoso, el sol de Austerlitz, dirá Guesde.

En los barrios populares, donde numerosas fábricas han dado fiesta a su personal, asoman muchas cabezas en las ventanas. ¡Qué grato sería pasearse por la calle! Pero se ven soldados aquí, sargentos allá. Hay que ser prudente. Al principio, los viandantes son raros. Después, poco a poco, a medida que se sienten más tranquilos, las calles tornan a su actividad casi normal. Mientras los militantes están ocupados en las sesiones permanentes, los soldados guardan las barreras, a fin de impedir a los obreros del suburbio, se reúnan con los de la ciudad. En el Ayuntamiento, donde no entra ninguna persona extraña al servicio, está permanentemente Poubelle, el prefecto del Sena. En los mercados, unos pocos hortelanos; en todo el centro, muchos negocios cerrados y otros que han bajado a medias la cortina metálica. Los hay abiertos, pero con ciertas precauciones. La calle de Rivoli, la calle Royale, la calle y el arrabal de Saint-Honoré, la plaza de la Ópera y los bulevares están recubiertos por una delgada capa de arena esparcida durante la noche y destinada a facilitar las cargas de caballería. Los principales teatros se encuentran cerrados. También el Banco Rothschild, en la calle Laffitte. Por primera vez no abre el Salón. A través de las rejas

de las Tullerías se ven los regimientos. Los subsuelos de la Madeleine están atiborrados de tropas. Los coches de plaza se hallan en el depósito y las compañías de ferrocarriles no efectúan ninguna entrega.

En los barrios ricos muchas casas están vacías, y el «Monde Illustré» anota:

Desde los días del Sitio y de la Comuna no se había visto en ciertos barrios, ordinariamente agitados y ruidosos, semejante sentimiento de soledad y de silencio.

El punto de concentración era la calle Royale. Se había visto que de allí partiría la delegación hacia el Palais Bourbon. Debían integrarla la mesa directiva de la Federación Nacional de Sindicatos, delegados de los sindicatos, la comisión de organización y diputados socialistas; un centenar de personas, en total. Pero el prefecto de policía Lozé declaró la víspera que ninguno de los manifestantes que no tuviera títulos seguiría a los mandatarios públicos. Era la repetición de lo que había pasado el 10 de febrero del año anterior. Después de una carta del diputado Ferroul al presidente Floquet se admitió que la delegación estaría compuesta de diputados, consejeros municipales y otros cinco o seis militantes.

Antes de mediodía, bajo un bello sol primaveral los manifestantes se dirigen hacia la calle Royale y la plaza de la Concordia. Son muy numerosos, pero sin duda se ha exagerado estimándolos en 100.000. A las 2, hora fijada –aún no se decía 14 horas–, los doce delegados salen de la cervecería Mollard, en la calle Royale, para dirigirse a la Cámara. En este momento los

peldaños de la Madeleine están negros de gente y bien pronto los bulevares verán desfilar a la gran multitud.

La plaza de la Concordia se encuentra vacía a consecuencia del bloqueo de las calles adyacentes por las fuerzas policiales. A las dos y cuarto los delegados llegan al Palais-Bourbon, escoltados por guardias municipales. El periodista Hacks, según el fotógrafo de «L'Illustration» que ha podido sacar un grupo de ellos con su aparato, nos muestra burlándose «toda la escala social en cinco espaldas». Thivrier, con su blusa azul de campesino; Baudin, vestido como semiburgués; Féline, el cortador de calzado, con chaqueta a cuadros grises; por fin, «dos caballeros con sombrero de copa», Vaillant y Ferroul.

El ex general de la Comuna, Cluseret, diputado socialista del Var, espera a los delegados en la verja. Se les hace entrar en el gabinete del secretario general de la presidencia, Eugène Pierre, quien recibe los 82 petitorios cubiertos de firmas y concebidos más o menos como el llamamiento de la Comisión permanente que reproducimos arriba. Luego los delegados son recibidos por el presidente Floquet, que les confiesa:

Si no se toman en consideración los deseos del pueblo, es seguro que habrá peligro.

Después de estas dos entrevistas, Eugène Pierre extiende un acta oficial y, por su parte, la delegación redacta el acta siguiente, que tiene el valor de un documento histórico:

Conforme a la decisión tomada ayer tarde en Asamblea nacional de los representantes de las Cámaras sindicales parisienses y de los delegados al Congreso Internacional de

París, la delegación encargada de llevar a los poderes públicos la petición por la jornada de ocho horas y las otras resoluciones del Congreso Internacional de París ha partido a las 2 horas de la plaza de la Concordia y se ha presentado en la Cámara de Diputados. Ha sido recibida por el secretario general de la presidencia, quien registró las peticiones de las cámaras sindicales y de los grupos socialistas de todos los puntos de Francia, así como las resoluciones de los congresos con vistas a una legislación nacional e internacional del trabajo.

Se advirtió que este petitorio colectivo será completado por las adhesiones anunciadas que aún no se han recibido y continuado por un petitorio individual que comienza hoy en la clase obrera.

La delegación fue recibida luego por el presidente de la Cámara, quien declaró estar penetrado de toda la importancia de la cuestión y no dudar del interés con que la mayoría republicana discutirá las reivindicaciones formuladas.

En fe de lo cual firman los delegados: Gouzou, Guignet, Lacoste, Féline, Dulucq, Roussel, Lentz, Jules Guesde, Vaillant, Baudin, Ferroul, Thivrier.

Los periódicos reconocieron que la actitud de la población habría sido excelente. Todo habría pasado, pues, en calma si la policía, «que se había preparado a golpear duro» y «no encontraba la menor ocasión para ello», no hubiera suscitado incidentes y alborotos en diversos puntos de la capital. Hubo

cargas de caballería toda la tarde y las patrullas recorrieron las calles hasta las 11 de la noche. En la calle del Circo, en los alrededores de la plaza Beauvau, se produjo el incidente más serio, cuya gravedad fue sin embargo muy exagerada. Cayeron mujeres y niños, con ligeras contusiones. El oficial de paz Bacot fue apaleado.

Trescientos arrestos se realizaron al azar, como sucede siempre en casos semejantes. Se mantuvieron un centenar. Detalle curioso: en los Campos Elíseos, un viejo que no circulaba lo bastante rápido fue detenido. La policía debió ponerlo en libertad cuando se comprobó en la guardia que se trataba de MacMahon, el ex presidente de la República.

Los agentes retiraron pequeñas banderas rojas que con la inscripción: «1º de Mayo – ocho horas de trabajo», pendían en algunas ventanas de la calle Quincampoix. Por la tarde se realizaron en los distintos barrios más de ochenta reuniones. En ellas se votó y se firmó un orden del día único en favor de las ocho horas y de una legislación nacional e internacional del trabajo basándose en las resoluciones del Congreso internacional de París.

En la sala Vantier, avenida de Clichy, Jules Guesde exultaba. Proclamó el carácter histórico de la jornada.

Del mismo modo –exclamó– que los veteranos del Primer Imperio se felicitaban de haber combatido en Austerlitz, así podréis decir más tarde, camaradas: «Yo estuve en el primer 1º de Mayo».

Manifestaciones y huelgas en provincias

En provincias, 138 ciudades o localidades importantes participaron en la manifestación.

En Marsella, según diversos corresponsales, tomaron parte en la manifestación cerca de 50.000 personas. Hubo 20.000 en Lille, 6.000 en Toulon, 10.000 en Reims y Angers, 15.000 en Caláis y en Saint-Quentin, 35.000 en Roubaix. Sin embargo, en Saint-Quentin el subprefecto había creído su deber convocar a los cuadros sindicales para significar su prohibición porque –decía– «lejos de ser de ninguna utilidad, sería contraria al interés de los trabajadores».

En Lyon, los manifestantes eran 40.000. Se produjeron algunos incidentes, en especial el arresto del diputado obrero tejedor Couturier. Habiéndoseles impedido entrar en el Ayuntamiento, los delegados hicieron remitir la petición por un consejero municipal socialista.

En Burdeos, donde la manifestación agrupó 12.000 personas, el prefecto rehusó recibir a la delegación. En Troyes desfilaron 5.000 trabajadores. Los «caffards» o jóvenes «rebrousseurs» llevaron alta y firme una bandera roja y maltrataron al comisario de policía que quiso apoderarse de ella. La multitud cantaba la *Canción de las Ocho Horas*, que Pédrón acababa de componer. En Argel hubo una gran reunión en el teatro Malakov. En Montluçon y en Commentry se contaron muchos millares de manifestantes. La detención del trabajo fue total en las minas del Allier, del Gard y del Loira. El paro se generalizó en Roanne,

Cours, Thizy, Tarare, Givors, Arbresle. En Séte no se descargó ningún barco.

Habría que sondear en todos los departamentos para hacerse una idea más exacta y matizada de la jornada. Se vería que junto a centros activos, trabajados por la propaganda, hubo muchas ciudades obreras que no se movieron. Así, la mayor calma reinó en el Oise, Creil, en Montataire. Todos los talleres sin excepción trabajaron como de costumbre. En el mismo departamento hubo solamente una reunión: en Beauvais. El guesdista Édouard Fortín hizo una exposición documentada y exclamó que los trabajadores se reunían «en el mismo deber y en la misma esperanza para afirmar su inalterable voluntad de establecer una organización social superior, de donde sean desterradas las miserias y las tristezas del presente».

En la aglomeración de Roubaix, el movimiento de huelga que había comenzado antes de la manifestación se prolongó hasta el día siguiente, englobando de 40.000 a 50.000 obreros. Tomó un giro lo bastante grave para obligar al prefecto del Norte a permanecer en la alcaldía de Roubaix y hacer venir 1.200 hombres de tropa. Hubo choques entre huelguistas y rompehuelgas y en Croix 2.000 huelguistas sitiaron la fábrica Holden, causando estragos. Grupos de huelguistas perseguidos por la caballería cantaban el estribillo revolucionario:

*Si no nos quieren aumentar
vamos todo a destroz.*

Lo mismo que los huelguistas de Roubaix formaron bandas que se dirigieron sobre Croix, Lanon y Tourcoing para incitar a la

acción, los huelguistas de Chiry–Ourscamp (Oise) marcharon sobre Noyon, y los de Bességes sobre Molières y Rochessadoul. Pero hay que notar que estas huelgas, aunque surgían del 1º de Mayo no hacían hincapié en las ocho horas sino en aumentos de salarios y en la supresión de las multas.

No parece que en París, salvo en el caso de los tejedores de gasa, el movimiento de huelga se prolongase después de la gran jornada de reivindicación. Por lo demás, la capital recobró en seguida su aspecto habitual, se volvió a abrir la Bolsa de Trabajo y se puso en libertad a los militantes detenidos. En una orden del día que se leyó en todos los cuarteles, el general Saussier, gobernador militar, dio las gracias a las tropas que habían prestado su concurso a la guarnición de la capital:

Merced a las medidas tomadas por el gobierno, y gracias sobre todo al buen espíritu de los obreros parisienses que, como el ejército, han sabido resistir a las excitaciones de los anarquistas, en su mayor parte extranjeros, no se ha alterado el orden el 1º de Mayo; todo el mundo debe felicitarse por ello.

Los incidentes de Vienne (Isére)

A diferencia de París y de las otras ciudades de Francia, el 1º de Mayo tomó en Vienne (Isére) un pronunciado carácter anarquista, señalándose por la afirmación libertaria, la violencia y, en lugar de entrevistas con las autoridades, la acción directa contra los patronos más viles.

Hay que decir que esta subprefectura industrial de más de 20.000 habitantes sufría una explotación intensiva. Como en todas las ciudades textiles, la situación de los obreros era lamentable: salarios sobremanera bajos, que excepcionalmente llegaban a seis francos diarios; jornadas de trabajo de 14 a 15 horas y aun, en los períodos de gran actividad, de 17 a 18, sin interrupción para la comida de mediodía y en una atmósfera cargada de polvo y detritus, impregnada de aceite y de grasa caliente. ¡Hasta niños de 12 y 14 años estaban sometidos a este régimen inhumano!

Los anarquistas encontraron allí terreno favorable a su propaganda tanto más cuanto que, en conflictos anteriores, los obreros habían llegado a la convicción de que el interés de clase de los patronos prevalecía sobre sus diferencias políticas.

Además, los anarquistas tenían allí desde hacía muchos años un sólido núcleo de militantes que encabezaba el obrero textil Pierre Martin, apodado «el Jorobado» y ex condenado del proceso de los 66, que contaba entonces 33 años de edad y llegaría a ser el alma de la Federación Comunista Anarquista antes de la guerra de 1914.

A su impulso y durante dos meses, los obreros habían discutido por categorías, en grandes asambleas, sus reivindicaciones y en especial las ocho horas. Después, sobrepasando la estrechez de las especialidades –que los había hecho discrepar hasta entonces– constituyeron el bloque obrero frente al patronato local, y con asombro de los funcionarios y mandatarios políticos se declararon hostiles a toda entrevista, tanto en la alcaldía –que aplaudía a los «trabajadores de ambos

mundos que se tendían una mano fraternal»– como en la subprefectura.

Para coronar los preparativos, Tennenvin, uno de los militantes anarquistas parisienses más conocidos, y la indomable Louise Michel organizaron el 29 de abril una reunión donde se aclamó la huelga general.

El 1º de Mayo el paro fue completo, salvo en tres fábricas. En una reunión realizada en el teatro por la mañana fueron maltratados el alcalde y el comisario central, que habían creído deber intervenir.

Después de este tumulto partió una manifestación, con banderas rojas y negras desplegadas, que desfiló imponente ante los comercios más ricos. Los gendarmes cargaron sobre ella, sable en mano. La multitud resistió haciendo una barricada con un camión, luego se dirigió a las fábricas para desalojar a los obreros no huelguistas y escarnecer a los patronos. La fábrica Brocard, particularmente detestada, fue invadida, y los manifestantes se repartieron una pieza de tela de 43 metros, que eligieron entre las 700 u 800 piezas almacenadas.

Por la tarde hubo numerosos arrestos como represalia y se inició una instrucción judicial. Por otra parte la ciudad fue puesta en estado de sitio, lo que provocó la continuación de la huelga los días siguientes. Por último, el trabajo sólo se reanudó el 6 de mayo, después de algunas concesiones patronales.

El Tribunal libró de causa a Louise Michel como «irresponsable», haciéndola pasar por loca a causa de violencias que se ejercieron sobre ella en su celda de la prisión de Vienne. En

cuanto a Tennévin, que no estaba en Vienne el 1º de Mayo, se le inculpó como a otros 17 obreros textiles, entre ellos ocho mujeres y el joven Huguet, de 16 años. Éste llegó a estar tres meses en la celda por no haber querido reconocer una declaración modificada en su ausencia.

El proceso se desarrolló en los tribunales de Grenoble (agosto de 1890). Tennevin y Pierre Martin se defendieron admirablemente, exponiendo sus ideas. Fueron condenados el primero a dos años de prisión y el segundo a cinco años, sin contar respectivamente cinco y diez años de prohibición de residir allí.

Todos los otros inculpados fueron absueltos, salvo Jean Pierre Buisson, que acusado de incitar al asesinato del comisario de policía fue condenado a un año de prisión y cinco de prohibición de residir allí. Los recursos de nulidad de Tennevin y Buisson fueron rechazados, pero a causa de irregularidades cometidas Pierre Martin debió comparecer nuevamente ante el Tribunal de Gap, que redujo su pena a tres años de prisión, el 8 de septiembre de 1890.

En el mundo

Fuera de Francia la manifestación revistió una amplitud impresionante en los países más industriales de Europa, en tanto que Rusia y la mayoría de los países balcánicos no se movieron. En cuanto al resto del mundo –aparte de los Estados

Unidos– hay que hacer constar que continentes enteros desconocieron el movimiento, lo que se explica por la ausencia de organización obrera, salvo en lo que concierne a Australia, con su situación particular.

El llamamiento de la Internacional no podía menos que seguir siendo letra muerta en las partes del mundo que comprendían la mayoría de los oprimidos de la tierra. No tuvo más que un valor de indicación para muchas secciones demasiado débiles de la Internacional y se tradujo por una agitación reducida para las secciones que entraron en la liza. En fin, ningún organismo centralizador era capaz de intervenir para aportar cohesión en la movilización de las masas.

En Alemania, el 13 de abril, los diputados socialistas reunidos en Halle dirigieron a los trabajadores un manifiesto aconsejando la moderación, porque, como Engels, temían sobre todo el peligro de un ardor intempestivo susceptible de oscurecer los recientes éxitos electorales. En este manifiesto se recordaba que el Congreso de París no había determinado el modo de manifestación:

El fin se alcanzará por medio de asambleas, fiestas obreras y, sobre todo, por un petitorio en masa en el sentido de las resoluciones del Congreso de París.

En todas partes se recomendó el nombramiento de comisarios para mantener el orden. El petitorio, en vez de preceder al 1º de Mayo, como en Francia, debía comenzar ese día y continuar hasta fines de septiembre. En la mayoría de las ciudades industriales se realizaron manifestaciones. Se estima que en

Hamburgo, Berlín, Altona, Munich, Brunswick, Darmstadt, Dresde, Leipzig, Königsberg, Nordhausen y Francfort pararon un diez por ciento de los obreros. Miles de ellos fueron expulsados de los talleres. Sin embargo, en el distrito sajón de Chemnitz, región socialista y de huelgas, donde se daba por descontado un movimiento serio, apenas hubo algunos ausentes en los talleres. En Alsacia, donde acababan de producirse grandes huelgas, el paro fue parcial. Pero en Sainte Marie-aux-Mines casi todas las fábricas hicieron huelga, en tanto que en Mulhouse un cortejo de 200 carpinteros huelguistas atravesó las principales calles de la ciudad.

En Austria-Hungría la manifestación que temía la burguesía gubernamental, aunque tomó muy vastas dimensiones, quedó por debajo de sus inquietudes. Víctor Adler hizo los mayores esfuerzos para asegurar el éxito. Se levantaron barricadas. En Viena se celebraron por la mañana 60 reuniones y 40.000 personas se congregaron a la tarde en el Prater. Hubo demostraciones importantes en Praga, Brunn, Reichemberg, Steyer y Budapest. En esta última ciudad tomaron parte 50.000 personas. Las tropas debieron mostrarse pero sin intervenir. Las organizaciones sindicales proclamaron la huelga general y los obreros desfilaron con banderas rojas. En Frankstadt se produjeron desórdenes, así como en Prossnitz, donde 4.000 manifestantes fueron a la cárcel para liberar a los huelguistas encarcelados la víspera. Los húsares cargaron y hubo una veintena de heridos. En Bucarest, Rumanía, hubo 3.000 manifestantes, número raramente alcanzado en este país. En Suiza, de 3.000 a 4.000 obreros tomaron parte en las demostraciones de Zúrich y de Basilea. En Lausana, Saint-Gall, Berna y Ginebra, los cortejos contaron de 500 a 1.000

manifestantes.

En Bélgica hubo millares de huelguistas en el Borinage y las otras zonas hulleras. La multitud de asistentes desbordaba en dos de las más vastas salas de Gante. En Bruselas se organizó un gran cortejo.

En Holanda –en La Haya, Rotterdam, Maastricht, Ámsterdam y otras ciudades– las reuniones fueron prolongadas. En Portugal –en Lisboa–, 2.000 personas se agruparon en torno a la tumba de José Fontana, organizador del movimiento socialista nacional, y en Oporto 8.000 obreros y 2.000 obreras se reunieron en un jardín público, bajo la presidencia del obrero textil José da Silva Lino.

En Italia, a pesar de la prohibición de cortejos y reuniones públicas, hubo manifestaciones en muchas grandes ciudades. En Milán, Turín, Lugano y Liorna se produjeron choques con la policía.

En Polonia 3.000 obreros se reunieron en Lemberg. En Varsovia se detuvo el trabajo en muchas fábricas y en dos talleres de ferrocarriles. Se difundieron ampliamente folletos de impresión clandestina. En la capital hubo 8.000 manifestantes.

España e Inglaterra presentan la particularidad de haber postergado la demostración para el 4 de mayo, el domingo siguiente. Hubo violentos incidentes en Barcelona y Valencia. Las ciudades de Madrid, Bilbao, Zaragoza, Burgos, Tarragona y Valladolid se señalaron. La huelga fue efectiva en 40 ciudades. En Barcelona, 100.000 manifestantes desfilaron con la bandera roja y de una manera tan pacífica, disciplinada e imponente que

el general Blanco, capitán general de Cataluña, desde lo alto de la terraza de su villa, donde lo rodeaba su estado mayor, conmovido y como deslumbrado llevó instintivamente su mano al quepis y saludó.

La manifestación del 4 de mayo en Londres se realizó en Hyde Park con un entusiasmo «indescriptible» y un orden «magnífico», según Lafargue, que asistió a ella. Había 15 tribunas a 150 metros una de otra. Más de 300.000 asistentes cubrieron una superficie doble de la del Campo de Marte. Esta manifestación monstruosa, esta imponente movilización, aterró a la burguesía londinense, y cuando el inmenso cortejo atravesó los barrios ricos, numerosas ventanas estaban cerradas.

En los países escandinavos

Los países escandinavos merecen una mención especial, y en primer lugar Suecia, que ya hemos señalado entre los iniciadores de la manifestación.

El 14 de abril el «Social-Demokrat» había lanzado un llamamiento para la composición de una canción del 1º de Mayo sobre un aire conocido, y el 25 de abril las tres Federaciones socialistas suecas publicaron un manifiesto favorable a la jornada de ocho horas. Afirmaba que el 1º de Mayo debe dar la ocasión de pasar revista al ejército obrero, habiéndose fijado como objetivo final «la abolición de la sociedad de clases y el establecimiento de una propiedad colectiva de los medios de

producción bajo el “control” total del pueblo». A pesar de la eventualidad de una agudización de la represión gubernamental, la huelga prevaleció y los preparativos llegaron a tal punto que se podían leer en los periódicos anuncios como éste: «Se tiñen banderas y estandartes». En fin, el último día de abril los trabajadores suecos recibieron un telegrama de solidaridad de Amberes, donde embarcaban 100 de sus compatriotas.

Para subrayar la importancia de la jornada, el «Social-Demokrat» fue impreso en rojo, lo que hace hoy muy difícil su lectura. A pesar de haber sido organizada por las agrupaciones socialistas, únicas que tenían entonces un comité central único, la manifestación tomó un carácter más profesional que político, si se considera el elemento dominante. En Estocolmo participaron 20.000 personas en la manifestación. El pionero August Palm y el futuro estadista Hjalmar Branting tomaron la palabra junto a los liberales radicales. El número de auditores fue enorme. Algunos lo estimaron en 50.000, otros en 80.000, y Jórge, el conocido publicista que había dado la vuelta al mundo y visto las mayores concentraciones, asegura que alcanzaba por lo menos a 120.000. El éxito fue mucho mayor de lo que preveían sus promotores y el paro fue facilitado por el hecho de que tradicionalmente y de mucho tiempo atrás el 1º de Mayo era ya en Suecia un día medio festivo.

En Noruega, en Cristianía (Oslo), hizo un tiempo magnífico y el sol brillaba cuando el cortejo de 3.600 participantes se dirigió al Storting, para entregar un memorándum referente a las ocho horas. Desfilieron obreros de Buskerud, y sobre todo, de Vikresund. En Tullinlokka, Oscar Missen pronunció un vigoroso

discurso en el que calificaba a la manifestación de «acontecimiento histórico» y exhortaba a los trabajadores a enderezar, pese a todos los obstáculos, sus «espaldas encorvadas y sus rodillas dobladas».

En Dinamarca, donde el socialismo se había implantado ya seriamente y acababa de obtener la elección de tres diputados, la manifestación fue general y el trabajo cesó en la mayoría de los talleres. El mitin de Copenhague congregó 30.000 asistentes.

Impresiones generales

¿Qué impresión produjo, a pesar de sus lagunas e insuficiencias, esta afirmación de solidaridad obrera, internacional, esta puesta en marcha, esta primera intimación del proletariado universal?

En el estado actual de las investigaciones e informes es difícil responder a esta pregunta en el plano mundial. Pero podemos pronunciarnos por lo menos en lo referente a Francia.

A la inquietud y a veces al pánico sucedió, en los medios burgueses, una confianza que llegó a la euforia y que se tradujo en un alza de las acciones en la bolsa. Se llegó a ver a los periódicos más conservadores, el «Gaulois», «L'Autorité», tejer coronas a los prudentes trabajadores.

Los obreros –se lee en la hoja de Cassagnac– habían dicho que no trabajarían y no han trabajado.

Su manifestación se ha limitado, pues, pura y simplemente a un paro, lo que constituye la más pacífica y legal de las manifestaciones.

Hay que ensalzar y felicitar a los obreros de París por haber Observado tal corrección.

Y como «L'Autorité» quería atacar a Constants, ridiculizó las precauciones tomadas. Era ver las cosas por su lado menos importante.

«L'Illustration» también se tranquilizaba fuera de tiempo.

La consigna se observó puntualmente, de manera que se ha podido oír casi en todas partes, al día siguiente de esta jornada que había causado tantas preocupaciones, si no inquietudes, esta frase pronunciada en todos los idiomas: «En suma, no hubo nada.»

Pero, dicho esto, el semanario oficioso reconocía que había «algo bastante grave» en el hecho de que en todas partes y a la misma hora los obreros se hubieran mostrado capaces de formular con vigor las mismas reivindicaciones. Y la hoja agregaba:

Este ensayo de movilización de las fuerzas socialistas en todos los países a la vez tiene una importancia innegable, porque tal tentativa demuestra con qué disciplina la clase obrera sabe obedecer a una consigna internacional. Es una advertencia que parece hecha para despertar la atención de los estadistas.

Uno de ellos precisamente, Jules Simón, reformador en la Cámara que reconocía las miserias sociales y presentía las conmociones que producirían, escribió en «Le Temps», el 3 de mayo:

Lo grave es el hecho de haberse entendido por encima de las fronteras, de haber adoptado un texto de reclamación común y un modo común de procedimiento; de haber puesto en movimiento un número tan grande de personas pertenecientes a las más variadas nacionalidades y profesiones; de haber mantenido, aun en los medios más inflamados, la promesa hecha de no mezclar la política con la reivindicación social y de no dar pretexto a la represión violenta. Esto entraña una modificación profunda del orden social.

El padre Winterer, diputado por Alsacia–Lorena al Reichstag, hombre versado en materia socialista, también quedó sorprendido de la calma, la disciplina y la universalidad de la manifestación y no comprendía las felicitaciones que los diputados, periodistas y aun policías dirigían a los obreros. Muy lejos de compartir su seguridad se confesaba asustado:

No podemos olvidar que los ejércitos mejor disciplinados son los más temibles.

Repercusiones

Es cierto que si la manifestación, en lugar de ser un simple paro hubiera combinado, como en América, la lucha por las ocho horas en el taller con la lucha por las ocho horas en la ciudad, su alcance hubiese sido mucho mayor. Pero queda por saber si la fuerza o más bien la debilidad de la organización sindical de entonces permitía reforzar la acción política con la lucha económica. En todo caso, no se puede menos que tachar de exagerados a los sindicalistas que más tarde ridiculizaron «la comedia» y el «mezquino paseo» del 1º de Mayo de 1890 que, a su entender, no habría sido seguido de ningún progreso. Louis Bertoni, especialmente, deploró un gasto de energía que mejor empleada «habría dado resultados tangibles» y quizá logrado la conquista de las ocho horas. Llegó a escribir:

¿Se puede imaginar algo más miserable que esta pobre manifestación? ¡Qué ineptia ese puñado de hombres atravesando la inmensa plaza de la Concordia bajo los insultos de la turba policial!

Los sindicalistas anarquistas estarán, por cierto, mejor inspirados cuando, después de haber hecho todas las reservas sobre las concepciones que movían a los iniciadores de la manifestación, declararán:

Fue un día memorable el que por primera vez puso de pie, en una acción común superior a todas las fórmulas de los programas, a los proletarios de ambos mundos.

Aunque el 1º de Mayo de 1890 no hubiera sido más que esto quedaría grabado en el cuadro de la historia. Pero la verdad es

que logró fijar la atención de las esferas gubernamentales en la miseria y la explotación de las clases laboriosas. En su discurso del trono (6 de mayo) el emperador de Alemania se vio constreñido a abordar de nuevo la cuestión social y a convocar en Berlín una conferencia internacional «con el fin de mejorar la suerte de los trabajadores», iniciativa que apoyó el papa León XIII.

En Francia, inmediatamente después del 1º de Mayo, la Comisión del Trabajo de la Cámara, frente a un proyecto de ley relativo a la limitación de la duración del trabajo presentado por Cluseret, Lachize y Thivrier, discutió el trabajo de las mujeres y los niños, la tasa de los salarios, la supresión del trabajo nocturno, el reposo semanal, etc. Después de una interpelación de Antide Boyer sobre el 1º de Mayo, la Cámara, es verdad, concedió su confianza al gobierno por 374 votos contra 56, el 10 de mayo. Pero el 13, por 347 votos contra 150, votó la ley Bovier-Dapierre, tendente a la represión de los ataques a la ley de 1884 sobre los sindicatos profesionales. En fin, por una serie de leyes votadas en tiempo récord entró en la vía de la legislación Social, mientras el senado discutía la ley acerca de los accidentes de trabajo que tenía en estudio hacía tiempo. La ley referente a los delegados mineros, promulgada el 8 de Julio de 1890, establecía la seguridad en las minas y consagraba legalmente la representación de delegados electos en el funcionamiento de las empresas. Otra ley, promulgada el 2 de julio de 1890, suprimía la humillante cartilla obrera. Otra extendía a todas las mujeres la reglamentación del trabajo concedida hasta entonces a los niños y a las Jóvenes en las minas. Además, se emprendió una encuesta sobre las condiciones de trabajo ante los cuerpos constituidos y los

obreros inscritos en las listas electorales de los expertos, en tanto que una circular ministerial llamaba la atención al patronato respecto a las 12 horas, hartos a menudo inobservados. Iba a crearse el Consejo superior del Trabajo (22 de enero de 1891), seguido pronto por la Oficina del Trabajo (20 de julio de 1891) y se anunciaba una ley relativa a las pensiones obreras.

Pero, repitámoslo, más que todas estas reformas o veleidades de reformas, lo que cuenta es la novedad, la grandeza de la manifestación, como lo ha hecho notar tan juiciosamente Amédée Dunois:

El verdadero resultado de la gesta de Mayo, el más fecundo y duradero, es que hay en adelante una clase obrera que ha medido sus fuerzas y se ha unido.

Los revolucionarios rusos, «forzados» en Siberia, por aislados que estuvieran del mundo civilizado no se equivocaban. Uno de ellos, y no de los menores, León Deutsch, uno de los fundadores del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (marxista), entonces en el presidio de Kara, al este del lago Baikal, en plena taiga o selva virgen siberiana, ha contado con emoción cómo él y sus compañeros supieron la noticia de la manifestación que les hizo darse cuenta «de una manera palpable» de todo el progreso que había cumplido el socialismo desde su detención.

Para nosotros fue –dice– en nuestra vida triste y monótona un gran estímulo y alegría. Desdichadamente, esta última no podía ser completa. Con nuestra satisfacción se mezclaba

la penosa conciencia de que los obreros rusos estaban aún fuera del gran movimiento emancipador.

Una opinión igualmente muy interesante y que debe ponerse de relieve como se merece es la del viejo Engels, el amigo fiel y compañero de estudios y de lucha de Karl Marx. Había llevado al Partido Obrero Francés, y a Paul Lafargue en particular, a la organización del Congreso internacional de París –rival del posibilista– de donde había surgido la decisión del 1º de Mayo. El mismo día de la gran movilización proletaria redactaba en Londres un nuevo prefacio al *Manifiesto comunista*. Basándose en los preparativos de la manifestación y después de haber evocado la Primera Internacional, escribió estas líneas francamente optimistas:

[La Internacional] está más viva que nunca y de ello no hay mejor testimonio que la jornada de hoy. En el momento en que escribo estas líneas el proletariado europeo y americano pasa revista a sus fuerzas militantes movilizadas, y es la movilización de un ejército único, que marcha bajo una bandera también única y tiene un objetivo próximo: la fijación por la ley de la jornada normal de ocho horas reivindicada ya por el Congreso obrero de París en 1889. El espectáculo a que asistirán hoy hará ver a los capitalistas y a los terratenientes de todos los países que, en efecto, los proletarios de todos los países están unidos.

Engels terminaba con esta exclamación matizada de pesar y amargura:

¡Por qué no puede estar Marx a mi lado, para ver esto con sus propios ojos!

VI. EL 1º DE MAYO DE 1891

La cuestión de la renovación

La manifestación del 1º de Mayo de 1890 había surgido de la resolución del 20 de julio de 1889. Pero esta resolución no consideraba su renovación.

Hemos visto en qué condiciones se votó. Conviene recordarlas para comprender que los delegados más conscientes pensaban, gracias a una propaganda activa y hábil, llevar a la cita señalada a una parte del proletariado mundial. Pero pocos de ellos –ninguno quizá– llevaban el optimismo hasta prever que la manifestación, a pesar de sus insuficiencias y debilidades constituiría, después de la fundación de la Internacional, el acto social más importante del siglo XIX. Es cierto también que habrían asombrado de hacerles notar que jamás hubo asamblea ni soberanos, dictadores ni papas que tomaran una decisión O ejercieran un poder semejante al de ellos, ya que por primera vez se trataba de poner en movimiento en una fecha fija a millones de seres humanos dispersos por todo el globo.

Sea como fuere, el éxito, la resonancia de la manifestación planteaba la cuestión de su perennidad. El mismo 1º de Mayo

de 1890, cuando el doctor Oscar Niessen arengó a los noruegos, profetizó que la manifestación iba a ser un «brillante espectáculo que la acción obrera ofrecería todos los años» hasta haber obtenido «una condición igual para todos».

Por su parte, en agosto de 1890, el congreso escandinavo celebrado en Cristianía y que reunía a 102 delegados, adoptaba la siguiente resolución:

El congreso, considerando los resultados de la manifestación del 1º de Mayo de 1890, recomienda repetir la manifestación como medio efectivo de obtener una disminución de las horas de trabajo, en especial si estas demostraciones se combinan con un paro general del trabajo y no son solamente simples expresiones de opiniones.

Igualmente en agosto de 1890, en el otro extremo de Europa, el Congreso del Partido Obrero Español reunido en Bilbao se pronunció en el mismo sentido.

Después sucesivamente se declararon en favor de la renovación: los congresos del Partido Obrero Francés y de la Socialdemocracia Alemana (octubre); de los sindicatos textiles de Brunn (Austria–Hungría) y del Partido Obrero Italiano, celebrado en Milán (noviembre); de la Socialdemocracia Húngara, reunido en Budapest (diciembre), y de las organizaciones obreras portuguesas y suizas, celebrados respectivamente en Lisboa y en Zúrich (enero de 1891).

El Congreso de Lille (octubre de 1890)

Cuando se lee el informe analítico del VIII Congreso Nacional del Partido Obrero Francés que se realizó en Lille el 11 y 12 de octubre de 1890, al cual asistió Jean Dormoy pero no Raymond Lavigne, es indudable que el 1º de Mayo domina los debates.

En primer lugar, es edificante la reproducción de los mensajes enviados por las diversas organizaciones hermanas. Se ve al Círculo de socialistas rumanos de París, al Círculo de propaganda socialista revolucionaria de Bruselas y a un grupo de proscritos de la Comuna, residentes en Ginebra, incitar a que se renueve la demostración.

Un orden del día votado por el congreso saluda a los trabajadores que, por millones, se han manifestado el 1º de Mayo, afirmando «su inquebrantable voluntad de imponer a los poderes públicos de la burguesía la jornada de ocho horas, en espera de la toma de estos poderes por la clase obrera, para la transformación social».

Por último, un texto especial votado unánimemente recoge en una serie de considerandos la argumentación en favor de las ocho horas y termina con la siguiente resolución:

El congreso decide que:

Hay motivo para renovar el 1º de Mayo de 1891 la

manifestación internacional de 1890 en apoyo de la jornada legal de ocho horas.

Hay motivo para mantener la decisión del Congreso Internacional de París, en lo tocante a la libertad dejada a las diferentes regiones y municipios para organizar la manifestación lo mejor posible, conforme a las condiciones locales.

Sin embargo, el congreso invita a los consejeros municipales, de distritos y generales del Partido, a transferir a la fiesta del trabajo del 1º de Mayo los créditos abiertos para la fiesta burguesa del 14 de Julio.

En todas partes donde sea posible, las organizaciones obreras y socialistas deberán hacer proceder, en grandes reuniones públicas, al nombramiento de delegados encargados de reunirse en París a la delegación que se presentará ante los poderes públicos.

Igualmente, en todas partes donde sea posible los trabajadores deberán el 2 de mayo realizar por sí mismos la jornada de ocho horas abandonando el taller después de cumplidas las ocho horas. La agitación por la manifestación del 1º de Mayo deberá Comenzar a más tardar en los primeros días de abril, con ayuda de reuniones públicas, congresos locales y regionales y de todo Otro medio adecuado a preparar los espíritus para este gran acto de solidaridad internacional.

Se notará que el penúltimo párrafo, adoptando la práctica americana, tiende a obtener las ocho horas por medio de la

lucha directa en el plano del trabajo en la obra, taller o comercio. Sorprende también el tercer párrafo, que por medio de una invitación aparentemente sin pretensiones tiende a sustituir la fiesta nacional del 14 de Julio, calificada de «burguesa», por la fiesta obrera internacional del 1º de Mayo. Por último, se notará que este mismo párrafo «legaliza», por decirlo así, el carácter de fiesta del 1º de Mayo, dado ya en el llamamiento de la Comisión permanente. Este carácter se verá confirmado algunos días más tarde por el congreso de Halle y luego por las otras asambleas de los partidos hermanos.

El Congreso de Calais

La cuestión de las ocho horas y del 1º de Mayo domina también los debates del IV Congreso de la Federación Nacional de Sindicatos, que se realiza del 13 al 18 de octubre de 1890 en Calais, después de las sesiones guesdistas. En la sesión pública de inauguración, Pédrón, delegado de Reims y de Troyes, toma la palabra y 3.000 oyentes repiten «a pleno pulmón» el estribillo de su *Canción de las ocho horas*. En las sesiones públicas que siguen, la Canción sigue siendo entonada con entusiasmo y es repetida en los tranvías que llevan de la sala del Elíseo a la plaza de Armas. Pasquier, de Burdeos, preconizó la renovación de la manifestación del 1º de Mayo. Hizo observar que la jornada de ocho horas sólo constituía una «pequeña reforma», pero que si se obtenía no haría sino «preceder a otras más importantes». Roussel, de París, sostuvo también la idea de la renovación con

el concurso de los delegados provinciales. «Si los detienen –dijo– esperamos que las provincias enteras se levantarán». Deleluze, de Calais, disipó las ilusiones de algunos sobre la eficacia de una presentación ante los poderes públicos, ya que sólo se obtiene lo que se arrebató. Después de Besse, que usó el mismo lenguaje, Roux, de Burdeos –porque ni Lavigne ni Dormoy estaba en el congreso–, hizo la historia de la jornada de ocho horas, cuya idea –según él– se remontaría a 1874,⁷ y recordó las palabras de Delahaye: «El pueblo que trabaja menos es el que gana más.» «En términos elocuentes» –expresa un informe– expuso el lado práctico y utilitario de la jornada de ocho horas, pronunciándose por la conquista directa por los asalariados.

Al día siguiente del 1º de Mayo de 1891 –dice– los obreros irán como de costumbre a la fábrica, sólo que después de ocho horas de trabajo se irán, lo quieran o no lo quieran los patronos. Será el comienzo de la emancipación. El congreso confirmó sus puntos de vista votando la siguiente resolución:

El congreso redactará un mensaje a los grupos corporativos para invitarlos a enviar a París, el 1º de Mayo de 1891, a un delegado que tendrá por misión unirse a las delegaciones encargadas de llevar a los poderes públicos las intimaciones del proletariado y crear, por así decirlo, una situación revolucionaria.

El congreso invita, además, a los trabajadores a no hacer

7 Si esta afirmación tiene sentido, significa que Roux hace remontar el comienzo de la lucha por la reivindicación de las ocho horas a la decisión de huelga tomada por los Caballeros del Trabajo, lo que confirmaría que Roux, como Dormoy y Lavigne, no desconocía la experiencia americana.

más que ocho horas de trabajo al día siguiente del 1º de Mayo, siempre en la medida del medio y las posibilidades.

Así el congreso sindical, haciendo suyo el penúltimo párrafo de la resolución que acababa de votarse en Lille, se orientaba por la vía de la conquista de las ocho horas en el terreno mismo de la producción. Pero los anarquistas, a pesar de esta concesión al método de lucha empleado por sus camaradas americanos, se mantenían en reserva respecto al 1º de Mayo. Veían siempre con «muy malos ojos» una «fecha fija» para reivindicar «año tras año». Por otra parte, declaraban «absolutamente imposible» la jornada de ocho horas en la sociedad capitalista, o bien afirmaban que, «como toda demanda de mejora», tenía «un carácter reformista esencialmente antirrevolucionario». Se nota, sin embargo, que se mostraban favorables –sin decirlo– a la parte de las resoluciones de Lille y de Calais sobre la toma directa de las ocho horas el 2 de mayo de 1891.

Los preparativos

Los blanquistas del Comité revolucionario central, los posibilistas y los alemanistas –que acababan de romper con estos últimos– se pronunciaron igualmente por una nueva manifestación el 1º de Mayo de 1891. En Francia, pues, los socialistas de todas las escuelas y grupos estuvieron de acuerdo respecto al 1º de Mayo, aunque pronto a separarse en seguida para su organización.

En efecto, esto es lo que se produjo. Habiendo creado los posibilistas en París un Comité general de la manifestación (febrero), hubo en él razonamientos y choques. Fue un espectáculo sabroso ver a «Le Prolétaire» predicar «la negociación y el entendimiento en torno a un interés común», el del 1º de Mayo, y preconizar la remisión del Cuarto Estado al Palais-Bourbon y al Ayuntamiento, en tanto que el año anterior «Le Prolétariat», órgano oficial de la agrupación, se había levantado contra una manifestación que sirviera de pretexto «a medidas reaccionarias, nefastas para la idea socialista». Este cambio de actitud bastaría por sí solo para subrayar el éxito del 1º de Mayo de 1890.

Tampoco se puede subestimar el hecho de que numerosos hombres de letras mostraban sus simpatías por el 1º de Mayo.

Es justo agregar que en los espíritus se producía una feliz tranquilidad y que el ambiente favorecía a la unión socialista. Sin embargo, en el seno de su Partido, los broussistas Arthur Rozier, Lucien Roland y Bouelle debieron luchar durante un mes para arrastrar a sus camaradas, principalmente los mandatarios públicos.

La agitación previa a la manifestación, que según la resolución de Lille debía comenzar por lo menos un mes antes, se inició en realidad el 4 de febrero por un llamamiento común del Consejo Nacional del Partido Obrero y de la Comisión Ejecutiva de la Federación Nacional de Sindicatos.

Este llamamiento, que confiere nuevamente a la jornada un carácter a la vez de reivindicación social y de «fiesta

internacional del trabajo», pone primero de relieve el alcance internacionalista de clase del 1º de Mayo:

Ese día, en efecto, se borrarán las fronteras y en el universo entero se verá unido lo que debe estar unido, y separado lo que debe estar separado: por un lado los productores de toda riqueza, a quienes so color de patriotismo se intenta arrojar unos contra otros, estarán de pie, unidas las manos en una misma voluntad de emancipación; del otro, los explotadores de todo orden, uniendo vanamente su miedo y su infamia contra un movimiento histórico al que nada puede detener y que los arrastrará.

El llamamiento hace resaltar en seguida que la jornada tiene el gran mérito de plantear ante todos el problema social:

Ese día se levantará ante los más indiferentes la cuestión social entera. En presencia de esta superproducción de riqueza, que se traduce por una miseria sin precedentes para la clase productora, todos reflexionarán y se preguntarán el porqué de semejante estado de cosas.

El llamamiento pinta ese estado de cosas con rasgos de fuego, para indicar que la única razón de mal reside en un orden económico en que los instrumentos y la materia del trabajo han llegado a ser «el monopolio de la clase ociosa».

Comprenderéis –agrega– que el único remedio está en el fin de este divorcio entre el trabajo y la propiedad, y vendréis en masa al socialismo...

La jornada legal de ocho horas, que constituye el objetivo inmediato de la manifestación del 1º de Mayo, es un primer paso hacia esta liberación completa que sólo de vosotros depende.

Se trata, reduciendo la suma de trabajo que los ladrones del mismo tienen hoy la libertad de imponer a la clase obrera sin distinciones de edad ni de sexo, de hacer lugar en el taller a los hambrientos por el paro, de elevar los salarios y de asegurarnos el reposo indispensable para vuestro desarrollo intelectual y el ejercicio de vuestros derechos de hombres y de socialistas...

Como puede verse, este llamamiento nada dice respecto a las formas que debe tomar la manifestación. En este aspecto constituye un retroceso con referencia a la resolución de Lille, lo que no quiere decir que ésta no se haya aplicado.

En numerosas ciudades de Francia se realizaron, en efecto, las asambleas previstas y las delegaciones se dirigieron a París para la diligencia colectiva proyectada. A pesar de la calma revestida por la jornada del 1º de Mayo de 1890, y pese a las declaraciones de los organizadores de que «no se saldría de la legalidad, que bastaba para la presión que se trataba de ejercer sobre los poderes públicos», se asistió al mismo espanto del año anterior por parte de los gobernantes. Así, pues, Henri Galiment pudo escribir en «Le Prolétaire» del 25 de abril:

La burguesía se ríe de dientes para afuera y suda de miedo.

La jornada en París y en provincias

Naturalmente, se recurrió a la fuerza. Tanto más cuanto que Constans era todavía ministro del Interior. De nuevo se pusieron en pie de guerra la policía, la gendarmería y el ejército. Los centros industriales fueron ocupados. Aristide Jobert, el futuro compañero de Gustave Hervé, que llegaría a ser diputado socialista del Yonne, entonces voluntario de banda en el IV regimiento de línea, acuartelado en la Escuela Militar de París, nos hace palpar el odioso sentido de estos preparativos. Desde la víspera los hombres debieron disponer su equipo de movilización y a la mañana siguiente, provistos de cartuchos de guerra se dirigieron al cuartel Babilonia, donde se hizo formar pabellones y, con una generosidad excepcional, se distribuyó a cada uno un cuarto de ron bajo la personal supervisión del comandante.

Desde el punto de vista del paro, el movimiento no tuvo la importancia que se preveía. Augustin Hamon afirma, sin embargo, que «la gran mayoría de los obreros» abandonaron el taller, en tanto que muchos de los diarios señalan que numerosos talleres funcionaron normalmente.

Por la mañana los posibilistas con sus diputados, a los que se había unido el Consejo local parisiense de la Federación Nacional de Sindicatos, se dirigieron en delegación a la Cámara y al Ayuntamiento, donde entregaron su petición. A la tarde participaron en la gran fiesta del trabajo organizada en el lago Saint-Frageau, bajo la presidencia del diputado Lavy, o en el

ponche democrático organizado por la cámara sindical de albañiles en Boulogne-sur-Seine. Por su parte, los alemanistas y los blanquistas se reunieron en la sala Favié, en tanto que la «juventud antipatriota», organización anarquista, fracasaba en la plaza de la República, frente al cuartel del Château-d'Eau, con su manifestación antimilitarista.

En cuanto a los guesdistas, se presentaron en la Cámara acompañados de 28 delegados de las provincias y del ciudadano Cunningham Graham, diputado de la Cámara de los Comunes, que con su presencia testimoniaba «la unión activa de los trabajadores de Inglaterra y Francia en vista de la jornada legal e internacional de ocho horas». Por la mañana el presidente Floquet había recibido, con la sonrisa en los labios, a 15 delegados a los que él mismo había ofrecido los sillones. Esta vez rehusó recibir a la delegación guesdista. Los guardias municipales la dividieron en grupos de cinco que, llegados a la verja del Palais-Bourbon, se vieron encerrados en locales transformados en «celdas». Los interesados, irritados con todo derecho, se negaron a comparecer aisladamente y como «verdaderos acusados» ante un «empleado del presidente de la Cámara». La misma tarde debían denunciar a la clase obrera, en una protesta motivada, este atentado al derecho de petición y aprovecharlo para «hacer justicia a una presunta representación nacional que, abierta de par en par a todas las mendicidades capitalistas, no está cerrada más que para las reivindicaciones del proletariado, tratado como enemigo».

¿Cómo se desarrolló este 1º de Mayo en provincias?

Fue bastante menos tranquilo que el precedente y alcanzó a

más localidades. Además de las ciudades citadas, enviaron delegaciones a París las siguientes: Roubaix, Lille, Armentières, Calais, Fourmies, Rúan, Sotteville, Elbeuf, Maromme, Montluçon, Commentry, Gravelle, Bézenet, Doyet, Montvicq, Séte, Montpellier y Narbona. En Nantes, cuatro compañeros anarquistas perseguidos debían ser condenados a prisión. En Lyon fue arrebatada la corona que Gabriel Farjat y otros militantes, acompañados de una considerable multitud, querían llevar a la tumba de los trabajadores de las fábricas de seda de Lyon de 1831–1834; se enarbolaron banderas rojas; hubo heridos a consecuencia de las cargas. En Burdeos, el alcalde oportunista y el prefecto rehusaron recibir a la delegación, y el compañero Bourguignon, que distribuía manifiestos, fue pronto arrestado. En Troyes, por orden del prefecto y a pesar de la protesta del alcalde, el Ayuntamiento fue ocupado militarmente. En Marsella arrestaron a Antide Boyer. En Roanne, los compañeros Mollet, Gay, llamado «le Père Peinard», y Demure debían pagar con un año de prisión, dos meses más tarde, su intervención en la preparación de la jornada. Hubo cargas de caballería; se arrestó a Péronin, secretario de la Bolsa de Trabajo de Lyon, y se prohibió el acceso a la alcaldía al adjunto guesdista Fouilland. En Saint–Quentin, el militante Langrand fue arrestado y condenado al día siguiente a un año de prisión. En Charleville, el antiguo miembro de la Comuna, Jean–Baptiste Clément –el cantor del *Tiempo de las Cerezas*– fue arrestado en la vía pública.

Al día siguiente de su arresto, J.–B. Clément, juzgado en audiencia por flagrantes delitos por el tribunal correccional de Charleville, se vio condenado a dos años de prisión y cinco de prohibición de residir allí.

Así, la magistratura aprovechaba la jornada para desembarazar a la región de un apóstol infatigable.

Los disturbios de Clichy

Pero hubo de ser a las puertas de París y en Fourmies, en el norte, donde el 1º de Mayo debía tomar un giro más violento y aun más trágico.

En Clichy, desde la mañana, colgaron banderas negras y rojas, con inscripciones libertarias, de los postes telegráficos. La policía las quitó. Lo mismo que en Levallois, la ciudad contigua, donde por la mañana no pasó nada grave fuera de algunas intervenciones por parte de la policía tan pronto como se formaba un grupo. Por la tarde, una columna de manifestantes precedida por una bandera roja partió de Levallois en dirección a Clichy. Los agentes y gendarmes se arrojaron sobre la bandera. Como consecuencia del tumulto, el grueso de la columna se dispersó. Pero de veinte a treinta manifestantes siguieron desfilando con la bandera. Eran casi las 3 cuando llegaron a la calle de la Fábrica, en Clichy. Una tropa de policía no los perdía de vista. Alrededor de 15 obreros entraron en un despacho de bebidas que hacía esquina con el bulevar Nacional (hoy Jean Jaurés). Estaban bebiendo y cantando la *Carmagnole* en el primer piso cuando el comisario de Clichy hizo allanar el establecimiento con el fin de apoderarse de la bandera roja. Sonaron tiros. Se trabó una batalla áspera y dura, porque algunos compañeros enérgicos que tenían revólveres se

sirvieron de ellos. Hubo heridos en ambas partes. Finalmente, una docena de los sitiados consiguieron escaparse en tanto que Decamps, Léveillé y Dardare –los dos primeros alcanzados por una bala– cayeron en poder de los agentes. Les dieron «un baile» tal que no se les pudo juzgar hasta bastante tiempo después.

El proceso se ventiló el 28 de agosto de 1891 ante el tribunal de lo criminal del Sena.

Los tres acusados mantuvieron una digna actitud, sobre todo Decamps, obrero de 30 años, que ganaba apenas 2,50 francos por día para alimentar a su mujer y cuatro hijos. Este hombre enérgico y de palabra dura se reveló todo un orador en sus réplicas vivas –como más tarde Alexandre Jacob, el asombroso acusado del tribunal de Amiéns, en 1904–. Decamps exclamó:

¿Mi cabeza? Pueden cortarla. La entrego; yo la llevaré arrogante y erguida al patíbulo.

Y cuando se le impidió exponer sus puntos de vista replicó:

Bien, nos tratáis de asesinos y nos rehusáis el derecho a defendernos. Sea. Me callo. Conducidnos inmediatamente a la plaza de la Roquette.

La requisitoria extremadamente severa del fiscal Bulot concluía con la pena de muerte. Pero el jurado respondió con un veredicto de absolución para Léveillé. Dardare fue condenado a tres años de prisión y Decamps a cinco años. Este juicio equivalía a una condenación de la policía y a una afrenta para el ministro Constans. Debía tener las más trágicas consecuencias sociales.

Al exasperar las pasiones en medios ya caldeados por el espíritu de revuelta, fue el origen del período de terrorismo anarquista que simbolizan los nombres de Ravachol, Émile Henry, Caserío y Auguste Vaillant. No por casualidad, en junio de 1891 estalló una bomba en la ventana del comisario de Levallois-Perret, preludiando las explosiones de marzo de 1892, a la vez en el inmueble del consejero Benoît, en Saint-Germain, y en la casa habitada por el fiscal Bulot, calle de Clichy. Y como todo se encadena, el restaurante Véry saltó a su vez el 26 de abril, a causa de la denuncia de Ravachol por el mozo Lhérot. Era, según el feroz juego de palabras del «Père Peinard», una *veryficación*.

Los fusilamientos de Fourmies

Lo de Clichy no fue más que un disturbio, en tanto que en Fourmies se trataba de una masacre. Este municipio del distrito de Avesnes, poblado por 15.000 habitantes, es todavía el centro de una industria textil que se extiende al norte por el Aisne, el Oise y el Soma, a pesar de los rudos golpes asestados por las dos últimas guerras.

La ciudad, en el fondo de un lindo valle regado por el Petite Helpe, extiende sus sonrientes casas de ladrillos rojos con techos de pizarra a lo largo de dos kilómetros que prolonga la población de Wignehies. Contrasta agradablemente con el aspecto triste de las otras aglomeraciones industriales del norte. En 1891 la población es acogedora, servicial y –según el conservador Édouard Drumont, que ha podido apreciarla sobre

el terreno– «dulce como los carneros cuya lana peina y trabaja». Es también natural y espontáneamente alegre, podríamos decir que por efecto del ambiente y no, como sucede demasiado a menudo en otras partes, bajo la influencia del alcohol. Así, las muchachas van en alegres bandas a la fábrica, donde por lo demás los patronos no son insolentes.

A pesar de las tradicionales relaciones de cordialidad entre patronos y obreros en el taller, en el juego de bolos y el salón de fumar, la explotación no se encarnizó menos, y la crisis económica sirve de pretexto a la disminución de los salarios. También hay una influencia clerical que atestiguan las imágenes de santos en el hogar doméstico y el total de 1.200 comuniones de hombres en un retiro espiritual. Todo esto explica la tardía creación de un grupo socialista a principios del año, la primera gran reunión socialista con Lafargue y Culine el 12 de abril y, a fines de este mes, la huelga en una fábrica importante.

Estos tres hechos nuevos, sintomáticos de un cambio en la clase obrera local, no dejan de inquietar a los patronos. En un manifiesto, salvando sus divergencias políticas se declaran solidarios, prontos a la lucha y, después de haber denunciado los «manejos criminales de los agitadores» y puesto en guardia contra «las teorías revolucionarias», anuncian la apertura de las fábricas para el 1º de Mayo. Los obreros responden con un llamamiento moderado, pero firme, que exhorta a festejar el 1º de Mayo con «unión, calma y dignidad». Este llamamiento viene a completar una proclamación que magnifica el «gran día de fiesta de los proletarios» y asegura que «la esperanza, la paz, la calma y sobre todo la unión» presidirán el desarrollo de la «gran fiesta internacional de los trabajadores».

¿Qué comprende el programa de la jornada? Por la mañana debe realizarse una asamblea general de obreros de donde partirá una delegación a la alcaldía para exponer las reivindicaciones, entre las cuales figuran: la jornada de ocho horas, la creación de una Bolsa de Trabajo, la supresión de las multas, la paga todos los sábados. Para la tarde se planea una representación teatral y a la noche un baile para el cual se pide el permiso de medianoche. ¿Qué puede ser más pacífico? Así, el «Observateur d'Avesnes» anuncia, en su número del 28 de abril:

El 1º de Mayo pasará en Fourmies con la mayor tranquilidad del mundo.

Por desgracia, no será así. Y una horrible masacre va a ensangrentar la pequeña ciudad, tan apacible.

Los patronos han presionado sobre el alcalde oportunista, que ha pedido tropas al subprefecto de Avesnes. A los gendarmes a caballo se unen varias compañías del 84.º y del 145.º de Infantería que ocupan Fourmies en la noche del 30 de abril al 1º de Mayo. Pero estas tropas, contrariamente a lo que se podría creer, no indisponen a la población. Al contrario. Hay muchos hijos del país entre los soldados del 145.º. Es una alegría tenerlos. Las familias, los niños y las jóvenes no caben en sí de alegría. Además, grupos de soldados recorren la ciudad en tanto que pandillas de muchachos y de niñas, de regreso del campo, pasean triunfalmente el Mayo tradicional todo cubierto de guirnaldas. En fin, la perspectiva de la representación y del baile, del paro del trabajo y hasta el delicado encanto de este día primaveral, todo contribuye a crear una atmósfera de alegría.

A pesar de la aspereza del combate emprendido, se está lejos de las reivindicaciones. Sin embargo, hay quienes piensan en ellas. Intentan sacar de la fábrica La Sans-Pareille a los camaradas refractarios al movimiento. Los gendarmes cargan, hieren a un obrero y a un niño, arrestan y retienen prisioneros a dos trabajadores. Es el comienzo de la irritación. Se arrojan piedras que alcanzan al lugarteniente de gendarmería. La multitud vuelve del suburbio clamando la canción de las ocho horas, mientras la delegación prevista es recibida en la alcaldía. En la plaza se producen algunos atropellos. Otros dos obreros son arrestados y los llevan esposados. Se reclama en vano la liberación de los detenidos.

Después del mediodía la multitud vuelve a la plaza y comienza a cantar, reclamando de nuevo a los prisioneros:

*C'est nos hommes, nos hommes, nos hommes,
C'est nos hommes qu'il nous faut.*⁸

Las tropas que ocupan la plaza están en calma. Pero los policías que se enervan disparan tiros de revólver al aire; hay cargas muy violentas de gendarmería; vuelan las piedras. La exasperación aumenta. Las aceras y los cafés están llenos de obreros y de curiosos que se preguntan a dónde irá a parar todo esto.

Hacia las seis de la tarde llega una banda de 200 jóvenes y mujeres, acompañada de chiquillos y encabezada por la rubia María Blondeau, tejedora, de 18 años, que baila y balancea un Mayo florido, una gran rama de oxiacanto que le ha dado su

⁸ Son nuestros hombres, nuestros hombres / nuestros hombres los que necesitamos.

prometido, mientras el joven soldado Édouard Giloteaux, de 19 años, piruetea y baila agitando una bandera tricolor. Quieren ir a pedir al alcalde la liberación de los prisioneros, prometida para las cinco de la tarde. A una orden del comandante Chapus, los soldados calan la bayoneta. Nueva pedrea. Y de pronto, sin notificación ni redoble de tambor, violando las prescripciones de la ley, se levantan los fusiles: ¡Fuego!

Es la primera vez que se utilizan los Lebel sobre blancos vivientes. Y eso, en un campo de tiro de sesenta metros apenas, en tanto que el alcance de las balas perdidas llega a 2.400.

Es cierto que, contraviniendo la orden, nueve hombres tiran al aire y sin duda, algunos otros también, conscientes del crimen que van a cometer.

Pero, como se disparan sesenta y nueve balas, el efecto es fulminante. ¡Tanto más cuanto que algunos desdichados tienen el triste valor de apuntar! En total, tanto por las balas de los Lebel como por los revólveres de la policía son alcanzadas ochenta personas, hasta un niño de pecho a quien le atraviesan la manecita. La sangre corre sobre el pavimento y se extiende en largos regueros en los cafés.

Al ruido y a la vista de la descarga, el padre Margerin sale de su presbiterio al fondo de la plaza, tras los dos cordones de tropas. Se precipita, lleva en sus brazos a una muchacha con el ojo izquierdo vaciado y el cráneo destrozado, y retorna luego a la plaza, esta vez con sus vicarios. Dirigiéndose al comandante Chapus, le grita:

—¡Os conjuro a no tirar más! Ved estos cadáveres.

Dejadnos recogerlos.

–Yo no pido otra cosa –responde el oficial, en el colmo de la inconsciencia.

Ya es tiempo. Hay diez muertos, la mayoría alcanzados por cuatro, cinco y seis balas.

«Cita de sangre», según la expresión gráfica de Zo d'Axa. Junto al tío Lafour, de 50 años, y a Émile Segaux, de 32, que deja a su mujer y dos hijos sin recursos, son sobre todo jóvenes los que han caído.

La hermosa María Blondeau, con la cabeza literalmente deshecha, ha perdido la cabellera de que tan orgullosa estaba, y al día siguiente se encuentra su cerebro sobre un montón de inmundicias. Giloteaux cae frente al «Café de l'Europe», con la bandera en sus manos crispadas. Louise Hublet, de 21 años, Ernestine Diot, de 19, Félicie Pennelier, de 17, y Charles Leroy, de 22, están tendidos, así como el pequeño Pestiaux, de 13 años, muerto de un balazo en la frente. En cuanto al pobre Émile Cornaille, de 11 años, que había seguido a la multitud al salir de la escuela, yace con el pecho atravesado bajo el mostrador del café de la «Bague d'Or». Al desvestirlo para amortajarlo se encontró en su bolsillo un trompo, como antaño en el bolsillo del pequeño Boursier, inocente víctima del 2 de diciembre, el niño de las «dos balas en la cabeza» inmortalizado por Víctor Hugo.

Repercusiones

La consternación y la emoción producidas por esta innoble matanza fueron considerables.

El 4 de mayo, por lo menos 30.000 personas siguieron a los ataúdes. Esta vez ya no se trataba de la bandera tricolor, sino que era la bandera roja la que tremolaba por encima de la multitud de duelo. Los obreros habían rehusado dignamente que las exequias se hicieran a expensas de la ciudad. No había ni un representante de la autoridad civil y militar, pero, en cambio, 12 escuadrones de caballería, 9 compañías de infantería y 2 baterías de artillería testimoniaban la solicitud gubernamental.

En todo el país se alzaron protestas. El «*Courrier Français*» publicó un dibujo a la vez tierno y trágico, debido al lápiz de Legrand. Representaba a una muchacha tendida sobre el pavimento, con la cabeza apoyada sobre las flores de mayo que aún sostenía en sus brazos, mientras que al fondo desfilaba la infantería con armas al hombro ante el edificio de un Ayuntamiento. Y se agregaba esta inscripción vengadora a la punzante impresión de la escena: «Hermoso mes de mayo, ¿cuándo volverás?»

En la Cámara interpelaron tres socialistas. Uno de ellos, Ernest Roche, desplegó en la tribuna la camisa ensangrentada y perforada por seis balas de una de las víctimas. Fue censurado con exclusión temporal por haber afirmado que se había hecho representar a los soldados franceses el papel de asesinos.

La Cámara, el mismo día del entierro rehusó nombrar una comisión investigadora por 339 votos, y aun dio un voto de

confianza al gobierno por 356 votos contra 33. El 8 de mayo, por otra parte, rechazó la amnistía. En el curso de este debate Georges Clemenceau puso de relieve la importancia del 1º de Mayo y extrajo en términos elevados la lección de la masacre:

Señores, ¿es que no estáis admirados de la importancia que ha tomado esta fecha del 1º de Mayo? ¿No os habéis sentido admirados al leer los periódicos y ver esa multitud de despachos enviados de todos los puntos de Europa y de América, mencionando lo que se ha hecho o dicho, el 1º de Mayo, en todos los centros obreros? Habéis seguido con el pensamiento las imponentes procesiones que se han realizado en algunas ciudades, provocando las aclamaciones obreras. En otras partes habéis visto choques y pendencias. Aquí el entusiasmo, allá la cólera, por doquier la pasión. Hasta tal punto, que ha saltado a los ojos de los menos clarividentes el hecho de que en todas partes el mundo de los trabajadores estaba en conmoción, que acababa de surgir algo nuevo, que una fuerza nueva y temible había aparecido y los políticos tendrían que tomarla en cuenta en adelante.

¿Qué es esto? Hay que tener el valor de decirlo, y en la misma forma adoptada por los promotores del movimiento: es el Cuarto Estado que se levanta y llega a la conquista del poder...

Cuando contempláis lo que ha pasado en Fourmies, ¿quién podría sostener, aquí o ante Europa, ante el mundo civilizado, que lo sucedido en Fourmies antes de la descarga de fusilería justifica la muerte de esas mujeres y niños, cuya

sangre ha enrojecido durante tanto tiempo el pavimento? No, seguramente hay una desproporción espantosa entre los actos que han precedido a la descarga y la descarga misma; hay monstruosa desproporción entre el ataque y la represión; hay en alguna parte del pavimento de Fourmies una mancha de sangre inocente que es preciso lavar a todo precio... ¡Estad en guardia! Los muertos son los grandes misioneros; hay que ocuparse de ellos...

La Cámara podía negar toda clemencia a los obreros heridos después de haber absuelto a los asesinos, pero el pueblo no olvidaba ni la sangre vertida «como el agua de las fuentes», ni la granizada de plomo cayendo hasta dentro de los cafés, ni los golpes directos y mortales de los oficiales y gendarmes hasta en las aceras. Del mismo modo que el ravacholismo surge principalmente de Clichy, se puede decir que el antimilitarismo obrero surge de Fourmies. En adelante, y por mucho tiempo en Francia, sólo los reaccionarios gritarán: «Viva el ejército», y el proletariado recordará las palabras del general Changarnier, después de las masacres de junio:

Los ejércitos modernos tienen por función no tanto la lucha contra los enemigos exteriores sino la defensa del orden contra los agitadores del interior.

A su retorno de la masacre, el 145.º de Línea fue acogido en Cateau y en Maubeuge a los gritos de: «¡Al agua! ¡Asesinos!» Se le cambió de guarnición y en Mont-Médry continuó siendo objeto de la reprobación popular. En Roanne, el 6 de junio, en una reunión amigable de 150 reclutas, el grito de «¡Fourmies!», surgido de la boca de la mayoría de los asistentes, acogió una

exposición militarista. En Burdeos, el 22 de junio, en el curso de la huelga de los tranviarios, los húsares fueron silbados, insultados y maltratados al grito de: «¡Fourmies!»

Pero los trágicos acontecimientos continuaron en Fourmies manteniendo en efervescencia a la población obrera, que fue en masa a una huelga general, desertando de las 32 fábricas de la ciudad. El mismo día en que se aplicaba esta decisión de conjunto, el prefecto del Norte, inquieto, reunió al patronato local. Se decidió que cada jefe de establecimiento buscaría «con su personal el entendimiento especial que permita la situación. Así, había sido necesario todo un mar de sangre para llevar a los patronos a una transacción.

«Le Temps» hablaba de «los agitadores de profesión, que fundan su fortuna política precisamente en las calamidades de que ellos son autores». Este lenguaje anunciaba nuevas víctimas que pagarían las responsabilidades en que se había incurrido, en lugar de todos los aterrados: los patronos, el alcalde Bernier, el subprefecto Isaac, el comandante Chapus, el procurador Lefrançois. El 11 de mayo fue arrestado Culine, secretario del grupo local del Partido Obrero, y el 15 de junio se inculpó a 16 manifestantes de los que 13 serían condenados a penas que variaban entre 8 días y 6 meses de prisión. Esto pasaba el 1º de julio. El 4 y el 5 del mismo mes, como para desplazar las responsabilidades, Culine y Lafargue comparecieron ante el Tribunal del Norte. El primero fue condenado a seis años de reclusión. Lafargue, a pesar de un hermoso alegato de Alexandre Millerand, diputado de París, fue condenado a un año de prisión. Según las palabras de este futuro presidente de la República, «la iniquidad de una condena» se agregaba al «horror de la

masacre». Pero Lafargue, diputado electo por Lille desde el primer escrutinio, debía salir de Sainte-Pélagie en noviembre de 1891, y Culine, elegido cuatro veces sucesivas a nivel cantonal, debía forzar las puertas de la prisión de Melun el 9 de noviembre de 1892.

El 18 de abril anterior, en el curso de una reunión socialista en la aldehuela de Chassemy (Aisne) el capitán Nercy, oficial de otro temple que el comandante Chapus, declaró que si se lo obligaba a combatir «lo que se llama el enemigo interior», no obedecería más que a su conciencia. Sancionado con los arrestos de rigor, este valiente ciudadano, después de haber sido dado de baja en condiciones escandalosas, debía morir en un estado cercano a la indigencia.

En el extranjero

Fuera de Francia, fue sobre todo en Italia donde el 1º de Mayo de 1891 se distinguió por la violencia. Filippo Turati, el futuro líder, que sin ser aún diputado estaba ya a la cabeza de «La Crítica Social», dio en Milán una conferencia sobre las ocho horas que transcurrió en calma. Pero en Roma hubo escenas de sedición con incendios de cuarteles que se prolongaron durante ocho días, y en Florencia escenas de pillaje. Enrico Malatesta, el líder anarquista, considerado como instigador del Congreso de Capolago que organizó el 1º de Mayo, fue condenado por el tribunal de Lugano a 45 días de prisión, mas el gobierno cantonal suizo del Tesino rehusó su extradición. Se intentó hacer un

proceso monstruo a 62 libertarios detenidos en Roma, a quienes se colocó no en el banquillo reservado a los acusados, sino, como bestias feroces, en una inmensa jaula de hierro. Sus camaradas de Lieja, en Bélgica, habían aprovechado el 1º de Mayo para sustraer de un depósito 8.000 cartuchos de dinamita. A fines de diciembre de 1891 debían ser condenados por contumacia a 15 años de trabajos forzados cada uno, más veinte años de vigilancia, y seis meses más de prisión por derecho de costas.

En Hungría estallaron grandes huelgas y se hicieron descarrilar trenes. En España hubo choques entre la policía y los manifestantes y se realizaron numerosos arrestos. En Madrid, mientras su marido estaba en París, Mrs. Cunningham–Graham habló ante 8.000 asistentes, llevándoles el mensaje de fraternidad de los obreros ingleses.

En Bucarest, 4.000 personas tomaron parte en la manifestación. En Copenhague, los miembros del Partido Socialista Revolucionario (fracción Petersen) atravesaron la ciudad llevando en sus sombreros papeles que reclamaban las ocho horas. En Alemania no hubo paros, sino reuniones por la tarde. La fracción socialdemócrata en el Reichstag dio la voz de orden de celebrar el 1º de Mayo al domingo siguiente. Se hizo una publicación especial de medio millón de ejemplares. Los desfiles fueron imponentes en todas partes donde los permitió la policía. En Hamburgo tomaron parte en la manifestación 100.000 hombres. Ese mismo día la demostración de Londres, aunque quizá menos ferviente, fue tan numerosa como el año anterior. Con ocasión de ella, el célebre artista Henry Scheu, ex delegado al Congreso Internacional de La Haya (1872), que acababa de

grabar en madera la figura de F. Engels, compuso un magnífico fresco: *El triunfo del trabajo*, dedicado a los trabajadores de todos los países.

Giro de la Iglesia

La resonancia del 1º de Mayo de 1891, y singularmente de la masacre de Fourmies, fue considerable.

Desde la tribuna del Palais-Bourbon, el líder del catolicismo social francés, Albert de Mun, se hizo eco de las consideraciones proféticas y las solemnes advertencias del líder radical Clemenceau. Fue categórico y tuvo el valor de romper con la mayoría de sus amigos de la derecha. En respuesta al presidente del Consejo, que había pretendido que una Comisión Investigadora prolongaría el deplorable acontecimiento, mostró con emoción que el velo de un voto de confianza no impediría ni «los muertos que se entierran con lágrimas» ni la pobre gente que llora a sus desaparecidos. Y había subrayado que de todas maneras había que esperar «una profunda perturbación en las almas y una horrible situación creada entre los obreros y los patronos».

Era reconocer la exacerbación de la lucha de clases y, en esta ocasión, el conde Albert de Mun reflejaba la creciente inquietud de la Iglesia ante la cuestión social. En efecto, como la burguesía, la Iglesia estaba horrorizada de los progresos de la clase obrera y quería cerrar el camino al socialismo, al Anticristo convertido,

según la predicción de Littré, en «la Religión de las clases desheredadas».

¿Cómo rechazar el peligro? La Iglesia no tenía ya a su disposición el brazo secular. Necesitaba encontrar armas en su doctrina. Y puesto que ya había un *socialismo de la cátedra* y un *socialismo de Estado* oponiéndose al *socialismo auténtico*, el del proletariado, estimó que era tiempo de participar en la maniobra de encubrimiento por medio de la consagración de una especie de *socialismo de Iglesia*, basándose en las ideas del catolicismo social. Este fue el objeto de la encíclica *De Rerum Novarum*.

Léon XIII la tenía en preparación desde hacía muchos años. Lo había confesado a la primera peregrinación francesa del trabajo. Había incluso creado en el Vaticano un «Comité íntimo» con este fin, en el tiempo en que apoyaba la conferencia de Berlín por una legislación obrera internacional y en que Albert de Mun intervenía en la Cámara francesa en pro de esta reivindicación y de la limitación de la jornada de trabajo. La encíclica estaba lista, era ardientemente deseada y había sido largamente madurada. Pero no por casualidad se publicó el 15 de mayo de 1891, fecha que hay que recordar.

Sin embargo, en ella no se trataba del 1º de Mayo. No obstante, el temor de la demostración decidida cerca de dos años antes y ya dos veces realizada impregna su contenido, bastante mediocre, por lo demás, sin fuego y como se ha dicho de una fraseología de corte patronal. Los socialistas son tratados de «hombres turbulentos y astutos», «ambiciosos de novedades» e «imbuidos de falsas doctrinas». El «Papa obrero»

impulsa a la represión contra ellos, intenta refutar sus doctrinas y levantar frente a ellas la carta social que llegará a ser para los católicos sociales –guardando las debidas proporciones– lo que fue el *Manifiesto comunista* para los socialistas. Según las palabras de Georges Goyau, historiador del catolicismo social, León XIII, vicario del Altísimo en la tierra, hacía intervenir «a Dios entre las clases enemigas». Admitámoslo. Pero no por eso es menos cierto que sin el empuje del proletariado y del socialismo que atestigua la demostración del 1º de Mayo, y especialmente del 1º de Mayo en Fourmies, el gesto del Soberano Pontífice, que inaugura un giro en la historia de la Iglesia, no se hubiera producido en la fecha del 15 de mayo de 1891.



Henry Scheu (al estilo de Walter Crane): El triunfo del trabajo

VII. EL 1º DE MAYO DE 1892

El Congreso Internacional de Bruselas (agosto 1891)

La manifestación del 1º de Mayo se había renovado en 1891 a causa de las decisiones de diversas organizaciones nacionales. Pero, como ningún congreso socialista internacional se había reunido desde julio de 1889, la periodicidad de la manifestación no había sido regular y mundialmente establecida. El Congreso Socialista Internacional de Bruselas (16–22 de agosto de 1891), que reunía en la Casa del Pueblo a 337 delegados de 15 naciones, confirió al 1º de Mayo su carácter de manifestación anual. El orden del día del congreso expresaba en el punto 9, relativo al 1º de Mayo, la siguiente mención:

Celebración internacional del 1º de Mayo, consagrada a la vez al principio de las ocho horas, a la reglamentación del trabajo y a la afirmación universal del proletariado por el mantenimiento de la paz de las naciones.

Observemos esta redacción, porque es la primera vez que se trata de dar al 1º de Mayo, al mismo tiempo que un carácter

económico, uno pacífico, en tanto que el término de celebración implica un carácter de fiesta.

En el curso de los debates una gran divergencia enfrentó a los delegados alemanes e ingleses, por una parte, con los austríacos y franceses, por la otra. Los delegados alemanes, basándose en su actitud cuando la última manifestación, habían decidido en conferencia particular proponer que en el futuro la manifestación se realizara el primer domingo de mayo, y en caso de que no se pudiera llegar a un acuerdo general sobre esta proposición, conseguir que la jornada común de cesación del trabajo no estuviera ligada obligatoriamente con el 1º de Mayo. Los austríacos, por el contrario, apoyados en una resolución votada unánimemente en el último congreso del Partido Obrero realizado en Viena, pedían «cesación absoluta del trabajo» y se oponían a todo cambio de fecha. Debían triunfar en este último punto, así como los franceses, que sostenían la misma tesis.

Hubo también un debate sobre los objetivos del 1º de Mayo. Finalmente, se adoptó el texto que sigue:

El Congreso,

A fin de que el 1º de Mayo conserve su verdadero carácter económico de reivindicación de la jornada de ocho horas y de afirmación de la lucha de clases,

Decide:

Que haya una manifestación única para los trabajadores de todos los países;

Que esta demostración tenga lugar el 1º de Mayo, y

Recomienda el paro en todas partes donde no sea imposible.

El danés Petersen había sido el informante de la cuestión del 1º de Mayo; el belga Vandervelde informó sobre la legislación del trabajo. En una resolución, el Congreso reconoció: Por una parte, que la legislación promulgada en los diferentes países desde el congreso de 1889 en París no respondía en modo alguno a las legítimas aspiraciones del proletariado; por otra, que si bien la conferencia de Berlín se había reunido, ciertamente, «bajo la presión de los congresos socialistas», sus deliberaciones demostraban que los gobiernos se oponían a las reformas necesarias. La resolución hace constar además que la legislación obrera «no sólo es defectuosa en sí misma, sino ejecutada y aplicada de una manera irrisoria». En consecuencia, exhorta a la clase obrera a continuar la lucha por la realización del programa de los congresos de París, organizando en cada país una encuesta permanente sobre las condiciones del trabajo y la situación de las clases laboriosas.

Preparación del 1º de Mayo de 1892 en Francia

La Secretaría Nacional del Trabajo de Francia, surgida del Congreso Internacional de Bruselas y formada por los delegados de las diferentes organizaciones socialistas y obreras, dirigió un llamamiento a los trabajadores para que la manifestación del 1º

de Mayo de 1892 «sobrepase en importancia y en grandeza a las de los «años precedentes». Además de la reivindicación universal de la jornada de ocho horas a la que se unía «el mantenimiento de la paz internacional» –que el Congreso de Bruselas no había recordado formalmente en su resolución–, la Secretaría daba sobre todo como objetivo particular para Francia la supresión de las oficinas de colocaciones, «vestigio del antiguo comercio de esclavos». Y como la fecha del 1º de Mayo coincidía con las elecciones municipales en los departamentos, el llamamiento aprovechaba para comprometer a los trabajadores a votar a los candidatos socialistas, a fin de obtener, con el triunfo de las reivindicaciones, la creación de nuevas Bolsas de Trabajo, a la espera de «la completa emancipación proletaria».

En este llamamiento de tono completamente moderado, no había la menor alusión a los fusilamientos de Fourmies que habían ensangrentado el 1º de Mayo precedente. El Comité general de organización de la jornada, encargado de publicar la hoja «Manifestación del 1º de Mayo», consagró por el contrario un párrafo de su manifiesto a la masacre de Fourmies:

En vano la burguesía siembra de cadáveres la ruta del socialismo, como en Fourmies; en vano emplea los medios más criminales contra los socialistas; el efecto económico disolvente del actual régimen prepara la sociedad que soñamos.

En un llamamiento especial a los «trabajadores de Fourmies y de Wignehies», el Partido Obrero se extiende largamente sobre «la masacre sin ejemplo que horrorizó e indignó a Francia

entera»; así como la frustrada matanza del 26 de agosto de 1891 en la fiesta de Wignehies. El llamamiento general del mismo partido, en vista de las elecciones municipales, recordaba a los obreros, a los suyos, caídos «bajo los lebel de la República patronal». Pero aun invocando el «pacto de solidaridad internacional concluido en París en 1889», aun reivindicando de nuevo «la jornada legal de ocho horas», ponía el acento sobre el llamamiento a las urnas para expulsar de los ayuntamientos a la burguesía oportunista. Al hacerlo, seguía las directrices del IX Congreso realizado en Lyon (noviembre de 1891), que había llevado tan lejos la combinación de las elecciones municipales y la manifestación del 1º de Mayo, que se había previsto que luego de la reunión de los trabajadores se dirigirían éstos en corporación a las diferentes mesas receptoras de votos, para cumplir con su deber –de socialistas. Por lo demás, Jules Guesde, en el último número del «Socialiste», órgano central del Partido Obrero, aparecido antes del 1º de Mayo, había fijado bien el carácter esencial de la jornada:

En Francia, este año la manifestación convertida en acción se realizará en las urnas. Instalando a nuestros candidatos en los ayuntamientos... nuestro proletariado afirmará su solidaridad con el proletariado del mundo entero.

Se debe decir que en el origen de esta nueva manera de enfocar el 1º de Mayo –adecuada, es verdad, al juego de las circunstancias– hay una cierta desafección de las masas con respecto a la jornada proletaria. Es bien cierto que las organizaciones sindicales en general no podían menos que ver con malos ojos el 1º de Mayo de acción reivindicatoria absorbido y como ahogado por la acción electoral. Se podría

incluso sostener que esta absorción hizo entonces tanto mal al 1º de Mayo como, más tarde, la fiesta legal del trabajo o «fiesta del mouguet», en cuanto medio eficaz de entorpecimiento de la jornada obrera.

Controversias y posición de los anarquistas

Sea como fuere, está claro que los anarquistas debían inquietarse en cuanto conocieron las decisiones del congreso guesdista de Lyon.

Durante su gira de cuarenta conferencias en la región lyonesa que se realiza después de este congreso, Sébastien Faure se levantó violentamente contra la concepción «política» del 1º de Mayo. Lo propio ocurrió en la reunión interdepartamental que clausuró en cierta manera esta gira (16 y 17 de enero de 1892) y en la que participaron compañeros de Dijon, Chalón, Villefranche, Saint-Chamond, Le Chambón, Saint-Étienne, Romans, Grenoble, Vienne, Bourgoin, etc. En el curso de las discusiones, el principio de la jornada del 1º de Mayo se trató de nuevo y mucho más claramente. Es interesante conocer la argumentación sostenida. En primer lugar, el 1º de Mayo es sospechoso por el hecho mismo de su origen, ya que es un congreso reformista el que lo ha sostenido sobre la pila bautismal. Luego, no constituye una «jornada revolucionaria», sino un «trampolín electoral» para los «sedientos de poder» y los «pordioseros de mandatos», ya que incitando a los trabajadores a reclamar a los poderes públicos la reducción de

la jornada a ocho horas, muestran la utilidad de enviar socialistas al parlamento. Por eso, en respuesta, importa hacer sentir a los obreros «la inanidad de esta reforma». Por último, es absurdo hacer una manifestación con fecha fija y periódicamente, porque no se puede obtener nada serio cuando los gobernantes tienen todas las posibilidades de preparar su contraataque. A pesar de todo, los anarquistas de la región lyonesa, estimando que los revolucionarios deben estar presentes donde las masas reivindican, y teniendo en cuenta el hecho de que los anarquistas han dado importancia a la jornada tomando en ella parte activa, no parecen haber seguido a Sébastien Faure en la campaña que éste organizó en toda Francia contra el 1º de Mayo.

«La Révolte», el órgano «comunista-anarquista» de Jean Grave –y verosímilmente por la pluma de este último– desaprobó la campaña de Sébastien Faure.

Es bien evidente que las manifestaciones periódicas y con fecha fija no son más que una trampa... [y] está fuera de duda que la jornada de ocho horas, presentada como una panacea y una solución de la cuestión social, no es sino una patraña.

Pero no hay que olvidar tampoco que este movimiento del 1º de Mayo arrastra a los conductores del socialismo autoritario más de lo que ellos mismos lo conducen; que es un movimiento obrero y que los anarquistas, por mucho que digan y hagan, no podrán nunca desinteresarse completamente de él.

No basta combatirlo con el pretexto de que no puede producir nada, porque sería entonces hacer el juego al gobierno actual... Sobre todo no olvidemos que de este movimiento pueden surgir complicaciones –ejemplo, Fourmies– que pueden servir para provocar la revolución, y que para combatir un movimiento obrero que se equivoca hay que saber hacerlo con tacto si no se quiere ser tomado como enemigo.

Esto no era todo. Sébastien Faure había dado a entender que muchos compañeros prominentes del movimiento parisiense le secundarían en su campaña y recibió de parte de la mayoría de ellos una respuesta que delegaba responsabilidades. Allí se decía:

1º Cada vez que las masas populares desertan del taller para salir a las calles, el interés de todos los anarquistas, sean cuales fueren las tendencias del movimiento, debe ser mezclarse con ellas para tratar de desviarlo hacia la revolución social.

2º Los anarquistas no son un partido de conspiradores, que esperen hacer una revolución por sorpresa. No cuentan más con el 1º de Mayo que con cualquier otra fecha, pero puesto que el pueblo tiene tendencias revolucionarias ese día, sería extraño y aun lamentable que le aconsejáramos mantenerse entonces en reposo.

3º El Congreso de la calle Rochechouart, al fijar el 1º de Mayo como fecha de una manifestación, no tenía en vista más que fines políticos. Esperaba hacer maniobrar a su

voluntad a la masa regimentada por ellos. Pero, como casi siempre el pueblo ha ido más lejos de lo que sus supuestos representantes hubieran querido... El 1º de Mayo lanzado por los políticos se ha convertido en fecha revolucionaria y de tendencias anarquistas.

4º Los temores de algunos compañeros, de que las manifestaciones periódicas impidan que se pase a la acción fuera de la fecha fijada, no son fundados; los recientes levantamientos de España, el país mismo donde las manifestaciones del 1º de Mayo de 1890 y 1891 han revestido el carácter más violento y revolucionario, nos dan la prueba de lo contrario.

Esta declaración fue firmada por Ch. Malato, E. Pouget, Constant Martin, Brunet, Tortelier, Jacques Prolo, Émile Henry y Chiroki, en tanto que, por otra parte, los grupos anarquistas de Clichy, de Levallois y de Batignolles se afirmaban «categóricamente opuestos a toda campaña contra el 1º de Mayo».

Tales reacciones de los medios anarquistas franceses en los meses que preceden al 1º de Mayo de 1892 son dignas de señalarse. Hay que notar también que aparte de Sébastien Faure y de algunos pocos compañeros y a pesar de la inclusión de la acción electoral en la jornada, los militantes más conspicuos mantuvieron su participación en el movimiento. Más aún, reconocieron que el 1º de Mayo había conquistado tal derecho de ciudadanía en la clase obrera que no era posible combatirlo ni siquiera criticarlo.

La cuestión de las ocho horas en los países anglosajones

Pero ¿adónde se había llegado, en la práctica, en el camino hacia las ocho horas en el momento en que las masas iban a ponerse una vez más en movimiento en favor de esta reforma considerada por Jules Guesde como «la más importante, por no decir la única reforma que pueda realizarse en un régimen capitalista»?

En Francia, la proposición más radical presentada por el grupo socialista en 1890 no había prosperado, como tampoco la nueva proposición Basly, presentada el 27 de abril de 1891, ni la proposición Goujon, presentada el 11 de mayo de 1891 y que se aplicaba solamente a las minas y a los establecimientos insalubres. Por lo demás, no había tenido ningún éxito la proposición Chiché-Jourde-Aimé-Mittchel (22 de mayo de 1891), que limitaba a ocho horas la duración del trabajo contratado por los Ayuntamientos, los departamentos y el Estado, lo mismo que la proposición Argeliés, que fijaba en ocho horas el máximo de la jornada de trabajo de los maquinistas y guardaagujas de las grandes líneas (14 de noviembre de 1891). En el plano de los combates y negociaciones entre obreros y patronos no se tiene tampoco conocimiento de ningún resultado.

En los países anglosajones las cosas se presentaban con un aspecto más estimulante.

En los Estados Unidos, entre los carpinteros que habían obtenido ya las diez horas, y aun a título excepcional las nueve

horas, 46.197 afiliados habían conseguido después del 1º de Mayo de 1890 la jornada de ocho horas y casi todos los otros la de nueve. Desde entonces, era regla hacer ocho horas en las grandes ciudades y nueve en las otras, y la asociación de empresarios se acomodaba a ello. Estos resultados, así como otros obtenidos por los trabajadores en su lucha directa, acababan de ser completados por la conquista de las ocho horas por los obreros mineros de las compañías Delaware Lackawand and Western y Delaware–Hudson, pero en el plano político, la ley de 1868 seguía siendo letra muerta. En realidad, sólo se había llevado a cabo durante el corto período en que había permanecido en poder el presidente Grant.

Indudablemente, hacía muchos años que existía una Oficina del Trabajo. Pero, como demostró un delegado americano en el Congreso de Bruselas, era un establecimiento pirata, administrado por los enemigos del proletariado y compuesto por empleados elegidos ex profeso. Jugaba con las cifras, falsificaba las estadísticas y confeccionaba gráficos erróneos para mejor cantar al pueblo las alabanzas del capital. Jamás consintió en dar el total de obreros parados que, poniendo al desnudo la odiosa plaga del pauperismo, hubiera probado que el considerable aumento de la riqueza nacional no aprovechaba más que a un puñado de hombres. Basta con decir que no se podía esperar nada de este organismo oficial con respecto a la limitación del tiempo de trabajo y, por consiguiente, a las transgresiones a la ley de 1868.

Ahora comprendemos por qué O'Neill, diputado de Missouri, acababa de presentar a la Cámara de Representantes un *bill* tendente a dar sanción penal a la jornada legal del trabajo.

La clase obrera de los Estados Unidos, comprendiendo la importancia de este *bill*, organizó en su apoyo una agitación extensa. Según los términos del proyecto, no sólo los funcionarios sino los empresarios que trataran con el gobierno federal o el distrito de Columbia estarían obligados a respetar y hacer respetar la ley de las ocho horas, so pena de una multa de 250 a 5.000 dólares y de prisión de 15 días a 6 meses, pudiendo ambas penas ser acumuladas. En todas las organizaciones obreras se votaron resoluciones y notas cubiertas de firmas que fueron enviadas a los representantes y a los senadores de cada Estado, así como al Comité legislativo de Washington encargado de centralizarlas y hacerlas llegar a quien correspondiera.

En Gran Bretaña, en el curso de los años precedentes los constructores de navíos, los marinos, mecánicos, carpinteros y tipógrafos habían obtenido grandes ventajas, en lo que respecta a la reducción de las horas de trabajo, gracias a la huelga. Sólo en el año 1890, de una cincuentena de huelgas desencadenadas total o parcialmente por esta reivindicación, treinta y ocho terminaron victoriosamente.

Pero la agitación operaba sobre todo en torno al *bill* de las ocho horas presentado en la Cámara de los Comunes. Hemos visto participar en la manifestación parisiense del 1º de Mayo de 1891 al diputado prosocialista Cunningham Graham. A él y a los diputados Randell, Abraham, Conybeare y Clark corresponde la iniciativa de este *bill*. Fue rechazado, pero desde entonces no tuvo lugar una elección sin que se planteara la cuestión de las ocho horas. Muchos candidatos fueron elegidos sólo a condición de pronunciarse en pro de esta reforma. Por otra parte, el congreso de las Trade-Unions había pedido las ocho horas y ya,

en lo que concierne a los obreros mineros, había una especie de aceptación tácita de la reducción de la jornada de trabajo. La opinión pública se compadecía mucho de la suerte de los trabajadores del subsuelo.

Lo característico de la época en que nos encontramos es que no se realiza una sola sesión del Parlamento sin que se registren progresos en el terreno de la jornada legal del trabajo.

Por ejemplo, en marzo pasa a segunda lectura un *bill* que limita el tiempo de trabajo de las mujeres a setenta y cuatro horas por semana, comprendidas las de reposo, lo que da un término medio de doce horas y media por día. Por cierto, que se está aún lejos de las ocho horas, pero no por eso deja de ser un camino hacia esta reforma. Tanto más cuanto que dicho *bill* pasa por una mayoría de veintiocho votos, una mayoría que comprende numerosos conservadores y liberales conocidos hasta entonces como enteramente recalcitrantes. Por lo demás, la oposición no presenta durante estos debates más que algunas observaciones de detalle.

También en marzo se rechaza el Acta que limita a ocho horas el trabajo minero. Pero la minoría, que llega a totalizar ciento sesenta votos, es importante y se comprueba –hecho también tranquilizador, quizá– la división de todos los partidos sobre la cuestión. Mucho más: Chamberlain, líder de los liberales, pronuncia en esta ocasión un discurso favorable al *bill*, en el que sostiene, ni más ni menos que si fuera un diputado socialista, que las largas horas de trabajo significan trabajo disminuido, sin valor, inferior, y que hay un máximo imposible de sobrepasar sin aumentar la mala calidad del trabajo. Chamberlain llega a decir

que la reducción de las horas de trabajo por la acción legislativa es sin duda alguna la cuestión «más simple, más fácil y menos irritante». ¡Cómo se comprende que a consecuencia de tal debate los mineros no se tengan por derrotados! ¡Qué bien se explica asimismo su insistencia en el congreso internacional que se reunirá precisamente en Londres (19–25 de junio de 1892), para hacer votar por sus hermanos de los otros países una moción favorable a las ocho horas de trabajo en el subsuelo, «de la entrada a la salida de los pozos», moción destinada –según ellos– a influir sobre el Parlamento desde la primera presentación de la ley!

Todos estos hechos, que hablan muy claro, se ven ilustrados por la presentación de un nuevo *Bill* ⁹ de ocho horas así concebido:

El 1º de Mayo de 1892, y después de esta fecha, nadie trabajará u obligará a otra persona a trabajar, en tierra o mar, en ninguna capacidad, bajo ningún contrato o artículo de compra o alquiler de trabajo o de servicio personal en tierra o mar (excepto en caso de accidente), más de ocho horas diarias de cada veinticuatro, o más de cuarenta y ocho horas por semana.

Todo empleador, administrador o toda otra persona que, con conocimiento de causa, fuerce a una persona sujeta a su autoridad o mando, o empleada por él, a trabajar [en las condiciones arriba citadas] se expondrá a una multa de 10 libras (250 francos) como mínimo, a 100 libras (2.500

⁹ Proyecto de ley.

francos) como máximo, por cada infracción de este género.

El 1º de Mayo de 1892 en el mundo

En este ambiente y con tales auspicios se desarrolló la manifestación londinense del 1º de Mayo en Hyde-Park. Sobrepasó en éxito y grandeza a las de los años precedentes y recordó, los grandes días revolucionarios del tiempo del movimiento cartista. El número de asistentes se calcula en medio millón. Los anarquistas realizaron al lado un mitin particular en el que habló Louise Michel. Una resolución que concluía en una jornada de trabajo reglamentada por un acto del Parlamento clausuró los discursos pronunciados en 14 tribunas, lo que señalaba la victoria de los «legalistas», en minoría en 1890 y en igualdad con sus adversarios en 1891.

La decimocuarta tribuna organizada por la Liga de las ocho horas, cuyo presidente era el Dr. Aveling, uno de los yernos de Marx, se hizo notar por su carácter internacional. Junto al viejo Engels estaban allí: Lessner, otro veterano amigo de Marx; Kautsky y Bernstein, por Alemania; los revolucionarios rusos Stepniak y Volinsky; William Morris y Mrs. Cunningham Graham, por Inglaterra; Bernard, del Partido Obrero Francés, y Roussel, delegado de la Bolsa de Trabajo de París que, cumplida su misión, debía compartir la cena con Engels. En el resto del país desfilaron con banderas desplegadas numerosos cortejos y Cunningham Graham tomó la palabra en Manchester.

En ultramar, en Chicago la policía se apoderó de las banderas rojas de distintas organizaciones, lo que acarrearía un proceso

bastante curioso por su veredicto, ya que, al ratificar la confiscación, atacaba el sacrosanto principio de la propiedad. En Brasil la asociación obrera Centro Operario organizó un gran mitin turbado por un alboroto.

En Bélgica, conforme a la resolución tomada en el Congreso común del Partido Obrero y de las Asociaciones por el sufragio universal que reunían a 385 delegados, la manifestación se organizó con el programa de las ocho horas y del voto popular, «considerado como uno de los medios de realizar esta reforma». La manifestación fue imponente, con abundancia de estandartes, carteles y banderines. En Bruselas, de diez a quince mil personas que partieron de la Casa del Pueblo se dirigieron a la llanura de Ten-Bosh, donde se habían levantado ocho tribunas. Lelorrain, delegado de la Bolsa de Trabajo de París, arengó a la multitud.

En Suiza, las calles de las grandes ciudades fueron recorridas por cortejos precedidos de banderas rojas. En España –en Madrid–, gran mitin en el Retiro. La primera fila de asientos estaba ocupada por 25 mujeres de obreros que llevaban en la cintura una cinta roja con la inscripción: «Jornada de ocho horas. 1º de Mayo de 1892». En Italia, el periódico especialmente editado para la manifestación: «Primo Maggio», tachado por la censura, apareció con dos páginas en blanco. En Roma, los locales de las organizaciones estaban embanderados.

En Alemania, la jornada tomó sobre todo un carácter de fiesta y se tradujo en asambleas en salas decoradas de rojo, con asistentes vestidos del mismo color. En varias circunscripciones electorales de Berlín la afluencia fue de veinte a veinticinco mil

personas. En Hamburgo, una manifestación callejera reunió a 100.000 personas, que atravesaron la ciudad con banderas desplegadas.

En Austria –en Viena–, después de las 33 reuniones públicas de la mañana, más de 20.000 obreros se dirigieron al Prater. En Budapest la policía ocupó por la fuerza las salas donde debían realizarse los mítines. Los obreros debieron reunirse en el parque Nussdorff, donde la manifestación tuvo pleno éxito.

En Rumanía hubo un notable progreso. La manifestación gana Jassy, Galatz, Ploiesti y Craiova. En Bucarest, las corporaciones que hasta entonces se habían mostrado refractarias se unieron al cortejo enarbolando sus banderas.

El Partido Obrero Rumano había enviado el 29 de abril al P. O. F. una nota vibrante recordando el grandioso alcance de la jornada:

... La manifestación del 1º de Mayo da a la clase obrera ocasión de reunirse en masa en todas partes en torno a la bandera roja de la expropiación política y económica de la burguesía.

En fin, en las antípodas, a pesar de la amplia conquista de las ocho horas, una fracción del proletariado de Australia también se manifestó.

Especialmente en Sydney, los huelguistas en número de varios millares decidieron emplear todos los medios para obtener las reivindicaciones obreras.

Mencionemos especialmente el 1º de Mayo de Lodz (Polonia rusa), que terminó trágicamente, a pesar de las declaraciones e intenciones pacíficas de los obreros. En el folleto impreso clandestinamente y profusamente distribuido se decía:

Pedimos no trabajar más que ocho horas con el fin de protegernos contra la desocupación, de tener tiempo para instruirnos y descansar y de permitir empleo a mayor número de brazos.

Pedimos un aumento de salario para arrancar a nuestros hijos de la miseria y del prematuro agotamiento de sus fuerzas y para que nuestras hijas no se vean ya colocadas ante la horrible alternativa de venderse o morir de inanición.

Pedimos la libertad política. ¡Abajo el cruel despotismo del zar, que mata a nuestros mejores y más nobles campeones! Queremos gobernarnos por nosotros mismos.

El 2 de mayo se desencadenó la huelga por la reducción de la jornada de trabajo a 10 horas y por el aumento de salarios. El 5, la huelga se generalizó, englobando de ochenta a cien mil trabajadores en Lodz, 20.000 en Zgierz y Pobianitz, más o menos. Los fabricantes estaban dispuestos a recibir una delegación elegida por los huelguistas, a reducir en una hora la jornada de trabajo y aumentar ligeramente los salarios. Pero el gobierno de la provincia les prohibió entrar en conversaciones y dar la menor satisfacción a los obreros. Envió al lugar dos regimientos de cosacos y destacamentos de caballería con orden de poner la ciudad en estado de sitio y de no escatimar los cartuchos. Desde entonces la represión fue violenta. Se

obligó a los obreros a volver al trabajo. Hubo escenas sangrientas; 140 personas fueron heridas o muertas. Se realizaron arrestos en masa, 200 de los cuales terminaron ante los tribunales. Por fin, fueron expulsados centenares de obreros. El trabajo no se reanudó hasta el 9 de mayo, bajo la presión de las bayonetas.

En suma, este 1º de Mayo internacional, que por primera vez caía en domingo debió a tal circunstancia el revestir más amplitud que los precedentes. Pero, sin el desarrollo del movimiento obrero, la demostración no hubiera podido, ciertamente, sacar partido de esa circunstancia favorable y transformarla en una ocasión grandiosa. Simbolizaba, pues, en último análisis, la pujanza irresistible del proletariado que pasaba revista a sus fuerzas crecientes, y comulgaba en una unidad de acción y en una fraternidad internacional cada vez más acentuadas.

Esto fue lo que subrayaron los líderes del socialismo internacional, invitados por un grave semanario burgués –el primer periódico ilustrado de Francia– a dar algunas líneas autógrafas sobre la jornada que se preparaba.

El patriarca Victor Considerant, auténtico representante del fourierismo en esta época, abrió la marcha con la magnífica declaración que sigue:

Esta federación de poblaciones asalariadas, que une en una voluntad común a las legiones del trabajo en las naciones industriales y civilizadas de las cinco partes del mundo, ha fundado un grave y muy grande aniversario –de

ahora en adelante ya adquirido y perteneciente a la historia de la humanidad-. Veo en él el primer acto efectivo de la futura fraternidad de los pueblos y de la emancipación del trabajo explotado y expoliado desde el origen de las sociedades. Veo en él el anuncio de los tiempos nuevos, en que la institución social, definitivamente asentada sobre la justicia, realizando la asociación de los intereses y la convergencia de las fuerzas hasta ahora secularmente desperdiciadas en luchas animales y estúpidas, y poniendo en juego, en provecho de todos, las incalculables potencias productivas de la ciencia, del trabajo y del genio de la humanidad, abrirá por fin a ésta la era soberbia de su gobierno inteligente de la tierra, el dominio que le pertenece.

Por su parte, F. Engels, el *alter ego* de Marx, se sentía feliz de mostrar los «hijos de los soldados prusianos que en 1871 ocupaban los fuertes en torno a París y a la Comuna», combatiendo esta vez por millones «cerrando filas con los hijos de los comuneros». Y en razón de su carácter esencialmente internacionalista la manifestación del 1º de Mayo aparecía a los ojos del líder español Pablo Iglesias como «el arma más formidable que haya inventado el socialismo contra el mundo burgués».

En Francia

Es bastante extraño observar que en Francia este 1º de Mayo fue de los más descoloridos.

Para explicar este hecho no hay más que la prioridad concedida a la acción electoral. La jornada cayó mal, al día siguiente del proceso de Ravachol. «Le Temps» afirmaba que la emoción producida por los atentados anarquistas no dejaría de «influir en los resultados del escrutinio». Se ha podido estimar en efecto y sin exageración que la perturbación arrebató 60.000 votos a las listas socialistas. Pero también quitó obreros a la manifestación internacional. De manera que cuando Jules Guesde anunciaba en una fórmula sorprendente, al gusto de la época, que «los 1º de Mayo son la dinamita que hará saltar la sociedad capitalista», por una extraña paradoja la dinamita anarquista minaba sordamente en Francia al 1º de Mayo.

El gobierno había tomado las precauciones de costumbre. Los soldados estaban listos en los patios de los cuarteles; los agentes sólo circulaban en grupos de dos. Y, sin embargo, en París, el mitin único decidido por el Comité general de la manifestación y en el que intervino Macdonald, delegado inglés, no agrupó a más de 7.000 asistentes.

Con respecto al paro, a pesar del llamamiento de los periódicos socialistas, la jornada no se caracterizó por ninguna detención del trabajo en los transportes.

En provincias, fueron raras las manifestaciones en la vía pública. Las más importantes se desarrollaron en Marsella, Carmaux, Montpellier y Avignon.

La maltratada ciudad de Fourmies, por iniciativa de las organizaciones locales propuso para el día siguiente del 1º de Mayo, después de la victoria electoral que se daba por

descartado, la manifestación recordatoria sobre «la fosa de los mártires» en el cementerio. Pero, a pesar del apoyo aportado por Guesde y Lafargue, Culine, que encabezaba la lista obrera, aunque batió por 412 votos al adjunto que desempeñaba la función de alcalde, no fue elegido y finalmente en segunda votación el Partido Obrero se vio vencido por 500 votos por la lista de la coalición burguesa. No obstante, la manifestación, que agrupó a 6.000 personas, fue impresionante.



VIII: EL 1º DE MAYO DE 1893

Los congresos y el 1º de Mayo de 1893

El V Congreso de Sindicatos y Grupos Corporativos de Francia (19–23 de septiembre de 1892), que reunió a cerca de 140 delegados –entre los cuales Jean Dormoy representaba a la Unión de Cámaras Sindicales de Montluçons–, había discutido ampliamente la manifestación del 1º de Mayo en el punto sexto de su orden del día. Como las presentaciones a los poderes públicos no habían producido «ningún resultado favorable», decidió que la jornada del 1º de Mayo de 1893 se emplearía en conferencias y reuniones «en las cuales se tratarían las resoluciones de los diferentes congresos obreros nacionales e internacionales, estudiando muy especialmente la huelga general». Preconizó el paro para los obreros de la industria privada, a fin de que los «talleres, astilleros y fábricas estén cerrados», pero permaneció mudo –y con razón– respecto a los trabajadores de la tierra, de los cuales sólo dos sindicatos, Maraussan y Marsella, figuraban en la lista de organizaciones representadas. La resolución se limitaba a recomendar «esfuerzos para atraer igualmente al paro a los empleados de los diferentes servicios públicos y de las administraciones». A este

respecto, la discusión había mostrado por las intervenciones de Martino Bayle y Valez (Marsella) que los trabajadores de los servicios públicos estaban lejos de encontrarse maduros para obedecer a una orden de huelga y que sus representantes temían el despido de los militantes. Por fin, la resolución rechazaba toda idea de fiesta el 1º de Mayo antes de la victoria completa de la clase obrera. Pero de eso volveremos a hablar más adelante.

El X Congreso Nacional del Partido Obrero, que sucedió a estas sesiones sindicales (24–28 de septiembre de 1892), reunía con los grupos políticos y los concejos municipales del Partido a la mayoría de los sindicatos del Congreso anterior. No se mostró tan intransigente. Después de haber afirmado el carácter de manifestación, de reivindicación y protesta fundamental contra el régimen capitalista de la jornada del 1º de Mayo, aprobó el cese del trabajo en su resolución. Por lo demás, cuidando de no excluir ningún modo de participación, decidió:

Los trabajadores se manifestarán según las circunstancias locales y en la forma que juzguen mejor, ya sea votando, como en París, donde el escrutinio estará abierto, por los candidatos de su clase; ya sea usando su derecho a la calle; festejando con los ayuntamientos socialistas su primer advenimiento al poder comunal; o bien, por nuevas intimaciones, poniendo de relieve la mala voluntad y la impotencia de nuestros dirigentes burgueses.

El Congreso del Partido Obrero Socialista Revolucionario (alemanista) que se realizó en Saint-Quentin algunos días después (2–9 de octubre de 1892), no tomó ninguna decisión

concerniente al 1º de Mayo. Sin embargo, el programa legislativo adoptado se pronunció por la reducción de la jornada de trabajo diurno a ocho horas como máximo y del trabajo nocturno a seis horas. Por lo demás, se sabe que la agrupación era firme partidaria del paro del 1º de Mayo.

No era tal el caso de la socialdemocracia alemana. Ésta continuó mostrándose reticente sobre dicho punto, a pesar de la recomendación del Congreso Internacional de Bruselas. Por 230 votos contra 5, su Congreso de Berlín (noviembre de 1892) rehusó «decidir que los obreros socialistas alemanes paren de una manera absoluta el 1º de Mayo». En cambio, aplicando el final de la resolución de Bruselas decidió, aunque por una mayoría más reducida –por 167 votos contra 71–, que la manifestación no se podría posponer para el domingo.

Debe haber un día de manifestación única para los trabajadores de todos los países, y esta manifestación tendrá lugar el 1º de Mayo.

Era un paso en el sentido de la disciplina internacional, como lo subrayó el órgano central del Partido Obrero Francés que, con el Dr. V. Adler lamentó no obstante la primera decisión, en torno a la cual la burguesía no dejó de hacer gran alboroto. La prensa burguesa no dirá palabra, en cambio, de la resolución votada algunos meses más tarde, el 5 de febrero de 1893, por la reunión extraordinaria de Milán del C. C. del Partido de los trabajadores italianos, que a la espera de su congreso nacional se pronunció a la vez por la manifestación el 1º de Mayo «y no otro día» y por la suspensión del trabajo.

El II Congreso de las Bolsas de Trabajo de Francia, que se llevó a cabo el mismo mes, del 12 al 15 de febrero de 1893 en Tolosa, decidió a su vez, a propuesta de Chrétien, representante de Marsella, «apoyar la manifestación del 1º de Mayo, que debe considerarse como la expresión de la reivindicación de la jornada de ocho horas, y encargar a las cámaras sindicales que inviten a todos los trabajadores franceses a tomar parte en esta manifestación».

Balance de las ocho horas al 1º de Mayo de 1893

Pero ¿a qué distancia quedaba la reivindicación de las ocho horas en el momento en que el Congreso de Tolosa la invocaba a justo título como la idea madre del 1º de Mayo? Un rápido vistazo retrospectivo nos lo mostrará.

A tal señor, tal honor, si se puede decir. Australia y su vecina Nueva Zelanda estaban siempre a la vanguardia, dejando muy lejos a todos los otros países. De modo que en la provincia de Victoria tanto como en la tierra de Cook y en Tasmania la jornada normal de trabajo, aun para los cocineros, domésticos y cocheros, era de ocho horas. En Queensland, los reglamentos aplicables a los talleres de los ferrocarriles del Estado estipulaban en 48 horas la duración semanal del trabajo, y de 30 categorías de obreros, seis tenían la jornada de ocho horas y once la de nueve.

En Nueva Gales del Sur, el 65% de los asalariados de 343

categorías tenían la jornada de ocho horas, lo que representaba 224 categorías beneficiarias. Los obreros de las minas de plata gozaban de las ocho horas y los de las minas de oro no trabajaban más que 44 horas por semana. Todo esto se producía en general –como lo reconocían los economistas liberales– sin baja de salario y de beneficio, sin alza de los precios y sin aumento del número de parados, con un acrecentamiento en la productividad del trabajo y una utilización menos grosera del tiempo libre. Sobre este último punto se había llegado a ver –hecho típico– a los taberneros entrar en la lucha política pidiendo el retorno al antiguo estado de cosas.

En Inglaterra, en el país de Cobden y otros manchesterianos, en plena tierra clásica del individualismo, la cuestión de las ocho horas –según lo confesaba «Le Temps»– se planteaba con agudeza y urgencia. Gladstone –cuya divisa fue siempre la indiferencia hacia todo lo referente a las cuestiones obreras– se vio constreñido a reconocer que el establecimiento de una jornada legal uniforme para todos los oficios no era en absoluto producto del delirio de los revolucionarios. Y llegó basándose en la acción ejercida por John Burns en el County Council de Londres, a considerar la posibilidad de una jornada de ocho horas en el plano municipal para los trabajos de la ciudad. Su lugarteniente, el ministro John Morley, seguía afirmando, ciertamente, que la jornada de trabajo no estaba madura aún para ser reglamentada por la ley, pero su hostilidad a las ocho horas había estado a punto de hacerle perder su sitio en Newcastle. John Burns, Woods, Wilson, Arch y Keir Hardie, por el contrario, que representaban al nuevo–unionismo, había hecho figurar en su programa la jornada de ocho horas. Keir Hardie, antiguo congresista de la calle Rochechouart en 1889,

respondiendo después de su elección a un periodista radical que le hacía observar que su programa pedía mucho, replicó con estas palabras significativas:

Es verdad, ¡pero los acontecimientos se suceden hoy con tal rapidez! Hace apenas unos años que preconicé la ley de las ocho horas en un congreso de las Trade-Unions donde casi todo el mundo se burló de mí. Hoy, esta cuestión ha tomado tanta importancia que puede decirse que es la que decidirá la suerte del gobierno.

Efectivamente, en el momento en que Keir Hardie pronunciaba estas palabras, cierto número de patronos británicos habían adoptado el sistema de tres equipos de ocho horas en lugar de dos equipos de doce, y esto, sin ninguna reducción de salarios. Y los obreros londinenses de la construcción disfrutaban desde noviembre de la jornada media de trabajo de ocho horas y cuarto. En cuanto a la penetración de las ocho horas en la opinión pública, podía medirse por toda una serie de hechos que corroboraban las palabras de Keir Hardie. No sólo el «Daily News» no temía dar a conocer a sus lectores burgueses las conclusiones del informe Giffen favorable a las ocho horas, sino que los trabajadores de Lancashire se habían convertido –de encarnizados adversarios que eran– en partidarios entusiastas de la reivindicación, en tanto que el Congreso de los mineros de Birmingham que representaba a 270.000 obreros acababa de pronunciarse por una gran mayoría por la fijación legal de la jornada de trabajo.

En Alemania, los obreros de la fábrica de persianas Freese, en Hamburgo y Berlín, habiéndose traducido en resultados

satisfactorios la experiencia de la jornada de nueve horas introducida dos años antes, gozaban ya desde el año precedente de la jornada de ocho horas. En enero de 1893 una importante huelga de los mineros del Sarre y de las regiones del Rhin y Westfalia se había producido con el programa de las ocho horas y el aumento de salario. Es que los trabajadores del subsuelo, lo mismo que los otros asalariados adultos de más allá del Rhin, no tenían ninguna protección legal contra las largas jornadas de trabajo. Sólo la ley del 10 de junio de 1891 fijaba respectivamente en seis y en diez horas el tiempo de trabajo de los niños de 13 a 14 años y de 14 a 16. Disponía que las mujeres no debían trabajar más que once horas por día y el sábado solamente diez. En Italia, Austria, España, Rusia, los Países Bajos y Escandinavia, la reglamentación tampoco alcanzaba más que a los niños y adolescentes, y rara vez a las mujeres.

En América, por regla general, la jornada de trabajo seguía siendo bastante larga. Pero el Estado de Nebraska había decretado en 1891 la jornada de ocho horas para los adultos, en tanto que el estado de Massachusetts, al año siguiente, reglamentó el trabajo de los niños y niñas en 58 horas por semana.

En Francia los obreros carpinteros de Troyes habían obtenido por la huelga en julio de 1892 la promesa de las diez horas, y los metalúrgicos de Rive-de-Gier habían luchado en enero de 1893, por hacer diez horas en vez de once, como sus camaradas de las otras ciudades industriales del Loira. Aún se estaba lejos de las ocho horas, y la mayoría de las mujeres de la industria trabajaban doce y trece horas por 0,50 fr., 0,60 fr., 1 fr. y 1,25 fr., en condiciones insalubres y bajo la amenaza de multas por

las más ligeras infracciones a los reglamentos del taller. Ante este escándalo y la explotación forzada de los niños, a pesar de la ley del 19 de mayo de 1874, el parlamento había votado la ley del 2 de noviembre de 1892. Ésta limitaba a diez horas el trabajo efectivo de los niños de menos de 16 años, y a once el de los adolescentes de 16 a 18 años y de las muchachas y mujeres por encima de esa edad. La misma ley fijaba toda una reglamentación para la duración del trabajo en los subterráneos y por la noche, siempre para los jóvenes y las mujeres.

Del dicho al hecho hay mucho trecho. Prácticamente, la ley seguía siendo letra muerta a causa de la resistencia patronal y de la carencia de los poderes públicos. El ministro interesado, cuatro meses después de su promulgación reconocía la imposibilidad de ponerla en vigor. En la industria textil, en Nantes y Amiens, acababan de producirse huelgas por su aplicación. La huelga de Amiens, a consecuencia de su extensión, obtuvo para los adultos la conquista de las once horas pagadas como doce en la generalidad del ramo de tintes y aprestos y en una parte del textil. Además, es la jornada de once horas lo que se limitará a reclamar el Congreso Obrero Cristiano de Reims (20–23 de mayo de 1893). Y como se acercaba el 1º de Mayo, los tintoreros picardos llegaron a obtener el 11 de abril de 1893 «el reconocimiento del 1º de Mayo por los patronos», que se comprometieron a no encender las calderas ese día. Creemos que era la primera vez que los obreros arrancaban de sus empresarios el reconocimiento de la jornada reivindicativa de su clase.

Preparativos de la demostración

Ya el 11 de abril las organizaciones obreras estaban en plenos preparativos del 1º de Mayo.

En la capital, la agrupación parisiense del POF, el Consejo Local de la Federación de Sindicatos y la Liga federativa por la supresión de las oficinas de colocaciones, reunidos en Comisión Ejecutiva, convocaron a las organizaciones para determinar las medidas a tomar. La Bolsa de Trabajo y las diversas fracciones socialistas preparaban por su lado sus baterías. Después de tres meses de reuniones no había podido llegarse a un acuerdo sobre el principio de una manifestación común en la plaza del Ayuntamiento.

En su llamamiento, la Comisión Ejecutiva (guesdista) ponía el acento en las ocho horas y la transformación del comercio de colocaciones en «función social» regida exclusivamente por las Cámaras sindicales obreras. La Bolsa de Trabajo, que representaba a 100.000 sindicados, planteaba en su llamamiento, en términos ininteligibles, la cuestión social en toda su amplitud, partiendo de las ocho horas y del 1º de Mayo. Por último, la Comisión del 1º de Mayo, instalada en las oficinas de «La Question Sociale», lanzó una proclama que fue con mucho la más estudiada y que relacionaba la jornada del 1º de Mayo con la tradición obrera y revolucionaria y daba a la manifestación todo su sentido.

La jornada en París

A pesar de la difusión a cinco céntimos de «La Manifestation du 1.^{er} Mai», «órgano internacional del Comité general de organización», y a quince céntimos del número ilustrado del «Journal»; pese a los números especiales a diez céntimos de los órganos de las diversas tendencias socialistas; en suma, de todo un gran esfuerzo de propaganda, la jornada del 1º de Mayo de 1893 fue en París tan descolorida como la del año anterior. Hay que decir que cayó en lunes, al día siguiente de un escrutinio municipal que había movilizadado ya a los militantes. Además, se estaba en un período de crisis económica que hacía temer el paro y en una época en que los encantos primaverales llevaban al campo a los ciudadanos. No faltaba más para perjudicar a la manifestación en un centro en que, a causa de la división socialista y obrera, el 1º de Mayo había revestido hasta entonces –guardadas las debidas proporciones– una amplitud menor que en provincias.

Sin embargo, los convencidos se llegaron a la Bolsa de Trabajo. Como estaba cerrada, Vaillant y Dumay protestaron y quisieron organizar un mitin en plena calle. Fue la señal del alboroto. La policía cargó y los alemanistas respondieron. La efervescencia se extendió hasta la calle de la Fontaine-au-Roi. Hubo arrestos, especialmente el del diputado Baudin, que fue golpeado violentamente a pesar de su *écharpe*. Estos incidentes, que tuvieron su epílogo en una interpelación socialista en el Palais-Bourbon, valieron a la jornada, por parte de Émile Pouget, el nombre de «1º de Mayo de los *sergots*».

Como en ocasiones anteriores, las autoridades habían impartido consignas rigurosas a las tropas. En el Senado se habían doblado las guardias y los soldados, con uniforme de campaña, se hallaban provistos por excepción no del fusil Gras, sino del Lebel. La visita tradicional llamada de las «intimaciones» se hizo a las alcaldías y después a la Cámara por pequeños grupos y en la mayor calma, lo que provocó la «ira prodigiosa» del «Père Peinard» contra los «pobres tontos» siempre listos a «lamer el culo a los poderes públicos». Los «Hijos de la Viuda», por su parte, organizaron con los auspicios de la logia *L'École Mutuelle* de París una hermosa fiesta masónica del Trabajo, en el curso de la cual tomaron la palabra eminentes masones.

La jornada en provincias y en el mundo

El movimiento del 1º de Mayo de 1893, sin ser poderoso, tuvo mayor alcance en provincias.

En Marsella, los trabajadores pasaron por alto la prohibición de cortejos en la vía pública. Muy lejos de dejarse impresionar por un enorme despliegue de tropas, reaccionaron seriamente. Por la mañana tuvo lugar en el Ayuntamiento la entrega del pliego de reivindicaciones. A la tarde, después de los mítines caracterizados por incidentes, la multitud desfiló por las calles con la bandera roja al frente.

En Burdeos, el referéndum sobre las ocho horas, organizado el 30 de abril, se prolongó el 1º de Mayo en la Bolsa del Trabajo

hasta mediodía, mientras a las 11 la delegación obrera se dirigió a la alcaldía. La jornada terminó con festejos públicos en el Palais de Flore.

En Calais hubo también escrutinio sobre la jornada de ocho horas el 30 de abril y al día siguiente se realizaron diez reuniones públicas, un gran mitin, muchas fiestas y una manifestación callejera.

Roubaix, Armentières, Tourcoing y Loos se distinguieron por el paro acompañado de delegaciones, manifestaciones e iluminación.

En Lille, a la delegación al Ayuntamiento el 30 de abril sucedieron, el 1º de Mayo, una manifestación en el cementerio del Este en recuerdo de Fourmies y por la tarde una representación teatral.

En Narbona hubo un gran banquete. En Nimes y Montpellier, reuniones con intervenciones anarquistas. En Lyon, muchas manifestaciones callejeras, alborotos y arrestos. En Reims, desfile al cementerio y gran reunión en el circo. En Troyes, congreso de los sindicatos y de los grupos del P. O. F., asamblea con Pédrón, algazara de los anarquistas en la prefectura y ante los locales de un periódico burgués. Igualmente, en Saint-Chamond, acción callejera de los anarquistas.

En Creil, jornada tan tranquila como la del año precedente y sin paro. Los obreros, que sólo trabajaban siete horas desde hacía algunos meses a consecuencia del descenso de la demanda, estaban poco dispuestos a reclamar las ocho horas. En Nancy hubo menos ausencias que los otros lunes en los

talleres. En Givors el paro fue escaso o nulo y no hubo delegaciones, pero sí una gran reunión en el teatro, que agrupó a 500 personas.

En las Ardenas, a pesar de los llamamientos a la calma de J. B. Clément, que temía las exaltaciones anarquistas, pretextos de represión, hubo incidentes en Nouzon. Los gendarmes cargaron para apoderarse de una bandera roja y fueron acribillados a pedradas, lo que motivó un informe del Tribunal de Charleville. En suma, no hubo nada grave como balance de este 1º de Mayo para Francia. No corrió la sangre como en Holanda y en Austria (en Troppau).

En los otros países de Europa la jornada se desarrolló bajo el signo de la calma, aun en Bélgica, donde los recientes acontecimientos podían hacer temer incidentes. En Londres, de 200 a 240.000 manifestantes, con estandartes y música, se amontonaron en Hyde Park, donde Delcluze y Bernard representaban al P. O. F.

El antiguo organizador de huelgas, John Burns, predicó allí la acción parlamentaria de preferencia a las coligaciones y «Le Temps», comentando su discurso, creyó ver a la fuerza obrera «invadiendo los escaños de la Cámara de los Comunes, apoderándose de la fuente del poder y dictando leyes». Tres décadas más tarde esta profecía debía realizarse con la victoria parlamentaria de los laboristas.

Hay que notar a propósito de este 1º de Mayo londinense la observación del viejo Engels a su amigo Jorge:

Aquí, la fiesta del 1º de Mayo ha sido muy hermosa; pero

ya se hace una cosa de todos los días o más bien de todos los años; su frescura primitiva ha desaparecido.

F. Engels había acertado también refiriéndose al 1º de Mayo en conjunto cuando escribió desde Londres a sus amigos franceses, el 14 de abril:

Quizá me equivoque, pero me parece que este año el 1º de Mayo no representará en la vida del proletariado internacional el papel preponderante de los tres años anteriores.

De los grandes países europeos, sólo Austria parece querer mantener la manifestación en primer plano. Allí, en efecto, los obreros no tienen otro medio de acción.

En Francia seguro, en Alemania muy probablemente, y quizás en Inglaterra, el año en curso verá eclipsada la importancia del 1º de Mayo por la de las elecciones generales, en las que el proletariado será llamado a conquistar nuevas posiciones, y las conquistará, sin duda.

IX. DIEZ AÑOS DESLUCIDOS: DE 1894 A 1904

El Congreso de Zúrich y el 1º de Mayo

El Congreso Socialista Internacional de Zúrich (agosto de 1893), que sucedió al Congreso Internacional de Bruselas, reunía a 327 delegados representantes de 18 países.

Se ocupó alternativamente de la realización internacional de la jornada de ocho horas y del 1º de Mayo. El ponente de la primera cuestión fue Fauquez (Suiza) y el de la segunda Víctor Adler (Austria). Además, la ciudadana Kautsky, informando sobre la protección de las obreras, hizo adoptar una resolución reivindicando para las mujeres una jornada máxima de ocho horas, y para las menores de 18 años la jornada máxima de seis horas. La resolución, votada sobre las ocho horas en general, no habla del 1º de Mayo.

Respecto a esta jornada, el congreso, en su sesión del 11 de agosto de 1893, renovó la decisión de Bruselas completándola con la siguiente enmienda:

La democracia socialista de cada país tiene el deber de hacer todo lo posible para llegar a la realización del paro y

para estimular toda tentativa hecha en este sentido por las diferentes organizaciones locales.

El congreso decide también:

La manifestación del 1º de Mayo por la jornada de ocho horas debe al mismo tiempo afirmar en cada país la enérgica voluntad de la clase obrera de esperar la transformación social y de contribuir a la paz internacional.

Con este añadido, la demostración del 1º de Mayo, establecida con el programa de las ocho horas y conservando este programa original, amplía su objetivo y toma formalmente este carácter de manifestación en pro de la transformación social y de la paz del mundo que implicaba desde su nacimiento mismo.

Preparativos del 1º de Mayo de 1894 en Francia

Este es el carácter particularmente subrayado en el manifiesto del Partido Obrero Francés para el 1º de Mayo de 1894, lanzado con fecha de 31 de marzo de 1894.

Dicho manifiesto comienza afirmando «la solidaridad internacional de los proletarios», y como se está en pleno terror burgués, a consecuencia de los atentados anarquistas, después de haber afrentado a la «burguesía republicana deshonrada por los escándalos de Panamá», dirigió el grueso de sus ataques contra los libertarios, a quienes se responsabilizaba de las leyes

de excepción. Como las últimas y victoriosas elecciones legislativas habían enviado a la Cámara «una primera vanguardia de cincuenta socialistas, cuya sola presencia ha bastado para desplazar en algunos meses el eje del mundo parlamentario», el manifiesto, con optimismo, anuncia la proximidad de la revolución social. Afirma que en adelante los deseos del proletariado no deben ser llevados ya «a la burguesía gubernamental que se sobrevive», sino a los diputados socialistas, «la parte ya socializada de los poderes públicos» que representa «al gobierno de mañana». Este cambio de modalidad está acompañado de una nueva y muy clara invitación a «preludiar con fiestas el próximo triunfo del trabajo organizado».

La Comisión de organización de la manifestación, de inspiración guesdista, ratificó el manifiesto, salvo la parte referente a las fiestas. Tal Comisión, instalada en la sala Barrat, reunía esta vez a la agrupación parisiense del POF; la Liga por la supresión de las oficinas de colocación, que reunía a unos cincuenta mil miembros, las ochocientas agrupaciones obreras de la Federación Nacional de Sindicatos y la Liga intransigente socialista de Rochefort, que contaba alrededor de 120 comités. La comisión publicó especialmente para la jornada un nuevo periódico, «Los Tres Ochos», cuya cuarta página estaba adornada por un admirable dibujo de Willette, titulado «La Gran Noche».

El Comité del 1º de Mayo, llamado de la sala Léger, sin mantener la delegación ante los poderes públicos existentes, pero poco ansiosa de ganarse «a los poderes públicos que todavía no existen» y además hostil a toda idea de festejar el día

aniversario de la masacre de Fourmies, hizo aparecer la hoja tradicional «Manifestation du 1.^{er} Mai», que, como el año precedente, imprimió Jean Allemane. Fue, pues, bajo el signo de una evidente división como se preparó en Francia el 1º de Mayo de 1894, a pesar de que el semanario socialista de Gérauld–Richard tuvo la buena idea de no tomarlo en cuenta en su número especial.

Si se considera el espíritu de unidad que animaba entonces al grupo socialista parlamentario y el manifiesto unánime de este grupo con ocasión del 1º de Mayo –una novedad más–, admitiendo todos los modos de manifestación, no es dudoso que el objetivo asignado por el POF tuvo mucho que ver con esta división. También Adrién Véber, aun reconociendo que quizá era bueno que se hiciera una manifestación ante la fracción parlamentaria socialista para afirmar de una vez que ella representa al proletariado consciente, el embrión del gobierno futuro, expresó el deseo de que los guesdistas renunciaran en adelante a esta presentación por demás inútil.

El 1º de Mayo de 1894

Lo que sorprende en la jornada parisiense del martes 1º de Mayo de 1894 es la desproporción entre las precauciones policiales y la debilidad de la movilización popular. Cómo asombrarse en estas condiciones de que los periódicos burgueses deploren francamente «que una sociedad plena de fuerzas» se deje «llevar a ridículas inquietudes por un puñado

de farsantes». Hablaron de fiasco, de fracaso, de calma chicha, lo que confirma el periódico de Rochefort cuando se pasa por el tamiz de la crítica su informe de la manifestación.

El mitin más logrado fue el de la sala Chaynes en la Villette, que no reunió más que 2.000 asistentes. En él el papel principal correspondió a Jules Guesde, quien preludió su intervención en la Cámara del 22 de mayo siguiente para sostener la propuesta de ley del grupo socialista sobre las ocho horas.

Otra particularidad de este 1º de Mayo fue la reunión de los estudiantes socialistas en número de unos 200 en la plaza del Odeón, y la elección de cinco delegados encargados de unirse a la delegación al Palais-Bourbon. Efectivamente, tomaron parte en el cortejo que partió de la sala Barrat y cuyos delegados llevaban en el ojal la insignia de los «Tres Ochos», formada por un triángulo de cuero rojo con una cabeza tocada con el gorro frigio en el medio y en los tres ángulos la cifra ocho.

Las provincias, representadas en París por una treintena de mandatarios, no se distinguieron más que por algunos ligeros incidentes en Lyon y en Carmaux, y por la inauguración de la Casa del Pueblo en Fourmies.

Fuera de Francia merecen notarse algunos hechos nuevos y curiosos. Primero, en Italia, no dejó de reinar la tranquilidad más completa y en Roma no hubo periódicos a causa del paro de los tipógrafos. En muchas ciudades de Bélgica las municipalidades dieron fiesta a las escuelas y a las administraciones comunales, y en Amberes, a causa de la Exposición Internacional, los trabajadores de las distintas naciones participantes tomaron

parte en el cortejo. En Bruselas, la Federación del Partido Obrero, a fin de asegurar el éxito del paro y de la manifestación, había publicado un sustancioso folleto que trataba especialmente de la manifestación.

En Londres las Trade-Unions y la Liga de las ocho horas habían pospuesto la jornada para el domingo siguiente. Pero la Social Democratic Federation y el Independant Labor Party organizaron un largo cortejo que, partiendo de los muelles del Támesis, se concentró en Hyde Park, que la policía hizo evacuar después de la llegada de Louise Michel y los anarquistas. Hubo heridos.

Fue en los Estados Unidos donde la jornada del 1º de Mayo de 1894 alcanzó, con mucho, la mayor resonancia a causa del paro que alcanzó a quince millones de trabajadores y de las manifestaciones de parados o marchas del hambre organizadas desde el 20 de abril por Coxey. Este rico arrendatario proteccionista y bimetalista había tenido la idea de hacer converger para el 1º de Mayo hacia la capital federal a bandas de famélicos. Había preparado en Washington un terreno de 7.000 acres para el campamento de los migradores, que quería él llevar al Capitolio. Durante un momento, las clases dirigentes tuvieron miedo y se presentó apresuradamente al Congreso un proyecto de ley fijando en ocho horas la duración de la jornada de trabajo, y en un dólar y medio (siete francos con cincuenta) por día el salario mínimo. Pero luego se rehicieron, prohibiendo todo mitin o cortejo. A pesar de esto, en Washington, el 1º de Mayo, con un tiempo espléndido y en medio de una considerable afluencia de curiosos, la delegación de los desocupados se dirigió con acompañamiento musical al

Capitolio. Una hija de Coxey, de 17 años de edad, de larga cabellera rubia, vestida como diosa de la paz y montada en un caballo blanco como la nieve, llamaba la atención general. A pesar de las barreras de la policía, los manifestantes invadieron las gradas del Capitolio. Sin embargo, Coxey no pudo ni hablar ni leer su protesta. Fue arrestado, lo mismo que Brown y Jones, otros dos jefes del movimiento, en tanto que los miserables, debilitados por largas privaciones y fatigados por los días de marcha, constituían fácil presa para los polizontes. No obstante, este fracaso debía suscitar muchas empresas similares en el mundo del trabajo.

En Francia, Adrien Véber y Albert Goullé retuvieron la idea. En contra de sus correligionarios, y careciendo, como él decía, de «caletre revolucionario», el «Père Peinard» sostuvo con vigor «una idea garbosa, que hubiera podido dar que hacer a los personajes importantes».

Todas las grandes ciudades de los Estados Unidos conocieron igualmente este mismo día las interminables filas de parados que, exhibiendo sus andrajos y mostrando su flacura, hicieron –según las palabras de Marcel Sembat– «la revolución del cuadro vivo», después de la «revolución del desprecio» anunciada bajo Luis Felipe. Además, hubo en Nueva York 20.000 socialistas que desfilaron por la tarde con antorchas, insignias y banderas y realizaron un mitin. Por lo demás, según los informes del Departamento de Trabajo del Estado de Nueva York, concernientes a los años anteriores a este 1º de Mayo, de 6.258 huelgas, 2.087 tuvieron por resultado una disminución de las horas de trabajo.

El 1º de Mayo de 1895

El 1º de Mayo de 1895 no llegó ni siquiera a tener un consuelo semejante a la poderosa movilización de los parados americanos.

En París, la importante huelga de los ómnibus y tranvías que acababa de fracasar, la huelga de solidaridad de los cocheros de fiacres que no había podido desencadenarse y la presentación del proyecto de ley Trarieux restringiendo el derecho de huelga, creaban una atmósfera poco favorable a la manifestación, a pesar del paro votado unánimemente por la Cámara sindical de los pintores de obras y por la de los zapateros. Por primera vez renunciaron los obreros a toda delegación a la Cámara, en tanto que en Lille y en Ajaccio las tradicionales presentaciones se realizaron en la prefectura. En Bruselas, donde los trabajadores acababan de conquistar el sufragio universal plural, la manifestación con sus carrozas tomó más bien el carácter de una cabalgata. La manifestación más importante, que reunió a 150.000 trabajadores y a un pequeño grupo de 300 estudiantes, lo que sellaba la alianza de la juventud de las escuelas y el pueblo, se desarrolló en Viena con el doble programa de las ocho horas y del sufragio universal.

El veterano Amilcare Cipriani, no temía expresar brutalmente sus negros pensamientos en el número especial de «La Petite République» que preparaba la jornada:

El 1º de Mayo, tal como se le festeja hoy, ya no dice nada, no significa nada.

Esta manifestación, que el primer año causó tanto miedo a los adversarios del proletariado de todo el mundo, hoy provoca simplemente una sonrisa en los labios de nuestros eternos despreciadores.

... Ayer se hacían revoluciones; hoy, procesiones.

... Ayer era necesario un ejército para dominar un suburbio; hoy, media docena de esbirros bastan para poner en fuga a miles de manifestantes.

¿Para qué manifestarse en las calles si se llega a este fin?

Dudo, y sin embargo prefiero no desesperar del porvenir.

La redacción del periódico se vio obligada a intervenir en un «suelto» para atenuar la desilusión de Cipriani. Pero, cuatro columnas más adelante, llevando la cuestión a otro plano, el blanquista Ph. Clausse, secretario de la Federación de Vidrieros, escribía:

¿Es que debemos acaso tratar de canonizar la fecha del 1º de Mayo? No. Preparemos a los explotados de todos los países para un gran movimiento, de ejecución bien planeada, en época fija o variable.

Festejemos este año el 1º de Mayo; el próximo, hagamos un paro el 18 de marzo, glorificando a las víctimas versallescas. Celebremos incluso el 21 de enero...

Sin duda Clausse terminaba su artículo con el grito: «una vez más y de todos modos, ¡viva el 1º de Mayo...!»

Agreguemos, para mostrar resueltamente el carácter derrotista de este extraño número especial en favor del 1º de Mayo, que Gérauld-Richard reconocía en él de antemano la poca importancia numérica de la manifestación y el alcance reducido del paro.

Por otra parte, como Cipriani, Jean Allemane, en el órgano de su partido se preguntaba, ante la debilidad del «innumerable rebaño», si valía la pena que los militantes persistieran en agrupar «algunos miles de ciudadanos» el 1º de Mayo.

El impresionante conjunto de estos textos establece que en 1895, por lo menos en Francia, las acciones del 1º de Mayo están muy seriamente en baja.

Se puede afirmar que correlativamente han caído las acciones de las ocho horas. Es cierto que el Consejo General de las Bocas del Ródano emite un voto el 23 de abril en favor de una ley a este respecto.

Pero en el IV Congreso de las Bolsas de Trabajo, realizado en Nimes (9-12 de junio de 1895), de un total de ocho sesiones, una sola —y más corta que las otras— es consagrada a las ocho horas. La Bolsa de Montpellier pide incluso la eliminación pura y simple del debate sobre este punto. Se vota una resolución que Fernand Pelloutier califica de chiste, confirmando los votos anteriores. El delegado de París puede declarar, con el aplauso unánime del congreso:

¡Bah! Votémosla; total, no producirá ni frío ni calor.

El 1º de Mayo de 1896

A su vez, el 1º de Mayo de 1896 reviste tan poco brillo que el periódico de Jean Grave ve degenerar el movimiento. Una vez más hace responsables de ello a los políticos socialistas que, queriendo canalizar con fines electorales la lucha por las ocho horas, han ahogado la manifestación, la han ridiculizado «con procesiones o paseos en fila india en torno a los monumentos legislativos».

El pueblo, disgustado por toda esta payasada, se queda ahora en su casa desilusionado y rehúsa asociarse a estas paradas grotescas.

El artículo termina ridiculizando esa jornada de ocho horas que, con el pretexto de estar unidos los obreros y medir sus fuerzas el día del 1º de Mayo, «se despacha hoy en pastillas de jabón y tabletas de chocolate en la tienda... que regenta el peluquero del Partido».

Esta es una piedra tirada contra el diputado guesdista René Chauvin que, en efecto, despachaba en su salón de peluquería de la calle Tivoli, cerca de la estación Saint-Lazare, el «jabón de los Tres Ochos y del 1º de Mayo», y chocolate, tapioca y papel para cigarrillos de los «Tres Ochos», que vendía igualmente, además del «reloj del Partido obrero» y el «jabón del

Chambard», la tienda de los Tres Ochos con sede en la calle Montmartre, núm. 132. En realidad, se trataba de una viñeta fijada sobre las mercancías, que proveían tres industriales en condiciones beneficiosas para la propaganda socialista.

Sébastien Faure –se recordará– se había levantado en 1892 contra la manifestación del 1º de Mayo, como considerándola un triunfo en el juego de los «autoritarios» y una «estéril agitación». No dejó de triunfar en «Le Libéraire», semanario que había fundado cinco meses antes, tanto más cuanto que sus correligionarios lo habían tratado «de la manera más dura e injusta» por su toma de posición.

El 1º de Mayo –escribía– no interesa ya a nadie. Los poderes públicos no se alteran; los partidos socialistas no piensan mucho en él; las organizaciones obreras no se ocupan... Esta fecha no tiene ya ninguna significación.

En efecto, el 1º de Mayo de 1896 no se caracterizó en parte alguna por nada esencial. Los periódicos especiales de costumbre no aparecieron, en general, y apenas si los órganos oficiales del socialismo hablaron de él, demasiado absorbidos por las elecciones municipales que tenían lugar entonces. Como rasgo original y nuevo en el plano internacional se nota, sin embargo, en Londres una huelga importante del gremio de la construcción por la disminución de las horas de trabajo y la inclusión de una tribuna anarquista en la manifestación ritual de Hyde Park. Pero, en tanto que en ella los niños vestidos de blanco pudieron alternar con sus coros los discursos de los oradores, esto no pudo hacerse ni en Viena ni en Bélgica, donde se habían previsto desfiles infantiles. En este último país, el

gobierno había enviado circulares a las municipalidades en las que declaraba que, usando de los derechos que le concedía la nueva ley escolar, despediría a los maestros que se manifestaran.

Los Caballeros del Trabajo

Quizá convenga, a propósito del 1º de Mayo de 1896 en Francia, abrir un paréntesis con respecto al papel subyacente de una organización como los Caballeros del Trabajo y, en especial, de uno de sus miembros de entonces, el futuro presidente del Consejo, Aristide Briand. Porque no sería posible, sin falsear la historia, pasar en silencio o simplemente subestimar la influencia de la acción subterránea ejercida en la infraestructura de las diversas organizaciones proletarias.

Los Caballeros del Trabajo franceses, forjados a imitación de las organizaciones similares americana y belga, formaban una especie de francmasonería proletaria y revolucionaria que, por el eclecticismo de su reclutamiento, prefiguraba no sólo la unidad socialista, sino la conjunción del movimiento sindical y de las ideologías revolucionarias que se afirmará en la CGT.

Su nacimiento se remonta al 23 de noviembre de 1893 en París, gracias a la iniciativa de Lucien Sanial, líder del Socialista Labor Party, de regreso del Congreso de Zúrich, donde representó a los Estados Unidos. Los «grupos» de que se componía la organización comprendían a hombres que

ocupaban puestos responsables o militaban activamente en las agrupaciones o periódicos que se apoyaban en la clase obrera y aun en la masonería.

Aristide Briand, que estaba en París desde 1893, periodista de la «Lanterne», era miembro de un grupo de la capital y delegado del grupo de Tours en el Consejo Central. Se hallaba entonces muy vinculado, como es sabido, con Fernand Pelloutier, el apóstol de las Bolsas de Trabajo, primero jefe de grupo del distrito X, después secretario general de la organización. Pero lo que se ignora es que era también amigo del maestro de la Orden: Parmentier.

En los Caballeros del Trabajo, Briand propagó su teoría de la huelga general y trabajó con los otros «hermanos» por el éxito de la manifestación del 1º de Mayo.

Aristide Briand y el 1º de Mayo

Desde su historia amorosa de los prados floridos de Saint-Nazaire con Jeanne Giraudeau, el 1º de Mayo de 1891, «manera particular» de celebrar la jornada proletaria, Aristide Briand se había hecho notar en los sucesivos Primeros de Mayo. Para el 1º de Mayo de 1896 hizo más. Fue él quien redactó el manifiesto de los Caballeros del Trabajo, a petición de Parmentier.

¿Qué dice este manifiesto? No podríamos sorprendemos de

que en su primera parte asimile el 1º de Mayo a la huelga general, caracterizándolo por «las fábricas silenciosas y desiertas, la vida social suspendida», y definiéndolo como la «fecha común» elegida por los trabajadores para hacer todos los años «la demostración de su potencia cruzándose de brazos el mismo día en el mundo entero». Mas el redactor se ve obligado a convenir en que la «fecha terrible» que en 1890 arrojó en el pánico a la clase capitalista, bien lejos de conducir a los proletarios a su liberación, se ha convertido –«sobre todo en Francia»– en una fecha vulgar, casi sin significación para la mayoría de los trabajadores. ¿Por qué? Bajo el imperio «de influencias exclusivamente políticas», el 1º de Mayo se ha transformado «en día de fiesta popular», en el «pretexto para banquetes, bailes y discursos». Se le ha vaciado de toda «significación revolucionaria», en tanto que, lógicamente, «una suspensión de la actividad social» durante un día debía preparar a los trabajadores para liberarse. Reencontramos aquí en la pluma de Briand el mismo razonamiento de los anarquistas, con los cuales por lo demás flirteaba. Pero el futuro estadista burgués, menos absoluto, no tan cortante y menos pesimista también que Sébastien Faure, no quiere considerar al 1º de Mayo, «que engendró tantas esperanzas entusiastas», como una fecha «para siempre estéril y definitivamente abandonada». Entiende que se convierte en una manifestación útil gracias a la huelga general, única arma capaz de restituirle su carácter revolucionario. Y, como había que esperarlo, este manifiesto termina con un llamamiento a la huelga general en cuanto «gran batalla decisiva», incitando por el momento al objetivo más modesto de la movilización de las fuerzas obreras.

Los otros manifiestos del 1º de Mayo de 1896

No parece que este llamamiento –que fue expedido a las Bolsas de Trabajo– obtuviese en los periódicos la publicidad que su autor preveía. La CGT, surgida del Congreso de Limoges (septiembre de 1895) con «la jornada de ocho horas para todas las industrias» en su programa mínimo, se mostraba menos exclusiva con referencia a las modalidades de la jornada. En su manifiesto del 1º de Mayo de 1896, decía:

Aun comprometiendo a todos los trabajadores en el paro general el 1º de Mayo, sabemos que para la mayoría esto es imposible. La organización del trabajo no está todavía lo bastante preparada para la huelga general, a la que consideramos como la palanca más segura y legal para la emancipación de los trabajadores en el momento en que su organización sea completa y por lo mismo consciente para poder erguirse, ya sea el 1º de Mayo o en épocas indeterminadas, contra sus enemigos naturales: sus explotadores y amos.

Esta idea, la liberación integral de los trabajadores, es la que la CGT aplicará, por medio de la huelga general o de todos los otros medios que los Sindicatos y Federaciones adherentes determinen en los congresos anuales, cuando las circunstancias se juzguen favorables.

En cuanto a la Federación Nacional de Sindicatos –que mantenía su línea guesdista–, se limitaba en su manifiesto a grandilocuentes generalidades. Pero no trataba de la huelga

general, lo que no puede sorprender cuando se conoce la posición de los guesdistas sobre este problema.

El debilitamiento del 1º de Mayo en los años 1893–1896 encuentra en cierta medida su consagración en el mínimo lugar que ocupa en el Congreso Internacional de Londres (27 de julio al 1º de agosto de 1896). Contrariamente a la práctica de los congresos internacionales desde 1889, no fue objeto de ningún informe oficial, y si se habló de él, hubo de ser como consecuencia de una proposición de los delegados rusos Plejánov y Volkhovsky, para confirmar el último punto de la resolución de Zúrich, que especificaba que la manifestación sería a la vez «una manifestación contra el militarismo y a favor de la jornada de ocho horas».

Del 1º de Mayo de 1897 al 1º de Mayo de 1899

De 1897 a 1899 continúa la serie negra de los Primeros de Mayo. Ningún hecho grande viene a ilustrar una jornada que perdura –parece– por tradición, por hábito, en virtud de la inercia y como un rito sin consecuencias en el calendario de las manifestaciones obreras. La burguesía, por su parte, no lo enfoca ya desde un ángulo «fatídico» y no está lejos de entonar el *De Profundis* ante su tumba virtualmente abierta. Los periódicos obreros subrayan su carácter «desesperante». Los militantes, en número cada vez mayor, plantean la cuestión de su «razón de ser», y Clovis Hugues afirma en un mitin que no es más que un «aniversario» y una «ocasión para los socialistas de

hacer agitación útil en torno a la Idea».

Paralelamente a esta desafección proletaria por el 1º de Mayo se sigue comprobando una desafección proletaria por la reivindicación de las ocho horas.

En 1898, a pesar de la efervescencia revolucionaria en Italia y España, las guerras hispano-americanana y greco-turca, y el proceso Dreyfus en Francia, que aún no ha dividido completamente a la fuerza socialista, el 1º de Mayo es anodino.

Sin embargo, en Polonia este 1º de Mayo toma un giro que merece señalarse. En tanto que en la parte prusiana el proletariado continúa mostrando sus simpatías al izar clandestinamente banderas rojas sobre los techos, los postes telegráficos, los árboles y los presbiterios –práctica que se extiende a la Polonia rusa y a la Polonia austríaca–, en estas dos últimas, aprovechando el domingo conquista la calle con una hábil táctica que produce una impresión de alegría, arrogancia y consuelo. Se distinguen las ciudades de Varsovia, Lemberg, Cracovia y Dombrowa. Esta última será también teatro de un inmenso cortejo el 1º de Mayo de 1899, un poco apagado en todas partes a pesar de que Brunelliére le haya asignado «un alcance mayor que los años precedentes». Pero Plejánov reconoció que la burguesía, después de haber tenido «mucho miedo» en 1890, se sentía «tranquila» en este noveno 1º de Mayo.

El 1º de Mayo de 1900

En Francia, el 1º de Mayo de 1900 cae una vez más en el momento de las elecciones municipales, y sobre este tema especialmente gira el llamamiento del Partido Obrero con fecha 29 de abril. Apenas se encuentra alusión al undécimo 1º de Mayo y a la evocación de las ocho horas en cuanto realización del Trabajo en la gestión comunal. El llamamiento especial para el 1º de Mayo que comprendía seis pobres párrafos se ve relegado a la séptima página del órgano central del partido, que reconocerá luego que la manifestación se ha hecho «sobre todo en el fondo de las urnas». Sin embargo, muchos indicios revelan que la jornada tiene tendencia a recobrar su euforia de antaño.

Hay que decir que bajo el efecto del alza de los precios, el año 1899 se había caracterizado en Francia por un recrudecimiento de las luchas obreras.

Las huelgas se habían más que duplicado, pasando de 368 el año anterior a 739, y es probable que si la naciente CGT hubiera tenido una buena dirección y efectivos menos limitados, el movimiento huelguista hubiese revestido mayor amplitud.

Fuera de Francia, se nota la misma tendencia a la renovación del 1º de Mayo. El período de atonía parecía llegar a su fin. En Austria –en Viena– hubo 45 asambleas por la mañana y poco después 100.000 manifestaciones en el Prater. No trabajó ningún obrero tipógrafo. En Tiflis por primera vez se reunieron los obreros en los suburbios con una bandera roja que llevaba los nombres de Marx–Engels–Lassalle.

Igualmente se enarbolaron en Viena emblemas escarlata en

Kharkov, Vilna y Kovno, en el curso de manifestaciones cuyo «carácter de acontecimiento importante» subrayaron Mártov y Lenin. En Nueva York, en Oporto, los obreros ocuparon la calle.

El Congreso Internacional de París (septiembre de 1900)

El Congreso Internacional de París (23–27 de septiembre de 1900), sobre el informe de Wurm (Alemania) reafirmó:

La duración del trabajo diario debe ser fijado por la ley en un máximo provisorio de ocho horas para los trabajadores de todos los países y categorías.

El congreso comprometió a las organizaciones obreras a «perseguir la obtención de esta reforma actuando de una manera progresiva y uniendo la acción sindical a la acción política». Además, sobre el informe de Bómelburg (Alemania), especialmente consagrado al 1º de Mayo, objeto de los trabajos de la décima comisión del congreso, este votó por unanimidad la siguiente resolución:

El Congreso Internacional de París se adhiere, en cuanto a la manifestación del 1º de Mayo, a las decisiones de los congresos internacionales anteriores; estima que la manifestación del 1º de Mayo es una demostración eficaz por la jornada de ocho horas; es de la opinión que el paro constituye su forma más eficaz.

La comisión había sido unánime en recomendar esta resolución, a despecho de las divergencias suscitadas en su seno. En efecto, dos naciones, una de ellas Francia, se habían pronunciado por la obligación general del paro, pero la mayoría, estimando que las condiciones necesarias para esta obligación faltaban en la «mayoría de los países» a causa de la debilidad de las agrupaciones, de una mala concepción del movimiento o de la prohibición de que eran objeto, había rechazado la cláusula imperativa.

El 1º de Mayo de 1901

En Francia, el año 1900 ve subir aún la curva de las huelgas, que pasan de 739 a 902, con 222.000 trabajadores. De 100 de estas huelgas, motivadas por la disminución de la jornada de trabajo, obtienen éxito 44. La agravación de la lucha de clases en el plano sindical se mide por el hecho de que ocho huelgas duran más de cien días, y una de ellas, la de los vidrieros del Norte, más de seis meses.

El año 1901 –también en Francia– ve decaer la curva de las huelgas a 523. Pero en los meses que preceden al 1º de Mayo estallan las huelgas del Métropolitain y de los sastres de señoras en París, de los mineros de Montceaux–Mines, de los obreros del puerto de Marsella, de los pizarreros de Reimogne.

Y durante este tiempo, la CGT está cobrando auge desde su último congreso. En cierta medida, esta situación explica por

qué el 1º de Mayo de 1901 reviste un carácter más proletario, más sindical que antes.

Las asambleas y las manifestaciones se organizan sobre todo con los auspicios de las Bolsas de Trabajo o de los sindicatos. A este respecto, es muy edificante la resolución tomada por la sección bordelesa del P. O. F., cuyo animador es Raymond Lavigne. Dice allí:

En cada localidad donde existan organizaciones sindicales obreras, pertenece sobre todo a ellas, las más directamente interesadas, la iniciativa de la celebración del 1º de Mayo apelando a todos los concursos que puedan obtener de otras partes.

En consecuencia, la resolución dispone que los miembros y grupos del Partido deben prestar su colaboración a toda «manifestación o fiesta» en honor del 1º de Mayo que organicen los sindicatos. Sólo a falta de esta iniciativa o para completarla los grupos de la sección bordelesa tendrán que organizar conferencias, reuniones públicas o privadas, ponches, banquetes o fiestas familiares en el curso de los cuales los oradores del Partido expondrán las razones y el objetivo de la manifestación universal. Así, una formación guesdista y especialmente la de uno de los pioneros del 1º de Mayo afirma la primacía de los grupos sindicales sobre los grupos políticos para la organización de la jornada. Además, y esto explica lo anterior, un poco tarde, es verdad, la resolución recomienda «el paro voluntario y organizado, es decir, la huelga de un día» como la forma «más enérgica y más evidente» de la manifestación.

Esta importante resolución bastaría por sí sola para probar el giro que se opera entonces en Francia a propósito del 1º de Mayo. Se comprende la nota de «Les Temps Nouveaux» que subraya el «carácter esencialmente obrero» de este 1º de Mayo y también su satisfacción ante el abandono «de las baladas y mascaradas ante los poderes públicos», afirmación que toma un sabor particular cuando se piensa que Millerand ocupa, apelando al socialismo, un sitio en el ministerio de Defensa republicana, presidido por Waldeck-Rousseau.

Fuera de Francia, el 1º de Mayo de 1901 fue igualmente más conmemorado y con más éxito.

El 1º de Mayo de 1902

En Francia, el 1º de Mayo de 1902 hubiera podido, como los dos precedentes, dar «la prueba reconfortante del despertar obrero», según la fórmula de la Bolsa de Trabajo de Montpellier. Así lo hacían presentir los llamamientos vibrantes y dinámicos de las organizaciones obreras, especialmente de la Union federal de obreros metalúrgicos, después de las huelgas provocadas por las disminuciones de salario consecutivas a la ley Millerand-Colliard, que reducía a 10 horas y media la jornada de trabajo. Pero se puede pensar que las elecciones legislativas, haciendo una vez más el oficio de un absceso de fijación para la clase obrera, impidieron que la jornada respondiera a las esperanzas que había suscitado.

A despecho de los estímulos prodigados en la prensa socialista, Paul Delesalle, que firma la sección «movimiento social» en «Les Temps Nouveaux» habla de un 1º de Mayo «más taciturno, más triste aún que los años anteriores». Es verdad que señala un paro parcial notable en Lens, Bességes, Perpignan, Séte, Montpellier y Béziers, pero afirma que «la gran mayoría de los trabajadores no han parado», lo que confirmará ocho meses más tarde especificando que sólo los militantes revolucionarios han hecho huelga.

En el exterior, el movimiento es inverso. En Alemania, Inglaterra, España, Bélgica y Austria el paro fue más extendido que los años anteriores. En la Rusia de los Zares, sordamente trabajada por el fermento revolucionario, este decimosegundo 1º de Mayo fue el objeto de páginas conmovedoras de la emocionante novela de Gorki *La Madre*. Y hoy sabemos que efectivamente en la fábrica de Sormovo, cerca de Nijni-Novgorod, 500 obreros pararon y se manifestaron bajo los pliegues de la bandera roja llevada por Salomov (Pavel).

El 1º de Mayo de 1903

El 1º de Mayo de 1903, la ciudad de Tomsk, en Siberia, fue el teatro de una gran manifestación. La policía y los cosacos cargaron. Hubo varios centenares de arrestos, como en Thorn el domingo anterior, día fijado por los dos partidos socialistas de la Polonia rusa para la demostración del 1º de Mayo. Además, en Thorn se contaron cuatro muertos y numerosos heridos.

En Francia –en Fourmies– se realizó por el contrario al domingo siguiente la imponente manifestación motivada por la inauguración del monumento a las víctimas de la masacre de 1891, en el curso de la cual el padre de María Blondeau evocó el recuerdo de su hija asesinada.

Estas dos fechas muestran bien la dificultad experimentada aún en este decimotercer 1º de Mayo internacional para obtener a la vez el levantamiento simultáneo y el paro de la clase obrera el mismo día decidido por el Congreso de 1889 y consagrado por el uso. Y, sin embargo, el Bureau Socialista Internacional y las distintas organizaciones habían insistido una vez más en sus llamamientos en el deber de aunar los esfuerzos el mismo día, lo que implicaba, ya que el 1º de Mayo caía en viernes, el «paro concertado». Pero este paro fue muy débil. También en Francia, en Ruelle y otras ciudades, las manifestaciones callejeras comenzaron sólo a la salida de los talleres, en tanto que en París el hecho importante no fue la jornada obrera, sino la recepción del rey de Inglaterra en la Estación del Bois de Boulogne por el presidente Loubet, uno de los jalones que preludiaron la entente cordial.

El 1º de Mayo de 1904

Como el 1º de Mayo de 1904 era domingo, no se planteó la cuestión del paro. Las agrupaciones socialistas y obreras participaban en la manifestación con un acuerdo natural y notable. Obtuvo un relieve particular por el hecho de llevarse a

cabo en medio de la guerra ruso-japonesa. De ahí que se acentuara en todos los países su carácter de manifestación en favor de la paz, como lo hicieron resaltar en sus llamamientos a los trabajadores del mundo Serwy, Rosa Luxemburg y Franz Mehring, en tanto que el «Piou-piou de l'Yonne», editado especialmente para la jornada, predicaba la huelga de los soldados y de los reservistas, en los artículos que firmaban Jean Lorris y Gustave Hervé.

En Francia, este 1º de Mayo coincidió con las elecciones municipales, y los socialistas, animados por Bebel y Vandervelde, marcharon a la conquista del poder municipal, en Inglaterra, a causa de la reciente orientación del tradeunionismo hacia la política, la jornada tomó un matiz más socialista. Además, la manifestación de Londres se vio favorecida por un tiempo espléndido. En Hyde Park tomó la palabra el viejo Fried Lessner, el amigo de Marx, que huía de todas las proscripciones alemanas desde 1848, y en una de las tribunas, con *echarpes* y tocados rojos, se sentaron los niños de la Escuela dominical socialista. Así se reunían el pasado y el porvenir en una pesada amenaza para el edificio social británico.

Ensayo de explicación

¿Por qué estos 1º de Mayo tan descoloridos? Al fin y al cabo, la década 1894-1904 representa en el mundo entero, bañándose en la expansión económica y el desarrollo del maquinismo, en la concentración de las empresas y los capitales,

y el aumento del elemento activo de la población, una expansión sindical, socialista y anarquista, con la extensión y acentuación de la lucha de clases. Además la disminución de las horas de trabajo continúa su progreso. Se han hecho muchas experiencias concluyentes: la de Mather y de Pratt en Salford, cerca de Manchester; la de los 18.000 trabajadores británicos de las manufacturas del Estado, y la de la hullera de Vorstandt en Alemania, las tres basándose en las ocho horas. Por otra parte, en Suiza, los inspectores de fábricas y muchos industriales reconocen que los efectos de la ley reductora de la jornada de trabajo son muy satisfactorios en cuanto al desarrollo intelectual y moral de los obreros.

Aun en Rusia, los gobernantes de la autocracia han debido legislar (2 de junio de 1897). En Francia, en tiempos del ministerio Millerand (1899), la administración de los P. T. T. debió reemplazar la jornada de diez horas por la de ocho en los talleres del bulevar Bruñe en París, en espera de que la misma regla se aplicara a los talleres de la marina del Estado.

Pero, preguntemos una vez más, ¿por qué estos 1º de Mayo tan deslucidos? ¿Por qué los trabajadores no seguían ya la consigna de cese del trabajo? Por qué, a pesar del valor de que daban prueba los secretarios de las organizaciones, no llegaban a vencer la apatía de la enorme mayoría de los obreros?

Ya que la explicación económica no responde a la cuestión planteada, hay que buscar las razones en otro plano. Y es esta una prueba más de que si la historia política y social se desarrolla en un terreno económico, está hecha por hombres que pueden no tener conciencia de las posibilidades de la hora y cuyas

formas de organización y medios de acción, a pesar de su desarrollo, pueden encontrarse en retraso con respecto a la evolución de las cosas. Es bastante decir que si el 1º de Mayo obedece a la lógica social, obedece igualmente a su lógica interna y también... a la ilogicidad humana. Engels lo manifiesta y hay que recordar lo que decía de la tan débil manifestación de 1893. ¿No explicaba acaso psicológicamente su debilidad por el hecho de que el 1º de Mayo había perdido el atractivo de la novedad?

Es verdad que en esta explicación hay algo de cierto. Pero, por otra parte, Engels se une a los anarquistas cuando reconoce que las elecciones, polarizando y moderando la acción socialista –lo que se verifica especialmente en Francia– han eclipsado muchas veces y por último han castrado el 1º de Mayo.

Pueden invocarse otras razones. En Francia, la gran prensa, poderoso instrumento de la reacción social, contribuía a crear un clima desfavorable. En esta tarea la ayudaban los «cabarets» de Montmartre, los café-conciertos muy frecuentados por los trabajadores de entonces.

Hay otra cosa, y se deben retener en cierta medida las observaciones de Ph. Clause. El hecho de suscitar un movimiento obrero internacional en fecha fija y en cierto modo arbitrario, no deja de presentar un grave inconveniente. Ph. Clause, por lo demás, no hace sino trasponer este inconveniente al reemplazar el 1º de Mayo por fechas-ániversarios tomadas de la ética proletaria.

Vista la necesidad del paro en masa, es cierto que la fecha de

la acción conviene más al día coincidente con el impulso natural y espontáneo del proletariado que resulta ordinariamente de la marcha misma de la economía. Pero entonces la extensión y el despliegue desigual de las crisis, los diferentes factores políticos y aun la búsqueda de la lucha favorable por corporación llevarían a abandonar toda esperanza de realizar con éxito este levantamiento simultáneo del proletariado, esta formación en masa de los «batallones de la santa Solidaridad» en el plano internacional.



X. EL DESPERTAR FRANCÉS DE 1905–1906

La CGT naciente y las ocho horas

Es bastante curioso observar que en el momento en que, al otro lado de la Mancha, las Trade-Unions comienzan a organizar un partido político independiente en el que se hace sentir la influencia socialista, en Francia los sindicatos obreros se alejan, si no del socialismo, al menos del parlamentarismo socialista. La fundación de la CGT en el Congreso de Limoges (septiembre de 1895), vista desde cierto ángulo, consagra una evolución inversa a la que termina en Inglaterra con la constitución del Independent Labor Party.

El Congreso Confederal de Limoges había inscrito la reivindicación legal de las ocho horas con salario mínimo en su programa. Pero no había otorgado mandato al Consejo nacional de la CGT para manifestar y organizar el paro del 1º de Mayo. Había en esto un olvido bien comprensible, cuando se recuerda el fracaso de los 1º de Mayo de 1894 y 1895. Sin embargo, la CGT, que experimentaba, como todo grupo naciente, la necesidad de ligarse a una tradición, creyó su deber para el 1º de Mayo de 1896 –el primero que la encontraba constituida– referirse a los congresos internacionales e invitar a los tra-

bajadores al paro. Además, justificaba en estos términos la reivindicación de las ocho horas:

Sí, camaradas, la jornada de ocho horas se impone internacionalmente, para permitir la ocupación normal de todos los productores que el desarrollo del maquinismo echaría por tierra y aniquilaría fatalmente, si los trabajadores organizados no supieran poner orden en ello, empleando los medios prácticos y eficaces que permitirán realizar esta cuestión humana no considerada por los parlamentos de todas clases y rechazada individualmente por todos los explotadores.

En el manifiesto confederal no se hablaba de las intimaciones de antaño a los poderes públicos. Se las condenaba por preterición invitando a las organizaciones adherentes a estudiar, en vista del próximo congreso confederal, los medios de acción juzgados «más eficaces». A pesar de que no rechazaba las «vías legales», y aun el boletín de voto formalmente citado, el manifiesto tomaba ya posición por el paro y la huelga general. Pero esperaba del crecimiento de una organización aún muy joven el momento de utilizar plenamente estas armas de combate. El Congreso Confederal de París (septiembre de 1900), seguido pronto del lanzamiento del semanario específicamente sindical «La Voix du Peuple» (diciembre de 1900), constituyen dos factores en este sentido.

Desde entonces, gracias a Émile Pouget, que concibe «La Voix du Peuple» y la sostiene sobre la pila bautismal, la clase obrera francesa dispone de un motor para impulsar su acción autónoma. Y como el «Père Peinard» —así se llamaba

familiarmente a Pouget, en recuerdo del panfleto que había redactado durante años— es, «si no el más perfecto, uno de los mejores propagandistas» del movimiento obrero, la conquista de las ocho horas se convierte en tino de los clavos que hunde en los cerebros proletarios. Con ardor, tenacidad, y notable conocimiento de las luchas obreras internacionales, Pouget, que no quiere dejar esparcirse y desmenuzarse la agitación confederal, cada semana con su ágil pluma realiza campañas contra las oficinas de colocaciones, por el reposo semanal y por la jornada de ocho horas.

Sobre el 1º de Mayo y las ocho horas, ligados indisolublemente, tiene ideas maduras y bien trabajadas. La novedad es que las expresa en un lenguaje menos suburbano y que no se dirige ya solamente a los compañeros anarquistas.

Ideas del «Père Peinard» sobre el 1º de Mayo

Abramos un viejo número de «Père Peinard». El «remendón» lamenta ya el «descarrilamiento revolucionario» del 1º de Mayo.

He aquí que vuelve el 1º de Mayo.

¡Y todo en calma, por Dios!

En una calma cadavérica.

En cierto momento, el pueblo puso grandes esperanzas en la agitación que se hace anualmente para esta época.

Ha venido la decepción. Tales esperanzas se han desvanecido.

De aquí en adelante, cuando vuelva el 1º de Mayo, los copetudos de la crema ya no se fruncirán de miedo; este día digerirán tan apaciblemente como cualquier otro.

Estaba sobreentendido que ese día todos se ocuparían de nuestros asuntos personales y no de las pelotas del mono y de los gobernantes.

¡Esto nos cambiaba un poco, carajo!

Este «andar batallador y frondoso» del 1º de Mayo, que podía dar «elegante resultado», los «políticos socialoides» hicieron «todo lo posible para contenerlo». En lugar de engranar el movimiento «con la idea de huelga general que se relacionaba con él», montaron «las procesiones al Acuario» Palais-Bourbon. Lo cual no ha dado, ningún resultado, y no podía darlo.

A los poderes públicos les interesaban tanto las ocho horas como a un niño la cinta de la Legión de Honor.

¿Qué había que hacer entonces?

¡Pero, carajo, conseguir las ocho horas no es tan peliagudo como se nos quiere hacer creer, no es cuento de nunca acabar! Sólo que el golpe no es nombrar diputados socialoides y esperar matándonos los piojos que estos hincha-pelotas empollen una ley limitando la jornada de trabajo a ocho horas.

Lo cual, por lo demás, no importaría un bledo, porque admitiendo que alguna vez se votara la ley que reduce las horas de trabajo, los patronos harían lo que hacen actualmente con la ley sobre el trabajo de las mujeres, la violarían con tanta facilidad como a una obrera bonita.

Y además, ¿cómo esperar que el gobierno, que es por esencia el sirviente de los patronos, sea capaz nunca de imponer nuestros propósitos a los que le mueven la batuta?

Los patronos siempre podrán contestar: «las cuestiones de trabajo no corresponden al gobierno, son asunto de nosotros y nuestros obreros».

Y ese día nos encontraríamos tan jodidos como antes, sin otro resultado que haber desperdiciado esfuerzos a pura pérdida. Entonces tendríamos que continuar por donde hubiéramos debido comenzar: por imponer directamente nuestra voluntad a los explotadores.

Hay que dejarse de estupideces, es un mal sistema esperar que las alondras nos caigan asadas del cielo gubernamental.

El día en que queramos firmemente las ocho horas, tendremos que actuar por nosotros mismos; no habrá más que ponerse de acuerdo y dejar los talleres y las fábricas una vez cumplidas ocho horas de trabajo. ¡Ese día no habrá errores! Como ni los patronos ni los gobernantes tienen poder bastante para hacernos trabajar cinco minutos más, los asquerosos tendrán que comerse las pulgas.

Si los buenos camaradas de Inglaterra hubieran actuado

así el 1º de Mayo de 1890, cuando 500.000 londinenses se reunieron para la manifestación, si hubieran gritado: «¡A partir de mañana no trabajaremos más que ocho horas!» [notemos de paso esta fórmula de redactor], ¿qué hubiera sucedido?

Las actividades hubieran empezado a bambolearse; en lugar de confiar en sus jefes el pueblo actuaría por sí mismo y nada se le resistiría. Al día siguiente ¿qué opondrán los patronos si no trabajamos más de ocho horas por esa voluntad irreductible?

¡Nada!

Hubieran tenido que someterse o renunciar. Y, desdichadamente, no son lo bastante ingenuos para elegir esta última solución: sólo renunciarán si son vigorosamente obligados a ello.

John Burns, a quien la huelga de los portuarios acababa de dar gran popularidad y que estaba «excelsamente crecido», podía entonces azuzar al movimiento en tal sentido. Pero, en vez de despertar las energías «vendía pasta de malvavisco y engañaba» al pueblo, el cual no tenía más que volverse a su casa y aguardar a que los diputados votaran las ocho horas. Resultado: «el pueblo inglés sigue esperando las ocho horas», y si cuenta con la intervención gubernamental, «puede esperar sentado».

Según el «remendón», «Judas-Burns» en Inglaterra y los guesdistas en Francia son los grandes responsables del 1 ° de Mayo castrado.

Hay que volver a los «orígenes anarquistas» del 1º de Mayo de 1886. Los «buenos camaradas» de Chicago dan el ejemplo:

No eran lo bastante bestias para ir a lamerle los pies al gobierno y suplicarle que interviniera ante los patronos... ¡Que diablos! Actuaban directamente y trataban de imponer su voluntad a los explotadores mismos.

Resultado: Pese a los obstáculos que oponían los personajes importantes de los Caballeros del Trabajo y a pesar de la represión de los «crápulas de la crema», los «ricachos más astutos» debieron hacer concesiones. Tanto más cuanto que la huelga continuó los días siguientes y aún llegó a tomar un «giro de insurrección» que le imprimió «aspecto de guerra social».

¡Ah! Y, sobre todo, que los compañeros impacientes no vengan a decir que los «buenos camaradas» de América no eran muy exigentes al pedir las ocho horas.

Es verdad, sólo que, como empezaron por el extremo bueno, podían llegar lejos.

Lo esencial es que el pueblo no se deje «engatusar». Debe actuar, obrar por sí mismo, atrevida y directamente, con nervio y magín.

Del «Père Peinard» a «La Voix du Peuple»

En los tres artículos del mismo número del «Père Peinard» que acabamos de comentar, encontramos en sustancia la mayoría de los temas que Pouget sostendrá incansablemente en «La Voix du Peuple». Júzguese por la lectura de su artículo *El Porvenir del 1º de Mayo*, cuyos subtítulos significativos: «Imitemos a los americanos. ¿Queremos la jornada de ocho horas...? ¡Impongámosla!», recuerdan los «golpes de trincheta» del «remendón».

El 1º de Mayo no tiene ya hoy para nosotros el aspecto revolucionario que nos entusiasmaba hace algunos años; gracias a la falta de unidad en su concepción, merced a la ausencia de una idea directriz que lo vivifique, no es más que un pretexto para agitaciones sin valor.

Hemos indicado las causas de esta depresión y estamos convencidos de que es posible remediarlas.

¡Imitemos a los americanos!

La táctica que en 1886 les permitió conquistar rápidamente la jornada de ocho horas es siempre excelente, y la única eficaz. Consiste en *querer y actuar*.

Durante 11 años nos hemos agotado en el movedizo terreno de la política sin sacar nada más que decepciones. No es exagerado afirmar que si hubiéramos empleado la misma energía en el dominio económico, no hubiéramos tenido las desilusiones que sufrimos.

Lo que hemos dejado de cumplir es nuestro deber e interesa emprenderlo ahora.

Los trabajadores de los Estados Unidos nos han mostrado el camino: sepamos marchar sobre sus huellas.

¡Unifiquemos nuestra acción! Que en adelante el 1º de Mayo no tenga ya para nosotros los caracteres incoherentes que le han quitado todo valor. Que este día domine un solo objetivo:

LA CONQUISTA DE LA JORNADA DE OCHO HORAS

La jornada de ocho horas no es un ideal, es una etapa. Franqueémosla.

No hay que perder de vista jamás que el fin de la acción obrera es la emancipación integral; pero también es indispensable no desinteresarse del presente y esforzarse siempre por *mejorar* nuestras condiciones actuales de existencia.

Entre las reformas inmediatamente realizables, una de las mejores es la jornada de ocho horas. ¡Marchemos a su conquista! No esperemos que los gobernantes nos la otorguen.

Cuando los americanos no quisieron trabajar más que ocho horas, se fijaron la fecha del 1º de Mayo de 1886 como aquella en que debía aplicarse esta reforma y se prometieron firmemente no trabajar más de ocho horas a partir de ese día.

¡Sigamos su ejemplo!

Fijémonos una fecha y proclamemos que a partir del día

que elijamos no consentiremos por nada del mundo hacer más de ocho horas.

Podríamos ponernos de acuerdo para que esta fecha fuera la del 1º de Mayo de 1902. Sólo que, dado que aún estamos poco familiarizados con los procedimientos americanos, que somos novicios en esta forma de propaganda y necesitamos hacer el aprendizaje de nuestra voluntad, examinemos si no sería prudente posponer la puesta en práctica de la jornada de ocho horas el 1º de Mayo de 1903.

El próximo Congreso corporativo que se realizará en Lyon en septiembre podría decidirlo.

El VI Congreso Confederal recibió, en efecto, un proyecto de agitación en favor de las ocho horas, del Sindicato de mecánicos de Lyon. Pero este proyecto casi no atrajo la atención del Congreso. Sin embargo, a petición de Brut, delegado de los mecánicos, se tomó la decisión de que: «La jornada de ocho horas y la acción inmediata figurarían en el orden del día de las sesiones siguientes». Latapie hizo precisar en una moción:

Los delegados al congreso se inspirarán en lo que se ha hecho en los Estados Unidos al reivindicar el 1º de Mayo la jornada de ocho horas por una acción directa: paro y manifestación callejera.

El Congreso confederal de Montpellier en 1902 no tuvo tiempo de ocuparse de las ocho horas, ya que el problema de la unificación más estrecha de las fuerzas sindicales era de apremiante interés y condicionaba por lo demás la lucha eficaz por las ocho horas.

El Congreso Confederal de Bourges y las ocho horas

Hay que llegar al VII Congreso confederal que se reúne en Bourges del 12 al 17 de septiembre de 1904 para que la cuestión de las ocho horas que figura en el punto cuatro del orden del día llegue verdaderamente a discutirse. El Congreso, emanación de 53 Federaciones, 110 Bolsas del Trabajo y 1.792 sindicatos adherentes, representa a 1.200 sindicatos cuyos delegados tienen mandato regular. A justo título se le considera como uno de los más importantes de la C. G. T.

La cuestión de las ocho horas se trató sólo cinco días después de la apertura del congreso.

En su informe, Dubéros no se complica con consideraciones sobre el principio de la jornada de ocho horas. Considera como un hecho este principio. Lo que quiere, con la unanimidad de la Comisión, es plantear un «esfuerzo serio» que jamás se ha hecho por el triunfo de la reivindicación. Por tanto, limita su informe al estudio de los medios de acción y lo titula: «Informe sobre la organización del movimiento de agitación por la conquista de la jornada de ocho horas».

Dubéros presentó al Congreso los dos métodos de acción preconizados en el seno de la Comisión:

El uno, tendente a pedir que el Congreso elabore un proyecto de Ley que se transmitiría a los poderes públicos por

el Comité confederal, y a organizar peticiones y reuniones públicas, para mostrar a los legisladores que la gran mayoría de los trabajadores reclaman esta reforma.

El otro, tendente a mantenerse apartados de los poderes públicos y a ejercer sobre nuestros adversarios toda la presión posible, hiriéndolos con todos los medios a nuestra disposición.

Habiéndose pronunciado la Comisión por unanimidad menos tres votos por este último método, afirma que «los procedimientos del pasado han durado bastante». A la «acción platónica», a la inutilidad de las peticiones y de las delegaciones por las ocho horas y contra las oficinas de colocaciones, opone los resultados obtenidos en la campaña reciente, en que los trabajadores actuaron por sí mismos, no temiendo usar la violencia:

Todos los días se demolían oficinas de colocaciones, se realizaban violencias anónimas contra los encargados, un considerable número de negocios sufrían destrozos, había numerosos alborotos... Y para calmar esta agitación el parlamento votó un proyecto de ley dando a las municipalidades la facultad de suprimir las oficinas de colocaciones.

Por tanto, la supresión de las oficinas de colocaciones se ha logrado mediante la acción revolucionaria, y consideramos que la reivindicación de la jornada de ocho horas no se obtendrá sino por ese medio.

Dubéros continúa:

Es necesario, pues, que el Congreso decida organizar un vasto movimiento de agitación para la conquista de la jornada de ocho horas, porque esta reforma es una de las mejores entre las inmediatamente realizables.

Para preparar este movimiento, «a fin de que todos los trabajadores conozcan su alcance», Dubéros, en nombre de la Comisión, pide la transformación del Comité de la huelga general en Comité especial de las ocho horas y en subcomités vinculados. Propone medios financieros especiales por suscripción y aportaciones parciales de las cuotas sindicales. Además, y sobre todo, se asocia a las sugerencias de Émile Pouget:

La Comisión pide al Congreso que en toda Francia se organicen grandes manifestaciones para el 1º de Mayo de 1905 y que luego se inicie por el comité y los subcomités de propaganda una activa propaganda de educación con el objeto de preparar los espíritus a fin de que el 1º de Mayo de 1906 ningún obrero consienta en trabajar más de ocho horas por día, ni a un salario inferior al mínimo establecido por las organizaciones interesadas.

La Comisión pide al Congreso que indique claramente que a partir del 1º de Mayo de 1906 el movimiento deberá dirigirse de modo exclusivo contra los patronos refractarios a la jornada de ocho horas.

La Comisión no disimula que es necesario un «considerable esfuerzo» para llevar a buen término «la primera etapa» del movimiento, a fin de obtener de los trabajadores

«el máximo de agitación». Pero considera que si las organizaciones sindicales se imponen sacrificios, si son capaces de «marchar con cohesión y disciplina» en un asunto en que la acción «se ha ejercido de manera incoherente» y sin «armonía», muy pronto podrá registrarse una «gran victoria del proletariado».

Discusión del informe Dubéros y resolución de Pouget

Vivos aplausos saludaron el fin de este informe y comenzó una amplia discusión en la que tomaron parte más de 20 delegados. Algunos pidieron que se respetara la ley de las diez horas antes de pensar en la conquista de las ocho horas. Como era de esperar, se enfrentaron reformistas, revolucionarios y centristas. Keufer, principal portavoz de los primeros, se pronunció por la combinación de la acción sindical y la acción legislativa, así como por el método de los avances sucesivos. Eugène Guérard rechazó este método y se declaró por la agitación preconizada, pero sin violencia ni precipitación, en tanto que Pioch, de los portuarios, y Le Guéry, de los diamantistas, se afirmaban por la violencia y la acción directa inmediatamente. Pouget –y no es por casualidad– intervino en último lugar, antes que se otorgara la palabra al informante, y volvió a su idea favorita, para hacerla triunfar:

Hay que orientar los cerebros, obsesionarlos con esta preocupación: las ocho horas. Es necesario que siempre y en todas partes los obreros piensen en ella hasta el día fijado

para la realización del esfuerzo decisivo.

... Cuando los americanos quisieron conquistar las ocho horas, fijaron la fecha del 1º de Mayo de 1886... Una propaganda anterior había preparado los espíritus para el esfuerzo grandioso que iba a intentarse.

¿Acaso no es lo mismo en Francia? ¿Acaso desde hace quince años la conquista de la jornada de ocho horas no constituye una de las preocupaciones más constantes de la clase obrera...? No hay más que pasar a la realización.

La obra de propaganda teórica por las ocho horas es lo bastante considerable para que el Congreso pueda decidir el paso de la teoría a la práctica y fijar fecha –como lo indica el informe– para el 1º de Mayo de 1906.

Y después de haber mostrado que se hará «obra revolucionaria» preparando metódicamente y con la sola fuerza de la acción sindical la conquista de las ocho horas, Pouget insiste:

Concluyo que la fecha del 1º de Mayo de 1906 no es prematura y que el Congreso puede pronunciarse inmediatamente. Pero, fijada esta fecha, la cuestión es no delegar en nadie la tarea de hacer la propaganda por las ocho horas.

Después de esta intervención, la labor del ponente era fácil. Respondió a las objeciones formuladas, incluso a las de Pouget, tocantes al mantenimiento del Comité de la huelga general y al rechazo de una aportación especial sobre las cuotas. Finalmente, el informe fue adoptado con la siguiente enmienda

propuesta por Pouget, enmienda que representaba el papel de resolución:

El Congreso, considerando que los trabajadores no pueden contar más que con su propia acción para mejorar sus condiciones de trabajo;

Considerando que una agitación por la jornada de ocho horas es un paso hacia la obra definitiva de emancipación integral,

El Congreso da mandato a la CGT para organizar una agitación intensa y creciente a fin de que:

El 1º de Mayo de 1906, los trabajadores dejen por sí mismos de trabajar más de ocho horas.

El Comité confederal nombrará una comisión especial y recogerá suscripciones voluntarias para cubrir los gastos de esta propaganda.

Tal decisión, como lo ha hecho observar su autor, desconcertó y sorprendió a muchos espíritus poco al corriente del considerable trabajo realizado en los sindicatos desde hacía algunos años. Y como no clausuraba uno de esos sensacionales torneos oratorios, se sentían inclinados a considerarla como producto de un entusiasmo exagerado y pasajero. Gran error.

La decisión, preparada por la propaganda de Pouget, reflejaba «netamente el estado de ánimo del Congreso». En suma, no hacía más que sancionar y coronar una lenta y segura gestación intelectual. Y por esto ha podido decir Pouget muy justamente

que la decisión llegaba a su hora, «tan normalmente como un fruto maduro se desprende de la rama».

Congreso Internacional Socialista de Ámsterdam (agosto de 1904)

En el momento en que los congresistas obreros de Bourges votaban esta importante resolución que, rompiendo con la espera de las ocho horas por la vía legal, debía mover nuevas capas obreras, hacía un mes que el VI Congreso Socialista Internacional se había ocupado de las ocho horas y el 1º de Mayo al estilo antiguo.

Considerando que la acción de los obreros el 1º de Mayo tiene por objetivo defender comúnmente, en un día fijo y en todos los países donde hay un movimiento obrero moderno, las causas del proletariado, especialmente la protección legal del obrero, la jornada de ocho horas, las reivindicaciones de clase y la paz universal, y demostrar con esto la unidad del movimiento y de las reivindicaciones obreras en todos los países;

Considerando que la unidad de la manifestación no existe, visto que en algunos países tiene lugar no el 1º de Mayo, sino el primer domingo del mes de mayo;

El Congreso de Ámsterdam, adhiriéndose a las resoluciones tomadas por los Congresos Socialistas

Internacionales de París en 1889, de Bruselas en 1891, de Zúrich en 1893 y de París en 1900, invita a los partidos socialistas y a los sindicatos de todos los países a organizar, con la mayor energía, manifestaciones anuales el 1º de Mayo, a fin de reivindicar la institución legal de la jornada de ocho horas y de defender las reivindicaciones de la clase obrera y la causa de la paz universal. Ahora bien, esta manifestación se realiza mejor con la suspensión de todo trabajo el 1º de Mayo. Por eso el Congreso invita a las susodichas organizaciones de todos los países a insistir sobre la suspensión del trabajo el 1º de Mayo.

Así se confirman a la vez la fecha formal sin ninguna derogación ni reticencia de la manifestación, la ampliación de la plataforma reivindicativa decidida por los congresos de Bruselas, Zúrich y Londres, y la invitación pero no la obligación a la huelga.

Sobre este punto, Pouget, guiado ante todo por el cuidado de desarrollar el «voluntarismo obrero», se mantuvo en sus trece. Sí, quería separar bien de todas las otras reivindicaciones la de las ocho horas, quería concentrar en esta contraseña, en este «programa de acción» –usamos sus palabras– el esfuerzo de conjunto de los trabajadores, en vez de dispersarlo en los múltiples objetivos de la acción cotidiana. Pero rechazaba «todo sentido estrecho y rígidamente concreto» de su resolución, toda interpretación absoluta que pudiera ser nociva para la presión reivindicativa de cada corporación, para la conquista en otros planos de mejores condiciones de trabajo. Se explicó sobre ello y en términos nada equívocos.

Difiriendo aún de la resolución de Ámsterdam, la de Bourges no habla de huelga con ocasión del 1º de Mayo. Es curioso que no se haya hecho la observación. Pero, evidentemente, no hay allí un retroceso sino un olvido. Se conocen demasiado bien los sentimientos de los congresistas, y sobre todo de la mayoría de Bourges, para tener la menor duda a este respecto.

Pouget, el alma de la agitación

Conforme al mandato recibido, el Comité Confederal inició un vasto movimiento de propaganda o, para decirlo como Pouget, un «enorme trabajo educativo», base sólida de una agitación que debía ir *in crescendo*.

El papel principal lo siguió representando Émile Pouget.

Hizo del semanario central de la CGT el alma de la campaña por las ocho horas. «Toda la clase obrera luchaba mediante su pluma», pudo decir Paul Delesalle, agregando:

Hay que haber visto aquella época al lado de Pouget para saber qué ciencia de la propaganda –y la palabra ciencia no me parece demasiado fuerte– desplegó entonces. Secundado por su *alter ego* Víctor Griffuelhes durante casi dos años, supieron encontrar cada vez algo nuevo para mantener el entusiasmo de la masa de trabajadores...

Éstos se vieron literalmente obsesionados por las fórmulas

sobre las ocho horas –entonces no se decía aún de los eslóganes–, y sobre todo por la famosa voz de combate: «*A partir del 1º de Mayo de 1906 no haremos más de ocho horas por día*». En cada número de la hoja confederal volvía incansablemente sobre esto. Además, se expidieron a todo el territorio centenares de miles de carteles que rezaban en gruesos caracteres: «Queremos la jornada de ocho horas», al módico precio de dos francos el ciento y que luego fueron colocados con ardor por voluntarios contentos de arriesgarse. Se pegaban etiquetas de dos dedos de ancho, que se entregaban en hojas de cien y contenían una quincena de fórmulas variadas, en los trenes, en los tranvías, en las vitrinas de los negocios, en los pasamanos de las escaleras y aun en las mesas de los cafés. Había seis millones. «¡Pegadlas por todas partes! ¡Sí, por todas partes... por todas partes...! ¡Hay que convertir esto en una obsesión!» –repetía «La Voix du Peuple».

Se tiraron 150.000 ejemplares de un primer folleto confederal vendido a cuatro francos el ciento y que no resultaba superfluo junto al folleto de Louis Niel sobre las ocho horas, que se vendía a quince céntimos y con prefacio de Francis de Pressensé. La Federación de Obreros de la Construcción editó por su parte un folleto especial con ejemplos apropiados a la corporación y cuyo tiraje se elevó a 50.000 ejemplares. Siguió un tercer folleto confederal de un tiraje de 20.000 ejemplares y otro de 6.000 editado por la Federación de Blanqueadores. La canción de las ocho horas de Autourville sobre música de la *Internacional*, que se vendía a un sueldo, los impresos que reproducían el texto del gran cartel confederal y de los que se hicieron 400.000 ejemplares, los dos modelos de sellos de goma para reproducir la gran contraseña en toda la correspondencia, los cuestionarios

que incitaban vivamente a las Bolsas y Federaciones se agregaban a la propaganda oral por mítines y giras de conferencias. Y, para coronar todo, los números de «La Voix du Peuple» movían con la levadura preparada por Pouget la pasta de las ocho horas bajo la forma de informes, rótulos y artículos diversos.

El 1º de Mayo de 1905

En una palabra, cuando se llegó al primer tramo –es decir, al 1º de Mayo de 1905– después de siete meses de tenaces esfuerzos, se había creado ya una verdadera psicosis de las ocho horas. Desde entonces, el 1º de Mayo, «fórmula hueca, rito incomprendido por las masas o desdeñado por ellas», según Ernest Lafont, el abogado de la CGT, se vio vivificado, transformado, revigorizado, resucitado –la palabra ha sido empleada y hay que retenerla– por la acción del sindicalismo revolucionario.

Realmente, los tiempos habían cambiado. Se asistía a un renacimiento en el terreno preciso de las ocho horas de la experiencia americana, a una lucha organizada, concentrada y coherente, jamás lograda en Francia, gracias al esfuerzo obrero directo. También el partido socialista, que acababa de unificarse en la sala del Globo (23–25 de abril de 1905), adoptó, a propuesta de Jaurés, una resolución que dice:

El Congreso, considerando que la conquista de la jornada

de ocho horas interesa en el más alto grado a la emancipación política y económica del proletariado, decide llevar paralelamente a la CGT, y conforme a las resoluciones de los congresos internacionales del Partido Socialista, una acción enérgica en favor de la jornada de ocho horas.

Era ratificar con un texto de orden nacional lo que la sección bordelesa del P. O. F. había decidido por su parte cuatro años antes. Era consagrar implícitamente, en lo que respecta al 1º de Mayo en Francia, la primacía de la CGT sobre el Partido Socialista. Efectivamente, en adelante, en esa gran jornada este último seguirá el paso de las organizaciones sindicales en vez de arrastrarlas a remolque, como sucedió durante diez años; en vez de verse, como en el período transitorio de cinco años que acababa de transcurrir, desposeído en realidad de la iniciativa en la mayoría de los centros.

Después de una preparación vigorosa, tan sabiamente llevada, y teniendo en cuenta la atmósfera de tensión revolucionaria que reinaba entonces en Rusia y hacía vibrar al proletariado internacional, el año 1905 debía señalar «en todas partes un despertar de la manifestación del 1º de Mayo». Tomamos adrede esta expresión del órgano central del Partido Socialista.

Hubo, en efecto, un despertar en la mayoría de las ciudades europeas y sobre todo en Rusia, donde el zarismo se vengó por medio de nuevas masacres, principalmente en la Polonia industrial: en Varsovia, donde se contaron más de cien muertos, y en Lodz, más de 40. Los arrestos fueron numerosos. En Petersburgo, la reunión en los bosques en que debía hablar Natalia Sedova fue sitiada por los cosacos y la compañera de

Trotsky, después de algunos meses de prisión, fue desterrada a Tvev (Kalinin). En Francia naturalmente un nuevo entusiasmo sostuvo la nueva táctica, y el diputado socialista Víctor Dejeante subrayó el hecho de que los trabajadores abandonaban «las estériles presentaciones ante los poderes públicos». Él mismo estuvo presente en Béziers donde, hecho sin precedentes, desfilaron 15.000 trabajadores del campo. En Saint-Étienne, 40.000 obreros ocuparon la calle durante la jornada. En Agen, en Brest, en Grenoble, en Roanne y en otras partes, columnas organizadas insultando rudamente a la policía obligaron a los patronos a cerrar sus fábricas, a los comerciantes a bajar las puertas, a los obreros a participar en el movimiento. En Toulon, donde, sin embargo, no hubo más que 1.933 ausencias de 6.000 obreros del arsenal, estallaron incidentes más serios. Se enarboló la bandera negra. Fueron maltratados dos oficiales y dañados algunos tranvías.

La campaña recomienza y se intensifica

Se sentía que esta jornada no era más que un preludio al 1º de Mayo de 1906, en vista del cual continuó la agitación en todo el país.

Las reuniones se multiplicaron. En diciembre de 1905 Lemoux, Yvetot, Robert, Klemzinski, Merrheim, Desplanques, Marie, Niel, Nicolet y Jacoby dieron conferencias en 80 ciudades. En febrero de 1906, la Unión de Sindicatos del Sena y la Unión local de Marsella organizan reuniones en los barrios, en tanto que los

representantes de los sindicatos hablan a los obreros a la salida de los talleres, los talladores de piedra parisienses aplican por adelantado la consigna de Bourges, los herradores parisienses lanzan un referéndum y los agricultores del Mediodía –muchos de los cuales no trabajan más de siete horas– reclaman la jornada de seis horas. Los periódicos federales están llenos de discusiones sobre las ocho horas. Los obreros, «entusiasmados al máximo» y enardecidos por la creciente inquietud de la burguesía, llegaron a creer ingenuamente en la proximidad de la «Gran Noche». En algunas fábricas inscribían: «Faltan setenta días para que seamos libres». O bien: «Faltan 67 días para la emancipación». Para ellos recordó el periódico confederal los objetivos precisos y limitados de la jornada que se preparaba.

El 5 y 6 de abril, cuando se reunió una Conferencia de Federaciones para establecer el balance de la agitación y delimitar las formas de acción inmediata, la huelga de los mineros del Norte y del Pas-de-Calais, surgida como consecuencia de la catástrofe de Courrières gracias al Sindicato confederado hostil al «Viejo Sindicato», coloca las ocho horas «del descenso al ascenso», a la cabeza de las reivindicaciones.

La Conferencia de Federaciones, vela de armas antes del día fijado por el Congreso de Bourges, se clausura votando una resolución que precisa las tareas de las organizaciones.

La conferencia... decide:

Comprometer a los trabajadores a presentar –si no lo han hecho aún– sus pliegos de reivindicaciones referentes a la disminución del tiempo de trabajo y a todas las otras mejoras particulares a su corporación para someterlas a los

patronos, fijándoles un plazo que no deberá pasar del 1º de Mayo de 1906.

Invitar a los trabajadores a participar el 1º de Mayo en un paro de solidaridad que será una manifestación de la potencia de acción del proletariado organizado.

Por otra parte, la conferencia indica a las organizaciones las dos formas siguientes como modos de acción para la realización de sus reivindicaciones:

O bien el cese del trabajo una vez cumplida la octava hora, o bien la detención completa del trabajo, el 1º de Mayo, hasta obtener satisfacción.

En el primer caso, los obreros, hechas las ocho horas abandonarán la fábrica, el taller o el astillero.

En el segundo caso, la huelga se proseguirá hasta obtener completa satisfacción.

Entre estas dos tácticas, la conferencia deja la elección a las organizaciones. Pero les recuerda que la disminución del tiempo de trabajo no debe acarrear una disminución del salario...

El terror

El mes de abril se consagra a una nueva gira de conferencias

por todo el país. El impulso huelguista se afirma ya, como sucedió en los Estados Unidos antes del 1º de Mayo de 1886. Solamente en París se cuentan quizá 200.000 huelguistas en el gremio del Libro, de la Construcción, de los Coches, de la Litografía, los Muebleros y Metalúrgicos. Síntoma grave y pleno de perspectivas: el proletariado administrativo entra en la lid con la huelga de los empleados de Correos en el momento en que el primer congreso de la Federación de Sindicatos de Maestros de Escuela, reunido en París el 12 de abril, plantea la cuestión de la adhesión a la CGT y «se asocia al movimiento de reivindicación del proletariado organizado que reclama la jornada de ocho horas».

A fin de mes se liquida la sangrienta huelga de los mineros, que no pudo prolongarse hasta el 1º de Mayo. Había proporcionado al gobierno de Sarrien–Clemenceau la ocasión de montar un complot monarco–anarco–sindicalista, siguiendo las mejores tradiciones policiales. Este complot en el pensamiento de sus instigadores, debía hacer maravillas: serviría a la vez para que volvieran al trabajo los 50.000 mineros que estaban en efervescencia, para arrojar sospechas sobre la CGT y el 1º de Mayo y, por fin, para dar elecciones legislativas favorables al «bloque», privado entonces de los socialistas unificados. Pierre Monatte, arrestado el 23 de abril, sirvió muy a pesar suyo de pretexto y de preludio para el golpe de fuerza contra la central obrera, que fue registrada. Se efectúan allanamientos y se cierran periódicos. El secretario confederal Griffuelhes y su tesorero Gastón Lévy son –encarcelados. Estalla una bomba de relojería bajo el puente de Argenteuil. La plaza Beauvau intenta torpemente servirse de ella para comprometer a Griffuelhes. Con este complot y el pánico burgués hemos vuelto al 1º de

Mayo de 1890 y 1891. Pero, por una de esas ironías de la historia, Clemenceau, que quince años antes, haciendo frente a Constans, había planteado el problema del porvenir del Cuarto Estado y preguntado hasta qué punto el poder podía «tomarse el derecho de ser implacable», ocupa ahora el ministerio del Interior y emplea a su vez la fuerza.

Después de una valiente pero inútil tentativa de apaciguamiento en plena huelga de los mineros, el líder radical, que había vuelto furioso de su viaje a Lens, se precipita en la arbitrariedad. «No estamos al mismo lado de la barricada», dijo con su voz cortante a tres de los líderes confederales. Y pone a la capital en estado de sitio, concentrando en ella de 50.000 a 60.000 soldados. Los hay por todas partes: en los almacenes, en los comercios, en los bancos, en los locales públicos, por las aceras y hasta en algunas estaciones del Metro, cuyos andenes aparecen cubiertos por haces de fusiles. Los hay incluso a las puertas de algunas casas. Este despliegue de tropas «como no se ha visto otro bajo ningún gobierno», destinado a tranquilizar a la burguesía, la hiela por el contrario de espanto y la lleva al colmo del pánico.

Hay que decir que desde mediados de abril se afirmaba ya la inquietud provocada por la metódica preparación obrera, que se concretaba en la gran banderola roja colocada sobre el frontón de la Bolsa de Trabajo con la fórmula martilleante: «*A partir del 1° de Mayo de 1906, los trabajadores no harán más de ocho horas*». Los periódicos por su parte contribuían al enloquecimiento con informaciones que ponían la carne de gallina. Las amas de casa vaciaron las tiendas, acumulando provisiones con provecho de los comerciantes, que liquidaban

todas sus existencias. Un abacero pudo vender en un solo día todos sus comestibles, todas sus cajas de conservas y 1.600 jamones. En los barrios ricos, las bañeras, o estaban llenas de provisiones por temor al hambre, o llenas de agua por temor a la ruptura de las tuberías. Un notable llegó a albergar en su casa una vaca y su ternero. Algunos burgueses se iban a las provincias, otros a Londres, donde los trenes que venían de Douvres, Boulogne y Newhaven habían debido duplicarse a causa de la afluencia de fugitivos venidos del continente en barcos abarrotados.

En Ginebra, los hoteles estaban atestados de familias llegadas de París, con toda clase de equipajes. Los burgueses que habían quedado en París se atrincheraban en sus domicilios, preparándose para un largo sitio.

Se llegó a ver a algunos jefes industriales del este –barones feudales de otra edad– que fortificaron sus fábricas. Otros, más modernos, se defendieron con el lock-out, en tanto que los más patriotas enviaban sus capitales al extranjero. Mil millones –según informes de «Le Matin»– fueron enviados así a Bélgica. El plazo fatídico, después de haber obsesionado a los militantes, obsesionó hasta tal punto al país entero que cuando el ilustre Pierre Curie fue brutalmente arrebatado a la ciencia por un estúpido accidente el 19 de abril, los periódicos y la sociedad no otorgaron al acontecimiento la importancia que merecía.

Hay que haber vivido aquellos días angustiosos y haber sentido pasar el soplo de la locura sobre tantos rostros para apreciar verdaderamente el terror de la burguesía y el poder súbitamente adquirido por la organización sindical. Sin

embargo, como sucedió en 1789, cuando la aristocracia descuidada y agonizante se divertía, cantaba y bailaba sobre el volcán, el domingo 29 de abril –48 horas antes de la prueba–, mientras en los quioscos se exhibía el magnífico y cortante número especial del «Assiette au Beurre», ilustrado por Grandjouan –que recordaba brutalmente la aspereza del juego–, los carreristas iban a Longchamp, se servían desayunos a 3'50 fs. en el primer piso de la torre Eiffel, Polin y Mayol se hacían aplaudir en la Scala, Sarah Bernhardt daba *L'Aiglon* y Déjazet el *Tire au-flanc*.

En esta atmósfera a la vez asfixiante y descorazonadora, en que la aterrorizada burguesía justificaba la expresión de que era «ante todo un vientre», en que los dirigentes enloquecidos perdían toda medida y todo sentido del ridículo, en que los unos y los otros eran víctimas de su propio engaño, porque no estaba a la vista ningún cambio social, los líderes de la CGT conservaban la cabeza fría, sin tomar espectros por realidades, ni limitadas esperanzas por resultados grandiosos, como lo daba a entender el manifiesto del Buró Socialista Internacional, firmado –observémoslo de paso– en nombre de Rusia por Lenin y Rubanovich.

Griffuelhes, en la Conferencia de las Federaciones, no había fanfarroneado al exclamar:

Bastaría que el 1º de Mayo se produjera un fuerte movimiento aun sin muchos resultados apreciables, para poder estar satisfechos.

Sería la primera vez que un partido en Francia hubiera podido proseguir durante 18 meses una agitación y una

propagan» da capaces de mover a un considerable número de trabajadores. Sería la demostración de nuestras fuerzas.

El 1º de Mayo en París

El día tan esperado, un hermoso sol despertó París. Hacia las ocho de la mañana, cuando la brigada de reserva del oficial de paz Jean hizo su aparición en la plaza de la República, el gran centro de polarización de los huelguistas, a causa de la proximidad de la Bolsa de Trabajo, muchos comercios permanecieron cerrados. Algunos de ellos entreabrieron sus puertas con las precauciones del caso para cerrar a la menor alerta.

Pronto los agentes comenzaron a patrullar en grupos de dos o de tres. Prohibición expresa de estacionarse. Interpelaciones, brutalidades. A las ocho y media hay ya 146 arrestados. A las nueve llegan los coraceros, y a las nueve y media los dragones, a las diez los cazadores a caballo. Los secretas, agrupados en número de 150 ante el cuartel de Château d'Eau, se mezclan con la partida. Se producen cargas y encuentros. Sin embargo, durante toda la mañana las reuniones sindicales programadas se realizan casi en todas partes, algunas en la Bolsa de Trabajo, donde se comenta el gesto de liberación de conciencia realizado la víspera en el mitin de la sala de huelga por el subteniente Tisserand-Delange, del 5º de Infantería.

Por la tarde las cosas toman un giro más grave. Desde la una,

la circulación es imposible en un radio de 500 metros alrededor de la Bolsa de Trabajo.

A las dos, el prefecto de policía Lépine, promovido al grado de generalísimo del servicio de orden, hace su aparición.

Los alborotos se multiplican y el famoso «procedimiento Mouquin», imaginado por un policía tristemente célebre, entra en acción. Consiste en hacer dar vueltas sin descanso, en orden cerrado, a los guardias republicanos a caballo o a los coraceros. No se puede atravesar la plaza más que a costa de mil dificultades, arriesgándose a las patadas y pisoteos.

Desde entonces, las manifestaciones se realizan en las arterias vecinas. Se libran batallas en los muelles del canal Saint–Martin, en el bulevar del mismo nombre y en el barrio del Temple, calle de la Aduana. Se hace volcar el funicular y se levantan barricadas.

La policía golpea y manda al azar, tanto a los paseantes inofensivos como a los manifestantes, al cuartel vecino transformado en prisión desde la mañana y adonde han sido arrastrados una veintena de niños.

En total, la jornada terminará con más de 800 arrestos, de los cuales se mantuvieron 163, y con los hospitales atestados de numerosos heridos. Habría habido dos muertos. Los liberados de Ch  teau d’Eau salieron por la tarde doblando la espalda bajo los golpes de los agentes colocados en doble fila.

Las huelgas en París y en los suburbios

Pero esta jornada cálida y espectacular, con el paro tradicional más acentuado, no había sido hasta entonces más que un prefacio. La expresión de un militante, el 2 de mayo, es típica a este respecto y merece retenerse: «*Ahora comienza la batalla*».

Conforme a la resolución del Congreso de Bourges, tan largamente madurada, los terrapleneros, poceros y albañiles del subterráneo se concedieron las ocho horas parando el trabajo en el momento fijado. Los carpinteros, aun los de las cooperativas de producción, y los ebanistas hicieron una huelga casi general.

Los obreros cocheros pararon en número aproximado de 15.000. Los obreros orfebres continuaron la lucha emprendida el 25 de abril.

En el del Libro, nuevas clases que reclamaban la jornada de nueve horas acomodaron el paso a los huelguistas del 18 de abril. Se contaron 150.000 huelguistas en diversos oficios, a los que hay que agregar los 50.000 metalúrgicos del departamento del Sena. Llegó a haber huelgas decretadas por obreros no sindicados y conducidas fuera de toda intervención de las organizaciones.

En un movimiento tan vasto, que dejaba a los sindicatos la facultad de inspirarse en las «necesidades de su medio», es evidentemente difícil discernir las diversas reivindicaciones que se vinculaban al hilo conductor de las ocho horas. Aquí se

luchaba por las ocho horas sin disminución de salario, como lo recomendaba la resolución del 6 de abril. Allá se reclamaban las ocho horas con aumento de salario. En otra parte, otra disminución de la jornada de trabajo. Entre los metalúrgicos prevalecía la semana inglesa de 54 horas. El reposo semanal, el despido de jefes de equipo, la supresión del trabajo a destajo, la constitución de comisiones de taller, figuraban entre las peticiones formuladas.

En provincias

En provincias, los incidentes más violentos se produjeron en el Vimeux, en Brest, en Burdeos, en Niza. Las autoridades cerraron algunas Bolsas de Trabajo. Vigorosas manifestaciones callejeras que cantaban la *Internacional* se desarrollaron con banderas rojas y estandartes sindicales. En Brest, Toulon y Burdeos se enarboló también la bandera negra. En Rive-de-Gier los huelguistas consiguieron no sólo paralizar el trabajo en muchas fábricas, sino hacer licenciar a los alumnos de las escuelas primarias y de la Escuela Práctica.

El paro fue considerable en Brest, Dunkerque, Firminy, Saint-Nazaire, Burdeos, Saint-Claude, en las fábricas de vidrio del Norte y en los talleres metalúrgicos del valle del Mosa. Los astilleros de Nantes y Saint-Nazaire estaban abandonados, lo mismo que los muelles de numerosos puertos, como consecuencia de la huelga de los portuarios. Los obreros pararon sobre todo en Toulon y en Rochefort. En el primer

puerto militar no hubo más que 250 entradas de un total de 6.000 obreros, y en Rochefort, por la tarde, 325 de 2.852. La huelga fue casi unánime en la fundición de Ruelle y en las manufacturas de tabacos de Nantes, Châteauroux y Nancy. Fue sólo parcial en Fourmies, en Angoulême y en numerosas localidades de las Ardenas. En muchas ciudades los obreros sólo tarde se decidieron a hacer huelga. En Roanne, Niza, Mentón, Reims, Lyon y Argel los tranvías no salieron o fueron detenidos.

Hay que señalar muchos puntos negativos. Los mineros del Norte y Pas-de-Calais no participaron en el movimiento a causa de que acababan de volver al trabajo. Pero en Montceau, en muchos centros del Loira, del Gard, de los Pirineos Orientales y del Creuse se produjo el paro, lo que provocó despidos. En los ferrocarriles no hubo ninguna huelga, como de costumbre. Sólo los agentes de la pequeña compañía departamental del Hérault cesaron el trabajo reclamando un aumento de salario, la jornada de diez horas y una vacación anual de seis días, en tanto que en Argel los empleados se opusieron por la fuerza a la salida de los coches de la Compañía Regional.

El movimiento no consiguió tampoco ganarse a los empleados de comercio. Esto explica la multiplicidad de incidentes ante los comercios abiertos al paso de las manifestaciones en Niza, Grenoble, Montpellier, Saint-Étienne, Lyon y Rochefort. Los escaparates fueron apedreados. Sin embargo, en Montluçon los negocios estuvieron cerrados y en Roanne no hubo mercado.

Ni los empleados de Correos, muy afectados por su último movimiento, ni los maestros de escuela, que aún no soñaban con la huelga, se movieron. Lo mismo por lo demás que los

obreros agrícolas, salvo en Arles, donde se produjo una pequeña huelga.

No obstante, en conjunto este 1º de Mayo se distinguió en provincias por un paro, una combatividad, un vigor, una animación y energía sostenida en todos los sentidos, que atestiguan el número, la persistencia de las huelgas subsiguientes, el mantenimiento de las tropas de ocupación y los senos aumentos de votos y de escaños socialistas en los escrutinios legislativos del 6 y del 20 de mayo, a pesar de la elevación del número de abstencionistas.

Los resultados

Por otra parte, el lenguaje de las cifras de la Oficina del Trabajo, organismo oficial del ministerio de Comercio es en su sobriedad, suficientemente elocuente. No se ocupa, sin embargo, más que de los conflictos que le han sido señalados. Se ve, por ejemplo, que las huelgas por la disminución del tiempo de trabajo, de 14% en 1904 y 16% en 1905, han pasado a 44% en abril y a 55% en mayo de 1906. Se advierte que el 64% de los huelguistas de 1906 plantean conflictos tocantes a la reducción del tiempo de trabajo con ocasión del 1º de Mayo. En fin, la tenacidad obrera se afirma en 1906 con 21 huelgas de duración superior a 100 días, en las que el récord pertenece a los vidrieros de Rive-de-Gier (301 días) y a los tejedores de Halluin (189 días).

Con Émile Pouget y Paul Delesalle, lo que hay que retener ante todo de esta acción en masa centrada en el 1º de Mayo de 1906, son los resultados obtenidos.

Desde el punto de vista moral, es indiscutible que la conciencia de clase de los trabajadores, su esperanza y su cohesión se han reforzado considerablemente. Éstos no son resultados que puedan revelar las estadísticas mejor hechas. Pero la fuerza creciente de la clase obrera se mide por las reacciones de los poderes de conservación social. La encíclica *De Rerum Novarum* apareció quince días después de Fourmies. El 16 de mayo de 1906, 17 Cámaras sindicales de la Mecánica y del Automóvil parisienses firmaban un pacto con vistas a resistir las reivindicaciones obreras y especialmente la reducción de las horas de trabajo. Era la prefiguración de la Confederación General del Patronato Francés. Significaba sentar las bases de un movimiento de defensa directa que venía a respaldar a los sindicatos amarillos. Por lo demás, el 6 de mayo había sido elegido diputado de Brest el propio líder de los amarillos: Pierre Biétry, gracias al apoyo patronal respaldado por la declaración del estado de sitio en la ciudad a la ocupación militar de la Bolsa de Trabajo y al arresto de 25 militantes obreros.

En el primer plano de los resultados materiales obtenidos por el levantamiento de mayo de 1906 debe figurar el voto de la ley sobre el descanso semanal (13 de julio de 1906), que consagró, en particular para la Federación de Peluqueros, la victoria de la agitación emprendida, sin contar las conquistas obtenidas directamente, tales como la obtención de una hora para la comida. No es, pues, por casualidad que A. Luquet, secretario de los peluqueros, escribe en el semanario confederal:

El resultado material más tangible de la campaña que durante 18 meses ha mantenido en suspenso a la clase obrera para ponerla de pie el 1º de Mayo último es, sin disputa, la conquista del descanso semanal.

Recuérdese lo que sucedía dos años atrás y se verá que en el Senado había casi unanimidad para no legislar sobre el descanso semanal. Después del 1º de Mayo de 1906, es una considerable mayoría la que, en el palacio del Luxemburgo, se pronuncia por la reforma.

El impulso del 1º de Mayo no se tradujo sólo por el voto de la ley del descanso semanal, ya que el gobierno anunció su intención de proponer la reducción a un máximo de diez horas de la duración legal de la jornada de trabajo.

Otro resultado fue la vulgarización de la práctica de la «semana inglesa», y en numerosas corporaciones, ya la disminución del tiempo de trabajo, ya el aumento de salarios, o bien diversas mejoras, y a veces unas y otras a la vez.

Todo esto constituye la verificación de una especie de ley bien conocida por los militantes, a saber, que sea cual fuere el resultado de un movimiento reivindicativo determinado, y por insignificantes que parezcan superficialmente las ganancias, la clase obrera saca siempre un beneficio indirecto.

Ciertamente, es exagerado decir, como el «Bulletin de l'Office du Travail» arriba citado, que el movimiento específico por la jornada de ocho horas «no ha obtenido éxito». Es verdad que una minoría, sólo una pequeña minoría de los trabajadores obtuvo las ocho horas.

Pero la jornada de ocho horas y media, ocho horas y tres cuartos, y nueve horas, fue obtenida en una escala mayor, e indiscutiblemente, el resultado más corriente hubo de ser la jornada de diez horas, que debía ser ratificada por la ley.

Esto no estaba tan mal en una época en que, con un salario que oscilaba casi siempre entre treinta y cuarenta y cinco céntimos la hora –un franco era completamente excepcional–, la jornada de trabajo duraba once, doce y aun trece horas. Hay que tener tales cifras presentes en el espíritu para apreciar la ganancia obtenida por la presión sindical.

Parece que en esta lucha la federación del libro es la que logró más ventajas, y especialmente la jornada de nueve horas. Hay que decir que en determinado momento llegó a estar en huelga casi la tercera parte de sus efectivos y H. Amelin, uno de sus militantes, declara que se gastaron alrededor de un millón de francos para dar a los combatientes el «nervio de la guerra». Es una suma enorme para la época y para las organizaciones sindicales francesas, tan pobres en recursos financieros.

Hecho importante: Esta batalla de mayo de 1906 arrastró finalmente, en el momento de la cosecha, a los obreros agrícolas del Bie, Valois y Soissonnais, que, por otra parte, fueron ganados más seguramente por la concentración capitalista de tierras que por la propaganda. Visto desde el ángulo puramente histórico, esto no era en el fondo sino un resurgimiento de las Bacanales o grandes huelgas agrícolas del tiempo de la Revolución.

Una observación bastante curiosa: los obreros tintoreros de Amiéns, que en 1893 se habían colocado a la vanguardia en la

lucha por la disminución de las horas de trabajo y el reconocimiento del 1º de Mayo por parte de los patronos, esta vez se pronunciaron en mayoría por medio de un referéndum, contra la reducción del tiempo laborable, pero por el aumento de salarios. Y con este programa fueron a la huelga.

Apreciación de conjunto

La amplitud del movimiento sobrepasó las previsiones de los militantes responsables y los simpatizantes de todas las tendencias. «Formidable despertar», escribió el blanquista disidente Ernest Roche. El movimiento «ha dado más de lo que habíamos osado prever». «Ha sido el signo del despertar del proletariado», dice el anarquista Jean Grave. «El número de huelguistas se ha visto considerablemente acrecentado en relación con los años precedentes y quizá nunca el glorioso 1º de Mayo haya movilizado tantas fuerzas obreras como este año», reconoció el guesdista Paul Marius André. La misma nota en la pluma de Klemczynski, secretario de los sindicatos del Oise:

Podemos afirmar que nunca el proletariado ha dado a la burguesía semejante afirmación de su fuerza; jamás ha sido mas combativo.

Aun «Le Libertaire», siempre reticente, admite como un «presagio bastante bueno» que «se hayan levantado las multitudes de una manera suficientemente unánime y en número bastante imponente».

En este concierto que sorprende por su acuerdo, *La Voix du Peuple*, dando una vez más un magnífico ejemplo de moderación, no canta victoria. Se contenta con citar hechos probatorios, más elocuentes en verdad que los gritos. Y «desinflado» el complot, Griffuelhes, ocho días después de salir de prisión, hace constar sosegadamente, sin pasión, gracias a los elementos recogidos, «que el movimiento fue real y que por primera vez en Francia se produjo un levantamiento de tal carácter y amplitud».

Este éxito era tanto más notable cuanto que el movimiento coincidía con la acción electoral y que había que prever que, como de costumbre, la una dañaría al otro. Lo era también porque, a pesar del enorme trabajo la central confederal y el tiempo que había durado la agitación, muchos sindicatos no habían previsto nada ni se habían organizado de antemano desde el punto de vista de la táctica a seguir el día D. El informe citado consagra cuatro párrafos de crítica a este fallo.

El éxito fue notable también cuando se considera la fuerza numérica de la CGT de entonces –200.000 miembros, entre más de nueve millones de asalariados–, y si se tienen en cuenta los irrisorios medios financieros puestos a disposición de la Comisión confederal. Porque con sólo 22.000 francos, suma que hace sonreír, se llevó su intensa propaganda de conjunto durante 18 meses, respaldada naturalmente por las organizaciones con sus recursos particulares.

Pero el éxito es tanto más notable si se consideran los medios empleados por el enemigo de clase para desnaturalizar y aminorar el movimiento. Sin embargo, es justo decir respecto a

esto que los hombres del orden cayeron con la cabeza baja en la trampa que les tendieron los líderes de la CGT desde diciembre de 1905, época en que éstos habían pedido al diputado socialista Marcel Sembat que provocara con su interpelación «una buena declaración de guerra». En efecto, se vio por una parte convertirse al gobierno en un «excelente auxiliar de la C. G. T.» con sus medidas de violencia, y por otra parte la prensa del régimen ladró, dramatizó las cosas, lo que entraba «en el marco» de los «medios de acción» proyectados por el buró directivo confederal.

El éxito, en fin, era notable, y nunca se lo subrayará demasiado, porque como en América, y contrariamente a lo que había pasado hasta entonces en Francia, después del 1º de mayo el movimiento desencadenado en la fecha fijada se prolongó y repercutió en las semanas que siguieron, probando que la clase obrera daba «muestras de una energía y una perseverancia insospechadas por algunos». Repercutió también en el exterior y «La Voix du Peuple» pudo hablar de un «ímpetu comunicativo».

Este ímpetu se observó aun antes de la fecha fijada para la prueba hasta en un país nuevo desde el punto de vista sindical como el Brasil. Su Congreso Sindicalista reunido en Rio de Janeiro (15-20 de abril de 1906) dirigió Un telegrama de adhesión a la CGT y votó una moción mostrando al movimiento francés «como modelo de actividad e iniciativa para el trabajador del Brasil». Más aún, el congreso votó una resolución que preconizaba una viva agitación por la conquista de las ocho horas para el 1º de Mayo de 1907.

Es verdad que los otros países no conocieron, como Francia, un 1º de Mayo que se inscribiera en letras de oro en los fastos del miedo, ni una jornada que representara una atrevida acción en masa por las ocho horas, fruto de una larga agitación específica. Estos dos hechos son la característica del 1º de Mayo de 1906 en Francia, y le dan ese sello particular impreso por el sindicalismo revolucionario. Pero en los grandes países de Europa, salvo en Inglaterra, hubo como una renovación en el sentido de que la fiesta y cortejo tradicionales que habían predominado en los últimos años pasaron a segundo plano. Las manifestaciones se hicieron más reivindicativas, incluso en los países que se mostraban reticentes con respecto a la orientación y a los métodos del sindicalismo francés.

En Alemania la conmoción obrera se vio favorecida por las formidables huelgas que desde hacía tres semanas podían en lucha a los asalariados con los patronos. Éstos habían decidido que los obreros que entraran en el movimiento del 1º de Mayo serían despedidos. Tal amenaza no intimidó a los trabajadores, pero terminó en lock-out y despidos individuales. Según las estadísticas de los sindicatos alemanes, habría habido un total de mucho más de 50.000 trabajadores echados a la calle, porque la estadística no se ocupa más que de los despidos mayores.

En Austria hubo el mismo fenómeno de ímpetu obrero y de despidos patronales. En las grandes metalurgias de Witkowitz, en Silesia, por primera vez pararon las dos terceras partes de los obreros.

En los países latinos y en el oeste de Suiza, donde se seguía con interés la acción de la CGT, hubo naturalmente tendencia a

la imitación. Los movimientos más notables se desencadenaron en Italia y España. En numerosas localidades se aplicó a partir del 2 de mayo la táctica de cese del trabajo después de la octava hora. Los marítimos y los textiles se distinguieron en Italia, y Turín fue durante muchos días una ciudad muerta. Toda la península se vio sacudida por la huelga general. Entusiasmado por la «maravillosa actividad, la gigantesca y extraordinaria labor de propaganda» de la CGT, –Mario Guarnieri, un militante italiano de la provincia de Novara, publicó al año siguiente un folleto que incitaba a sus compatriotas a imitar el ejemplo francés. He aquí un pasaje significativo:

La acción cumplida por el proletariado francés no debe perderse. La acción provoca la acción.

Como veremos, Francia conocerá, inmediatamente después de las dos guerras mundiales, Primeros de Mayo más populares, que movilizan esta vez a todo el proletariado. Pero éstos se inscribirán en el creciente impulso de la clase obrera, correspondiente a una gran crisis económica y social que sacude al mundo entero. Jamás –hay que decirlo– Francia volverá a tener un 1º de Mayo más pacientemente preparado, más original, expansivo, impetuoso, vibrante y más específicamente obrero que este 1º de Mayo de 1906.

XI. NUEVOS AÑOS DESLUCIDOS: DE 1907 A 1914

El Congreso Socialista de Stuttgart y el Confederal de Amiens

El Congreso Confederal de Amiens (del 6 al 8 de octubre de 1906), que reunía a 350 delegados representantes de 1.040 organizaciones.

Se compromete a cada corporación para intentar antes del próximo congreso confederal una acción «que se mantenga lo más cerca posible de la plataforma: jornada de ocho horas». Salta a la vista el carácter modesto y aun anodino de estas decisiones, sobre todo si se las compara con las resoluciones de Bourges. Se podría creer que después del poderoso esfuerzo realizado hasta el 1º de Mayo de 1906, la CGT necesita respirar. Pero, si se tiene en cuenta el plan de acción en favor de la huelga general adoptado en el mismo congreso y presentado conjuntamente en nombre de la Comisión de las Ocho Horas por Paul Delesalle, se advierte que los dirigentes de la CGT intentan ante todo orientar al proletariado por medio de la huelga general, más bien hacia el todo –la Revolución– que hacia la parte –las ocho horas–. En el fondo, permanecen fieles a su

espíritu anarco-sindicalista y a las resoluciones de los congresos precedentes. No conciben las ocho horas como una reforma por obtener, sino como una reivindicación que se puede arrancar en gran escala en una sociedad burguesa. Delesalle, en particular, no reniega en absoluto de lo que escribía antaño:

La cuestión de las ocho horas debe ser enfocada como un trampolín destinado a intensificar la propaganda durante cierto lapso. Es sobre todo un pretexto para la acción y la agitación, un medio de mantener despiertos los espíritus.

Cosa extraordinaria: el VII Congreso Socialista Internacional que se había realizado en Stuttgart del 16 al 24 de agosto de 1907 –un mes y medio antes del Congreso de Amiens–, no había abordado ni la cuestión de las ocho horas ni la del 1º de Mayo.

Sin embargo, Legien, diputado al Reichstag y representante de la Central Sindical alemana, se había entregado durante su intervención a un ataque contra la CGT en lo que toca a su acción sobre las ocho horas, que juzgaba nefasta para la conquista de la reforma.

A pesar de la ausencia de una resolución internacional sobre el 1º de Mayo, los diversos partidos socialistas debían participar como de costumbre, y aun encabezar en la mayoría de los países la movilización obrera de 1907.

Este 1º de Mayo se coloca ante todo bajo el signo del nerviosismo del miedo y el odio de las clases dirigentes, en razón de la acentuación de la lucha de clases en el dominio político y económico, y del empuje proletario en todos los países y especialmente en Rusia.

Esto lleva a Rosa Luxemburg a hacer las juiciosas reflexiones que siguen:

En verdad, la burguesía ya no teme, como en los primeros años de la manifestación, de que la sola idea del 1º de Mayo sea ya el comienzo del fin del mundo capitalista. Pero tampoco puede, como era el caso en estos últimos diez años, mirar al 1º de Mayo con más o menos tranquilidad, como una manifestación pacífica de la idea socialista.

En efecto, los trabajadores belgas estaban en plena batalla por la jornada de ocho horas en las minas, desde que la ley votada en la Cámara había sido anulada de un plumazo por decreto real, y en Bruselas se preparaba una gran manifestación.

Por su parte, los trabajadores alemanes veían renovarse contra ellos una vasta acción del lock-outs dirigida por una coalición del capital. Por fin, en Rusia se asistía a los poderosos preparativos de la Contrarrevolución con miras a un encuentro abierto y decisivo con las masas revolucionarias.

Por lo demás, tres días antes del 1º de Mayo de 1907 la policía procedió a una vasta redada para desmembrar el Comité de Moscú del Partido Socialdemócrata y cerrar su imprenta clandestina.

Pero ésta había tenido tiempo de imprimir 350.000 ejemplares de un pequeño cartel o volante rojo que invitaba a la huelga general y que se repartió por los alrededores.

La «Jornada de los gendarmes» (1º de Mayo de 1907)

En Francia, con Clemenceau en el poder, el hombre que se llamaba a sí mismo orgullosamente «el primero de los gendarmes», el 1º de Mayo de 1907 debía ser y fue, según la expresión de Bracke, «la Jornada de los gendarmes». Por lo demás, la transformación de París desde el 12 de abril en un vasto campo atrincherado; el anuncio de un proyecto de ley contra la C. G. T.; los arrestos de Yvetot y de Ch. Marck el 14 de abril, de los firmantes del cartel antimilitarista el 26; de Bousquet, Lévy y Delalé el 29, y la guerra a los asalariados del Estado, habían preludiado las maniobras de pelotones de coraceros, las cargas policíacas y los 780 arrestos efectuados. Sin embargo, aparte de unos tiros de revólver aislados, desde lo alto de la imperial de un ómnibus, este 1º de Mayo fue en París completamente calmo.

Hasta la guerra de 1914, todos los Primeros de Mayo franceses se parecen. Por el lado obrero no hay impulso ni brillo. Pero por el lado gubernamental volvemos a hallar los mismos procedimientos de provocación. Reencontramos el rostro macilento y la barbilla militar del prefecto de policía Lépine. Es él, indiscutiblemente, quien dispone de la fuerza en París. La clase obrera, a la que se prohíbe toda manifestación callejera, se muestra incapaz de reaccionar, y la organización sindical que se ha encargado de la jornada reivindicativa recurre a pretextos para explicar los fiascos sucesivos.

Hay que decir que el movimiento sindical sufre una crisis a

pesar de la fiebre y el empuje del personal de los servicios públicos, pese al enorme salto realizado por Federaciones como la de la Construcción y la de Mineros. Según Klemczynski, entonces secretario de la Unión Regional Ain–Franche–Comté, la CGT no es aún más que una «baraúnda», «un conglomerado obrero bastante informe que más que asociar, une batallones sindicales cuyas armas e intereses son aún diferentes». En el plano socialista, en cambio, se puede medir con mayor seguridad una progresión, aun cuando no fuera más que por la curva ascendente de los votos y de los diputados. Lo que indica bien que el proletariado, a pesar de todo, gana en fuerza: en fuerza política y en fuerza sindical. Y si esta última no parece señalar una progresión tan evidente, es porque está minada en su interior por la acción disolvente de Aristide Briand, por la evolución constructiva de cierto número de militantes que están cansados de los gritones, según la expresión de Griffuelhes, y por conflictos y luchas personales.

Empero, como escribirá magistralmente Jaurés, con ocasión del 1º de Mayo de 1909.

El crecimiento del sindicalismo es deslumbrador. Llena con su acción la vida pública. Obliga a todos los partidos a clasificarse según su actitud hacia él. Aún no ha alcanzado más que una «élite», pero la idea que representa penetrará cada vez más hondo... De todos los movimientos obreros surgen hombres dotados de la fuerza de la idea, de la fuerza de la acción y de la fuerza de la palabra. Así se revelan los tesoros de energía y de pensamiento que tomará todos los días a manos llenas la Revolución social.

Y Jaurés, después de poner el acento sobre «esta multiplicación de los valores proletarios» subraya, volviendo a la ardiente controversia del momento, el hecho de que «todos estos hombres nuevos, surgidos de la vieja miseria que por fin se rebela, todos estos propagandistas y organizadores obreros llevan en sí, aun cuando no lo confiesen, el pensamiento socialista». Y –agrega– dan al sindicalismo «tal amplitud que se convierte por obra de ellos en una forma de la gran acción política».

Es muy cierto que entonces el sindicalismo francés sobrepasa con mucho, por la fuerza de sus cuadros, a sus efectivos aún reducidos. Por eso el patronato y el poder burgués le hacen pagar caros los beneficios obtenidos en los ensayos anuales de estos Primeros de Mayo de transición.

El fracaso completo del 1º de Mayo de 1908 en Francia

En particular, el 1º de Mayo de 1908 va precedido del lock-out de los empresarios de la construcción, en respuesta a los obreros albañiles que reclaman las nueve horas.

Es el signo evidente de la reacción patronal que apoya el gobierno de Clemenceau, sostenido por una mayoría cómplice. Además, el patronato intenta demoler la ley del descanso semanal, suprimir la jornada de diez horas en los talleres mixtos y privar a los accidentados en el trabajo de la libre elección de médico. He aquí el resultado de la apatía obrera denunciada en

los llamamientos de los organizadores y en los artículos de la prensa sindical.

En París, la mañana transcurrió «en la calma general». Por la tarde, habiendo manifestado un cierto número de huelguistas la intención de dirigirse a los bulevares y a los Campos Elíseos, se comprobaron, sobre todo en estas grandes arterias, con una mayor animación, «las idas y venidas de los dragones, de los cazadores de infantería, de los soldados de infantería de línea, los “sprints” de los agentes ciclistas y las rondas de los municipales». En cuanto a los coches celulares melancólicamente alineados a lo largo de las aceras del Gran Palais, testimoniaban la inutilidad y el bluff de las medidas policiales.

En provincias parece que las manifestaciones, aunque revistieron menos brillo exterior que en 1906, fueron más numerosas. En todo caso, entraron en la lid localidades hasta entonces inactivas, hasta el punto de que el buró directivo no pudo satisfacer todas las demandas de oradores.

Impulso mundial y acentuación pacifista del 1º de Mayo

En Polonia, el paro fue importante a despecho de la represión. En Alemania se estima que el número de huelguistas se elevó a medio millón. Las reuniones agrupan a 180.000 asistentes. En Madrid, en Londres, Ginebra, Lausana y Budapest se realizan manifestaciones en la vía pública.

En Rusia este 1º de Mayo de 1908 (viejo estilo) se caracteriza por un magnífico impulso en los grandes centros.

El Congreso Confederal de Marsella, en el mes de octubre siguiente, podía darse golpes en el pecho, y esto es lo que hizo. Decidió reemprender metódicamente la «campaña de propaganda y de acción» en favor de la disminución de las horas de trabajo basándose una consulta a las organizaciones. La resolución es bien modesta. Declara «tender a la realización de la jornada de ocho horas», «aproximarse simplemente a esta reivindicación». No vincula las ocho horas con el 1º de Mayo, sobre el cual arroja un púdico velo.

Por el contrario, el Partido Socialista, en su congreso celebrado en Saint-Étienne (11-14 de abril de 1909), se ocupa especialmente del 1º de Mayo. Insiste sobre tres puntos: la eficacia del paro voluntario, el alcance de la reivindicación de las ocho horas y la necesidad de unirle la lucha por la paz. Ya en su manifiesto en vista del 1º de Mayo precedente, el Partido Socialista había insistido en la urgencia de la protesta popular «en la hora en que los barones de las finanzas y los príncipes de la especulación, dueños del Estado burgués, tratan de empujar al país a una nueva aventura colonial» y «no vacilan en reunir los materiales de un vasto incendio que podrá abrasar mañana a Europa entera». Se estaba entonces en plena acción militar del general d'Amade contra Moulaï'-Hafid en Marruecos y del general Vigy en el sur de Orán. Desde entonces, las amenazas de guerra no hicieron sino que aumentar. Y aumentarán aún, por desgracia, provocando durante años esa «guerra fría» de que hablaba Kautsky, preludio de la conflagración universal. Así, desde entonces hasta 1914, todos los Primeros de Mayo estarán

colocados mucho más bajo el signo de la lucha por la paz que bajo el signo de las ocho horas. Es lógico, ya que por naturaleza el 1º de Mayo une por sobre todas las fronteras a los productores del mundo en un acto de fraternidad universal que no puede adaptarse a una guerra, sea cual fuere.

El 1º de Mayo de 1909 y el de 1910

El 1º de Mayo de 1909 no sólo surge en un mundo en que se anuncia la guerra, sino en un cuerpo social roído por una crisis económica. Por todas partes reina el paro. Baste decir que un velo negro recubre la jornada. No hay que esperar, pues, que ésta señale un progreso sobre el 1º de Mayo de 1908, tanto más cuanto que cae en un sábado de pago, lo que obliga a cierto número de trabajadores a quedarse en el taller para cobrar el salario, impacientemente esperado. Además, en muchas localidades las manifestaciones se ven obstaculizadas por un tiempo espantoso.

En París, el poder, tranquilizado, no toma precauciones militares, al menos aparentemente, y Clemenceau –que sabe que la jornada transcurrirá tranquilamente– se va a Niza con el presidente Fallieres.

En 1910, el 1º de Mayo reviste en el extranjero una amplitud mucho mayor que los años anteriores, por el hecho de caer en domingo. En París, el 13 de octubre de 1909 100.000 manifestantes se habían adueñado de la calle para protestar en

favor de Ferrer. Apoyada en este precedente, la Unión de Sindicatos del Sena invitó a los trabajadores a desfilas en los Campos Elíseos y a reunirse en el Bois de Boulogne. Pero Briand, entonces presidente del Consejo, no permitió las «grandes maniobras del proletariado» anunciadas por la «Guerre Sociale». Reunió 20.000 hombres de tropa que ocuparon los barrios del Centro y formaron sus escuadrones hasta en las gradas de la Ópera. La manifestación, falta de dirección fracasó lamentablemente. La prensa exultaba. Sólo Luquet y Jouhaux, secretario confederal desde el 12 de julio de 1909, intentaron velar el fracaso. Por el lado obrero, Hervé proclamó con su manera pendenciera la «derrota» y el «ridículo» de la CGT, en tanto que P. Marius Andró en el semanario de Jules Guesde maltrató a los sindicalistas revolucionarios, incapaces de renovar la demostración en pleno París de los «engatusadores» del 1º de Mayo de 1890.

Notemos que si el manifiesto del Partido Socialista recordaba la necesidad de la «reducción de la jornada de trabajo», el de la CGT no hablaba de ella. Ponía el acento en las retractaciones parlamentarias, las infamias de la justicia de clase y la oposición a las pensiones obreras. Pero el Congreso Internacional Socialista de Copenhague (28 de agosto–3 de septiembre de 1910) adoptó una resolución sobre la legislación obrera, pronunciándose de nuevo por la «limitación de la jornada de trabajo a un máximo de ocho horas». La resolución reconocía formalmente, teniendo en cuenta la intervención de Schaper (Holanda), que a pesar de las «conferencias internacionales de gobiernos» de Berlín (1890) y de Berna (1906) –e implícitamente, que a pesar de la acción obrera– «muy poca cosa» se había hecho, «porque las clases dominantes se oponen al

mejoramiento de las leyes protectoras del trabajo, por temor de ver trabados sus intereses de clase». No se trataba más del 1º de Mayo que en el Congreso internacional precedente.

La resolución sobre las ocho horas y la semana inglesa adoptada en Tolosa (Francia) por el XI Congreso de la CGT (3-10 de octubre de 1910) no establecerá tampoco relación entre esas reivindicaciones y la manifestación del 1º de Mayo.

El 1º de Mayo de 1911

¿Cómo asombrarse, entonces, de que el 1º de Mayo de 1911 –al menos en Francia– relegase las ocho horas, por así decirlo, al rincón de los trastos? La aventura de Marruecos, con la marcha sobre Fez, dan una «importancia terrorífica» –como escribe Kautsky– a la protesta del proletariado francés contra la guerra. Todas las miradas se vuelven hacia París, como lo muestran los mensajes de los líderes de la Internacional que inserta «L'Humanité».

Pero el París obrero, ¿se halla en estado de responder a las secretas esperanzas de los trabajadores de todos los países, presas de inquietud?

A pesar de la prohibición del «Monisterio» (ministerio Monis), la Unión de sindicatos del Sena, respaldada por el diario «La Bataille Syndicaliste» –cuyo primer número es del 27 de abril– invita a los obreros, después de los dos grandes mítines de la

mañana u una doble concentración en la explanada de los Inválidos y en la plaza de la Concordia. Se trata, esta vez, de «ocupar la calle».

Se quiere recoger el guante arrojado ingentemente a los obreros el año anterior. Las organizaciones sindicales están resueltas. Y como el 1º de Mayo es un lunes, día propicio al paro voluntario, como el sol colabora y como el descontento popular creado por la puesta en marcha de la ley de las pensiones obreras son otros tantos factores favorables, la jornada se traducirá, si no en un éxito material, al menos por un «éxito moral». Se registrarán muchos más huelguistas que los años anteriores. Y numerosos trabajadores, haciendo caso omiso de las prohibiciones, chocaron con las fuerzas armadas, desafiando las cargas en los barrios burgueses. Hubo heridos.

Este 1º de Mayo, a pesar de algunos puntos positivos, se incluye aún en la serie negra. Pero atestigua que si la CGT hubiera aprovechado la juiciosa y firme crítica aparecida en la «Vie Ouvrière» después del fracaso de 1910, hubiera podido revestir cierta amplitud.

Es probable, en efecto que la CGT hubiera logrado un importante éxito material si hubiese sabido dar a la cita anual de los trabajadores un contenido obrero concreto preparado con un año de anticipación, en lugar de lanzar en el último momento un llamamiento en el vacío; si se hubiera entregado en su propio terreno a un esfuerzo tan serio y perseverante –aunque no fuera seguido de un voto favorable– como el del grupo socialista parlamentario.

El 1º de Mayo de 1912

El 1º de Mayo de 1912 no debía ser más brillante. También le faltó plan y euforia, pese a un visible pero demasiado tardío esfuerzo del semanario confederal para orientar la jornada en torno a «la semana inglesa y la disminución de las horas de trabajo».

En París, los mítines, así como las manifestaciones ante el ministerio de Justicia y en los bulevares para reclamar la liberación de los detenidos políticos y sindicales, no dieron motivo para alegrarse. Se sacaron abiertamente conclusiones en términos de depresión, de indiferencia, escepticismo y apoltronamiento. Y, como en la época de los años negros, de 1894 a 1904, el principio mismo del 1º de Mayo se pondrá en cuestión. Monatte –es significativo– recordó la entrevista del «Éclair» en la que Georges Sorel declaraba que el 1º de Mayo era una invención socialista que el sindicalismo había debido recoger y sufrir, pero de la cual no podía esperar nada. Mas lo hizo para levantarse contra este derrotismo, porque encontraba la jornada excelente para las grandes manifestaciones y esperaba que el 1º de Mayo de 1913, aprovechando la acción seria emprendida por la CGT en pro de la semana inglesa, daría la prueba de ello.

De hecho, vistas la campaña contra la prolongación del servicio militar, la tensión diplomática y la preparación de la conferencia franco-alemana de Berna, este 1º de Mayo se

centró, por la fuerza misma de las cosas, mucho más contra la guerra y los tres años. Por otra parte, como cayó en el día de la Ascensión, se ahogó en la fiesta del almanaque y perdió su carácter de paro voluntario.

El último 1º de Mayo en la paz

El 1º de Mayo de 1914 no fue en modo alguno inferior a los precedentes, aunque fuese un viernes y en Francia la antevíspera del segundo turno de las elecciones legislativas, que debía dar más de 100 diputados al partido socialista. A pesar de un paro bastante serio, estuvo lejos de satisfacer a los que rechazaban el optimismo de oficio de algunos responsables sindicales. Los obreros de comunicaciones por primera vez tuvieron fiesta oficial, lo que, después de la reintegración de Bordères, coronaba quince meses de lucha de los empleados de Correos.

En Saint-Étienne, también 2.000 obreros de la manufactura de armas tuvieron fiesta a petición suya. En casi todas partes los trabajadores del Estado aprovecharon la facilidad que se les daba para dejar el trabajo, pero por la pluma de Gervaise, su secretario, protestaron contra el rumor de que se les pagaría igualmente.

Si los trabajadores del Estado aceptaran ser pagados el 1º de Mayo, ese día ya no sería considerado por ellos como una manifestación, sino como un día de regocijo, lo que no es el caso.

Era lógico y digno. En todo caso, las medidas más suaves del Estado-Patrón –prueba de una evolución en las esferas oficiales con respecto al 1º de Mayo– constituían un débil consuelo para los que hacían el balance desde el Congreso de Bourges. Porque, en fin –aunque disguste a «Le Temps», que pretendía que los trabajadores «habían casi obtenido satisfacción» en el plano de las ocho horas–, fuera de los gráficos y algunas corporaciones de efectivos débiles, la inmensa mayoría del proletariado francés estaba aún en la jornada de diez horas. Algunas corporaciones hacían más, y en la mayoría, durante ciertas épocas del año las horas suplementarias eran la regla.

Pero, lo que importaba a los trabajadores en este 1º de Mayo de 1914, más allá de la obstinada reivindicación de las ocho horas, era hacer retroceder la guerra, cuyo espectro se perfilaba cada vez más en el horizonte. Cincuenta millones de hombres se unían ante todo en este pensamiento supremo en todas las capitales, en todas las ciudades, hasta en Sofía, donde el proletariado se manifestó por las calles y remitió una memoria al presidente del Parlamento y al presidente del Consejo.

Por desgracia, esta emocionante afirmación de solidaridad internacional –indiscutiblemente más amplia que el 1º de Mayo de 1890, a pesar de sus puntos débiles– debía revelarse sin porvenir. Tres meses después, «la horrible ogresa de manos ensangrentadas» evocada por Jouhaux en el mitin de Wagram salió de su antro y sembró la desolación en el universo, deshaciendo como un montón de paja la Internacional obrera.

XII. LOS PRIMEROS DE MAYO DE LA GUERRA

El 1º de Mayo de 1915

El 1º de Mayo de 1915 llega después de nueve meses de guerra. Europa está tinta en sangre. Ya hay más de un millón de muertos y tres veces más heridos. El rugido infernal de los cañones parece cubrir para siempre los clamores del proletariado. Se diría que el mundo es presa de un ataque de locura. Todas las potencias morales y espirituales ceden a la fuerza bruta. La impotencia de la Internacional obrera es completa. Su presidente, Émile Vandervelde, es ahora ministro de Su Majestad el rey de Bélgica, y su principal actividad –según su propia confesión– se concentra sobre la ayuda a sus compatriotas soldados. No es su preocupación hacer aplicar la cláusula de la resolución del Congreso Internacional de Stuttgart, confirmada en Copenhague, que establece para los parlamentarios socialistas el deber, en caso de guerra, «de intervenir a fin de hacerla cesar pronto y de utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar las capas populares más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista».

En estas condiciones no se puede esperar para el vigésimo sexto 1º de Mayo internacional la movilización tradicional del proletariado de las fábricas y de los campos. Convertido en el proletariado de las batallas, está movilizadado por cuenta de la burguesía, en tanto que el terror y el estado de sitio mantienen en suspenso a los productores que aún esperan su llamamiento a filas, y a los militantes que podrían tener alguna veleidad de acción.

En los países beligerantes, la nueva serie negra de Primeros de Mayo llega esta vez, o a una ruptura y abandono completos, o a un recuerdo puramente formal de la tradición. No obstante, vemos en algunos países, en lugar de las numerosas manifestaciones en masa –por débiles que hubiesen sido en el último período–, manifestaciones episódicas completamente excepcionales que testimonian la persistencia del sentido de clase, del irreductible espíritu internacionalista, de la fidelidad a la jornada proletaria. A este título, aunque tales manifestaciones que comprenden a una débil minoría no soportan ni de lejos la comparación con la agitación de masas anterior, merecen ser registradas y puestas de relieve.

Ciertamente las hubo en Alemania, vista la posición adoptada por el grupo Liebknecht–Ledebour–Rühle–Mehring–Zetkin y Rosa Luxemburg, cuyo llamamiento a los trabajadores del mundo (marzo de 1915) indicaba la invencible adhesión a los principios del socialismo internacional.

Pero estas manifestaciones no han llegado hasta nosotros. En cambio, conocemos una pequeña nota plena de sentido, inserta en el órgano central de la Socialdemocracia por el Partido que

se enorgullecía de agrupar a más de un millón de adherentes. Estaba concebida así:

El 1º de Mayo

Vistas las circunstancias particulares, la dirección del Partido recomienda abstenerse este año de interrumpir el trabajo. Por estas razones, nuestros periódicos no aparecen el 1º de Mayo. No se percibirán las cuotas usuales. Cuando sea posible encontrar locales, se recomienda organizar por la tarde reuniones de los miembros del Partido. El Partido no hará edición especial para el 1º de Mayo.

Como lo ha observado Zinoviev, el compañero de Lenin, todavía bajo los efectos de la indignación provocada por su lectura, esta simple nota enseña más al historiador sobre la situación del socialismo y de la Internacional que todo un legajo de folletos. Atestigua el sabotaje del 1º de Mayo por los mismos que tenían el cargo y el deber de mantenerlo. Es claro que si el partido del proletariado alemán encuentra que las matanzas que se suceden motivan la abstención, la renuncia al 1º de Mayo, no hay más que hacer la cruz al socialismo.

Es un símbolo. Este crimen es mucho más grande que el bombardeo de la catedral de Reims. Constituye el apogeo de la profanación de la bandera socialista por los social-chauvinistas. El cáliz de la vergüenza será bebido hasta las heces.

Así analizaba con vehemencia la nota, el futuro secretario de la Internacional comunista, que hacía además esta juiciosa observación:

El grado de atención consagrado por los obreros al 1º de Mayo ha dado siempre la medida de su grado de conciencia socialista, de su internacionalismo, de su aptitud para el sacrificio, de su combatividad anticapitalista. Este año, con referencia a las cumbres donde la socialdemocracia alemana oficial, tal barómetro ha caído bajo cero.

El Partido Socialista en Francia

No había caído tan bajo en las cumbres del Partido francés, aunque el viejo Vaillant escribiese en «L'Humanité»:

No hay más manifestación posible que la de nuestra voluntad resuelta a la victoria total que nos librará, y con nosotros a Europa, de la malignidad de la existencia del imperialismo militarista alemán.

En cuanto a Gustave Hervé, el hombre que había plantado en el estiércol la bandera de Wagram, pasando de un extremo a otro cultivaba cotidianamente el chauvinismo, proclamaba la solidaridad de clases, considerando el centenario de Marx como una «provocación», lo que lo llevó a aprovechar el cataclismo para enterrar el 1º de Mayo.

Por su parte, su amigo André Lichtenberger –autor de tan interesantes estudios sobre la historia del socialismo utópico– hacía un paralelo entre los primeros de Mayo de antaño, frívolos, rencorosos, «neurasténicos», y este 1º de Mayo de

unión, de «serenidad», de voluntad de vencer que, por «un milagro», ponía al desnudo «la verdadera alma de Francia».

La Comisión Administrativa Permanente (CAP) del Partido Socialista lanzó un manifiesto en el que en su primera parte se justificaba diciendo:

La crisis terrible pero pasajera, como todas las crisis, que el proletariado atraviesa en este momento, con el resto de la nación, no podría hacerle perder de vista, en efecto, los fines permanentes de su propaganda y de su acción. En la guerra sigue siendo lo que era en la paz, la clase expropiada y menor, cuyas aspiraciones tienden hacia un régimen de plena y entera justicia social.

Debe afirmar, pues, hoy como ayer, sus reivindicaciones esenciales. El 1º de Mayo de 1915, como los Primeros de Mayo anteriores, conviene que se recuerde a sí mismo y recuerde a todos que la jornada de trabajo de ocho horas sigue siendo a sus ojos el símbolo de una liberación parcial, prenda de una liberación total.

En esta fecha conviene rememorar también que la jornada de ocho horas, como por lo demás toda legislación tendente a mejorar el trabajo, podrá convertirse en una bienhechora realidad por un esfuerzo realizado no sólo en su propio país, sino de acuerdo con los proletariados del exterior en todos los países. De una manera más general, conviene recordar aún que todos los progresos en el orden económico no serán verdaderamente eficaces y ciertos más que por el entendimiento de las naciones y de sus obreros. La paz

misma, la paz definitiva y estable de Europa y el mundo no se verá asegurada sino en estas condiciones.

El manifiesto reconoce que «la manifestación de Mayo no tendrá este año la amplitud de los años precedentes», porque faltarán numerosos camaradas «retenidos por la defensa de la patria».

Ellos luchan y se sacrifican en este momento en las fronteras por nuestro ideal común. Combaten con miras a la misma emancipación obrera y humana, para liberar a Francia del norte y a Bélgica de las garras del agresor. Y son ellos, soldados de los ejércitos de la República, quienes, abatiendo al imperialismo alemán con estos ejércitos y con sus victorias, aportarán a todas las democracias del mundo las posibilidades de un desarrollo fecundo y fraternal y crearán el medio democrático y pacífico en que la Internacional obrera, reconstituida y regenerada, podrá cumplir su misión.

Seguramente sobre este párrafo versará más tarde un ‘folleto de la Internacional comunista cuando escribe que el manifiesto del Partido Socialista Francés era aún más vergonzoso que la nota del partido alemán. Además, el texto no hablaba de paro. Mas comprometía a los adherentes sindicados a unirse a las manifestaciones de sus agrupaciones.

Así pues, para París y suburbios pedía que se participara en la reunión privada que organizaba para la tarde del 1º de Mayo, en la Casa de los Sindicatos, la Unión de Sindicatos del Sena.

En la CGT francesa

En esta reunión, contrariamente a la costumbre, se especificaba que nadie tomaría la palabra fuera de los oradores inscritos y que no se toleraría ninguna contradicción.

Sostuvieron sucesivamente la tesis del sindicalismo de unión sagrada: Bled, secretario de la Unión de Sindicatos del Sena y miembro del Socorro Nacional; Lefèvre, secretario de la Federación de Joyeros, y Jouhaux, quien terminó con estas palabras:

Si el pueblo alemán no tiene fuerzas para amordazar a su militarismo, será necesario que nosotros encontremos el valor de hacerlo.

Ben Tillett, secretario de los portuarios de Londres, ex izquierdista convertido en chauvinista, que se mantenía en reserva, maniobró para ganar tiempo, a la espera de ir a saludar a Poincaré y de marchar al frente a visitar las trincheras. Los asistentes escucharon en silencio estas intervenciones, la última traducida por Ch. Mark. Pero en el momento de votarse el orden del día surgieron incidentes, ya que el buró rehusó dar lectura a un texto preparado por la oposición sindicalista y que de todos modos leyó Brisson, secretario interino de la Federación de Cueros y Pielles, en medio del alboroto. Finalmente, pronunciándose este texto por la necesidad de una acción obrera internacional inmediata con vistas a obtener la paz, fue que la oposición sindicalista se afirmaba públicamente en una reunión.

Se afirmó aún en París ese mismo día, en una asamblea de terrapleneros y en una reunión del Sindicato de Albañiles y Afines, que por lo demás había invitado a parar, como de costumbre, a sus afiliados. Se afirmó por fin en Lyon, en una importante reunión organizada por la Unión de Sindicatos del Ródano, con el concurso de Merrheim.

En realidad, la oposición sindicalista iniciada por la secretaría de los metalúrgicos al día siguiente de las exequias de Jaurés y considerablemente reforzada –después de varios meses– por la publicación de la nota de dimisión de Pierre Monatte, debía manifestarse bajo otra forma el 1º de Mayo de 1915.

Se trata del número especial de «L'Union des Métaux», compuesto por Merrheim y Rosmer, que produjo gran efecto, tanto por las declaraciones categóricas que allí se encontraban como por las piezas e informaciones corporativas hábilmente presentadas en 24 páginas. Los redactores mandaron los números, sin los «blancos» de la censura, no sólo a los sindicatos de metalúrgicos, sino a militantes conocidos.

Contrastaba con el número especial de «La Voix du Peuple», que Johaux se decidió a publicar a instancias de sus amigos. Este número contenía sobre todo una exposición de «la acción pacifista» de la CGT antes de la guerra, que silenciaba las decisiones de los congresos. También daba una visión de conjunto de la actitud confederal desde el comienzo de las hostilidades. En cuanto al manifiesto grandilocuente de la CGT, terminaba con el grito: «Valor y Esperanza» y sustituía la divisa «Trabajo y Amor» por «Bienestar y Libertad». Hacía del 1º de Mayo no un día de paro y de reivindicaciones, sino de

recogimiento, de esperanza y recuerdos. No se trataba en modo alguno de las ocho horas. Un pasaje anhelaba «ardientemente que la calamidad cese pronto y que los pueblos reconciliados, reanuden su marcha hacia adelante». Después se leía:

Asumamos igualmente el solemne compromiso de permanecer fieles a los principios de la Internacional, única que podrá ser la salvaguardia de la paz universal.

Mientras tanto, se llamaba a las organizaciones a entregarse a una «tarea de educación y de realización práctica», a fin de elevarse «por encima de los odios raciales» y de «resistir a las malas pasiones que desencadena la guerra».

Hay que convenir que el llamamiento de una organización de un país neutral como el Partido Noruego, con ocasión del 1º de Mayo de 1915, daba una nota muy distinta. Se leían estas líneas agresivas:

En el momento en que capitalistas y militaristas han puesto el mundo en llamas y en que millones de muertos y heridos cubren los campos de batalla de Europa, los partidos burgueses de Noruega se arrodillan ante el Moloch manchado de sangre de la guerra y sacrifican en masa nuevas víctimas al militarismo. En el momento en que el pueblo se ve falto de pan y en que la miseria devasta los hogares pobres, los partidos burgueses despilfarran el dinero del país en inútiles preparativos militares que agregan nuevas cargas a las que soporta ya la población laboriosa.

El 1º de Mayo transcurrió, por lo demás, como en el pasado en

los países escandinavos, en tanto que más allá del Báltico, en Letonia, donde la propaganda antibélica era grande, amenazaba estallar la huelga general al avance de los alemanes. También en Rusia y en la Polonia rusa se lanzaron violentos llamamientos en favor del 1º de Mayo. Lenin redactó incluso el borrador de un informe sobre «El 1º de Mayo y la guerra», en que hacía el balance del conflicto e indicaba las perspectivas revolucionarias que abría. En tanto que en Francia el sindicato de mineros de Carmeaux se niega a «suspender aun por un día» la extracción de carbón «tan necesaria para la defensa nacional», en San Petersburgo y en otras ciudades de Rusia se producen huelgas. En Inglaterra, para evitar el voto de resoluciones pacifistas, el gobierno prohíbe las manifestaciones proyectadas por los opositores socialistas.

El 1º de Mayo de 1916 en Francia

El 1º de Mayo de 1916 sobreviene después de 21 meses de una masacre que parece no tener fin y que provoca el cansancio. Sigue la guerra de posiciones en el principal teatro de operaciones. Desde el punto de vista social, este 1º de Mayo llega después de las conferencias socialistas de Zimmerwald (5-8 de septiembre de 1915) y de Kienthal (abril de 1916), que señalan el ardiente despertar del espíritu internacionalista y del combate a muerte contra las instituciones capitalistas, consideradas responsables de la «barbarie más salvaje».

En Francia, «Le Populaire», semanario de las minorías del

Partido Socialista, cuyo primer número aparece precisamente para la gran fecha obrera, viene a unirse al diario ruso de Trotsky, «Naché Slovo», al semanario «École de la Fédération» (École Emancipée), pacifista casi desde el principio de las hostilidades, a «Le Populaire du Centre», al «Journal du Peuple» y a la «Union des Métaux», que publica de nuevo un número especial.

«Le Populaire» contiene un artículo de Pressemane, diputado de Haute-Vienne, consagrado especialmente al «aniversario».

Por segunda vez –dice– el Día pasará sin que se eleve la gran voz de los proletarios del mundo entero, organizando sus fuerzas y preparando su liberación.

Pressemane recuerda «la afirmación simbólica de fraternidad humana que rebasaba el cuadro proletario» en que se había convertido el 1º de Mayo. Describe los vanos esfuerzos de la Internacional para impedir «la horrible cosa» y termina con una afirmación de confianza y esperanza.

Volveremos a ver nuestros Primeros de Mayo, sus dulces flores y sus potentes cantos, su alegría serena y su tranquila fuerza.

El número especial de «La Voix du Peuple» traduce a la vez la persistencia del apoyo de la CGT a la política de llevar la guerra hasta el fin y un cierto «renacimiento sindical». El término figura en el editorial de Jouhaux y no es una fórmula vacía. Se siente que a la vida sindical estática ha sucedido –motivado por el acrecentamiento de la mano de obra debido a las producciones de guerra y gracias a los aguijonazos de la minoría– una mayor

actividad. La CGT tiende a coordinar, a concretar, a canalizar este despertar obrero. Trata de fijar la atención de las organizaciones a todos los niveles en las cuestiones de los alquileres, de la vida cara, la mano de obra y la legislación internacional. Se pronuncia por la transferencia de la secretaría sindical internacional a un país neutral, a fin de «volver a dar vida real y efectiva» a la Internacional. Se pronuncia, respondiendo al llamamiento de la American Federation of Labor, por la realización de una conferencia internacional de las organizaciones sindicales, en el momento en que se discutan las condiciones de la paz. Preconiza, en fin, con ocasión del 1º de Mayo y para hacer conocer su posición, la reunión de pequeños congresos regionales o departamentales, insistiendo en la obligación de permanecer unidos y de desterrar «todos los motivos de disensiones».

Esto se dirigía evidentemente a los minoritarios. Pero no hace falta decir que el número especial de la Federación de Metalúrgicos no tuvo en cuenta este consejo. Desde la primera página iba derecho al fin, con subtítulos significativos:

Todo y siempre contra la guerra. Todo y siempre por la Internacional obrera. Por una pronta paz entre los pueblos.

La Comisión Ejecutiva de los metalúrgicos, sin descuidar las reivindicaciones inmediatas y aun documentando a su respecto a los trabajadores de una manera más vivida que «La Voix du Peuple», pretendía ante todo obtener de las reuniones sindicales la lectura y el comentario de los importantes textos pacifistas que ella daba a conocer a sus militantes.

En el congreso de la Unión de Sindicatos del Sena, realizado con ocasión del 1º de Mayo, la resolución de oposición de los toneleros reunió 24 votos contra 48 de la resolución de la mayoría confederal, aunque esta última soltó mucho lastre. Pero tal progresión se afirmaba sólo en el terreno de la discusión y de la difusión. La prueba es que la Comisión Ejecutiva de los metalúrgicos especificaba en su circular:

Lo mismo que el año pasado para esta fecha, no es cuestión este año de hacer un llamamiento a nuestros camaradas en pro del paro del 1º de Mayo.

En Italia y en Alemania

En Italia, al contrario, donde los trabajadores se habían visto arrastrados a la guerra hacía un año, a pesar de una fuerte oposición, el trabajo se suspendió casi en todas partes este 1º de Mayo de 1916. Incluso pararon las fábricas que trabajaban para la guerra.

En algunas ciudades de Lombardía las escuelas tuvieron fiesta. Y esto a pesar de las vejaciones de la policía, de las trabas de la censura, de los incidentes desagradables y de las prohibiciones de pegar manifiestos, distribuir volantes y realizar reuniones públicas. Este 1º de Mayo verdaderamente magnífico, vistas las circunstancias, asistió al lanzamiento de un magnífico número del «Avanti», órgano central del Partido Socialista Italiano.

La declaración que encabezaba «Avanti», expresión de una ardiente fe en la Internacional, decía:

Los que se inquietan o proclaman la bancarrota de la Internacional olvidan simplemente que apenas ha nacido. ¿Qué son treinta años de vida para un organismo que debe crecer y fortificarse en condiciones tan difíciles, venciendo las tradiciones, los odios atávicos y, sobre todo, resistiendo a las armas tan potentes de la instigación, el engaño y el extravío que están en manos de las clases dirigentes? Un momento en la vida de la sociedad humana.

El llamamiento afirmaba que si la Internacional no había podido impedir la guerra, no por eso dejaría de ofrecer a la humanidad «las garantías de la paz».

Terminaba con un «saludo de 1º de Mayo» a los «hermanos vecinos y lejanos» y con el grito irreductible de «¡Viva la Internacional!»

A este saludo fraternal, a este supremo grito de esperanza hizo eco Karl Liebknecht el mismo día en su vibrante llamamiento al pueblo alemán, que quisiéramos poder reproducir por entero.

El militante y diputado socialista convertido en «soldado de los batallones de trabajadores», que había declarado no querer disparar ni un tiro, une en este texto, que no es solamente un documento sino un acto, su oposición bravía al «Sabbat infernal», con la tradición esencialmente internacionalista y humana del 1º de Mayo:

Por segunda vez la aurora del 1º de Mayo se levanta sobre

un mar de sangre, sobre la masacre de los pueblos. Por segunda vez la fiesta mundial del trabajo encuentra en ruinas a la Internacional proletaria...

¡Trabajadores! ¡Camaradas! Basta de estas luchas fraticidas. El 1º de Mayo viene a advertiros, a golpear vuestros corazones y a vuestro cerebro. Traicionando al socialismo, traicionando a la solidaridad internacional de los trabajadores, los pueblos se han precipitado en la podredumbre de la guerra mundial.

Sólo el retorno al evangelio del socialismo liberador y sólo el retorno a la Internacional proletaria pueden salvar del abismo a los pueblos, la civilización y la causa obrera. Mostrad el 1º de Mayo que este evangelio está siempre vivo en vuestros corazones y en vuestros cerebros. Probad a la clase dirigente que la Internacional y el socialismo no están muertos, sino que, como el Fénix, renacen de sus cenizas plenos de nuevo vigor.

La Internacional proletaria no puede ser reconstruida en Bruselas, en La Haya o en Berna por algunas docenas de personas; no puede renacer aquí en Alemania ni en Francia, Inglaterra o Rusia, si las masas de trabajadores no toman por sí mismas en ambos lados la bandera de la lucha de clases y hacen resonar como un trueno su grito contra el asesinato de los pueblos.

Trabajadores, camaradas, y vosotras, mujeres del pueblo, no dejéis pasar esta fiesta del 1º de Mayo, la segunda de la guerra, sin emplearla en una manifestación del socialismo

internacional, en una protesta contra la masacre imperialista. Este 1º de Mayo, por encima de las fronteras y los campos de batalla tenderemos una mano fraternal al pueblo de Francia, Bélgica, Rusia, Inglaterra, Serbia, de todo el universo, en suma...

El llamamiento, en su último párrafo, incitaba abiertamente al pueblo alemán a la revuelta para obtener la paz. Terminaba completando el grito final del manifiesto italiano con la célebre fórmula: «¡Proletarios de todos los países, uníos!» Se le adjuntaba un pequeño volante, concebido en estos términos:

Para el 1º de Mayo, a las ocho de la noche. Que todo el que esté contra la guerra venga el 1º de Mayo, a las ocho de la noche, a la Postdamer Platz, en Berlín.

¡Pan, libertad y paz!

Respondiendo al llamamiento de Liebknecht, distribuido en volantes de mano en mano, alrededor de un millar de personas, entre ellas cierto número de mujeres, se dirigieron a la cita cantando la Internacional y dando gritos contra la guerra. También hubo manifestaciones análogas en otras ciudades alemanas. La Comisión Socialista Internacional zimmerwaldiana de Berna nos lo hace ver señalando el atrevido y victorioso combate de la juventud en Brunswick, la tumultuosa protesta de las mujeres de Hanau, preludio de una agitación de conjunto y de las grandes huelgas de junio que el ejército se encargó de reprimir.

Hubo numerosos arrestos. Liebknecht, que estaba de civil en medio de la multitud, fue arrestado el 3 de mayo y luego

perseguido, lo que por cierto privaba al Reichstag de una «voz implacable» –como escribía el «Avanti»– pero daba un poderoso relieve a la oposición a la guerra.

El mismo día de su arresto concluía Liebknecht con un nuevo acto de valor, bajo la forma de una memoria al tribunal militar de Berlín, su entrega en cuerpo y alma a la lucha, y elevándose al más puro heroísmo ofrecía su sangre al mensaje de su alma. Porque finalmente, después de condenado en apelación a cuatro años y un mes de prisión, debía pagar con su vida su inquebrantable fidelidad a su ideal socialista revolucionario y en particular al 1º de Mayo, que constituía el punto IV de su memoria:

Desde 1899 el 1º de Mayo está consagrado a la manifestación y a la propaganda en favor de las grandes ideas fundamentales del socialismo y contra toda explotación, opresión y violencia; está dedicado a la propaganda que preconiza la solidaridad de los trabajadores de todos los países, solidaridad que, lejos de ser suprimida por la guerra, se ve al contrario reforzada y acrecentada por ella; a la propaganda contra la masacre fratricida, a la propaganda por la paz y contra la guerra.

Durante la presente guerra, esta manifestación y propaganda son un deber doblemente sagrado para todo socialista.

Este 1º de Mayo de 1916, señalado también por encuentros en Viena y en Praga, por huelgas en Rusia y una vigorosa respuesta al lock-out en Noruega, mostró que, a pesar de las

previsiones pesimistas de Pressemane, la jornada roja conservaba un recuerdo intensamente vivo en la clase obrera y el socialismo internacional. Recuperando posiciones con esfuerzo visible, el proletariado devuelve vida y fuerza a la manifestación. A menos que no sea el 1º de Mayo el que, precisamente, ofrece al proletariado la ocasión de rehacerse. Dada la imbricación de las cosas, sería inútil tratar de zanjar la cuestión. Pero el hecho está ahí, signo anunciador de un 1º de Mayo de mayor importancia para el año siguiente, aunque la guerra siga rugiendo. Y esto, a pesar de que la Conferencia de los partidos socialistas de los Estados neutrales, que se realizará en La Haya (31 de julio–2 de agosto de 1916), la convocación del Buró Socialista Internacional, no hará siquiera alusión al 1º de Mayo en su manifiesto.

El 1º de Mayo de 1917 en Rusia

El 1º de Mayo de 1916 no fue más que un relámpago en las tinieblas de la guerra. El 1º de Mayo de 1917 estaría dominado por el trueno formidable de la Revolución Rusa de febrero. Naturalmente, este trueno daría una amplitud jamás lograda en parte alguna al 1º de Mayo de San Petersburgo, convertido en Petrogrado, la capital en que Lafargue presentía ya en 1905 «que se realizaría pronto un congreso internacional». Pero esto no es decir bastante. En el transcurso de la Revolución Rusa se verán en Moscú, convertida de nuevo en capital del imperio inmenso de los antiguos zares, Primeros de Mayo de

extraordinaria amplitud, a la escala de ese mundo desmesurado. Conviene subrayar, sin embargo, que jamás volveremos a encontrar un 1º de Mayo que presente una vida, una espontaneidad y un entusiasmo semejantes, con un concurso tan general, franco e ingenuo de la población.

Según el calendario ortodoxo, estaban a mediados de abril. Pero el Soviet de Petrogrado había decidido referirse ficticiamente al calendario occidental para encontrarse en armonía con los proletarios de todas partes y afirmar su fuerza a pesar de la guerra, de la parálisis de la Internacional y de las ilusiones de la burguesía. Por lo demás, era oficialmente día de fiesta por decisión del gobierno, y el general Kornilov, gobernador militar de la capital, había dado la víspera una orden que prescribía a todas las tropas, «en razón de la fiesta obrera mundial», «tomar parte en las procesiones populares con orquestas y música». Se estaba muy lejos de la conmemoración furtiva y bajo la amenaza policial, de una pequeña minoría obrera, conmemoración realizada en la fecha fijada por el calendario ruso y sin concordancia con el 1º de Mayo mundial. Entonces, los trabajadores abandonaban el taller o la fábrica para irse a un perdido rincón del suburbio a agitar fuera de las miradas un trozo de tela roja y a cantar con sordina los himnos proletarios. Ahora podían afirmar a la faz de todos sus aspiraciones revolucionarias.

La manifestación, preparada con varios días de anticipación en el Campo de Marte, no parecía que fuera a ser favorecida por el tiempo, porque el cielo era descolorido, el viento áspero y el frío intenso hasta el punto de fundir en uno todos los témpanos del Neva. Pero un cielo radiante y un sol magnífico, que se agregaban a la embriaguez de la libertad, arrojaron desde la

mañana a las calles a enormes multitudes. Hay que decir que como el paro era general no circulaba ningún tranvía ni coche alguno. Los negocios, las administraciones y aun los hoteles estaban cerrados y se había advertido a los viajeros que aseguraran su subsistencia aprovisionándose de antemano. Por todas partes desembocaban largas filas sinuosas que avanzaban, se detenían, retrocedían y maniobraban «tan dócilmente como una multitud de comparsas en un teatro».

Se concentraron en los emplazamientos señalados: el enorme cuadrilátero del Campo de Marte, el vasto hemicíclo de la plaza del Palacio de Invierno y la plaza de la catedral Isaac.

El escarlata de las incalculables banderas que tremolaban al viento en las calles negras de gente arrojada al sol «los mil fuegos de sus inscripciones doradas». Y este rojo de las banderas en medio de la calle se completaba con el rojo de los estandartes que empavesaban las casas y los edificios. Se comprende esta anotación de un testigo:

La antigua capital de los zares revestía el rojo esplendor de su traje revolucionario. Era una orgía de rojo, hasta el punto de provocar... una crisis de telas y de cintas... En la calle, por encima de las compactas multitudes, millares de banderas ponían un largo estremecimiento escarlata. La misma multitud, con sus nudos y escarapelas, está sembrada por una vía láctea de estrellas carmesí. Los soldados han teñido de rojo las escarapelas de su gorro, envuelto en tela roja sus botones –que conservan aún la efigie del águila– y suspendido dragones rojos en la empuñadura de los sables.

Pero dejemos hablar al mismo testigo burgués contando el ininterrumpido desfile de cientos de miles de hombres y mujeres de toda edad, raza y condición social.

He aquí los obreros de las fábricas con banderas de seda amapola, ornadas de franjas de oro; regimientos enteros con banderas adornadas de pinturas alegóricas; estudiantes de uno y otro sexo; todo un cortejo de niños precedido por un enorme cartel en honor de la instrucción obligatoria. Sacerdotes con la sotana florida de escarapelas que reclaman la elección de curas, diáconos, obispos y arzobispos. Y la nota cómica: Los esperantistas bajo los pliegues de una bandera verde veronés y automóviles envueltos en telas como para un martes de carnaval; en uno de ellos va un obrero disfrazado de Rasputín. Más lejos, la nota amenazadora: un grupo, por lo demás bastante pequeño, de obreros y soldados: la delegación anarquista con su bandera negra y el resumen de su doctrina: «¡Abajo la autoridad!» Y, por fin, la nota pintoresca de los diputados del Turquestán, de los tártaros, de los sarthes, con hopalandas multicolores y gorros de piel puntiagudos, llevando una bandera ornada por la medialuna y una orquesta que modula melancólicas melopeas orientales –visión de exotismo en la violenta modernidad de esta fiesta revolucionaria.

A la *Marsellesa de los Trabajadores*, a las marchas militares y a los motivos de ópera y de ballet tocados por las charangas, respondían clamores o cantos en que «el timbre grave de los hombres sostenía en coro a las voces de las mujeres y de los niños».

Y sobre la vibrante multitud que aplaudía cuando el carro rojo de la Internacional se abría camino en medio de ella, pasaban como ráfagas las embriagadoras estrofas de la victoria:

Le printemps a ressuscité
La liberté rayonnante.
Jurons: pas un pas en arrière!
Ce n'est pas en vain, soldats,
Que sur notre enclume
Nous forgeâmes vos baïonnettes.
Il n'y a plus de seigneurs, plus de bourreaux.¹⁰

Se escuchaban también las coplas que cantan la esperanza:

Les richards s'engraissent de notre sueur,
Ces gloutons nous arrachent
le dernier morceau de pain,
Nous sommes affamés parce qu'ils banquettent.
...Bientôt les peuples s'uniront
Dans le libre royaume du travail sacré.¹¹

Los oradores se sucedían indefinidamente en las tribunas de madera levantadas en las encrucijadas, en las salas de espectáculos y en los camiones, embanderados de rojo. Inagotables, hablaron hasta la noche, comentando las innumerables inscripciones: «¡Abajo la guerra! ¡Viva la In-

10 La primavera ha resucitado/La radiante libertad./ Juremos: ¡ni un paso atrás!/No en vano, soldados,/sobre nuestros yunques/forjamos vuestras bayonetas./Ya no hay más señores ni más verdugos.

11 Los ricos engordan con nuestro sudor./Estos glotones nos quitan el último mendrugo./Nos morimos de hambre por su gula./...Pronto se unirán los pueblos/en el libre reino del trabajo sagrado.

ternacional! ¡Viva la Asamblea Constituyente! ¡Libertad, Tierra y Paz! ¡Todo el poder para los Soviets! ¡Viva el gobierno provisional! ¡Abajo el compromiso con la burguesía...!», que en su oposición reflejaban las contradicciones internas de la Revolución. Porque nunca se hará notar demasiado que Lenin, llegado hacía poco –el 3 de abril– no cesaba de denunciar el Gobierno Provisional e impulsar a derribarlo para transformar la Revolución democrático–burguesa en Revolución soviético–proletaria. Sin cansarse, el pueblo escuchaba tanto el discurso bien construido del líder como la deshilvanada exposición del obrero con pelliza, del campesino con túnica de piel de carnero, del soldado con capote, del pope con sotana y del prisionero que contaba los sufrimientos de su cautividad.

La excitación fue tal que las discusiones continuaron por la noche, a la luz de los faroles. Por todas partes se agitaban y gesticulaban los grupos. Se oían estallidos de voces, aplausos y protestas, «los rumores de una ciudad embriagada de fatiga, de aire libre y de fermentación de ideas...».

La milicia obrera participó en la manifestación enarbolando su bandera: «¡Armamento general del pueblo!» A pesar de su ausencia en los barrios desiertos, sólo algunos elementos malsanos se aprovecharon de las circunstancias para entregarse a excesos y a requisas ilegales. Todo transcurrió en el mayor orden.

El embajador de Francia, Maurice Paléologue, relatando en su *Diario* este espectáculo extraordinario supo apreciar «su significación histórica» y su «virtud de irradiación general».

Esta jornada –agrega– me deja una profunda impresión; señala el fin de un orden social y el hundimiento de un mundo.

El mismo diplomático cuenta que al volver a la embajada se cruzó con el ministro Albert Thomas, quien, radiante de entusiasmo revolucionario, profirió esta exclamación: «¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso!»

En toda la inmensa Rusia y hasta en el frente, donde por primera vez los soldados blandieron la bandera roja, se festejó con un entusiasmo delirante este 1º de Mayo de victoria totalmente excepcional. En Mohilev, donde tenía su sede el Gran Cuartel General, los caballeros de San Jorge marchaban a la cabeza de los cortejos de militares y la columna del estado mayor avanzaba con su pancarta. En Jassy, las tropas rusas del frente de Rumanía sacaron de la prisión a Christian Rakovsky, futuro embajador de los Soviets en París.

En Europa

Entre los países beligerantes, Austria–Hungría se distinguió por el paro en este tercer 1º de Mayo de guerra. La detención del trabajo fue completa en Viena, aun en las fábricas de municiones. En Budapest y en las principales ciudades húngaras los talleres y negocios cerraron en gran número y no aparecieron los periódicos. En Viena se realizaron numerosos mítines, tratando principalmente de la Revolución Rusa, de la

alimentación y de la necesidad de concertar la paz. Por la tarde tuvo lugar el cortejo tradicional en el Prater, donde la demostración prosiguió al aire libre hasta la noche. En Budapest se llevó a cabo un imponente desfile.

En todo el Reich, el gobierno, que temía una extensión de la manifestación del año precedente, tomó medidas muy importantes. Las tropas estaban concentradas en cuarteles y campamentos. Las ametralladoras se encontraban preparadas. En Berlín, el Palacio del Emperador y todos los edificios del gobierno se hallaban protegidos. Las autoridades militares hicieron fijar advertencias por las que notificaban que los huelguistas de las industrias de guerra serían tratados como criminales culpables de alta traición. Sin embargo, pararon algunas mujeres que trabajaban para la guerra en Berlín y en Leipzig. Fueron casi las únicas huelguistas. Todo pasó en medio de la mayor calma y Liebknecht pudo meditar en la prisión sobre hasta qué punto el miedo era capaz de frenar el empuje de las masas.

De creer a los despachos de las agencias, también en Italia el 1º de Mayo estuvo lejos de revestir esta vez la amplitud de 1916. Hubo muchas reuniones y conmemoraciones, pero no cortejo ni manifestación pública, y el paro fue restringido. De ahí que el «Popolo Romano» expresara su satisfacción y felicitara a los trabajadores por su «oportuna» manifestación.

En Ginebra, donde la suspensión del trabajo fue seria, y en Zúrich y Berna, donde fue completa, hubo cortejos en las calles, como en Madrid y Estocolmo. En la capital sueca desfilaron 50.000 personas, lo que representa la manifestación más

numerosa que se haya visto en esta ciudad. En Copenhague el mitin agrupó a 15.000 asistentes y en Noruega el Partido hizo girar la jornada principalmente en torno a la carestía de la vida.

Y ¿en Francia?

Los llamamientos de las organizaciones mayoritarias –Partido Socialista y CGT– dan un sonido muy distinto al de antes. Se ve bien que, según el telegrama enviado por Jouhaux en nombre del buró confederal, «La Rusia liberada refuerza las ideas de derecho y de justicia que deben ser las de todos los trabajadores». Sin embargo, Jouhaux remite este telegrama a Kouzma Gvosdieff, presidente de un grupo obrero de unión sagrada de Petrogrado, y no al Comité Revolucionario de los diputados obreros y soldados de la capital rusa. Lo que quiere decir que la CGT, como el Partido Socialista, mantiene a pesar de todo su solidaridad con los países de la Entente. Pero, una vez más, el tono ha cambiado. El llamamiento confederal, aun no preconizando paro alguno, reconociendo que la hora de la paz no ha sonado todavía y no respondiendo al manifiesto del Soviet de Petrogrado, comparte su alegría y consuelo a causa del «feliz y formidable acontecimiento» que representa la Revolución Rusa. Afirma que en Francia no puede haber democracia en tanto que subsista la «aristocracia industrial y financiera». Plantea un amplio programa de reivindicaciones inmediatas en el cual volvemos a encontrar por fin esta vez la jornada de ocho horas.

Figura también en el llamamiento del Partido Socialista, firmado por Louis Dubreuilh, donde aparece igualmente un destello de esperanza, pero en el que la Revolución Rusa es apenas evocada.

Salta a la vista que la oposición minoritaria en el interior del Partido Socialista, a pesar de los pugilatos en la CAP y pese a su sorda agitación de base, aunque más doctrinal es menos enérgica y menos combativa que la oposición sindicalista. Es que la Federación de Metalúrgicos mueve a un millón de obreros y obreras de las fábricas de guerra. Por eso el número del 1º de Mayo de su órgano federal, bien armado, y documentado, mucho más alerta y vivo que el número correspondiente de «Le Populaire», llega a la plenitud de la protesta obrera, tal como se manifestara antes de que corriese la sangre de los pueblos. Sin embargo, hay que confesar que esta protesta, tan amplia en el terreno ideológico, sigue siendo platónica y extremadamente vaga desde el punto de vista de las directrices prácticas. No figura en ella ni el más pequeño llamamiento o apariencia de llamamiento al paro.

No obstante, hubo en París un mitin organizado por el Comité de defensa sindicalista al que fueron convocados especialmente los obreros de la construcción.

En Lyon, Troyes y algunas ciudades de provincia se efectuaron otros mítines. A la salida del mitin de París se formó una manifestación espontánea que recorrió la calle Grange-aux-Belles-Lancry, bulevar Magenta y plaza de la República, a los gritos de «¡Abajo la guerra!» y cantando la *Internacional*. Fue dispersada por brigadas de agentes.

El 1º de Mayo de 1918

Volvemos a encontrar en la brecha al Comité de defensa sindicalista para coordinar la acción minoritaria con vistas al 1º de Mayo de 1918.

En esta cuarta primavera de guerra, la oposición sindical –lo mismo que la oposición política– ha seguido aumentando. La conferencia nacional de Clermont–Ferrand (23–25 de diciembre de 1917), que reunía a 141 delegados representantes de 36 Federaciones, 70 Bolsas y 57 Uniones departamentales, había mostrado que la mayoría y la minoría tenían fuerzas casi parejas. Pero esta última sólo había conseguido asegurarse mandatos a costa de concesiones mutuas y concesiones a sus adversarios. La verdad es que la minoría estaba profundamente dividida y la llegada de Clemenceau al poder la había obligado a reafirmar la solidaridad confederal para responder a los avances de la mayoría. En el Partido Socialista, al anticlemencismo sistemático se agrega la lasitud de los mayoritarios, mal conducidos y disgustados con sus jefes, para facilitar la victoria de los opositores en la Federación del Sena, preludio de su casi victoria en el Consejo Nacional, el 17 y 18 de febrero de 1918, y de su victoria completa por 300 mandatos en el futuro Consejo Nacional del 28 y 29 de julio.

El 19 de abril de 1918, cuando el Comité de Defensa sindicalista se reúne para deliberar sobre el 1º de Mayo, se está en plena crisis. Hace un mes y medio que se ha firmado el

terrible tratado de Brest–Litovsk, que deja a Hindenburg las manos libres para volverse hacia el oeste. Estamos a veintidós días del primer bombardeo de París y a diez días del comienzo de la furiosa ofensiva alemana contra las líneas inglesas de Flandes. Es grande el temor de una ruptura del frente y de un avance sobre la capital. Por lo demás, los alemanes llegarán pronto a Château–Thierry. En esta coyuntura, los líderes minoritarios como Bourderon afirman enérgicamente que no quieren asumir la responsabilidad de una derrota.

El llamamiento, firmado por R. Péricat, preconizaba reuniones «según las necesidades y posibilidades», ya fuera por la mañana, por la tarde, o «una por la mañana y una por la tarde», lo que implicaba la huelga, ya que el 1º de Mayo caía en miércoles. No es menos cierto que el Comité elude la aplicación de la resolución votada en el Congreso minoritario de Saint–Étienne (24–25 de marzo de 1918), en favor de la huelga general.

Por lo demás, el bucólico y humanitario artículo del número especial de «La Plebe», consagrado al 1º de Mayo, Péricat no hace alusión a la huelga general proyectada por el Congreso de Saint–Étienne, ni siquiera a huelgas parciales.

Sin embargo, aunque usando igualmente de prudencia, como lo testimonian su llamamiento a la sangre fría y su puesta en guardia contra los «gestos inconsiderados», el Sindicato de Metalúrgicos de Bourges, de más de 5.000 miembros, decidió secretamente la huelga, por unanimidad de su Comisión Ejecutiva. Esta importante resolución, la primera de su género desde la guerra, con ocasión de la «resplandeciente jornada que consagra el advenimiento de la primavera, que magnifica el

triunfo de la vida sobre la muerte, de la verdad sobre la mentira», indica que el 1º de Mayo de 1918 es un 1º de Mayo de transición, que reanuda la práctica del abandono del trabajo, tradición bien afirmada.

A pesar de estar prohibidos por la censura, los llamamientos del sindicato a la huelga fueron comprendidos por los trabajadores. Estos respondieron en número de 15.000: manifestación por el programa de Zimmerwald, con claro carácter de clase, dando una impresión de victoria. Se comprende su estado de espíritu leyendo el Boletín especial del sindicato que, en la parte no censurada de la primera página, contenía principalmente estas líneas agresivas:

Que la clase obrera se prepare para ir adelante, después de haber castigado a aquellos miembros que están a la cabeza, y que en plena «guerra social», en un momento en que los trabajadores están diezmados, heridos, vencidos, han cometido el crimen de «inteligencia con el enemigo», desarmando al trabajo y entregándolo con armas y equipos. Debemos reconquistar las posiciones que esos cómplices y felones nos han ordenado evacuar.

Este resultado positivo, obtenido a pesar de los llamamientos a la moderación de la CGT y de la Federación de los Metalúrgicos, no fue en absoluto obra de provocadores, como trata de establecerlo una leyenda. Por lo demás, Merrheim conocía muy bien el estado de espíritu de los militantes de Bourges desde su visita a esta ciudad a su regreso de Zimmerwald –cuando todavía era entusiasta– hasta la reunión del 17 de febrero de 1918, cuando administró una ducha

escocesa a los asistentes. No ignoraba la potencia del movimiento minoritario sindicalista en Bourges y el fructuoso trabajo que allí realizaba especialmente «La Vague», de Pierre Brizon, cuyo número 18 tiraba ya 57.000 ejemplares, hasta el punto de que se llamaba a Bourges «la capital de 'La Vague'».

La huelga del 1º de Mayo en Bourges, lo mismo que la de Saint-Étienne, tuvieron su secuela hacia fin de mes, como consecuencia de los arrestos realizados y los volantes distribuidos a los talleres para enviar al frente. Se designa a estas coligaciones con el nombre de «huelgas por la Paz» y alarmaron a la vez a los poderes públicos y al grupo socialista parlamentario.

XIII. DE 1919 A 1933

La victoria de las ocho horas

El 11 de noviembre de 1918 el armisticio sucede a la proclamación de la República en Munich y en Berlín.

Después de las efusiones, Europa conoce una efervescencia de masas cuya intensidad se explica por el recuerdo de los horrores sufridos, el estrecho egoísmo de las clases dirigentes, el aplastante balance financiero de la guerra, el encarecimiento creciente de la vida y la mística de la Revolución Rusa. Esta efervescencia se traduce sobre todo en un tumultuoso avance de las organizaciones sindicales y una multitud de huelgas esporádicas. En el plano de las ocho horas, que «ha madurado» durante las hostilidades, se traduce en un régimen legal en Alemania y Polonia (ordenanza y decreto del 23 de noviembre de 1918), que venía a agregarse a las victorias rusa y finlandesa (decreto del 29 de octubre de 1917, leyes del 27 de noviembre de 1917 y del 14 de agosto de 1918), que completarían bien pronto la legislación aplicable a Austria y a Checoslovaquia (19 de diciembre de 1918).

En Francia, durante el conflicto, los establecimientos textiles creados por los industriales de las regiones invadidas, obligados por la necesidad habían adoptado a título provisorio la jornada de ocho horas. Estos eran casos aislados. Pero la opinión, trabajada de mucho tiempo atrás por la idea de una reforma legal, tendía a su generalización. El voto de la Asociación para la Protección Legal de los Trabajadores (23 de noviembre de 1918) revela este estado de espíritu. Reclama la fijación en ocho horas de la jornada de trabajo en las fábricas de trabajo continuo. Algunos días después, el 29 de noviembre, la Comisión del Trabajo de la Cámara de Diputados adopta un texto tendente a la generalización en la Industria de la jornada de diez horas –excepto en las fundiciones.

Se ve que estas decisiones no pasaron inadvertidas. Los líderes sindicales mayoritarios, que por una parte luchaban desde hacía tanto tiempo por las ocho horas, y por la otra trataban de mantener el empuje obrero en el plano defensivo, sacaron amplio partido de ellas. El Comité Confederal Nacional del 15 de diciembre de 1918 adoptó un «programa mínimo». Junto a las condiciones de paz justa, a la participación obrera en la Conferencia de la Paz, a la extensión de la seguridad social, al «control» obrero sobre la producción, el consumo y la reconstrucción de los países devastados, se encuentra una cláusula sobre la jornada de ocho horas.

Este programa, aclarado por una declaración liminar que trasluce el terror a la sublevación, es de una moderación y una prudencia que pasan en comparación con el impulso revolucionario de las masas y el desprecio de las reformas y las reivindicaciones inmediatas que mostraban los militantes y las

tropas minoritarias. Denuncia el «conservadurismo social» de la burguesía y el apego al pasado de los hombres que ocupaban el poder.

Sin embargo éstos, a pesar de su apego al pasado, no desconocían la gravedad de la situación. Se sienten angustiados por el porvenir próximo. Temen la cólera de los ex soldados, salidos hace apenas seis meses de las trincheras. Uno de los estadistas más eminentes por su persona y por el país que representa, Lloyd George, declara:

El mundo se halla en un estado de trastorno e inquietud, y yo no quisiera predecir lo que sucederá de aquí a uno o dos años.

La ley francesa del 25 de abril de 1919

En Francia, el gobierno de Clemenceau es consciente del peligro que representa el creciente poder del Cuarto Estado. Su jefe lo dice expresamente. Y como los diputados socialistas acaban de presentar un proyecto de ley pidiendo la aplicación a la industria y el comercio de la jornada de ocho horas, se hizo sentir la necesidad de arrojar lastre. Así, por resolución del 1º de marzo de 1919, el ministro del Trabajo Colliard adjuntó diez representantes obreros y diez representantes patronales a la Comisión de tratados internacionales de trabajo con mandato para emitir un dictamen sobre las proposiciones destinadas a figurar en el tratado de Paz. Esto no es todo. El 15 de marzo

siguiente, pide a la Comisión que examine la cuestión de la aplicación del principio de la jornada de ocho horas o de la semana de 48 horas. El problema, netamente planteado, da lugar a una apasionada discusión que enfrenta a ambas delegaciones. Pero, después de cinco sesiones dominadas por la eventualidad de un acuerdo internacional y por un amplio espíritu de conciliación, el 7 de abril se vota un texto favorable a la ley de las ocho horas. Sigue solamente en algunos días a la adopción legal de las ocho horas en España¹² y a la realización de las ocho horas en numerosas industrias italianas, por vía de acuerdo entre las organizaciones de la patronal y de los asalariados.

Desde entonces, las cosas se precipitan. El 8 el gobierno deposita un proyecto de ley en la Cámara, que examinado de inmediato por la Comisión del Trabajo sufre ligeras enmiendas en cuanto a la forma. Justin Godart lo apoya con calor como informante ante la Asamblea, como había apoyado el informe del 23 de noviembre de 1918, en la Asociación Francesa para la Protección Legal de los Trabajadores. Escuchémoslo, en su elevado lenguaje:

No hay que asombrarse de ver a la jornada de ocho horas exigida encarecidamente por los trabajadores del mundo entero al salir de la gran crisis. En la evolución de las sociedades, cinco años de guerra cuentan más que medio siglo de paz. Después del sufrimiento, es natural una aspiración hacia un estado mejor; se produce una reacción.

12 En España, la jornada de 8 horas es consecuencia de la huelga de la Canadiense, iniciada el 5 de febrero de 1919 y mantenida en Cataluña a lo largo de 44 días por la central anarcosindicalista CNT. [N. e. d.]

Es necesario, también, que de tantos males surja algún bien. Los que han hecho la guerra han estado sostenidos por esta idea. Por todas partes se les ha animado con promesas para el retorno. En las fábricas, su regreso no puede ser simplemente el de una mano de obra durante mucho tiempo ausente; son los soldados que vuelven a tomar la herramienta, abandonada por el arma. Por agradecimiento y por dignidad, importa que algo haya cambiado.

El proyecto de ley, adoptado por unanimidad el 17 de abril por la Cámara, transmitido al Senado e informado por Paul Strauss, da ocasión a hombres como Alexandre Ribot y Henry Chéron para afirmar que la reforma debía completarse con el establecimiento de viviendas baratas y el desarrollo de la educación popular. Ribot, líder de los moderados, exclamó:

Las masas laboriosas depositan en la jornada de ocho horas grandes esperanzas, que no tenemos el derecho de defraudar. ¿Se realizarán? Esto depende de los interesados y también de nosotros mismos; habrá que multiplicar los medios de educación para los trabajadores, permitirles utilizar bien sus horas de reposo. Habrá que mejorar el alojamiento obrero. Es la clave de todas las mejoras sociales.

El proyecto, votado el 23 de abril, sin modificaciones, a mano alzada y por unanimidad, apareció en el «Journal Officiel» el 25 de abril de 1919.

Ocho días antes de esta promulgación, la Federación de Metalúrgicos veía recompensados sus esfuerzos. En nombre de sus 200.000 sindicatos había firmado con el Comité de Herreros

una convención colectiva que limitaba a ocho horas la duración del trabajo. Y en virtud de un acuerdo registrado en el Comité Confederal Nacional del 23-24 de marzo de 1919, continuaban las conversaciones para obtener las ocho horas entre las federaciones patronales y obreras de los ferroviarios, los marinos, los portuarios, los obreros de la construcción y de los transportes.

El anticipo de las ocho horas y el 1º de Mayo

Así, esta reforma de las ocho horas, durante largo tiempo tenida por una utopía irrealizable, se veía «cosechada como un fruto maduro», según la expresión de Albert Thomas. No sólo en Francia, sino en numerosos países, en vísperas del 1º de Mayo de postguerra. Y lo que confirmaba esta madurez de la reforma es que la clase obrera, que hubiera podido enorgullecerse mucho de una victoria tan brillante, no lanzó los gritos de triunfo que se daban por descontados, aunque expresó su satisfacción.

De todas maneras, con la consagración legal de las ocho horas, la reivindicación, colocada a la cabeza de la manifestación decidida más de treinta años antes por el Congreso Socialista Internacional, se convertía en un hecho consumado. En estas condiciones se podía temer que el proletariado abandonara su jornada tradicional, en cierto modo mutilada, privada de su pieza clave. Pero era conocerlo mal. Era olvidar que lo que guiaba, lo que animaba su extraordinario entusiasmo a cada 1º de Mayo, en el fondo era mucho menos el cálculo de un

beneficio inmediato, la satisfacción de sus intereses egoístas, por legítimos que fueran, que una exaltación idealista ante la grandeza de su misión histórica.

Siempre se debe buscar el espíritu bajo el símbolo, preferir la interpretación libre a la estrechez literal. Junto a las ocho horas y más allá de ellas, ¿no ha habido durante treinta años para cada 1º de Mayo, y aun en el congreso de París que lanzó la jornada proletaria, la afirmación del valor social de la clase obrera, la voluntad de derribar el capitalismo para sustituirlo por el socialismo, la fe en la revolución social que, por la liberación del trabajo, liberará finalmente a la Humanidad dando la paz al mundo? Este alto ideal nutría ante todo el fervor de los proletarios y hacía del 1º de Mayo un día esencialmente religioso.

Estamos –decía George Lansbury, el 1º de Mayo de 1912– en el mayor movimiento que haya visto el mundo, el más profundamente y el más verdaderamente religioso.

Es evidente que en la jornada proletaria las ocho horas, a pesar de su importancia –como la reivindicación del sufragio universal en ciertos países–, representaban no el elemento duradero, sino un elemento pasajero. El líder balcánico Dobrogeanu-Gherea lo había presentado desde 1893, ya que escribió:

Sin duda estas reivindicaciones son de un interés inmediato y capital para el proletariado, pero su triunfo está próximo y se obtendrán sin que el 1º de Mayo pierda su alcance ni su brillo.

Clara Zetkin mostró magníficamente en abril de 1899 que, al

reclamar las ocho horas, el proletariado que produce todo sólo pedía en suma un anticipo sobre la inmensa deuda que la clase burguesa había contraído a su respecto.

Hace decir al proletariado, en respuesta al capitalismo, que explota el trabajo para obtener la deslumbrante plusvalía:

Pido un anticipo sobre tu deuda, una garantía de mi completa emancipación, que te arrancaré un día. Pido la jornada de ocho horas... a fin de que los obreros y sus hermanas de sufrimiento y de miserias puedan educarse y organizarse, para que su mirada se haga clarividente, su pensamiento libre y audaz, su corazón entusiasta y dispuesto a los sacrificios por la lucha de emancipación...

Pido más: una legislación protectora del trabajo eficaz; reivindico todas las reformas económicas y políticas aptas para mejorar mi situación, aligerar el peso de mis cadenas y aumentar y asegurar mi poder. Pero no pido únicamente estas reformas con el fin de aminorar mi miseria presente. También y sobre todo las pido para hacer más enérgica y eficaz mi lucha de clases por la conquista del mañana. Porque no puedo abandonar las armas antes de que el orden capitalista haya caído por tierra.

Con la misma fecha que Clara Zetkin, representante de la Social Democracia alemana, Georges Plejánov, en nombre del partido Social-demócrata ruso, profetizaba que la conquista de las ocho horas significaría una gran victoria de la economía política del trabajo sobre la del capital.

Veía en ella «la prenda de nuevos triunfos para la clase

obrero». Y con el mismo espíritu, casi en idénticos términos que Clara Zetkin, escribía:

Un proletariado que tenga clara conciencia de la situación en que lo coloca el régimen capitalista no se contentará con la jornada de ocho horas. Querrá dar nuevos pasos hacia adelante y avanzará hasta que, apoderándose del poder político, se convierta realmente en su amo y pueda llevar a cabo todo su programa económico. Así la jornada de ocho horas no será más que un anticipo.

El 1º de Mayo de 1919 en París

En este 1º de Mayo de 1919, al menos en los grandes países, una gran fracción de la clase obrera logró tal anticipo. Pero faltaba hacer aplicar la ley en cierto número de corporaciones. Faltaba también, para el porvenir, cobrar todo el resto de la deuda, lo que implicaba la acentuación del carácter revolucionario de la demostración.

Por todas partes surgieron divisiones respecto a esto en las centrales sindicales. Tanto más cuanto que la futura Internacional Sindical roja, el Consejo Internacional de Sindicatos que acababa de nacer en Moscú, cristalizaba las oposiciones. En Francia, la CGT, que centraba el 1º de Mayo en ejecución de la ley de ocho horas, agregaba ciertamente a este programa consignas reclamadas por la minoría, tales como la desmovilización general, la amnistía, la protesta contra la

intervención en Rusia. Pero los minoritarios no se mostraban satisfechos con estos añadidos. Encontraban que tales objetivos no correspondían a la revolución realizada en Rusia, en Alemania y en Hungría y que creían «posible, próxima, inevitable y fatal» en Francia.

En cuanto a los gobernantes y a los patronos combativos que no dejaban las armas más que en apariencia, a pesar de la válvula de seguridad de la ley de ocho horas se inquietaban por la fiebre proletaria. El presidente del Consejo de 1919 renovó las concentraciones de tropas y las medidas policiales del ministro del Interior de 1906. Y como en tiempo de aquel 1º de Mayo de pánico, mucha gente estaba predispuesta a terrores ridículos alimentados por un inmenso cartel escarlata de la organización amarilla llamada Confederación Nacional del Trabajo, fijado en las paredes y que anunciaba que «la patria estaba en peligro» por la bolchevización.

Obedeciendo a decisiones sindicales, por primera vez en París en esta jornada la prensa no apareció. Salió solamente con autorización excepcional «La Voix du Peuple», en cuanto órgano de la CGT; tres mil ejemplares, de 100.000 fueron secuestrados por inobservancia de la censura, que seguía en vigor, aunque relajada.

Todas las fábricas, los grandes negocios, los cafés e innumerables tiendas estaban cerrados. El metro y los transportes no funcionaban. Los taxis se hallaban en los garajes. Se asistía a la suspensión total de la vida ordinaria. El silencio reinaba en los talleres.

El paro general señaló por primera vez en los anales de las luchas obreras el triunfo absoluto, indiscutible de la voluntad del proletariado decidido a mostrar su fuerza y su autoridad.

Un testigo obrero dice:

Por la mañana la impresión fue formidable.

Y agrega, estremeciéndose aún, después de cinco años:

Caminábamos por los desiertos bulevares, asombrados, estupefactos ante el prodigio realizado. ¿Qué se habían hecho los burgueses? No sabíamos nada de ellos; habían desaparecido refugiados en sus lejanos castillos o agazapados en sus sótanos entre dos cajas de arenques ahumados. No nos cruzábamos más que con obreros o empleados con el ojal florido de escaramujo rojo... En este momento, sí, verdaderamente creímos que la revolución era dueña de las calles.

La mañana pasó en la mayor calma y a pesar de la lluvia que caía despiadadamente la alegría iluminaba los rostros de los trabajadores que iban a hacer marcar sus tarjetas. Para la tarde se había previsto una manifestación en la vía pública, de la plaza de la Concordia a la plaza de la República, que el gobierno había prohibido. La Unión de Sindicatos no hizo caso de esta prohibición, a petición de Lepetit, y hacia las 15 horas se vio bajar de la periferia al centro de la capital a buena parte de la clase obrera. Entonces la policía, obedeciendo órdenes severas, comenzó a intervenir a vergajazos y los manifestantes chocaron con las barreras de tropas. Hubo corridas serias y por primera vez se desplegó la bandera roja en los bulevares.

Los soldados concentrados en la capital por el ministro Mandel desde el 20 de abril dejaron desfilar por el bulevar Beaumarchais y por otras partes a los manifestantes, que cantaban el famoso aire del 17.º. Pero la policía se mostró muy violenta. Derribó y pateó aun a mujeres y ancianos. Si hay que creer al comunicado de la prefectura de policía, los agentes pagaron caro su violencia, pues 428 habrían sido heridos. Por el lado de los manifestantes no es posible ninguna estimación de las bajas. Debemos limitarnos a decir que los heridos, entre los cuales estaba Jouhaux, se contaron por centenares. Hubo también dos muertos: Auger, uno de los más antiguos cajeros del banco La Unión Parisiense, y el joven sindicado Charles Lorne, garajista de la Compañía General de Taxis, muerto a los 19 años en la calle de la Michodière.

Estas violencias produjeron en la clase obrera fuerte emoción mezclada de cólera. Tanto más cuanto que a causa del mantenimiento del estado de sitio numerosos manifestantes fueron llevados ante los consejos de guerra. En señal de protesta, Jouhaux abandonó su sitio en la Conferencia de la Paz, y por orden del Partido Socialista, Fernand Bouisson y Compère-Morel debieron presentar sus dimisiones del Comisariado de la Marina Mercante y del Comisariado de Agricultura respectivamente. Algunos días más tarde Cachin y Jobert interpellaron en la Cámara. Después de un debate agitado y de las rápidas explicaciones del ministro responsable, Pams, la Asamblea aprobó al gobierno por 356 votos contra uno, habiéndose retirado los socialistas salvo Jean Bon. Por último, las exequias de Charles Lorne dieron lugar a una manifestación imponente que con su fuerza tranquila atestiguaba que si la CGT lo hubiera ordenado, la clase obrera no habría reanudado el

trabajo el viernes 2 de mayo, en respuesta a las brutalidades policiales.

En provincias y en el extranjero

En provincias, el despertar del proletariado fue tan señalado como en París.

Todo transcurrió en la mayor calma, gracias a que se autorizó a los cortejos a usar libremente las calles. En Vichy incluso se vio al comisario de policía con su *écharpe*, marchando a la cabeza de la columna de trabajadores. Sin embargo, en Lyon, algunos ligeros incidentes se produjeron en los alrededores de los bancos. Las tiendas en general estaban cerradas. No funcionó ningún transporte. A pesar de una lluvia torrencial, los manifestantes desfilaron en masa tras las banderas rojas.

En casi todas las grandes ciudades e incluso en las localidades de segundo o tercer orden, el paro y las manifestaciones revistieron, como en Lyon, un carácter sin precedentes. Sin embargo, en Tolosa (Francia) el paro sólo fue parcial. Notemos que en Montluçon se depositó una palma recordatoria sobre la tumba de Jean Dormoy, y que en Rúan se vio por fin una manifestación obrera callejera, que en vez de ensayo resultó ser un golpe maestro, ya que desfilaron 15.000 trabajadores. En Bourges, donde el paro fue general, el Consejo general, a

proposición socialista, decidió no realizar sesión pública. En conjunto, la clase obrera francesa –mucho más que en 1906– dio la impresión de una fuerza ascendente que parecía con mucho irresistible. Hecho sintomático: la bandera negra reapareció en Séte, en tanto que en Moscú, en la Plaza Roja y ante un pueblo inmenso, el carro escarlata de la III Internacional y los tranvías pintados de bermellón se unían a la púrpura revolucionaria de los estandartes de seda que se destacaban por encima de las cabezas.

La manifestación de Londres, amplia y vigorosa, tranquila y alegre, reunió a gran número de hombres uniformados. La de Glasgow agrupó a cien mil personas.

En Bruselas y en toda Bélgica no hubo nada de extraordinario. Si en Madrid estallaron simples alborotos, Nueva York, Boston y Cleveland se vieron ensangrentadas por refriegas serias. Buenos Aires estuvo en calma, así como toda Alemania, donde el gobierno Scheidemann había decretado el 1º de Mayo fiesta nacional. Berlín, como París, se convirtió en una ciudad muerta donde había desaparecido toda actividad laboriosa con excepción de algunas empresas de artesanía. En Hungría el 1º de Mayo, también fiesta nacional, se conmemoró con esplendor. Por todas partes flotaban innumerables banderas rojas y los fogosos acentos de los cantos revolucionarios resonaban hasta en las aldeas.

Preparativos para el 1º de Mayo de 1920

A continuación de este 1º de Mayo, cuya formidable amplitud consagra dignamente la victoria de las ocho horas en la mitad de Europa, el Trabajo de Versalles (28 de junio de 1919) encamina a todos los grandes pueblos industriales del mundo hacia la jornada de ocho horas.

Se hace alusión a ella en el preámbulo de la parte XIII del tratado. Pero el artículo 427, más explícito, declara de una «importancia particular y urgente»:

La adopción de la jornada de ocho horas o de la semana de 48 horas como objetivo a lograr en todas partes donde aún no haya sido obtenido.

Además, el tratado fija como primer punto del orden del día de la Conferencia Internacional del Trabajo que debe reunirse en Washington «la aplicación del principio de la jornada de ocho horas o de la semana de 48 horas». En fin, teniendo en cuenta las diferencias de toda clase entre las naciones, afirma el principio de una uniformidad en la reglamentación de las condiciones del trabajo y crea con este objeto una organización permanente.

Por primera vez, se trata del trabajo y de la justicia social en un tratado de paz al pie del cual los representantes de las grandes naciones ponen su firma. Es un gran acontecimiento en la historia humana. También lo es en la historia obrera, si se comparan las medidas tomadas por el tratado de Versalles para mejorar, organizar e internacionalizar las condiciones del trabajo con las medidas contenidas en la resolución del Congreso Internacional de París en 1889, que el 1º de Mayo

tenía la misión de llevar a los hechos.

Sin embargo, la mística de la Revolución rusa continúa produciendo mucho más efecto en el espíritu de las masas y las minorías colocadas a su vanguardia que la consagración internacional de las ocho horas. ¿Cómo asombrarse, en estas condiciones, de la fiebre que se apodera de la CGT al aproximarse el 1º de Mayo de 1920?

Las huelgas de ferroviarios de febrero-marzo de 1920, dirigidas por los mayoritarios en una organización en la que el leninismo va ganando terreno, terminan, según lo dice «Vie Ouvrière», con «una victoria que avergüenza».

Los sindicalistas revolucionarios dan como segura una reanudación del conflicto que permita lanzar fuera de las fábricas a toda la clase obrera el 1º de Mayo. Como consecuencia de la conquista por los minoritarios de la Federación de Ferroviarios se vota la huelga general de las redes ferroviarias.

El Comité federal elige el 1º de Mayo a las 6 de la mañana para aplicar la resolución. La CGT, que se limitaba a un paro general de 24 horas el 1º de Mayo, se ve obligada a adaptarse a un paro de mayor duración.

Decide que el 1º de Mayo se convertirá en «el pivote» de una acción más sostenida y de mayor importancia que la que ella había previsto con el programa de las nacionalizaciones. «Da el salto», para emplear la expresión de Jouhaux, decidiendo que los portuarios, los marinos, los mineros, los obreros del transporte y luego otras corporaciones respaldarán y ampliarán por olas sucesivas el movimiento de los ferroviarios. Por tanto,

este 1º de Mayo se presenta en Francia bajo el signo de un empuje social de gran perspectiva y verdaderamente excepcional por su organización y su prolongación.

Un paro en masa

Se estima en 220.000 el número de los ferroviarios que paran. Esta participación en masa hace del 1º de Mayo de 1920 una jornada quizás tan importante, en lo que respecta al paro, como el 1º de Mayo anterior. La Unión de Sindicatos del Sena, haciendo por su cuenta el balance de la jornada estima que el paro en el trabajo sobrepasó la huelga del 1º de Mayo de 1919. Pero esta vez el paro es resultado exclusivo de la organización obrera, en tanto que en 1919 el gobierno, la administración y la parte patronal se habían prestado a él en cierta medida. Es otro punto positivo. También hay que subrayar, por primera vez en Francia, la participación efectiva de los maestros de escuela en el movimiento, cosa que se produjo en Marsella. Más aún, los huelguistas de la Enseñanza desfilaron en grupo en el poderoso cortejo que se extendió de la Bolsa de Trabajo al palacio Lonchamp y sus delegados tomaron la palabra en los diferentes mítines. Con este gesto, los maestros de escuela marseleses tomaban la iniciativa de hacer pasar en Francia la huelga de los maestros públicos del dominio de la discusión al de la realidad.

Un punto negativo que hay que señalar en la cuenta de este 1º de Mayo es, en París, la conducción de cierto número de autobuses por los voluntarios de la Unión Cívica, ensayo de un

contra-1º de Mayo de acción directa, reflejo de defensa de la burguesía ante la amplitud de la movilización obrera. A causa de esta empresa, considerada por los trabajadores como una «provocación», París vio renovarse las violentas refriegas del año anterior. La policía intervino utilizando sus revólveres. Hubo numerosos heridos y dos muertos. Con estas salvajes hazañas, que sucedían a las amenazas de empleo de gases lacrimógenos, el gobierno preludiaba la represión que llevaría a cabo en el curso de los años siguientes.

En provincias, según la confesión de la agencia Radio, el paro fue general en Marsella y en los grandes servicios públicos. «La Voix du Peuple», rindiendo cuenta de la jornada, pudo escribir sin vanas exageraciones:

El ímpetu de la provincia no ha sido menor que el año pasado. El paro ha logrado una amplitud parecida; las reuniones y manifestaciones tuvieron lugar en todas partes con excelente espíritu.

Apoyándose en sus informes, el boletín oficial de la CGT cita una treintena de ciudades de las cuales le llegaron noticias el mismo día y donde «la manifestación fue admirable», sin que en ninguna parte hubiese incidentes serios. Hay que decir que el 1º de Mayo había sido metódicamente preparado en provincias por giras de propaganda.

Este 1º de Mayo, menos impresionante sin duda que el de 1919, fue sin, embargo, uno de los más poderosos que el proletariado pueda inscribir en sus anales. Así resultó, en general, en todo el mundo. En Inglaterra se asistió por primera

vez a un poderosísimo movimiento de huelga que englobó a no menos de ocho millones de trabajadores. La manifestación de Londres reunió a un millón de personas. Hubo desfiles monstruosos en Manchester, Glasgow, Derby y una veintena más de ciudades. En Francia, la batalla que siguió, resultó perdida y bien perdida. Los ferroviarios, que habían iniciado el movimiento, decidieron volver el trabajo el 28 de mayo, después que las corporaciones que los habían respaldado hubieron experimentado terminantes fracasos. La CGT, amenazada con la disolución, quedó en pie, pero sus efectivos se reducirán a la mitad para el 1º de Mayo de 1921.

De 1921 a 1928

Este señaló en forma muy neta el retroceso de la clase obrera a un período de divisiones que anunciaba la escisión sindical después de la escisión política realizada en el Congreso de Tours (20 de diciembre de 1920). Frossard, secretario del naciente Partido Comunista, definió a este 1º de Mayo como una jornada «de desánimo y de abdicación».

En París, según la «Vie Socialiste», no se había visto «desde mucho tiempo atrás semejante abandono», y «Le Peuple», cegetista, confiesa:

El número de sindicatos que desfilaron por los lugares de cita fue el más bajo que jamás se haya alcanzado.

Contrariamente a los años anteriores, funcionaron los tranvías, los autobuses, el metro y el Nord-sud. Sólo la ausencia de taxis en los bulevares, la detención de un cuarto de hora en los espectáculos y la no aparición de diez diarios recordaron a los indiferentes la fecha del 1º de Mayo. Por la tarde se realizaron diez mítines en los suburbios, que agruparon a un tercio de los manifestantes que un simple llamamiento reunía antaño en la colina del Chapeau-Rouge, mientras que en Varsovia se realizaba un inmenso cortejo de 200.000 personas.

El 1º de Mayo de 1922 cayó en lunes y la nueva CGT o CGT Unitaria (CGTU), organizó la víspera una manifestación en el parque de los Oblatos, en Saint-Queen. En provincias como en París la jornada fue descolorida. Sin embargo en Nantes, a pesar de la reciente escisión, los sindicatos de ambas CGT formaron un cortejo único y unido que no habría ningún discurso para evitar todo incidente. Hay que decir que, pese al rechazo de acción común del PC al PS en el plano nacional, la cosa era posible porque los anarcosindicalistas estaban entonces a la cabeza de la CGTU. Junto al 1º de Mayo de 1922, el 1º de Mayo de 1923 aparece en Francia como un ligero despertar después de «tres años de un sueño lleno de pesadillas». En París las costureras, que continúan su huelga reivindicativa, harán dar a la jornada el nombre de «1º de Mayo de Mimí Pinson». Esta encantadora expresión no debe hacer olvidar empero que «en el sagrado islote de la Grange-aux-Belles y de la plaza del Combate» hubo algunas refriegas sangrientas, una de las cuales costó la vida al árabe Bérédia.

Por primera vez Pekín y Shanghai participaron en la jornada y en Tokio gran número de manifestantes salieron heridos de los

encuentros con la policía. En Constantinopla, por el contrario, todo transcurrió pacíficamente. La demostración más importante después de la de Moscú se registró en Berlín, donde 28 cortejos agruparon a más de 500.000 personas. Dos particularidades caracterizan a este 1º de Mayo, en la cuenca del Ruhr ocupada por las tropas franco-belgas: por una parte, los jefes militares impusieron a los oradores que no trataran «en modo alguno» las cuestiones de política internacional y se limitaran «a hablar del papel y de la significación del 1º de Mayo»; por otra parte, el Partido Comunista intentó obtener la fraternización de los obreros y de los soldados. En Italia, bajo la bota fascista desde el 30 de octubre de 1922, todas las manifestaciones estaban proscritas. Además, Mussolini había obligado a los trabajadores a celebrar el 21 de abril, día del supuesto nacimiento de Roma, una *Fiesta Nacional y del Trabajo*. No obstante, a pesar de la localización de los huelguistas, de la persecución de los militantes y el secuestro, prohibición o auto de fe de los periódicos proletarios, en Milán pararon el ochenta por ciento de los metalúrgicos y de los obreros de la construcción y el sesenta por ciento de los tipógrafos. En Turín una bandera roja flotó durante cuatro horas sobre la torre más alta de la ciudad. En Trieste y en Nápoles estallaron bombas. En Calabria hubo tumultos, y habiendo publicado la Bolsa de Trabajo de Palermo un manifiesto de protesta, pagó su valor siendo saqueada por los fascistas.

Los Primeros de Mayo siguientes en Francia son Primeros de Mayo anémicos, limitados, mezquinos, a pesar de la crisis económica, de las amenazas fascistas y del sabotaje de las ocho horas por patronos que abusaban de las derogaciones. De hecho, casi siempre son sólo una movilización de fuerzas

destinada a señalar la influencia relativa de ambas CGT y de los dos partidos obreros, y traducen «grosso modo» en su diversidad dos perspectivas, dos programas, dos métodos de lucha.

El 1º de Mayo de 1924, la jornada internacional cayó en plena fiebre electoral y los trabajadores pensaban mucho más en arreglar sus cuentas en el bloque nacional que en reanudar la tradición revolucionaria, en tanto que en Italia las organizaciones confinadas en la ilegalidad se mostraban incapaces de superar sus divergencias para manifestarse en común.

Los Primeros de Mayo de 1925 y 1926, centrados por la CGTU en la unidad sindical, la carestía de la vida, la escala móvil y la lucha por la paz, no dan lugar a esas bastas manifestaciones que recuerden a 1919 y 1920, evocadas por la Unión Unitaria de Sindicatos del Sena. Sin embargo, como lo confiesen los periódicos burgueses, el 1º de Mayo de 1926 se cuentan 500.000 huelguistas en la región de París, signo seguro de que la castración popular no era completa.

El 1º de Mayo de 1927, fiesta legal en Austria, Checoslovaquia y la URSS, presenta el grandioso cuadro de mítines, cortejos y reuniones deportivas, al paso que la prohibición rige en Italia, en Hungría, en Lituania y en Pekín. Cien mil obreros en Shanghai y 200.000 en Hankao salen a la calle en favor de la revolución china.

El 1º de Mayo de 1928, el Buró de la Internacional sindical de Ámsterdam insiste en su manifiesto en el peligro que corre la

jornada de ocho horas. La Internacional sindical roja (Moscú) muestra asimismo el peligro que amenaza a las ocho horas, pero es para denunciar «la complicidad de Ámsterdam», que lo ha hecho posible. También en Varsovia los socialistas y comunistas llegan a las manos. Interviene la policía y hay tres muertos y más de cincuenta heridos. En Lodz, en Sosnowiecz y en Leopold también hubo heridos. En Moscú el 1º de Mayo fue como de costumbre un desfile militar ante todo.

Los Primeros de Mayo de 1929 y 1930

En París, la víspera del 1º de Mayo de 1929 el ministro del Interior Tardieu y el prefecto de policía Chiappe ordenaron más de 3.000 arrestos preventivos. Con todo, aparte de las fanfarronadas de algunas hojas obreras, nada justificaba «dar vacaciones» a la legalidad.

A estas medidas preventivas que decapitaban al proletariado parisiense, se agregó al día siguiente una redada de huelguistas que iban a hacer marcar sus carnets en los puestos sindicales. La policía los condujo a los bastiones de las fortificaciones, donde se les retuvo hasta el amanecer. Los mítines anunciados no pudieron realizarse.

A este golpe de fuerza en el centro, reforzado por cargas policiales en Lille, Lens y Piennes, hizo eco en Berlín una sangrienta represión que dejó como saldo 27 muertos y 75 heridos graves. Se debió al hecho de que el prefecto

socialdemócrata, Zoergiebel, había prohibido toda manifestación callejera, y el Partido Comunista, exagerando su fuerza y aislándose de los sindicatos, lo pasó por alto. Felizmente, en el resto de Alemania todo transcurrió sin incidentes graves y aun en Baviera, donde dominaba la reacción, los cortejos pudieron desfilar pacíficamente por las calles. En Bulgaria y en Turquía –como en París– el gobierno efectuó arrestos preventivos. En Turquía llegó incluso a montar un «complot».

El 1º de Mayo de 1930 sobreviene en pleno refuerzo del poder capitalista, en plena ascensión del fascismo. Sea por pura coincidencia, o bien por arrogante provocación, es éste el día que eligen los banqueros internacionales –amos y árbitros de los pueblos, gracias al Banco Internacional de Pagos– para iniciar los trabajos de una asamblea que se inaugura en Bruselas, con el fin de discutir las condiciones del futuro «préstamo de anualidades alemanas».

En Francia, el PC y la CGTU, estrechamente ligados hasta el punto de practicar la «dirección única», vuelven a discutir la fórmula catastrófica de la «radicalización de las masas», a pesar de una caída vertiginosa de sus efectivos y de toda una serie de amargas derrotas en lo que respecta a las huelgas y a las jornadas internacionales de lucha (1º de agosto de 1929, 6 y 8 de marzo de 1930). El PS y la CGT progresan, es verdad, numéricamente, llegando el primero a más de 125.000 miembros y la segunda a más de 700.000, pero esto es sobre todo gracias a la afluencia de funcionarios, ya que su tenor en obreros de la industria privada seguía siendo débil.

El llamamiento del PC y de la CGTU reconocía que la jornada

del 1º de Mayo de 1929 «no fue lo que hubiera debido ser». Habla de «tomar la revancha» y, conforme a las directrices de la Internacional comunista, se propone lanzar a los obreros a una «batalla política», como si la Revolución fuera inminente. Por último, en la capital, la «huelga política y reivindicativa de las masas» no se ve seguida más que por los terrapleneros y los metalúrgicos. A pesar de que «L'Humanité» anuncia más de 300.000 huelguistas en la región parisiense, la realidad obliga a reconocer que este «grandioso 1º de Mayo» es uno de los más tristes que haya conocido la historia obrera.

Con todo, fuera de Francia no fue lamentable. Hubo gran afluencia no sólo en Moscú y las principales ciudades de la URSS, sino también en el Reich, principalmente en Berlín, donde más de 100.000 manifestantes se reunieron en el Lustgarten. En Australia –en Darwin– los parados atacaron la residencia del gobernador e izaron la bandera roja en el techo del Ayuntamiento.

El 1º de Mayo de 1931 y el de 1932

Esta proeza, cantada de forma entusiasta por los comunistas, debía desempeñar el papel de una idea–fuerza. En Francia, al acercarse el 1º de Mayo de 1931 se echa de ver una manifiesta tendencia de los obreros unitarios a suplir con gestos individuales –entre otros la fijación de banderolas y banderas rojas– las acciones en masa que no pueden realizar.

Estas proezas se generalizan de tal manera con ocasión del 1º de Mayo que el diario del PC debe hacer de ellas el objeto de una nota especial. Teniendo en cuenta la exageración, resulta que en la región parisiense la bandera roja flotó sobre las fábricas, los grupos de casas, los astilleros, los pilones, los postes telegráficos, a través de las calles, y aun –en Bondy– por encima del canal.

Este fenómeno de sublimación, nuevo, curioso y original, daba un contenido revolucionario artificial a un «1º de Mayo de impotencia» y merece ser notado, pero no podría ocultar el carácter puramente verbal de la jornada. En efecto, jamás la desafección obrera apareció tan manifiestamente como en este día rico de una tradición gloriosa. André Tardieu, el hombre más representativo de la burguesía capitalista, podía con razón hablar desdeñosamente del «sindicalismo al 10%» evocando la débil proporción de los trabajadores franceses sindicados. Hay que agregar aún que, además, este irrisorio número de miembros era presa de incesantes luchas interiores. Se advierte en los múltiples manifiestos de las organizaciones rivales que dan a la jornada objetivos diferentes, tiroteando cada cual para su lado a la masa indiferente. Fue esto lo que hizo decir a un periodista que el Comité de los 22 que se había constituido para restablecer la unidad sindical tenía «mucho que hacer». Georges Dumoulin, uno de sus líderes, no había ocultado que el 1º de Mayo de 1931, colocado bajo semejantes signos, sería un «1º de Mayo de impotencia». Lo fue en grado tal que «Le Populaire» y el «Bulletin du Comité des Forges» se unieron para hacerlo constar.

Sin embargo, fuera de Francia tomó un ritmo completamente

distinto. En Moscú, en medio de una selva de banderas rojas y de cartelones iluminados y bajo los ojos del cuerpo diplomático en pleno, los obreros llevaron carteles sarcásticos con caricaturas del papa, de Pilsudsky, de los fascistas, de los líderes socialdemócratas y de las prisiones en los otros países. En Berlín, la demostración fue sobremanera importante. En Grecia, Yugoslavia y Polonia se realizaron arrestos preventivos, como también en el Japón, donde la manifestación organizada en Tokio por los socialdemócratas reunió a 20.000 trabajadores. En España, república desde el 14 de abril, la jornada fue un 1º de Mayo de victoria. El pueblo ibérico, «con un entusiasmo casi infantil» conmemoró al mismo tiempo la proclamación de la República y la fecha de movilización de las masas trabajadoras. El proletariado madrileño, en esta fase idílica de la Revolución –antes de pasar a los incendios de iglesias que se realizarían diez días más tarde–, aplaudían al socialista Largo Caballero y al católico Alcalá Zamora, que andaban entonces del brazo.

Como el 1º de Mayo del año siguiente cayó en domingo y era el día del primer turno de las elecciones legislativas, resultó en Francia más insignificante aún que el 1º de Mayo de 1931. Esta jornada, que en el plano político señala en Francia una detención de la clase obrera, se traduce en un nuevo debilitamiento en el plano de la mística en lo que concierne al 1º de Mayo. Por cierto que no se debe sólo a las divisiones. A pesar de las violentas huelgas una cierta pacificación de la atmósfera social –consecuencia de los progresos materiales realizados– es en alguna medida la causa. Y también esa falta de fe que sólo un gran acontecimiento puede hacer renacer.

Felizmente, en cierto número de países no se extingue la llama

del 1º de Mayo. Por ejemplo en Alemania, Duisburg ve desfilar junto a los trabajadores germanos a los equipos franceses, belgas y neerlandeses de las barcasas del Rhin. En Halle y en Frankfurt del Main, la manifestación alcanza una fuerza excepcional. En esta última ciudad, 15.000 obreros asisten por la tarde a un espectáculo dramático de Henry de Man, a la vez cultural y conmovedor, realizado por más de mil intérpretes.

Hitler y los sindicatos alemanes frente al 1º de Mayo de 1933

Pero el 1º de Mayo de 1933 encuentra a la clase obrera alemana bajo la bota fascista. Hitler ha obtenido sus fines sin disparar un tiro, con una facilidad y una rapidez inesperadas. Está en el poder desde el 30 de enero, y las elecciones del 5 de marzo, después del incendio del Reichstag y el terror que siguió, le dan –por así decirlo– consagración legal dentro del marco mismo de la Constitución de Weimar.

En todas partes, en el mundo entero, esta catástrofe oprime con su peso la tradicional jornada de los trabajadores, mientras que Hitler –fiel a su táctica, que confirmará más tarde a Hermann Rauschning– profana en cierto modo el 1º de Mayo como había profanado ya la bandera roja. Por decreto hace de él un día de fiesta oficial bajo el nombre de «Jornada Nacional del Trabajo». Favorecido por la capitulación de las organizaciones sindicales, la división y la impotencia de los partidos obreros, transforma una jornada libre, autónoma y revolucionaria de lucha de clases, en una jornada legal de

colaboración de clases, en una concentración obligatoria que en nombre de la farsa «Nacionalsocialista» y bajo el signo de la «Cruz Gamada» muestra su verdadero rostro con la participación activa de los elementos más conservadores (formaciones de los cascos de acero, delegaciones de los guardias blancos rusos), como también con la recepción oficial de dos jefes de la industria pesada alemana: Krupp y Roechling.

Cosa increíble: el Buró de la Internacional obrera socialista interpreta esta anexión odiosa y esta ridícula mascarada del 1º de Mayo como el haberse visto constreñidos los nazis «a inclinarse, mal de su grado, reconociendo este día como fiesta oficial, ante la resolución tomada por la internacional socialista en 1889».

Y la Central alemana de Sindicatos opina en el mismo sentido:

Nos felicitamos de ver que el gobierno haya hecho una fiesta legal de este nuestro día...

El hecho de que Hitler anuncie que el 1º de Mayo servirá para honrar el trabajo, es de extraordinaria importancia.

En consecuencia, pedimos a todos los miembros de la AGDB que participen activamente en la celebración del 1º de Mayo según las directrices del gobierno.

Jamás, ni aun en plena guerra de 1914–1918, en tiempos de Leigen y de Scheidemann, se había asistido por parte de dirigentes obreros a semejante impulso a la servidumbre. Sumergidos por la marea ascendente, aterrorizados, pasmados y desamparados, estos hombres se esforzaban por con-

temporizar, adaptarse y practicar «el mal menor», aumentando con su tardía adhesión la parodia del 1º de Mayo imaginado por Hitler. Sin embargo, aun sin ellos la concentración hubiera sido formidable, porque Hitler, que tomaba en serio los cortejos en masa, utilizó todos los recursos del poder, combinados con los efectos del terror, para hacer de este 1º de Mayo nazi en Berlín una manifestación monstruo.

La gran parada de Berlín

El 1º de Mayo cayó en lunes, pero los preparativos fueron sabiamente dispuestos durante toda la semana anterior.

En las empresas, bajo la presión de las células nazis y de los espías policiales se indicó a los obreros que debían hacer marcar sus tarjetas en Tempelhof, lugar de la concentración, so pena de despido. «¡El que no se manifiesta, no come!», llegó a ser en cierto modo el eslogan del día, y los obreros estaban obligados a concentrarse primero a la hora fijada en el lugar de trabajo.

En las oficinas de paro, en las secciones nacionalsocialistas, hubo presiones de otro orden. Y para impresionar a la clase media se sucedían concentraciones y desfiles bien ordenados y orquestados, en tanto que los periódicos y la radio difundían los llamamientos, cantos y discursos sobre la política social del nuevo Reich. Se obligó por otra parte a los trabajadores de los servicios públicos, incluso los bomberos y carteros, a trabajar en el ornamento y decoración de la ciudad, guirnaldas con la cruz

gamada, arcos de triunfo adornados con los colores nacionales y los eslogans hitlerianos. La víspera llegaron grupos y secciones de asalto que se dirigieron a ocupar los lugares de la manifestación. En fin, todos los edificios públicos y establecimientos industriales estaban abundantemente embanderados, lo mismo que las sedes de los sindicatos o instituciones sindicales.

En esta atmósfera, apenas turbada por la difusión de libelos hostiles y de un número especial de la hoja comunista «Rote Fahne», que preconizaba el «boicot», tuvieron lugar la reunión del Lustgarten y la concentración de Tempelhof.

En el Lustgarten, sobrevolado por aviones, hubo un discurso de Goebbels contra el marxismo y una alocución del viejo mariscal Hindenburg. Todo el estado mayor hitleriano estuvo presente en Tempelhof, desde donde se veía por encima de los suburbios la silueta de un Zeppelin.

Las tribunas y el césped fueron invadidos por una imponente multitud que se apretujaba igualmente en torno al cerco. Se estima en 200.000 por lo menos el número de personas venidas de la región berlinesa. Las hay que han hecho 200 y 300 kilómetros para asistir a esta inmensa manifestación e incorporarse a las catorce columnas que desfilan por el aeródromo a los sonos alternados de los aires nazis y de las marchas militares, al seco choque de las órdenes, a los gritos de «Heil» y al estruendo ensordecedor de la radio.

Los altavoces puestos al máximo de volumen relatan todas las fases de la ceremonia. En fin, la noche descende sobre la

enorme multitud y el gobierno recibe en el Congreso de la antigua Cancillería a las delegaciones llegadas de diversos centros del Reich, de Austria y del Sarre.

A las 20 se anuncia que va a hablar el Führer. Habla, en efecto, y pronuncia el tan esperado gran discurso-programa. Es la ola habitual de excitaciones antimarxistas, antisemitas y chauvinistas, esmaltadas de promesas demagógicas.

Luego, mientras se dispersa en masa la multitud, fantásticos fuegos artificiales coronan simbólicamente esta enorme atracción de feria de carácter oficial, tan alejada en el espíritu y en los hechos del mensaje del Congreso Internacional de 1889.

Para recompensar a su modo el derrotismo de los jefes sindicales alemanes, Hitler haría proceder al día siguiente al arresto de cincuenta de ellos, a la ocupación de las sedes de las organizaciones por las secciones de asalto y a la confiscación de los bienes y fondos obreros. Era lo que llamaba «la entrada en la segunda etapa de la revolución alemana».

En el fondo, so pretexto de «reorganización sobre una base corporativa», no constituía sino el preludio a la destrucción sistemática de los sindicatos o, si se prefiere, a su incorporación en el aparato del Estado fascista. Estas operaciones iban a la par con el refuerzo de la policía secreta, la constitución de una «oficina especial para combatir el sabotaje del trabajo» y el anuncio de la baja de los salarios a fin de poner a la industria alemana en condiciones de luchar contra la competencia extranjera en los mercados mundiales. Realmente, la audacia de Hitler ya no conocía límites, puesto que sembraba la confusión

y el disgusto en las filas obreras concertando la ratificación de los tratados de Berlín y de Rapallo entre su gobierno y la Unión Soviética, por una parte, y la firma en el palacio de Venecia del acuerdo comercial entre la Italia de Mussolini y la Rusia Soviética.

El 1º de Mayo de 1933 en Francia y en el mundo

En toda Alemania se asistió a imitaciones del acto berlinés, que agruparon a imponentes multitudes, salvo en Hamburgo, que lo pagó con medidas de represión.

En Viena, en estado de sitio desde la víspera, hubo un centenar de arrestos; en Tokio, más de mil; en Osaka, 450; en Shanghai, 100. Parece que en Nueva York y en Nueva Orleans la manifestación tomó mayores dimensiones que en ningún 1º de Mayo anterior. En todos los grandes centros de España el paro fue general, y en Madrid, donde la actividad se detuvo por completo, sólo circulaban los coches de policía y los de los médicos.

Con ocasión del XVI 1º de Mayo ruso desde la caída del zarismo, en todos los puntos de la URSS se inauguraron nuevas fábricas y se intercambiaron delegados de una ciudad a otra. En Moscú, las plazas y las calles estaban decoradas con inmensos retratos de Marx, Engels, Lenin, Stalin y aun de Thaelmann, dirigente del Partido Comunista Alemán. Más numerosos que en Berlín, los aviones sobrevolaban la ceremonia, acompañada también de música, radio y fuegos artificiales. Pero ni las masas compactas de manifestantes, ni el desfile de autos blindados, de

tanques de asalto y otros efectivos de la artillería ante el mausoleo de Lenin, ni el solemne juramento de los jóvenes soldados, ni el discurso de Vorochilov podían hacer olvidar en este día consagrado al Trabajo cuánto se había modificado en provecho de la contrarrevolución la relación mundial de las fuerzas.

Se vio en París, donde el 1º de Mayo fue «un retroceso respecto de los otros años». El movimiento huelguista hubo de ser casi nulo, aparte de los obreros de la construcción, los de la moneda, de la Imprenta Nacional y los cloaquistas. Y «L'Humanité» del día siguiente reconocerá que en muchos establecimientos los trabajadores se limitaron a paros en el trabajo que se escalonaban de cinco minutos a una hora y media.

Sin embargo, la huelga de la casa Citroën desarrolló cierto espíritu de combate y el sentido de la solidaridad en las grandes fábricas de automóviles, Renault, Samlson y algunas otras que marcharon a la vanguardia del paro, cerrando sus puertas.

A pesar de la unidad de acción preconizada por la CGTU –a la que el Partido Comunista dejó la iniciativa de la jornada–, cada formación sindical organizó su manifestación por separado. La de la CGTU en el bosque de Vincennes fue con mucho la más importante, agrupando quizás a 40.000 personas. Pero esta manifestación se distinguió por su insipidez, hasta el punto de que Habaru, redactor simpatizante de «Le Monde», se preguntará al hacer el informe si los asistentes no sufrieron en este día de sol «la influencia campestre», si eran manifestantes o paseantes y si no preferían el aire de moda de los *Mozos de la Marina* a los grandes acentos de la *Internacional*.

Las provocaciones de la policía acarrearón al regreso a París una vigorosa respuesta en la calle Claude–Degaen, mostrando qué reserva de energía guardaba cada proletario. Por otra parte, la unidad de acción lograda en más de veinte ciudades de provincia indicaba que estaba próximo el tiempo en que la clase obrera de Francia se liberaría de sus discordias y, recuperaría su movimiento ascensional, sacando al 1º de Mayo de la penumbra en que cada año se sumergía un poco más desde 1921.



XIV. DE 1934 A 1939

El 1° de Mayo de 1934

El golpe de fuerza del 6 de febrero de 1934 despertó de su sopor al pueblo francés. Ante el peligro fascista se enderezó con un magnífico impulso, reencontrando el sentido de su pasado revolucionario, realizando espontáneamente la unión por encima de las organizaciones rivales y los jefes hostiles.

La huelga general plenamente lograda del 12 de febrero, levantamiento en masa y lleno de entusiasmo del proletariado bajo los pliegues de las banderas rojas, arrojó a las arterias de la capital y de todas las ciudades, y a veces de las aldeas, impresionantes multitudes. Esta formidable respuesta a la jornada reaccionaria del 6 de febrero fue seguida el 14, con ocasión del entierro de las víctimas obreras de la plaza de la Concordia, por un inmenso cortejo, que agrupó en París aún más gente que la que el 12 de febrero se había reunido en Vincennes. Esta magistral confirmación del despertar popular –seguida pronto por la agrupación de los intelectuales antifascistas (marzo) y de los *Estados Generales del Trabajo* (abril)– indicaba que se disipaba en Francia el horizonte «terriblemente sombrío» de la primavera de 1933.

Pero el frente único en la base, que había vuelto a dar a los trabajadores una confianza y un entusiasmo enormes, no había sido completado por el frente único permanente en la cima, y el 1º de Mayo de 1934, aunque significa una recuperación incontestable, no es aún un 1º de Mayo de victoria.

La atmósfera es bastante sofocante. Austria ha sido víctima del fascismo; el gobierno de plenos poderes de Tardieu-Doumergue comienza la aplicación de decretos-leyes, sanciona a numerosos funcionarios y hace ocupar la capital por tropas selectas venidas de provincias. Al mismo tiempo las bandas fascistas, reforzadas y unidas, se hallan en estado de alerta e inquietan nuevamente a los trabajadores.

El llamamiento de la Internacional comunista, plagado de ataques contra la socialdemocracia, obliga a los proletarios a romper con ésta. El llamamiento de la Internacional obrera socialista, orientado únicamente contra el fascismo, glorifica a los héroes de la «Viena Roja» y anuncia «los primeros signos de una nueva marcha ascendente del movimiento socialista». El llamamiento de la Internacional sindical de Ámsterdam predica la «reunión de todas las fuerzas y voluntades» para triunfar del sufrimiento y la desesperación. Y con este *leitmotiv* termina también el llamamiento del Partido Socialista.

La CGTU organiza una demostración en el bosque de Vincennes; la CGT y los funcionarios, dos mítines que se suceden en la Mutualidad. La asistencia es pobre. En Vincennes hay quizá 20.000 manifestantes. El paro es importante pero no responde a la inquietud de la burguesía. Sin embargo, numerosas fábricas que permanecían habitualmente abiertas cierran sus puertas. La

deserción mayor se produce en la metalurgia. Los taxis, bastante numerosos por la mañana, desaparecen casi por la tarde. Se notan algunas cargas de policía y batallas serias en la ciudad Jeanne d'Arc (XIII.º) y en Alfortville, donde los obreros dan pruebas de gran combatividad.

En provincias, la fuerza de la huelga y el poder de las Manifestaciones callejeras contrastan con los Primeros de Mayo anteriores. En Lille, los incidentes enfrentan a socialistas y comunistas.

Fuera de Francia, donde la democracia subsiste, las manifestaciones autorizadas transcurren por lo general en calma. Empero en España, en Alfaro, sangrientos combates cuestan la vida a cuatro obreros; en Gante; La Habana; en Sarrebrück; en Praga, Gladno y Narisch-Ostrau en Checoslovaquia; en Nueva Delhi y Bombay, estallan refriegas con la policía. Donde el fascismo ha establecido su dominación terrorista, los trabajadores aprietan los dientes y cierran los puños. A los arrestos preventivos de Tokio y Yokohama corresponden los de Dollfuss en todas las ciudades de Austria. Sólo en Viena se cuentan 3.500. Se realizan búsquedas hasta en las alcantarillas. A pesar de esto se organizan muchas reuniones clandestinas mientras que el canciller austríaco, imitando a Hitler, hace desfilar sus «corporaciones» en el Ring. En Rumanía, a pesar de que el 1º de Mayo es oficialmente fiesta legal, el gobierno prohíbe los mítines. En Sofía hay 200 arrestos a consecuencia de violentos altercados. En Tempelhof, en Berlín, según diferentes corresponsales de prensa, el discurso de Hitler sobre «el honor del obrero» no levantó las entusiastas aclamaciones del 1º de Mayo anterior. Las cifras oficiales dan dos millones de

asistentes, subrayando el «carácter espontáneo» de la demostración. No obstante, de circulares distribuidas a los miembros de diversas corporaciones resulta que la participación en el desfile era obligatoria y la abstención podía acarrear una multa de 20 marcos, o sea 120 francos, salvo certificado médico, que costaba de 3 a 5 marcos.

En Moscú, la demostración difirió de los Primeros de Mayo anteriores por el hecho de la inusitada presencia de numerosas delegaciones extranjeras y de representantes del Schutzbund austríaco. Gran número de decoraciones estaban consagradas a la expedición ártica del vapor «Cheliuskin».

El 1º de Mayo de 1935

El 1º de Mayo siguiente en la capital soviética fue sobre todo un 1º de Mayo militar en respuesta al peligro de una explosión guerrera proveniente de la Alemania hitleriana. Por lo demás, se estaba en vísperas de la firma por Laval, ministro de Negocios Extranjeros de Francia, y Potemkin, embajador de Rusia en París, del pacto franco-soviético. Treinta mil hombres de tropa, reunidos a lo largo de la inmensa Plaza Roja, desfilaron al son de la *Internacional* interpretada por 300 músicos, con otros tantos carros, los obreros con la bayoneta calada, las formaciones de defensa contra la guerra química, las compañías de mujeres, los zapadores, los batallones de jóvenes, y sobrevolando todo, cerca de ochocientos aviones.

En Berlín, los jóvenes nazis se reunieron por la mañana en el Lustgarten, donde los arengaron su jefe Goebbels y Hitler. La concentración monstruo en el campo de Tempelhof se llevó a cabo con una temperatura glacial y en medio de una tormenta de nieve. Hitler habló a un millón de asalariados agrupados por las empresas y pasó revista a las compañías de honor de la Reichswehr y a las formaciones nazis. Para coronar este 1º de Mayo militar-fascista, la radio del Reich dio un concierto de música militar.

Como el año anterior, en Viena la policía procedió a cientos de arrestos y en Bulgaria hubo sangrientas refriegas que arrojaron como saldo doce muertos en Erusia, provincia de Kazanlick. Igualmente, cien mil manifestantes se reunieron en la aglomeración neoyorkina, donde habían sido movilizados 20.000 policías.

Las radios de los países escandinavos, de Hilversum (Holanda) y de Bruselas, prestaron su concurso a la manifestación que las ondas francesas siguieron ignorando. Hay que decir que en nuestro país estaba todavía en el poder el gobierno de Unión Nacional Flandin-Herriot, que se sentía lo bastante fuerte para prohibir toda manifestación callejera en París. Las dos centrales sindicales, dóciles y ocupadas en jugar al escondite en vez de responder al llamamiento de unidad de acción que partía de la base, se contentaron, una –la CGT –con realizar mítines en la sala de la Bolsa del Trabajo, y la otra –la CGTU– con organizar reuniones en los suburbios y dos mítines centrales en la capital.

El paro, tanto en París como en provincias, no difirió mucho del año precedente. Pero en más de 60 ciudades se realizaron

mítines comunes, anticipo de esa «unión hacia una nueva ofensiva» que presagiaba el llamamiento de la Internacional obrera socialista. Además, los manifiestos de las organizaciones sindicales presentaban reivindicaciones comunes: un programa de grandes trabajos y la semana de 40 horas para reabsorber la crisis de paro y bajo consumo que constreñía a la economía universal desde hacia casi seis años.

El 1º de Mayo de 1936

El 1º de Mayo de 1936 está señalado con el sello decisivo de la unidad sindical realizada por fin por el Congreso Obrero con sede en Tolosa (Francia), del 2 al 4 de marzo de 1936. Esta unidad, tan deseada por los trabajadores, sigue a la grandiosa manifestación del 14 de Julio de 1935, una de las más densas que haya visto París, y a la creación de la Unión Popular que agrupaba a todas las organizaciones antifascistas.

Se está al término de una campaña electoral por la renovación de la Cámara, de la que saldrá vencida la reacción política y social. El primer turno, de fecha 26 de abril, ya la ha hecho retroceder. El segundo terminó de derrotarla, dando la representación proletaria a 146 socialistas (aumento, 49), 72 comunistas (aumento, 49), 10 «pupistas» (pérdida, 1), sin contar naturalmente todos los otros electos adheridos al programa del Frente Popular.

Los trabajadores, que se estremecen de impaciencia, tienen el

definido sentimiento de que las realizaciones esperadas van a llegar. Ven en este 1º de Mayo un día de «combate y esperanza» y, en efecto, lo fue.

En París, los servicios públicos no quedaron afectados, pero en las grandes corporaciones la huelga hubo de ser total. En la mayoría de los oficios se anotaron «porcentajes» de huelguistas voluntarios jamás alcanzados desde 1920. Las cifras son elocuentes: 100% en la construcción; 95% en los metalúrgicos y los gráficos; 85% en los conductores de taxis, 75% en la industria de pieles y cueros; casi 100% en la manufactura de tabaco y en la moneda. Las grandes fábricas suburbanas estaban cerradas, como también los talleres de los arrabales y numerosos comercios. Por primera vez pararon en masa los obreros de la industria del cine y los obreros de aviación de Orly. Los 2.000 trabajadores de Hotchkiss no trabajaron, y la casa Renault se vio obligada a cerrar sus puertas.

En París se reunieron 30.000 manifestantes en el velódromo Buffalo donde hablaron –esta vez uno junto al otro Jouhaux y Racamond, mientras que en el estadio de Clichy se agruparon otros 15.000. En provincias los desfiles callejeros señalaron un gran progreso con relación a 1935. Los mas notables tuvieron por teatro Marsella y Lille. En Marsella, 80.000 manifestantes se dirigieron de la estación Samt–Charles al Puerto Viejo. En Lille, de 20.000 a 25 000 personas conducidas por el alcalde Roger Salengro y dominadas por un centenar de banderas rojas se dirigieron de la Bolsa del Trabajo al Ayuntamiento. Después de Marsella y de Lille son Toulon, Argel, Estrasburgo, Tolosa y Lyon las que parecen haber agrupado los cortejos más nutridos. Sin embargo, en esta última ciudad, con referencia a la población y

al ambiente debe considerarse, sopesando bien todo, como bastante débil. El paro, completo en la construcción y los empleados de tranvías y autobuses, no fue mas que del 60% en los metalúrgicos y 50% en los textiles, según informes de periódicos obreros.

Este 1º de Mayo en Francia toma sobre todo extremada Importancia por el hecho de que en cierto sentido –en un sentido episódico– surge de él la formidable explosión de junio de 1936. No se podría olvidar, en efecto, que las primeras ocupaciones de fábricas con carácter social (Bréguet, el 11 de mayo; Latécoère, en Tolosa, el 13) se hicieron motivadas por los despidos de obreros como consecuencia del 1º de Mayo.

El 1º de Mayo fue igualmente logrado en España. En Madrid, un inmenso cortejo de medio millón de personas se extendió a lo largo de varios kilómetros, con banderas tan numerosas y apretadas que parecían formar una enorme serpiente roja». Pero en la Castellana, el paseo aristocrático, las banderas con los colores españoles atestiguaban la voluntad de considerar al 1º de Mayo como fiesta nacional y no como una fiesta revolucionaria. Los manifestantes llevaron sus reivindicaciones al presidente Azaña y descubrieron un busto de Pablo Iglesias.

En todas partes, amplios cortejos recorrieron las calles. En las grandes ciudades de Grecia no circuló ningún tranvía. Ante la prohibición de reuniones se organizaron fiestas campestres en Rumanía y en Japón.

En Berlín, 80.000 jóvenes nazis se reunieron en el Poststadion, y luego se llevó a cabo en la ópera «la fiesta de la

cultura del Reich». Los obreros de las fábricas atravesaron las arterias centrales de la capital, encuadrados por formaciones militares. El Führer habló en el Lustgarten y la jornada terminó con una gran procesión de antorchas con la participación del ejército. En Moscú, como de costumbre, hubo un gran desfile militar.

Importancia del 1º de Mayo de 1937

El 1º de Mayo de 1937 en Francia es un 1º de Mayo de ascensión y de victorias obreras.

El Partido Socialista ha pasado de 120.000 miembros en 1935 a más de 200.000, y a fin de año llegará a 286.000. El Partido Comunista verá decuplicar sus adherentes con relación a 1930, pasando de 25.000 miembros a 207.000. La CGT, después de la unificación llega con impetuoso empuje a agrupar a más de 5.000.000 de adherentes, acrecentando en un año sus efectivos –en algunas corporaciones– en 15.700% (dibujantes y técnicos), 4.700% (obreros papeleros y cartoneros), 4.600% (productos químicos), 2.000% (obreros de la alimentación), y en otras seis federaciones, de 500 a 700%.

Desde hace cerca de un año está en el poder el gobierno Blum de Frente Popular con dirección socialista. Acaba de presentar un proyecto de ley que concede el derecho sindical a los funcionarios. Ha decidido por decreto, a la espera de la ley que debe hacer de él fiesta nacional, que todos los trabajadores de

la administración pública podrán participar libremente en el 1º de Mayo. No ha descuidado nada, ni aun al precio de la «no intervención en España», y ha triunfado en circunstancias en que todos los temores estaban permitidos. Sobre todo –y esto es lo más sensible para los trabajadores, que obtienen así la recompensa a las ocupaciones de fábricas de junio de 1936– ha transformado la condición obrera mediante un conjunto de reformas y medidas tales como los contratos colectivos, la reglamentación de los salarios aumentados, las vacaciones pagadas y la semana de 40 horas, que hubieran parecido irrealizables a los pioneros del 1º de Mayo que luchaban por los Tres Ochos. Sin duda, los trabajadores de Francia experimentan amargura al lamentar que el fascismo no haya sido aún barrido en numerosos países e incluso vuelva a levantar la cabeza en España, donde los republicanos se encuentran en conflicto con él. Pero tienen el orgullo de haberse encaminado por una buena senda, y este sentimiento acrecienta su brío y su confianza. Tanto más cuanto que por primera vez en Francia sabe que la jornada transcurrirá sin ninguna traba, y aun que será respaldada por la radio. También por primera vez, a pesar de la importancia de la manifestación que todos presienten, no se nota por parte de la burguesía ningún temor quimérico, ningún rumor alarmista.

En realidad, este 1º de Mayo, completamente nuevo en su género, sobrepasa en amplitud y grandeza al 1º de Mayo de 1920, hasta entonces el más poderoso de toda la historia obrera francesa. Y aún hay que decir que si el 1,º de Mayo de la Liberación y el 1º de Mayo de la Victoria –los de 1945 y 1946– reunirán una masa más numerosa en París, movilizarán mucho menos en las manifestaciones de provincias. Pero la masa no es

todo. Junto al elemento cuantitativo está el elemento cualitativo: el carácter de intransigencia de clase, el sentido altamente internacionalista y el respeto del carácter autónomo y revolucionario de la jornada. Desde este punto de vista, como veremos, el 1º de Mayo de 1937, si se compara con el 1º de Mayo de 1906 ha perdido incontestablemente en profundidad lo que ha ganado en extensión. Agreguemos que no sólo está aquí en juego la pureza ideológica, si se recuerda el trabajo de preparación metódico, obstinado y paciente, único en su género en la historia del proletariado francés, tan rebelde a la organización perseverante que preludió al 1º de Mayo de 1906.

Sin embargo, todo bien considerado, vemos que Clío¹³ tiene el derecho de inscribir al 1º de Mayo de 1937 a la cabeza de sus fastuosos anales, con el mismo título que el 1º de Mayo de 1906, el de 1920 y los de 1945 y 1946.

La manifestación parisiense

En la capital, dos inmensos cortejos se reúnen al contornear la plaza de la Nación y avanzan de frente por el paseo de Vincennes. Uno de ellos, formado en los bulevares exteriores de la orilla derecha del Sena, se extiende hasta la estación de metro Jaurés. El otro, polarizado por las plazas de la Bastilla y de la República, viene desde las orillas del Sena. Y a lo largo de todo el recorrido se amontona una multitud enorme que obstruye las

13 En la mitología griega, Clío es la musa de la historia y de la poesía épica. [N. e. d.]

veredas, saluda con el puño levantado, aplaude y canta junto con los que pasan. Hay quizá un millón de personas reunidas, sobre poco más o menos. No se sabe con exactitud, porque no es posible enumerar las olas de semejante torrente, como tampoco se pueden contar las del océano.

Un sol sin nubes lanza sus rayos sobre la hormigueante muchedumbre que canta las coplas más conocidas de la *Internacional* y de la *Marsellesa* que los comunistas han llegado a acoplar. La gente ríe, se interpela, toma por asalto a los vendedores de helados y de masas, de muguete y de insignias. Mientras que en la calzada los manifestantes del cortejo desfilan alegremente tras las carrozas y tras millares de carteles y banderas, las ventanas y los balcones están llenos de espectadores que aplauden. En algunas partes se ven hombres que trepan a los faroles de gas y a los árboles, y otros subidos a los quioscos de periódicos, los edículos¹⁴ y las marquesinas. El espectáculo es inolvidable.

A las 14:20 exactamente, el primer cortejo abandona la plaza Voltaire. Va conducido por Léon Jouhaux, secretario general de la CGT. Las otras grandes organizaciones de la Unión Popular están allí, representadas por sus mesas directivas y la larga serie de grupos afiliados. También figuran delegaciones de la UGT y de la CNT españolas, y están Schevenels, secretario general de la Federación Sindical Internacional, y Stolz, secretario adjunto.

Paneles alegóricos, carrozas simbólicas, desfiles de taxis adornados con cintas rojas y escoltados por encantadoras

14 Un edículo es un edificio pequeño, en particular, un templete que puede servir como tabernáculo, entre otras finalidades. [N. e. d.]

obreras ponen una nota nueva, agradable y a veces instructiva en esta poderosa demostración. Una y otra vez las carrozas desfilan en medio del entusiasmo de la multitud.

Al término del paseo de Vincennes decorado con múltiples girándulas se alza, en la plaza de la Nación, la tribuna ornada de rojo. Quinientos músicos de corales y de armonías obreras ejecutan himnos revolucionarios y aires sinfónicos. La masa que circula a ambos lados de la tribuna oye fragmentos de discursos difundidos por los altavoces en todo el curso de las grandes arterias. El orador principal, Jouhaux, recuerda que se han necesitado más de treinta años –casi la vida de una generación– para comenzar a imponer un nuevo régimen de trabajo. Manifiesta su alegría, apela a la dignidad de los trabajadores por encima de los intereses sórdidos y dirige un pensamiento emocionado a los hermanos españoles que caen y de los que después de él pinta un emocionante cuadro Pascal Thomas, en nombre de la UGT.

En lo tocante al paro ya no se trata esta vez de establecer «porcentajes» como antes. La deserción de las fábricas y de los negocios es general, salvo en las ramas en que la CGT ha querido que la actividad continúe; funcionaron así los transportes, los taxis circularon hasta las veinte horas, los hoteles permanecieron abiertos. Desde la mañana, en las invadidas sedes sindicales los militantes exclamaban: «¡Nunca se ha visto cosa igual!» Y, en efecto, no sólo en Clichy a las 10:30 horas ya habían hecho marcar sus tarjetas 15.000 afiliados, de 24.000 miembros de la Unión local, sino que en una ciudad aristocrática como Neuilly, donde la CGT aún no tenía arraigo en 1937, el éxito fue completo.

No hubo más que algunos incidentes sin ninguna gravedad, porque el sentimiento general era de alegría y de tranquila fraternidad. Así, algunos provocadores salieron del paso recibiendo sólo bromas o silbidos. Y la Oficina de Turismo Alemán, en la avenida de la Ópera, pudo hacer flotar impunemente en su fachada la bandera nazi junto a la bandera tricolor. Parece que el pueblo de París, que había conocido antaño las calles desiertas en este día simbólico del trabajo, se sentía feliz de regocijarse como en los más hermosos días de la fiesta nacional. Se improvisaron bailes y desfiles. Se veían corredores a pie, tocadores de cuerno con traje de caza, grupos de bomberos y de bigófonos, bandas de tambores y clarines, mascaradas con caricaturas de Doriot y de La Roque. En una palabra, era una atmósfera de entusiasmo y alegría que, realmente, tenía más de verbena, de antigua Mi-Carême y de 14 de Julio que de las manifestaciones obreras tradicionales.

Consideraciones y controversias

Un militante sindical consciente como Georges Dumoulin había presentado este aspecto del 1º de Mayo en el número especial del semanario en el que era principal redactor. Había anunciado que ciertamente el 1º de Mayo de 1937 estaría «envuelto en gran potencia» y llevaría «la aureola de la gloria» ligada a importantes conquistas, pero que no tendría la significación de una vasta reunión internacional obrera, en torno a una idea-fuerza que expresara la voluntad de liberar en todas

partes el trabajo y de negarse a hacer la guerra. Deploraba su disfraz de «14 de Julio proletario», porque lo veía «crecido en el plano nacional», pero «perdiendo en parte su carácter internacional». En efecto, la solidaridad aportada al pueblo español bajo la forma de venta de viñetas no le parecía suficiente como «adhesión al internacionalismo». Y mostraba con toda una serie de ejemplos la debilidad –por no decir la impotencia– de la Internacional sindical. Terminaba con una solemne advertencia y un llamamiento al respeto de la tradición con estas palabras que, evidentemente, eran otros tantos palos para el gallinero del PC.

Hay que tener cuidado con lo nacional. Desconfiemos de inflarlo exageradamente, de acostumbrarnos tradicionalmente a ello. No caigamos en el capricho del tricolor permanente, aun ilustrándolo con flechas, gorros frigos, martillos y hoces. Evitemos confundir muy a menudo la *Marsellesa* con el canto de los proletarios. ¡Primero de Mayo, fiesta nacional! Muy bien, si se quiere. El momento no está mal elegido. Pero nada de mística nacional que conduce a la escarapela tricolor, a la *Madelon*, a los fosos de Vincennes, a los campos de concentración, a la unión sagrada, a la gran masacre entre los hombres.

... No olvidemos. No olvidemos nada... El 1º de Mayo es un acto que no debe degenerar y desfigurarse hasta el punto de convertirse en una parodia de las festividades burguesas o en un 11 de noviembre soleado.

Cuando un acto degenera y se desfigura, se pierde en el espíritu y en el corazón de las generaciones que suben. La

juventud de hoy, la que viene hacia nosotros, necesita saber que el 1º de Mayo es algo más que una diversión, algo mejor que lamparillas, algo más profundo que un regocijo pasajero: es ante todo un acto humano, el acto de todos los humanos que quieren verdaderamente el pan, la libertad y la paz.

Un periódico escribió que la nueva legalidad «quitaba a la manifestación su carácter de reivindicación y de lucha». Y el viejo Bracke, que la víspera había hablado de una «renovación del 1º de Mayo», debió reconocer que en los dos cortejos había «una animación tranquila», una «facilidad de movimientos que no se echaban de ver antes». Sin embargo, argüía que la idea de lucha y de reivindicación no estaba ausente, exclamando después de Charles Laurent:

¿Creéis, pues, que sólo se puede reclamar con aire lúgubre o amenazador, y encaminarse hacia la realización de una esperanza en una especie de tumulto sin disciplina?

Estas observaciones eran justas. No obstante, verse obligado a hacerlas no dejaba de implicar una enseñanza grávida de sentido. También la edición francesa del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista, de España), después de haber dicho que se asistía a maniobras del PC y de la pequeña burguesía para «intentar cambiar el sentido simbólico de la jornada proletaria y revolucionaria», denunció lo que llamaba el «atentado contra las tradiciones proletarias». Lo veía como un esfuerzo «para convertir la jornada del proletario en jornada de la democracia, la jornada revolucionaria en jornada “populista” y de colaboración de clases».

Sea lo que fuere de estas controversias sobre el nuevo aspecto del 1º de Mayo, su fuerza imponente e inigualada lo coloca a pesar de todo fuera de serie. Por lo demás, en provincias, salvo en Lyon, en Marsella y en algunas otras ciudades las organizaciones obreras jamás llegaron a movilizar tanta gente en grandiosos cortejos. Se ha podido hablar de 150.000 manifestantes en Marsella, 100.000 en Lyon, 60.000 en Lille, 50.000 en Niza, 40.000 en El Havre, 30.000 en Roubaix y Estrasburgo, 25.000 en Longwy, 20.000 en Rennes, Boulogne-sur-Mer, Nantes, Grenoble y Tolosa. ¡Qué diferencia con los esqueléticos y sombríos Primeros de Mayo de los años 30, que hacían delirar de alegría a los periódicos más representativos del capitalismo!

El 1º de Mayo de 1938 ó 1º de Mayo tricolor

Se podía esperar, por cierto, que después de un 1º de Mayo formidable vendría uno de menor importancia: era lógico. Las cosas recuperan siempre su equilibrio. Pero los acontecimientos se encargaron también de disminuir la amplitud del 1º de Mayo de 1938. Desde hacía un año la Unión Popular no era más que una ficción. Al ministerio Blum –ya mortalmente herido por la huelga del 18 de marzo de 1937, y que había caído el 21 de junio en el Senado– había sucedido el ministerio Chautemps, provisto de plenos poderes. La situación era grave. Exteriormente, la angustia atenazaba a todos los pueblos. Dos guerras hacían estragos en España y en China. Después de la conquista de Austria, Checoslovaquia se veía amenazada por Hitler. Una nueva «entente cordial» acababa de nacer en Londres mientras que el

Führer se preparaba para visitar al Duce a fin de consolidar el eje Roma–Berlín. La carrera armamentista comenzaba.

Interiormente, iban a aparecer los primeros decretos leyes y se trataba de «flexibilizar las 40 horas». Los grandes patronos, decididos a volver sobre las conquistas de junio de 1936, no encontraban ante sí más que partidos divididos y una CGT cuyos efectivos pictóricos no compensaban ni el crecimiento demasiado rápido, ni la insuficiencia de los cuadros, ni la colonización por el PC. El manifiesto confederal para el 1º de Mayo revela los temores y el descorazonamiento que han ganado a las grandes capas populares. En su significativa brevedad, subraya que la paz y la libertad están amenazadas y que sólo la unidad las salvaguarda. La mágica «unidad» figura ocho veces en este texto. Y en el número especial del «Peuple» vuelve como un *leitmotiv* en las diversas páginas.

Este número clama su «certidumbre» de que la jornada «revestirá un carácter grandioso y reconfortante y dará amargos temas de meditación a los que sueñan con un retroceso». Pero se advierte que esta es una cláusula de estilo. El periódico, para disimular hábilmente el rencor de los asalariados, no deja de reconocer implícitamente el «handicap» que pesa sobre la jornada al atribuirlo a la coincidencia de la manifestación con el descanso dominical.

A imitación del año anterior, en París se realiza una doble concentración. Pero esta vez hay otro «handicap». Vientos y chaparrones se abaten sobre los manifestantes. Unos se reúnen desde la plaza Daumesnil a la Bastilla, los otros en el bulevar Soult, a partir de la puerta Dorée. En el bosque de Vincennes,

lugar final del desfile, Henri Raynaud y Léon Jouhaux, con un cielo bajo y gris, comentan el manifiesto confederal.

En provincias hubo más de 480 reuniones de gran amplitud. En el mundo hay que notar algunas particularidades. Así, en Madrid se trabajó conforme a las órdenes del gobierno republicano. En Londres, además del cortejo proletario hubo otro formado por algunos miles de jóvenes fascistas. En Polonia, las bombas y los petardos colocados en el itinerario de los cortejos provocaron muertos y heridos. En México, 100.000 trabajadores aclamaron al presidente Cárdenas.

El fascismo, cada vez más amenazador, provocó en Francia, este mismo día, un renacimiento del social-patriotismo, del sindicalismo de unión sagrada y, por parte del PC, una histeria chauvinista tales que los periódicos burgueses hablaron abiertamente de un «1º de Mayo tricolor». El dominio de lo «nacional» sobre la manifestación internacional se nota igualmente en Suiza y en Suecia, donde la bandera oficial flota junto a las banderas rojas, y más particularmente en Hankao y en Praga. En esta ciudad, en razón del peligro exterior, los 40.000 trabajadores reunidos en la plaza del Ayuntamiento renuncian a llevar las insignias y banderas de su clase y enarbolan por el contrario la escarapela nacional, a pesar de que los nacional socialistas lleven camisa roja, y los socialdemócratas, corbata del mismo color. En Hankao, 80.000 obreros desfilan al son de cantos patrióticos y gritando consignas antijaponesas. En Berlín se «consagró» en el Lustgarten, bajo el nombre de «árbol de Mayo», un gigantesco abeto traído de los Alpes austríacos.

Deformación más acentuada del 1º de Mayo

Esta transformación –o más bien deformación– del 1º de Mayo debía acentuarse al año siguiente.

El ejemplo más típico lo da quizá Francia, hasta el punto de que se ha podido hablar de un 1º de Mayo «enterrado bajo los pliegues de la bandera tricolor». Es verdad que se está sólo a algunos meses de la segunda matanza mundial, cuyo aspecto obstruye el horizonte obrero. Es ya un 1º de Mayo de unión sagrada, de «servidumbre y de guerra». Más triste que todos los Primeros de Mayo de la guerra de 1914–1918, porque ya no están la Federación de Metalúrgicos, la Federación de Toneleros y la de los Maestros para salvar al menos el honor, y las pocas organizaciones regulares semirrebeldes se hallan impregnadas de reformismo. Es aún más triste porque no se puede invocar como apariencia de excusa el hecho consumado y la capa de plomo del estado de sitio. Por otra parte, hay que decir que a la fecha del 1º de Mayo de 1939 el Frente Popular no es más que una fórmula hueca que sobrevive en los discursos y órdenes del día. El movimiento sindical ha salido de la huelga general del 30 de noviembre de 1938 tan seriamente herido por los despidos en masa, que se remontan a más de 800.000 en algunas semanas, que en numerosas localidades Industriales es todo un problema encontrar recaudadores y reformar los burós sindicales. Así, cuando el Comité nacional de la CGT se reúne el 5 y 6 de abril de 1939, aterrado por la anexión de

Checoslovaquia al Reich hitleriano y el anuncio de nuevos sacrificios reclamados a las masas trabajadoras, vota una resolución sin precedentes que en cierto modo borra al 1º de Mayo del calendario sindical, extendiendo su fecha a tres días y abandonando la práctica del paro.

Dicha resolución dice, en su parte final:

El Comité estima que por excepción la jornada del 1º de Mayo no acarreará este año obligatoriamente la cesación del trabajo. Se pondrán a disposición de las uniones departamentales los oradores necesarios para asegurar grandes mítines que podrán realizarse el sábado 29, el domingo 30 de abril o el lunes 1º de Mayo.

Así Francia, que antaño se había opuesto constantemente a que los países anglosajones transfirieran la fecha de la demostración a otro día, se adhiere a este punto de vista, y la organización habilitada para dar la orden de huelga, indisolublemente ligada en Francia al 1º de Mayo, es la misma que la liquida.

Jouhaux dio como pretexto para esta resolución –que se ha calificado de «prevaricación»– el temor de mostrar una CGT debilitada a los ojos de un patronato que volvía a alzar la cabeza. El hecho es que por una imprevista mala suerte este 1º de Mayo, que se anunciaba con mediocres perspectivas de paro, caía en lunes, después del descanso de sábado y domingo. La resolución tenía un móvil más determinante: la dirección confederal –ex confederados y comunistas de acuerdo, los unos por interés de la defensa de Francia, los otros por interés de la defensa de la

URSS, que se confundía (creían ellos) con los intereses de su país– no quería demorar el esfuerzo armamentista perseguido por «la economía de guerra» ya instalada en las fábricas y, por el contrario, deseaba reforzar la atmósfera de resistencia a las pretensiones del Eje.

La resolución votada hería de tal manera la práctica obrera que muchos militantes se negaron a creerla y la parte de la clase obrera que no cayó en la indiferencia se vio literalmente consternada ante ella. Después de reflexionar, la resolución fue acogida ya con satisfacción, puesto que los patronos sólo esperaban la ocasión para desembarazarse de los militantes escapados a la hecatombe del 30 de noviembre. Otros proclamaron la traición y el entierro del 1º de Mayo por los sepultureros confederales. En todo caso, el manifiesto de la CA de la CGT adoptado el 26 de abril confirmaba en estos términos la decisión del 6 de abril:

La Confederación General del Trabajo no ha dado al 1º de Mayo de 1939 su carácter tradicional. Pero esta decisión de su Comité Nacional, tomada en razón de circunstancias excepcionales, no constituye ni un abandono de la demostración anual de los trabajadores, ni una confesión de la debilidad del movimiento sindical, ni sobre todo una renuncia a defender los intereses obreros y la amnistía total para todos los trabajadores y militantes alcanzados con ocasión del 30 de noviembre. Deja libres de determinar las formas de su manifestación a las Federaciones nacionales, a las uniones departamentales y los sindicatos. Si la jornada del 1º de Mayo no está señalada por un paro general, las manifestaciones ordinarias deben tener lugar, ya sea este

mismo día, o bien el 30 de abril; la voz de los trabajadores se hará oír, pues.

El manifiesto reconocía los «peligros graves» que imponían sacrificios y «la peligrosa situación del país». Proclamaba «indispensable» el aumento de la producción, lo que lo llevaba a subrayar la significación del «plan confederal del Trabajo».

Nuevo 1º de Mayo tricolor en 1939

Pero el gobierno Raynaud–Daladier–Sarraut respondió con brutalidad a este gesto de apaciguamiento. Por una parte, «severos decretos leyes siguieron casi inmediatamente a la decisión ya tomada de terminar con el 1º de Mayo. Por la otra, su aplicación se resolvió para el mismo día en que el proletariado desde hacía casi medio siglo solía reivindicar, lo que algunos interpretaron como un deseo de humillación.

Lo mismo que el año anterior, pero esta vez el domingo 10 de abril, se formaron en París dos cortejos, uno de los bulevares de Reuilly y de Bercy, el otro en el bulevar Soult. terminaron en el bosque de Vincennes, donde varias decenas de miles de asistentes escucharon a Henri Raynaud y Benoît Frachon, en tanto que el secretario general de la CGT, Jouhaux, hablaba en Metz y en Hagondange. Si se juzga por los extractos que publicaron los periódicos, estos discursos, a pesar de sus matices formales insistían en la necesidad de una política de firmeza respecto a Hitler, con la igualdad en los sacrificios como

corolario. Raynaud y Frachon, que algunos meses más tarde aprobarían el cambio de frente de la URSS aliándose al Reich hitleriano, exaltaron «la colaboración de todos los países antifascistas», deploraron la debilidad de las democracias, «demasiado propensas a capitular ante la arrogancia de los dictadores», y denunciaron «a ciertos capitalistas que preferían ver perecer a Francia antes que renunciar a sus privilegios, y para esto, no vacilarían en llamar a Hitler en su ayuda».

Y el líder de la CGT, felicitándose por la proposición del presidente Roosevelt que preconizaba la reunión de una conferencia internacional, pedía la constitución de un «frente de Paz», que formara «una cadena ininterrumpida desde América hasta el Extremo Oriente». Vista la posición tomada por la CGT, apenas hace falta decir que los trabajadores que hicieron huelga el 1º de Mayo de 1939 fueron muy pocos. Se contaron especialmente en las minas, el Libro, los puertos y docks, donde ciertos sindicatos, pasando por alto la invitación confederal, dieron la orden de parar. Pero, cosa increíble, estos obreros fieles a la tradición chocaron a veces –como en los tranvías de Lille con la oposición violenta de sus camaradas, que llegaron incluso a apelar a los poderes públicos para «asegurar la libertad del trabajo». En una federación como la de metalúrgicos, caldeada al rojo vivo por Croizat y Chevalme, hasta el punto de fijar un cartel que rezaba «hacer trabajar las fábricas las 24 horas del día», casi todos trabajaron.

Así, todo estaba al revés. En Francia, gran número de sindicatos obreros incitaban al trabajo el 1º de Mayo, mientras que los establecimientos industriales de importancia cerraban sus puertas con ocasión de la jornada obrera. Y, al mismo

tiempo, Hitler invitaba a las multitudes de la «Gran Alemania» a la Fiesta del Trabajo. De donde la amarga pregunta que planteaba Henry Poulaille:

Esta alegría impuesta bajo el signo del reposo ¿no equivale a la obligación al trabajo que significa la decisión tomada por el Buró confederal entre nosotros?

XV. AÑOS NEGROS – RESURRECCIÓN

Situación el 1º de Mayo de 1940

El 1º de Mayo de 1940 hacía exactamente 25 años que los trabajadores de Europa, debido a la guerra que hacía estragos, dejaban en suspenso sus aspiraciones liberadoras y renunciaban al paro en masa con ocasión de su jornada tradicional. Hemos aquí vueltos a una fecha que inaugura una nueva serie negra de Primeros de Mayo de guerra, de una guerra cuyo desencadenamiento ha sido precipitado por el pacto de no agresión germano-ruso del 23 de agosto de 1939 –verdadero pacto de agresión contra Polonia.

Este pacto que permitía a Hitler –según su propia expresión– «tener el mundo en su bolsillo», precede en ocho días a la invasión de Polonia por las tropas nazis, y en veinticinco su invasión por las tropas stalinianas. No solamente altera las posiciones diplomáticas y militares, sino las políticas y sindicales. Por una parte, los socialistas y sindicalistas no vinculados a Moscú rompen con sus ex camaradas; es la guerra civil en la clase obrera y el estado de escisión en la CGT. Por la otra, el grueso de los jefes del PC, después del desorden que sucedió a

la sorpresa, procede a una «reorganización». Del chauvinismo aún reciente de la fiesta de Garches, a ocho días de la guerra, con la «inmensa bóveda tricolor», pasan a la lucha contra los «imperialistas franceses e ingleses», los promotores de la guerra que están en Francia.

Mas precisamente, en esta fecha del 1º de Mayo de 1940, ¿cuál es la situación al cabo de ocho meses de lo que se ha llamado «extravagante guerra»? Militarmente, si Alemania y Rusia han podido aniquilar a Polonia, Rusia no ha podido vencer a Finlandia. Los aliados sufren un fracaso en Escandinavia al abandonar Noruega, y Francia está a sólo diez días de la gran ofensiva que terminará con su rápido hundimiento. Socialmente, el PC, refugiado en la ilegalidad, practica el derrotismo, en tanto que el PS y la CGT sostienen abiertamente la defensa nacional. Pero la CGT se encuentra en un estado «de extrema debilidad y de profunda división», hasta el punto de que una federación como la de los metalúrgicos, de 800.000 miembros en 1937, no cuenta mucho más de 30.000, y que de 10.000 establecimientos que trabajan por la defensa nacional, sólo 200 han podido ser provistos de delegados cegetistas. También, así como la CGT ha aceptado la supresión del descanso tradicional en interés de la producción de guerra, le parece muy indicado transformar la jornada de lucha de clases en una jornada de unidad nacional. Al hacer esto sigue en la línea del 1º de Mayo de 1939, cuyo sentido –hay que reconocerlo– prolonga lógicamente sobre la base de los acontecimientos que han sobrevenido.

1º de Mayo de «Unidad Nacional»

Jouhaux anuncia:

Este año no habrá grandes manifestaciones. Otras tareas retienen a los obreros en los ejércitos y las fábricas. Todos igualmente al servicio de la defensa nacional cumplen con su deber, pero esto no puede impedirles recordar el 1º de Mayo y pensar en esta jornada, hasta ayer consagrada a la paz.

Y después de haber definido la «rudísima tarea» que representa la conquista de la «paz verdadera, justa y permanente», indica como condición principal «abatir las políticas de fuerza», terminando con estas palabras:

El porvenir del mundo del trabajo y la suerte de la libertad se hallan así en juego. O bien una extensión de la servidumbre que sufren ya millones de trabajadores privados de libertad y de todo medio de defensa, o una liberación que hará posible el esfuerzo de progreso social, la realización de nuestro ideal: los trabajadores no vacilan.

Los llamamientos de la Internacional obrera socialista y de la Internacional sindical de Ámsterdam están concebidos en el mismo espíritu, pero este último se distingue por la virulencia de los ataques contra las «fuerzas dictatoriales».

Hablaron por radio: Jouhaux, en nombre de la CGT; Gastón Tessier, en nombre de la CTC (Confederación de Trabajadores

Cristianos); el barón Petiet, en nombre de la Confederación General del Patronato Francés, y el presidente del Consejo, Paul Raynaud. Este último no ocultó que el combate sería duro. Recordó que «la grandeza del soldado es el peligro» y la «grandeza del obrero es el esfuerzo», para incitar a los obreros a trabajar el 1º de Mayo como el 2 de mayo, día de la Ascensión.

Este 1º de Mayo, que debería ser un día de fiesta, lo convertiréis en día de sacrificio. Mañana, los obreros católicos trabajarán en un día de fiesta religiosa: Todos han comprendido, todos merecen el agradecimiento del país.

En la región del Norte, sin embargo, numerosas empresas hicieron parar el 2 de mayo, lo que provocará una protesta de la Unión de Sindicatos que, lealmente, había lanzado para el 1º de Mayo un llamamiento al trabajo. *Se levantará contra toda diferencia «entre el valor de las tradiciones sindicales o religiosas».*

El llamamiento de la Internacional comunista justifica la respuesta alemana a «la grosera violación de la neutralidad de los países escandinavos por parte de Inglaterra y Francia», denuncia a los «politiqueros ingleses y franceses», así como a sus lacayos socialdemócratas, que quieren «arrojar a los pueblos unos tras otros en una masacre imperialista mundial».

Presiona a las mujeres para que pidan el retorno de los soldados y a los trabajadores para imponer la liberación de los «valientes diputados comunistas».

El triunfo del petainismo

Del 1º de Mayo de 1940 al 1º de Mayo de 1941 se suceden los acontecimientos trágicos: la invasión alemana, el éxodo, la corta instalación del gobierno en Burdeos, el armisticio, los plenos poderes al mariscal Pétain, la creación del Estado francés de Vichy, luego la continuación y la consolidación de las conquistas hitlerianas en toda Europa y en África del Norte, y en último término, después de una campaña fulminante, la ocupación de Grecia.

El 1º de Mayo de 1941 se sitúa, pues, en plena «Revolución Nacional». Y el viejo mariscal, que dos meses antes, en el curso de un viaje especial, se ha dirigido a los obreros de Saint-Étienne, tiene la ambición de obtener de los trabajadores franceses una «entusiasta adhesión» a la obra de «reconstrucción social» que ha emprendido. La vía parece libre. La CGT está disuelta desde hace casi seis meses, a pesar de la flexibilización de sus estatutos y de los compromisos de su Comité confederal del 20 de julio de 1940. Jouhaux está prisionero. Y se discute una Carta del Trabajo para engañar y amordazar a los obreros. Como Hitler, Pétain, en su programa hábilmente balanceado, repudia la lucha de clases, el socialismo internacional, las huelgas y la acción sindical al mismo tiempo que «el reino del dinero» y «la omnipotencia de los trusts». Como el Führer, el Mariscal se propone apoderarse de la jornada de los trabajadores en provecho de su régimen de «Paz social» correspondiente a las aspiraciones monarca-paternalistas y cristianas de su ambiente. Henos aquí, en Francia, con un 1º de

Mayo de tipo absolutamente nuevo, que tiene a la vez algo del 1º de Mayo hitleriano y del 1º de Mayo fascista

Este 1º de Mayo, fuera de los factores resultantes de la conquista y del mimetismo inevitable en casos semejantes, reviste aspectos originales e imprevistos, sobre los que conviene detenerse.

Particularidades del 1º de Mayo de Vichy

Y para empezar, como resulta por pura coincidencia que de los seis nombres del Mariscal el cuarto es Philippe; y como el día de San Felipe, fiesta cara a los partidarios de la Acción Francesa, cae precisamente en 1º de Mayo, una «divina sorpresa» de otro género permite a la vez la reunión de los maurrasianos¹⁵ para el nuevo 1º de Mayo y la confusión de la idolatría del jefe con la idolatría del Rey.

Otra particularidad es la consagración del 1º de Mayo como Fiesta del Trabajo y de la Concordia Social, por ley del 12 de abril de 1941. El artículo 1º estipula:

¹⁵ Charles Maurrasn. (Martigues, 20 de abril de 1868-Tours, 16 de noviembre de 1952) fue un político, poeta y escritor francés, principal referente e ideólogo de Action française (Acción Francesa), un movimiento político de cuño monárquico, antiparlamentario y contrarrevolucionario. El pensamiento de Maurras, a veces resumido en su noción de «nacionalismo integral», estaba impregnado de un intenso antisemitismo. Teórico político y de gran influencia intelectual en la Europa de principios del siglo XX, sus opiniones influyeron en varias ideologías de extrema derecha y también prefiguraron algunas de las ideas del fascismo.

Este día no se trabajará, sin que de ello resulte una disminución del salario. En los casos en que no pueda interrumpirse el trabajo, los trabajadores se beneficiarán con una indemnización compensatoria a cargo del empresario.

La mitad del salario o de la indemnización compensatoria se entregará al Socorro Nacional a título de suscripción obrera en las condiciones fijadas por una resolución del ministro de Trabajo.

Pero esta ley, refrendada por Barthélemy, Bouthillier y Belin, era por lo menos torpe en lo que respecta al último párrafo. En una época en que las dificultades de la vida iban en aumento, pareció abusivo imponer el abandono de la mitad del salario cotidiano, aun para una obra de solidaridad. Así, en la semana siguiente, este párrafo fue lisa y llanamente suprimido, lo que llevó al diario de George Suárez, que aparecía en París, a deplorar «que los legistas de Vichy multipliquen esta clase de yerros que provocan la desconfianza y disminuyen un prestigio ya bastante debilitado».

Para señalar mejor el espíritu de solidaridad francesa, de concordia nacional, de paz social y de apaciguamiento del nuevo 1º de Mayo, el Mariscal –apremiado por la campaña del «Cri du Peuple», el diario de Doriot, y por una intervención de Fernand de Brinon, representante de Vichy en París– tuvo un gesto de clemencia al que la prensa cantó grandes loas. Como en tiempo de la monarquía, cuando el rey concedía gracia en honor de su fiesta a cierto número de prisioneros que se morían de frío en las prisiones del antiguo régimen, Pétain procedió a una serie de

amnistías en favor de unos 700 internados administrativos que, desde hacía un año y más, sufrían el rigor de los campos de concentración, la mayoría por su actividad pacifista o sindicalista. Pero, a fin de cuentas, este gesto sólo se tradujo, para la fecha del 1º de Mayo, en liberaciones en número bastante restringido, mientras el mismo día los apaches marseleses del régimen asesinaban cobardemente al antiguo diputado socialista por Ariège, François Camel.

Otra característica es la voluntad bien decidida de los neopartidarios del 1º de Mayo de relegar lo más posible al cuarto de los trastos la reivindicación de la administración de las horas de trabajo, programa-tipo de la jornada.

Otra particularidad: el cuidado de relacionar sólidamente al 1º de Mayo, para mejor separarlo de la tradición revolucionaria, con las viejas costumbres, los regocijos populares, las fiestas religiosas, las corporaciones de la antigua Francia. Evidentemente, no se podía borrar «el recuerdo de los episodios revolucionarios, a veces trágicos que en el pasado ilustraron este día del año». Se les relata si es necesario, interpretándolos como malentendidos y errores. Pero ¿no es significativo que después de haber disuelto la CGT, símbolo del sindicalismo de reivindicación y de combate, se elija precisamente este 1º de Mayo para otorgar una carta al gremialismo que jamás ha dado señales de vida en la larga serie de jornadas proletarias? Por otra parte, este estatuto provisional no fue promulgado oficialmente a petición de los mismos responsables del movimiento gremialista, poco deseosos de comprometer un porvenir incierto.

En cuanto al sindicalismo tradicional, se afirmó este 1º de Mayo con la amplia difusión de un manifiesto del Comité de Estatutos Económicos y Sindicales, que hacía conocer algunos de sus principios fundamentales.

La fiesta del «trabajo» en el Borbonesado (1941)

¿Cómo transcurrió esta Fiesta del Trabajo que, en el pensamiento de sus iniciadores, debía señalar «el alba de una nueva era», ya que –para emplear los mismos términos de Pétain–, de «símbolo de división y de odio» que era, debía convertirse «en adelante en un símbolo de unión y de amistad»?

Cabe distinguir la jornada en la zona sur, llamada libre, bajo la obediencia aparentemente directa de Vichy, y la jornada en la zona ocupada.

En la zona sur, la jornada tomó un carácter únicamente oficial, ya que estuvo colocada bajo el triple signo de la Tricolor, el Sable y el Hisopo. En la misma Vichy, promovida al rango de capital, la ceremonia comprendió el saludo a la bandera en la plaza del Ayuntamiento y la «entrega de los pliegos de reivindicaciones» por las corporaciones. El Mariscal, acompañado por el almirante Darían, vicepresidente del Consejo, y por personalidades oficiales, partió luego entre dos filas de legionarios y de niños de las escuelas para un viaje por el Borbonesado.

Después de una corta detención en Saint-Bourçain, los

«ilustres huéspedes» llegaron a Montluçon, engalonado con oriflamas, banderas y estandartes. Por una ironía de la suerte, que siempre reservan los imprevisibles acontecimientos, el centro de la ceremonia fue el Ayuntamiento que Jean Dormoy, uno de los pioneros del 1º de Mayo internacional, había presidido durante más de diez años. Una compañía del 152.º regimiento de Infantería rindió honores. Después que tocaron *Aux Champs* y *La Marseillesa*, el Mariscal pasó revista y saludó a un grupo de niños vestidos de azul, de blanco y de rojo. En la sala de honor, luego de las palabras de bienvenida, el jefe del Estado recibió a los representantes de las diversas categorías sociales, que le comunicaron sus anhelos y le ofrecieron regalos agregados al simbólico muguete presentado por los niños. Después de la visita al monumento a los muertos y de un almuerzo íntimo, el Mariscal visitó el centro Dunlop.

De Montluçon el cortejo oficial se encaminó a Commentry donde, tras inspeccionar las instalaciones industriales, el Mariscal se dirigió a pie al Ayuntamiento. Allí, desde el balcón adornado con la bandera tricolor, que dominaba una pequeña plaza triangular rodeada de antiguas casas grises, bajo la lluvia, pronunció ante una multitud muy poco densa –a juzgar por una fotografía– un discurso que fue radiodifundido.

Discurso social del Mariscal

Con su voz clara y martilleante, comenzó por exponer la concepción cristiana del trabajo, recordando la fórmula de

maldición: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente.» Luego agregó:

Por tanto, es un error que se haya hecho brillar ante vuestros ojos el espejismo de una ciudad futura donde no habría lugar más que para el placer y el ocio. Pero si el trabajo es una carga para el hombre, también constituye un beneficio. En efecto, es una condición de la buena salud moral y física, del equilibrio y el desarrollo de las facultades humanas.

Es un error creer que se pueden conservar intactas todas las facultades en la ociosidad. Sólo desarrollamos nuestras capacidades y fuerzas mediante el ejercicio.

El Mariscal trazó luego los deberes de los patronos.

Un jefe de industria, un patrón, para merecer el mando de que está investido debe considerarse a cargo de existencias y aun en ciertos casos a cargo de almas. Debe tener el cuidado primordial de la dignidad y del bienestar, de la salud y la moral de sus colaboradores y de sus familias. Debe dar aún un paso más, respetando la libertad de sus obreros, y no querer a la fuerza su bien tal como él lo concibe, sino tal como lo conciben ellos.

Todo un pasaje proclama la legitimidad de las reivindicaciones obreras elementales y promete que serán satisfechas.

¿Qué quieren pues, en justicia, los obreros, cuando se interrogan en la honestidad de su conciencia y en la sinceridad de su corazón? Quieren primero evadirse del anónimo en que muy menudo han estado confinados

hasta ahora; no vender su trabajo como una mercadería; no ser tratados como máquinas, Niño como seres que viven, piensan y sufren; tener con sus jefes relaciones de hombre a hombre; quieren también escapar de la incertidumbre del mañana, estar protegidos contra los azares de la desocupación, encontrar en su oficio una seguridad o mejor dicho una propiedad, tener la posibilidad de avanzar hasta el límite de sus aptitudes. Además, quieren participar en una medida razonable en el progreso de la empresa a que están asociados, tener una eficaz salvaguardia contra las miserias que los acechan, cuando sobreviene la enfermedad o llega la vejez; poder educar a sus hijos y ponerlos en condiciones, según sus capacidades, de ganarse honorablemente la vida.

Todas estas aspiraciones son legítimas y deberán ser satisfechas en el nuevo orden que preparamos.

Y con un esbozo muy vago del nuevo orden corporativo que establece «el equilibrio y la armonía» en el plano del trabajo, termina el discurso.

Sigue una exhortación a los Compagnons du Tour de France –presentes con sus bastones y cintas simbólicas– para «hacer revivir las tradicionales y seculares virtudes de una caballería obrera surgida del pueblo».

La fiesta del trabajo en Francia

Todas las grandes ciudades de la zona de Vichy recibieron la visita de los representantes del gobierno.

En Marsella, en presencia de las autoridades religiosas, civiles y militares, y de los legionarios, el general Huntziger describió la obra del Mariscal y predicó la unión.

En Lyon, el 1º de Mayo comenzó con oficios religiosos en las iglesias y templos. Monseñor Gerlier, primado de las Galias, pronunció una alocución en la iglesia de la Inmaculada Concepción, y Belin, convertido en ministro de Trabajo, presidió varias ceremonias.

En Tolosa, el guardasellos Joseph Barthélemy recibió en el Capitolio a los delegados de las agrupaciones corporativas de la juventud, de la familia y el concejo municipal. Pronunció un discurso en loor del jefe del Estado.

En Montpellier, el patio principal del palacio de la Universidad fue teatro de una ceremonia de saludo a la bandera. El ministro de Educación, Jérôme Carcopino, recibió a los profesores de las facultades y luego a los estudiantes. En Niza, Berthelot rinde homenaje al Mariscal. En Limoges, el saludo a la bandera tuvo lugar ante el monumento a los muertos y fue seguido por la recepción en la prefectura de las juventudes obreras de la ciudad.

En Burdeos, el alcalde Adrien Marquet, que tomó la iniciativa de convocar a cierto número de personalidades, les hizo votar una orden del día de confianza al Mariscal

En Argel, el general Weygand; en Casablanca, el general

Nogués, y en Túnez, el almirante Esteva, visitaron muchos establecimientos y presidieron diversas manifestaciones. En Saint-Denis la municipalidad, con el *alter ego* de Doriot, Marcel Marschall, a la cabeza, dio a la «calle de la República» el nombre de «calle del mariscal Pétain», para «mostrar la adhesión de los trabajadores de la gran ciudad del suburbio norte al jefe del Estado», aunque en verdad Marschall, en una entrevista, reconoció con la circunspección del caso que no había más que una «fuerte corriente favorable al Mariscal» en las fábricas de Saint-Denis.

En todas partes, en ambas zonas, el 1º de Mayo se caracterizó por una fijación oficial de carteles y por la venta de insignias del Mariscal en provecho del Socorro Nacional. Las manecitas de los niños prendían en las chaquetas y vestidos primaverales las dos insignias de cartón azul: una representando el yunque con la segur y el bastón de mando del jefe, la otra con la amapola y el muguete unidos por una cinta tricolor. En las paredes y los carteles publicitarios detenían a los paseantes enormes retratos o declaraciones del Mariscal y aun el famoso afiche: «Yo cumplo las promesas, incluso las de los otros».

No se había descuidado nada para crear la atmósfera correspondiente a «la importancia revolucionaria de la decisión del Mariscal», como decía Doriot. Antes que nada se había dispuesto aumentar las asignaciones familiares y restablecer las primas al primer hijo; se anunciaba un acrecentamiento de las raciones alimenticias y una serie de calzados nacionales «destinados especialmente a las personas de poca fortuna». Para enternecer, «Le Matin» publicaba en el centro de su primera página una foto del Mariscal estrechando la mano de un

obrero, imitación de la foto del «Pariser Zeitung» donde se veía al Führer estrechar la mano de un obrero del Reich. Los trabajadores ancianos beneficiarios de la ley de retiros fueron avisados de que recibirían su primera asignación precisamente el 1º de Mayo. Además, ese día la radio consagró buena parte de sus emisiones a la exaltación del trabajo en la dignidad y la alegría, y al mes de mayo por medio de alegorías, poemas y rondas de autores ortodoxos. Por tanto, a pesar de la afirmación de Doriot, estas emisiones soporíferas, más parecidas a los cánticos del «Mes de María» que a los himnos reivindicativos de antaño, no podían menos que dejar indiferente a una clase obrera desdichada y que soportaba mal al ocupante. Esto se nota en la forma en que el mismo Doriot, en sus editoriales, suaviza su afirmación, y en la manera como se expresan en su periódico militantes –o más bien ex militantes– como Teuladé, Parsal, Brout y el viejo Savoie.

En París y en el mundo

En cuanto al RNP (Unión Nacional Popular) que, con sus 350.000 afiliados, se entregaba en la zona ocupada a una lucha de influencias con el PPF (Partido Popular Francés) de Doriot, organizó en París, en la gran sala de la Mutualidad, una importante reunión que combinaba el 1º de Mayo, pletórico de recuerdos pero amputado de internacionalismo revolucionario, con una Revolución nacional que sobrepasaba al petainismo aun siendo más colaboracionista.

Ante muchos miles de auditores, Georges Dumoulin y Marcel Déat pronunciaron vibrantes discursos interrumpidos por aplausos frenéticos. A decir verdad, fue la única manifestación popular de la jornada. Dumoulin deploró las demoras voluntarias que privaban al mundo obrero de la Carta del Trabajo y encontró en su pasado de combate acentos para glorificar al 1º de Mayo «nacido del dolor popular» y reivindicar el derecho sindical.

Los obreros –dijo– quieren conservar los sindicatos. Se aferran a ellos como a sus propias entrañas.

Pero cambiaba profundamente la estructura de éstos, sobre la base de una circunscripción industrial, y transformó las Bolsas de Trabajo en Cámaras Regionales de Conciliación, ¡pretendiendo así inspirarse en Fernand Pelloutier! Abandonando la lucha de clases, hablaba de la necesidad de hacer sacrificios volviendo casi a la trinidad fourierista del Trabajo, el Capital y el Talento.

Déat, el ex neosocialista, más áspero que el antiguo libertario, más combativo y más proalemán, también, pronunció el discurso de un candidato al poder con el Mariscal en París, donde pensaba sacarlo de las vías conservadoras. La *Arlesiana* y diversos cantos en lugar de la *Internacional*, y el juramento del RNP repetido tres veces con la mano extendida en lugar del puño derecho levantado, completaron esta manifestación.

A la misma hora, por la tarde, se reunían en el Trocadero los alemanes de París, con el concurso de la música de la Kommandantur, y en el Châtelet se realizaba una

representación consagrada a los jóvenes, en presencia de autoridades oficiales.

Por la mañana, los jóvenes habían sido ya invitados a representaciones gratuitas, después que la «reina de los mercados» remitió al señor de Brinon una canasta de muguete. Por fin, y también por la mañana, el arzobispo de París, Suhard, celebró con gran pompa en Notre-Dame una *misa de los oficios*, de la que volveremos a hablar.

La victoria alemana era general. Este 1º de Mayo hitleriano encontró a las tropas del Reich en el Peloponeso y ante Tobruk, y el embajador de Alemania en Teherán se permitió dar en la legación de Irán una gran recepción a la que asistieron las más altas personalidades del país y el cuerpo diplomático. En Brasil, en Río de Janeiro, los obreros desfilaron ante el presidente Vargas, que, a imitación del Reich hitleriano, les prometió también una Carta del Trabajo. En Nueva York, los obreros aprovecharon la jornada tradicional para manifestarse en favor del mantenimiento de los Estados Unidos fuera de la guerra y pasearon ataúdes sobre los que podía leerse: «los convoyes de tropas son ataúdes».

El 1º de Mayo de 1942

No cabía duda, en opinión de los jefes nazis, de que Hitler ganaría la guerra y que el 1º de Mayo de antaño estaba muerto y bien enterrado. Pero el destino siempre reserva sorpresas.

Así pues, el 1º de Mayo de 1942 ya la victoria no parecía tan segura, a despecho del mensaje de Hitler al doctor Ley y de las afirmaciones de Laval al almirante Leahy, embajador de los Estados Unidos en Francia. La campaña de Rusia, después de los éxitos iniciales debidos al efecto de la sorpresa, se reveló como otra cosa que un «paseo militar», y los Estados Unidos, incorporados a la guerra y convertidos en un formidable arsenal, proseguían sus gigantescos preparativos.

El Estado francés de la zona sur, bajo la garra de Hitler, pero increíble paradoja, todavía en relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, había promulgado la Carta del Trabajo el 4 de octubre de 1941. Esta «reforma» estaba lejos de satisfacer a los medios obreros. Hubert Lagardelle acababa de reemplazar a Belin en la secretaría de Estado del Trabajo (18 de abril) y la Conferencia Sindical de Obreros y Campesinos, que reunía en París a 600 delegados (29–30 de abril), se levantó «contra las imperfecciones de la Carta del Trabajo y los peligros que algunas de sus disposiciones hacen correr a la autoridad de los sindicatos».

Sin embargo el Mariscal, en su discurso radiotransmitido de Thiers (Puy-de-Dôme) –réplica del discurso de Commentry–, defiende obstinadamente la Carta. Aun reconociendo que eran necesarios ciertos arreglos, la considera como «el cuadro de la organización futura». Invita una vez más a los franceses a «romper con la malsana ideología de la lucha de clases», y para «honrar a la clase obrera» no encuentra nada mejor que imponer la Cruz de la Legión de Honor al artesano Jean-Marie Suquet de la pequeña ciudad cuchillera, ¡gesto bien digno de un militar profesional! Fue, dice el comunicado oficial, «un minuto

emocionante», y el Mariscal dejó la ciudad en medio de aplausos, después de la última visita al monumento a los muertos.

En París, la fiesta comenzó el jueves 30 de abril –como el año precedente– con los espectáculos ofrecidos a la juventud. Los establecimientos escolares funcionaron normalmente el 1º de Mayo y, para hacer puente con el domingo 3, las clases se suspendieron el sábado 2. El 3 hubo una *matinée*, gratuita en los teatros nacionales, por orden del ministro de Educación. Por su parte, la SNCF aplicó al 2 de mayo la circulación de trenes de pasajeros prevista para los días de fiesta y en una nota a los periódicos afirmó que el 1º de Mayo era «día laborable».

Estos vaivenes administrativos, esta ostentación del 1º de Mayo que duró cuatro días, bastarían para mostrar la incoherencia de Vichy. Pero se debe tener en cuenta también el comunicado oficial pasado a los periódicos del 11 y del 12 de abril que transfería «excepcionalmente» al 2 de mayo la Fiesta del Trabajo, en tanto que el «Journal Officiel» del 30 de abril decreta el 1º de Mayo día festivo y no laborable, especificando que los trabajadores recibirían ese día sus salarios «sobre la base de un sexto del salario medio semanal del período de paga que ha precedido al 1º de Mayo». En los casos en que por la naturaleza del trabajo éste no pudiera interrumpirse, se especificaba que los asalariados se beneficiarían, además de su salario, de una indemnización igual al 100% de éste. Además, se preveía que las horas de trabajo perdidas por la fiesta podrían recuperarse en el término de dos meses sobre la base de la remuneración normal.

La abundante publicidad que cubría las paredes no llegó a

ocultar esta incoherencia que en el fondo era sólo un aspecto de la mala voluntad de las esferas dirigentes de Vichy para celebrar el 1º de Mayo. El impulso oficial de 1941 –si podemos decirlo así– parecía tronchado. Ya no existe el atractivo de la novedad. Obligados a hacer algo, los paternalistas se refugian en el irrealismo y el amaneramiento. Con el Mariscal, su jefe de filas, presentan un trabajo mutilado, amputado, anémico, y no lo consideran sino desde el ángulo del oficio, olvidando que es viril porque es compromiso, combate por el triunfo de la liberación humana mediante la revolución social.

En cuanto a los antiguos cuadros sindicales que no ignoran los dos aspectos complementarios del trabajo, su fin es la restauración de la CGT. Por tanto, el 2 de Mayo hacen bando aparte, mientras que «L'Humanité», clandestina y belicista desde la agresión nazi a la URRS, lanza un número especial. Reproduce en toda su extensión el llamamiento de Stalin a los soldados y marinos rojos y a los pueblos de la Unión Soviética. Este llamamiento, centrado todo él en torno a la guerra, comienza recordando que el 1º de Mayo ruso se ha convertido en «día laborable a fin de proveer aún más armas, municiones y víveres para el frente». Sigue un llamamiento del Partido Comunista Francés contra los «inquisidores» y los «traidores» de Vichy, pero sin ninguna alusión al 1º de Mayo.

El 1º de Mayo de 1943

El discurso de Pétain en el Ayuntamiento de Vichy, el 1º de

Mayo de 1943, deja traslucir la amargura, la inquietud y las dificultades de los gobernantes «después de treinta meses de tentativas, pruebas y decepciones».

El Mariscal achaca todas las responsabilidades a sus predecesores, apela al valor de los trabajadores y les pide que lo sigan en la vía del «restablecimiento». Hace la apología de la Carta elevada a la altura de una panacea, suplica al país que se aparte «de las doctrinas de desorden y muerte», de la «violencia de los impacientes», de las «revoluciones que anima el odio». Sólo abandona estos lagrimeos para hacer entrever sonrientes perspectivas en una Francia reconstruida, donde el 1º de Mayo ya no expresará «la queja de los proletarios», sino «el triunfo de trabajo en el orden, la alegría y la libertad».

Igual que anteriormente, hubo indultos. En el Ayuntamiento y en el Hotel du Pare se efectuó el saludo a la bandera, la revista de la guardia, un desfile, la inevitable *Marsellesa* y distribuciones de medallas. Pero hay que anotar un hecho nuevo: la presencia de la Armonía de Lens con traje de minero.

Al día siguiente apareció en el «Journal Officiel» la primera promoción de beneficiarios de la «Orden del Trabajo» creada por Belin en enero. En una ceremonia se remitió a cierto número de ellos una carta atestiguando su mérito y, la víspera, 26 habían recibido del ministro la insignia de su distinción, una cinta azul Francia, con un galón rojo. El decano de los condecorados, Joseph Vautrin, de Auxerre, de 96 años de edad, cuya vida modesta se había inspirado antes de que nadie lo dijera en el tríptico del Mariscal (trabajo, familia, patria), no tenía para subvenir a sus necesidades –amarga irrisión– más de 5.200

francos anuales, total de dos jubilaciones.

No se señaló ningún desplazamiento ministerial, y en París no hubo nada de notable. En Reims, casi 2.000 personas asistieron a una misa. En Laval, los ferroviarios fueron condecorados por el prefecto. En la Côte-d'Or, 650 hijos de prisioneros de guerra y movilizados fueron invitados a una merienda. En las grandes fábricas de Beauvais, la merienda se efectuó bajo la mirada enternecida de los oficiales, los patronos y los padres. Al decir del periódico local, esta «verdadera solidaridad» y la ejemplar sabiduría de los trabajadores atestiguaba una mayor comprensión entre patronos y obreros. Pero Déat, el mismo día, fustigó a los patronos «que no han aprendido nada ni olvidado nada», y que por el contrario se aprovechan de las desventuras políticas de Francia para encontrar una ocasión de desquite.

Toda esta patronal ávida o inepta ha entendido bien una palabra, una sola palabra de la doctrina oficial: la palabra «autoridad».

En Londres, los franceses libres organizaron una manifestación cuyos oradores fueron Georges Buisson y Albert Guigui, de la CGT, Grenier y André Philip. En un telegrama, el general de Gaulle decía:

Donde quiera que estén, los trabajadores franceses se hallan hoy agrupados en la lucha. La unidad obrera se cimenta en el combate y en la resistencia contra el enemigo, su sistema y sus amigos.

En la orden del día difundida en la misma mañana, Stalin declaró que el curso de la guerra había cambiado y el terreno

era propicio a la victoria final, en tanto que el doctor Ley persistía en afirmar a los trabajadores del Reich su fe en las naciones jóvenes –Alemania, Italia y Japón–, que debían vencer «al mundo caduco del oro, del materialismo y de la democracia». Es casi lo mismo que declaró el primer ministro de Bulgaria, Filoff, en una alocución radiodifundida en que exaltaba el 1º de Mayo «en cuanto símbolo nacional de todos los búlgaros». En Rumanía, el mariscal Antonescu exhortó a los obreros a redoblar los esfuerzos para lograr la victoria.

1944: último 1º de Mayo bajo Vichy

El 1º de Mayo de 1944 terminó la serie de los Primeros de Mayo bajo la ocupación alemana. Es el período de bombardeo de las ciudades de Francia por la aviación angloamericana, preludio del desembarco del 6 de junio en Normandía. Los rusos combaten en el Dniéster y en el sector de Sebastopol; las tropas aliadas están en Italia. Al cabo de apenas cuatro meses los alemanes se verán arrojados de París, y África del Norte ya está completamente liberada. En nombre del gobierno provisional establecido en Argel, el general De Gaulle anuncia profundas reformas.

En el interior, se ha abierto la resistencia; la CGT, reconstituida clandestinamente desde el 17 de abril de 1943, difunde textos, lanza consignas de huelgas y de manifestaciones. Con ocasión del 1º de Mayo su mesa directiva, reunida en una casita de Clamart un día lleno de alarmas aéreas, redacta un manifiesto

incitando a la unión de las fuerzas de la resistencia «en plena comunión de ideas y de objetivos con los trabajadores de Gran Bretaña, de los Estados Unidos de América y de la URSS, y todos aquellos que combaten al enemigo hitleriano». El manifiesto pide que se haga del 1º de Mayo de 1944 «una gran jornada de combate por la liberación». Por su parte, la Federación de Empleados dirige a sus sindicatos, con la firma de su secretario Capocci, un manifiesto que afirma que «en ningún caso las organizaciones sindicales deben ser un medio de gobierno».

Se está lejos, muy lejos de la Carta, y esta vez, en su mensaje radiodifundido, Pétain no habla de ella. Centra su exposición enteramente en la situación política, que pinta con los más negros colores: indisciplina, terrorismo, perspectiva de bolcheviquismo. Los llamamientos de las hojas clandestinas contra «el odioso régimen de Vichy» tienen, en efecto, la seguridad de una gran resonancia. El PCI (Partido Comunista Internacional), trotskista, llega a preconizar un paro general de media hora el lunes 1º de Mayo.

A pesar de un comunicado del ministro del Trabajo que recuerda que «la jornada del 1º de Mayo habrá un paro obligatorio», el domingo 30 de abril reemplazó por anticipado al 1º de Mayo. Este día –además de su importante discurso– Déat, acompañado de delegaciones del mundo del trabajo, depositó una palma en la tumba del soldado desconocido. Como el año anterior apareció en el «Journal Officiel» una promoción de la Orden del Trabajo. El Mariscal, que había recibido a los agricultores en 1942 y a los artesanos en 1943, recibió esta vez a los ferroviarios y entregó a los más beneméritos una medalla con su efigie.

Déat afirmaba en su discurso, de fuertes tintas:

La fiesta conserva en 1944 el carácter internacional y casi planetario que habían querido darle los pioneros de una clase en lucha contra sus explotadores. Toda Europa la celebra hoy con el mismo espíritu.

Leyendo los comunicados de las potencias en lucha –la alocución de Stalin que insiste en la apertura inmediata de un segundo frente y el llamamiento del doctor Ley a una producción de guerra intensificada– no parece que sea así. Lo mismo, por lo demás, que al leer los periódicos, incluso el «semanario del pensamiento socialista», lanzado precisamente este 1º de Mayo y que transcribía algunas líneas de Céline contra la «gigantesca tartufería» de la Resistencia, que alcanzaba «su sùmmum histórico».

Se acerca el 1º de Mayo de 1945

Al aproximarse el 1º de Mayo de 1945, la derrota del Eje no se ha registrado todavía, pero salta a la vista de todos.

Del 1º al 22 de abril los angloamericanos han hecho un millón de prisioneros; el 24 de abril los franceses ocupan Ulm y los ejércitos rusos de Koniev y de Jukov se reúnen en Potsdam. Italia del Norte se ha sublevado y las grandes ciudades japonesas no son más que un montón de ruinas. El 28 de abril cuelgan a Mussolini en Milán y el 30 desaparece Hitler entre las cenizas de

Berlín. Pétain había vuelto a Francia por Vallorbe el 26, cruzando la frontera a las 13 horas, entre una doble fila de soldados que le presentaron armas con la culata hacia arriba: supremo ultraje que no conoció ningún Mariscal de Francia.

En París se asienta desde hace ocho meses el gobierno provisional de De Gaulle con los socialistas Lacoste y Tixier y los comunistas Billoux y Tillon como ministros. La CGT, que ha dado un salto enorme desde que reanudó su actividad pública, agrupa a cuatro millones y medio de sindicatos. Pero su participación en el Consejo Nacional de la Resistencia y el apoyo que aporta a los dos partidos que participan en el poder se traduce en la famosa fórmula «primero producir, después reivindicar», que termina en la capitulación de las masas trabajadoras en lo que toca a todas las reivindicaciones esenciales.

Por eso, cuando se reúne el primer verdadero CCN desde la derrota (27–29 de marzo), Robert Bothereau, que informó sobre el próximo 1º de Mayo, que caía en martes, hizo adoptar una resolución declarando que sería «una jornada de trabajo y de solidaridad, que no tomaría el aspecto de una jornada de paro, a causa de la «necesidad de acrecentar el esfuerzo de guerra». La resolución disponía reuniones después del trabajo y colectas en beneficio de las obras sindicales.

Volviendo así al 1º de Mayo tricolor de 1939, el CCN cometió un grosero error psicológico. Porque el proletariado, después de los años de pesadilla y los Primeros de Mayo falsificados que acababa de vivir, agregados a las privaciones que aún soportaba, no estaba en modo alguno dispuesto a sacrificar su jornada en el altar de la unión sagrada y de la colaboración de clases. Sentía

tanto más su razón de ser cuanto que había estado frustrado durante demasiado tiempo. Experimentaba la necesidad, si no de volver a encontrar su sentido profundo, mitigado desde 1937, al menos de lavarlo de las manchas de Vichy, soportadas en cuatro ocasiones con ira en el corazón.

El Buró confederal establecido sobre una base paritaria: seis ex unitarios y seis ex confederados, con Saillant y Frachon como secretarios generales, en ausencia de Jouhaux, que estaba aún deportado, tomó el 3 de abril todas las disposiciones para aplicar la resolución que Monmousseau defendió el día 9 en la Asamblea de los Cuatro Sindicales de la Metalurgia.

Eugène Hénaff, secretario de la UD del Sena, en un artículo del 12 de abril justificó la posición tomada invocando a la vez la necesidad de «aplastar al fascismo» y el precedente del 1º de Mayo de 1944 en África del Norte, donde los obreros habían trabajado a petición de la delegación de la CGT.

Sin embargo, se elevaban protestas en las fábricas donde muchos obreros rompieron su tarjeta sindical.

El PCI (Partido Comunista Internacional, trotskista) se hizo eco de ello. Pidió formalmente a los dirigentes del PC, del PS y de la CGT que renunciaran a preconizar el trabajo para el 1º de Mayo.

Ante la amplitud del movimiento la CA de la CGT, reunida el 18 de abril, debió batirse en retirada. Decidió no sólo el paro, sino una «gran jornada de manifestaciones republicanas y antifascistas contra los trusts y sus agentes». Invitó a todas las agrupaciones de la Resistencia a asociarse a la manifestación. Pidió a las organizaciones sindicales que dispusieran la forma de

recuperar las horas perdidas, medida a la cual los obreros de Gnóme y del Ródano (Kellermann se habían opuesto por adelantado.

Caracteres de la jornada

Henos aquí en el 1º de Mayo de 1945, en plena fiebre electoral, ya que estamos a tres días del primer turno de las elecciones municipales, escrutinio que toma tanta más importancia cuanto que llega después de años de silencio y opresión. Las organizaciones centrales invitan a los trabajadores, después de haber vuelto a tomar el boleto de voto, a reanudar la gran tradición proletaria interrumpida. El gobierno, de acuerdo con ellas y como reacción contra la práctica de Vichy, tiene el buen sentido de no decretar fiesta oficial el 1º de Mayo, que vuelve a ser así el día de paro y de reivindicación elegido y querido por el proletariado.

El gobierno exige que trabajen todas las administraciones y la CGT, ansiosa «de no demorar el esfuerzo de guerra de las naciones aliadas, de asegurar la repatriación de los prisioneros y deportados, el servicio del correo y el abastecimiento de los ejércitos, y por fin el funcionamiento de los grandes servicios públicos», apoya esta prescripción. Por otra parte, derogando la regla que prevalecía antes de la guerra, aparecen los periódicos para dar a conocer los resultados de las elecciones. Pero las imprentas permanecen cerradas y el 2 no aparecen los diarios. Así, el paro es sólo parcial. Y como muchos trabajadores están

aún prisioneros, movilizados, deportados en Alemania o combatiendo en los distintos teatros de operaciones, se hubiera podido esperar menos gentes que en 1936 en la gran demostración parisiense de la tarde. Hubo otro tanto, si no más, y se habló de un millón doscientos mil y aun de un millón y medio de participantes. En un asunto tan delicado resulta sin duda difícil pronunciarse, pero una cosa es segura: fue un desfile grandioso por el número, y esta enorme, extraordinaria masa humana atestiguaba, a la vez que el despertar, la fuerza de la clase obrera.

La demostración parisiense

Los manifestantes se habían reunido a lo largo de los bulevares Beaumarchais y Filles-du-Calvaire, en la plaza de la República, y aún mucho más lejos en las calles adyacentes. Esta reunión formidable era como una manifestación antes de la manifestación.

Los grupos avanzaban compactos, macizos, ocupando toda la amplitud de la calzada, cantando detrás de los emblemas, banderolas y carteles, reclamando sobre todo y sin cesar la muerte del Mariscal felón. Las aceras se ennegrecían con una multitud de simpatizantes, en tanto que de las ventanas engalonadas con los colores de los aliados o con la bandera roja partían interminables vivas. Pero estos vivas hubieran sido más intensos, más numerosos aún, y los manifestantes, ya plenos de ardor, hubieran llegado al colmo de la exaltación si hubiese

podido hacerse oír la radio de Hamburgo. ¡Porque en estas primeras horas de la tarde, como en un epílogo de la tragedia wagneriana, la emisora tocaba el *Crepúsculo de los Dioses* para anunciar en seguida el suicidio de Hitler entre las ruinas humeantes de la capital del Reich!

El cortejo se encaminaba hacia el paseo de Vincennes. Ganaba en impresionante grandeza en el curso de la lenta recorrida del viejo suburbio Saint-Antoine, tan populoso, vibrante y evocador.

Su novedad es que a los grupos políticos y a las organizaciones sindicales tradicionalmente ligados a la jornada proletaria, se agregan formaciones surgidas de la lucha aún caliente que la Resistencia oficial u oficiosa había sostenido en el exaltante nombre de la República subterránea, de la República del Silencio. Ello dio a este 1º de Mayo el carácter de «1º de Mayo de la Liberación». Había delegaciones de liberados de los campos de Buchenwald y de Ravensbruck. Se veía también a un hombre que avanzaba, con traje de forzado, por el medio de la calle, solo y separado por un gran espacio de sus compañeros de infortunio. Su cara estaba gris y cubierta de llagas. Llevaba un cartel que decía: «*Vengo de Auschwitz. Único sobreviviente entre mil*».

En la plaza de la Nación se habían reunido decenas de miles de personas.

A pesar de los chaparrones y aguaceros, toda esta marea popular clamó durante cinco horas y media.

El desfile de las organizaciones sindicales por industrias y

oficios no daba sólo una impresión de poderío y de disciplina. Mostraba que con la satisfacción, la alegría y también la emoción pensando en todos los que habían dejado su vida en el espantoso drama, se mezclaban el descontento y la protesta. Porque la mayoría de los obreros indicados veía ya que el gobierno del general De Gaulle estaba muy lejos de poner en práctica la bellas promesas prodigadas ante el micrófono de Londres y en las tribunas de Argel.

Exactamente a las 19,30 llega el último grupo a la tribuna levantada frente al puente del ferrocarril de circunvalación, en pleno centro del paseo de Vincennes, y dominada por una inmensa banderola. Georges Buisson preside y las columnas de manifestantes se extienden a ambos lados de la tribuna.

En provincias.

En toda Francia este 1º de Mayo significó un brillante éxito. Millones de huelguistas y manifestantes afirmaron con su indefectible adhesión a la gran jornada proletaria, su voluntad de lucha y su deseo de ver realizadas las transformaciones económicas y sociales que esperaba el país.

En todas partes, imponentes multitudes desfilaron con entusiasmo. No hubo departamentos en que no se llevaran a cabo mítines o manifestaciones. ¡Aun en la Lozène se registraron 8800 participantes en Mende y 600 en Marvéjols! Burdeos y Montluçon, centros de actividad de los pioneros Raymond

Lavigne y Jean Dormoy, vieron respectivamente 30.000 y 10.000 manifestantes. La población de los departamentos recobrados se señaló por su fervor y los trabajadores desfilaron con música a la cabeza en los dominios del Comité des Forges y de los De Wendel.

Pero en general, si nos referimos a las estimaciones de los periódicos obreros, el total de los participantes no alcanzó –como ya hemos dicho en otra parte– al del 1º de Mayo de 1937.

En Marsella y en Lyon se han calculado los manifestantes en 250.000, y por lo que respecta a la gran ciudad del Ródano se llevó incluso la estimación a 500.000. Justin Godart, alcalde de Lyon, declaró que jamás había visto allí semejante movilización, porque todo Lyon estaba en la calle a pesar de la nieve y el mal tiempo, debido al carácter a la vez patriótico, militar, popular y oficial que revestía la jornada.

La mañana se consagró a toda una serie de visitas, intercambios y fraternizaciones que tenía el mérito de la Originalidad: delegaciones sindicales a los hospitales con reparto de golosinas, delegaciones sindicales a los cuarteles para participar en las comidas comunes de los soldados, y delegaciones de soldados para comer en las cantinas de las fábricas.

Cuatro cortejos que venían de distintos barrios se reunieron en la plaza Kléber.

Algunos órganos obreros encontraron a esta reunión falta de dinamismo. Llegaron a decir que era «descolorida y apática» y que la voluntad de combate de los trabajadores estaba

«escondida en medio de las ceremonias oficiales, los cantos y discursos patrióticos».

Este era, sin duda, el precio de la unanimidad lograda. Pero los obreros lyoneses no tardarían en pasar a la acción mediante la huelga general (16 de mayo) y se realizaron violentas manifestaciones ante la prefectura, esta vez con una sola bandera, la roja, y un solo canto, la *Internacional*.

Una fecha memorable

En París también, los observadores habían comprobado que la manifestación no había revestido un carácter de protesta lo bastante enérgico y que los cantos revolucionarios, olvidados desde hacía mucho tiempo, sólo se elevaban muy raramente. Pero si se ve el conjunto, si se eleva uno por encima de las críticas, la verdad es que este 1º de Mayo Inolvidable en que, según la expresión de Georges Buisson, el pueblo podía por fin «expresarse en la alegría de la libertad recuperada», cuenta entre las fechas memorables de la historia obrera.

Se estaba todavía muy cerca, y no obstante bien lejos ya de los Primeros de Mayo de dolor y de vergüenza decretados, según las proféticas palabras de Jaurés, por un «poder caído en las manos de hordas acampadas en la Nación» Era el tiempo en que los proletarios vencidos se callaban y en que los explotadores de la derrota, unidos a los simples explotadores, celebraban a la vez el trabajo esclavizado y la acrecentada opresión. Era –no lo olvi-

demos– la época de aquel 1º de Mayo de 1941 que, según se pretendía, inauguraba «para siempre la fiesta de San Felipe» y de aquel 1º de Mayo de 1944 en que Marcel Déat osaba presionar a los obreros para «admitir lo irrevocable» y «comprender el hecho consumado». ¡Qué desquite del destino!

Inútil es decir que en todo el mundo, donde quiera que no se opusieran a ello las operaciones militares, las masas obreras probaron, como en Francia, su adhesión al 1º de Mayo. La víspera, en Moscú, un mensaje radiodifundido había anunciado que el régimen hitleriano estaba «en agonía».

Efectivamente, no tardaría en morir. La rendición incondicional de los ejércitos alemanes se firmó el 7 de mayo de 1945, día en que la clase obrera francesa supo que Léon Blum y Léon Jouhaux estaban sanos y salvos. Por fin, con la capitulación del Mikado, el 14 de agosto siguiente, llegaba a su término el «gran insomnio del mundo».

El 1º de Mayo de la Paz: 1946

La rendición sin condiciones de los ejércitos alemanes se firmó el 7 de mayo de 1945, y con la capitulación del Japón el 14 de agosto siguiente terminaba la «gran pesadilla» de la humanidad. Está perfectamente justificado, pues, que el 1º de Mayo de 1946 recibiera en los países aliados el sobrenombre de *Primero de mayo de la Victoria o Primero de mayo de la Paz*. En París sería llamado también el *Primero de mayo del Renacimiento Francés*

en virtud de la consigna de la CGT y del importante desfile de carrozas que, en la demostración celebrada durante la tarde, puso de manifiesto los esfuerzos realizados por los trabajadores.

El desfile recorrió el mismo itinerario y aglutinó una multitud tan importante como en el año anterior. Pero en esta ocasión, aparte de que el escenario aparecía brillantemente iluminado por un sol primaveral de excepción, la demostración revistió un carácter radicalmente distinto. Fueron muchos los que afirmaron, con evidente irreverencia, que aquello era una mezcla de «carnaval», de «desfile de máscaras» y de «demostración publicitaria» en favor del referéndum sobre la Constitución que iba a tener lugar algunos días más tarde.

Juzgando los hechos, el órgano oficial de la CGT veía en el desfile, por el contrario, una «feliz innovación» que confería al cortejo «un interés que las manifestaciones precedentes no habían alcanzado jamás». Y añadía que esas carrozas que precedían a los grupos o se intercalaban entre ellos, «concebidas inteligentemente, realizadas con gusto, aportaban un testimonio palpable de la voluntad productiva y del trabajo realizado». Esta era también la opinión del diario comunista, que destacaba la importancia de «ese espectáculo magnífico, completamente nuevo y jamás visto en las importantes arterias de la capital».

Los apologetas destacaban especialmente las carrozas exhibidas por los metalúrgicos, con mucho las más numerosas y las más significativas. La de la Hispano-Suiza arrastraba un torno y un enorme motor de avión; la de Hernault-Batignolles transportaba varios tornos; la de Panhard, motores para

camiones y aviones. Por su parte, la empresa Renault, transferida a la administración estatal, «nacionalizada», ofrecía a la admiración pública los más variados modelos de camiones, furgones, vagones metálicos, tractores y automóviles producidos en sus factorías. La vieja fábrica Caudron presentaba un elegante planeador inmaculadamente blanco. Los forjadores hacían resonar los yunques con los acompasados golpes de sus martillos.

Había una de las carrozas que, como estaba previsto, provocaba la hilaridad general: era la llamada «Nuestra Señora de la Rutina», que mostraba una vieja oficina donde una araña enorme tejía su tela sobre montones de archivadores y carpetas cubiertos de polvo. Precedían la carroza una formación de empleados de Pompas Fúnebres, debidamente uniformados, que llevaban coronas de flores sobre cuyas cintas podía leerse la inscripción «rutina». Los obreros de la construcción oponían la reconstrucción a la guerra, y sobre un enorme camión presentaban un taller donde un gigante de madera pulía muebles para los siniestrados de la conflagración recién terminada. La carroza de los trabajadores del ramo de la piel y el cuero exhibía un enorme zapato lanzando un furioso puntapié a los agentes de los trusts. La carroza de los empleados de «Comunicaciones» Ofrecía una imagen de la evolución de los diversos medios de comunicación a través del tiempo, con una hermosa telefonista a la escucha y situada ante la bandera...

La CGT, que se había pronunciado en favor de la aprobación de la Constitución y había lanzado un llamamiento a los trabajadores para que votaran en este sentido, llenó la manifestación de pancartas y banderolas con inscripciones que

apoyaban su posición. En perjuicio, naturalmente, de los anarquistas, que por su parte lanzaban el llamamiento al «proletariado anestesiado por tantas décadas de politiquerías», al tiempo que manifestaban su airada protesta contra las salvajes violencias de que eran objeto en su reducto suburbial de Saint-Antoine.

La Tribuna estaba instalada a lo largo de Vincennes, bajo el arco central del puente del ferrocarril. Louis Saillant, convertido en Secretario General de la FSM (Federación Sindical Mundial), presidía. Hicieron uso de la palabra Hénaff, Frachon, Daniel Mayer en nombre del Partido Socialista (interrumpido), el Vicepresidente del Consejo Maurice Thorez en nombre del Partido Comunista (largamente aplaudido) y finalmente Jouhaux. Pero este último sólo tuvo ocasión de hablar en medio del más espantoso tumulto, ya que el servicio de orden público había ordenado que se reanudara el desfile en cuanto Thorez abandonó la tribuna.

Todos los oradores, naturalmente, glorificando al trabajo, repetían la consigna de votar en favor de la Constitución. Para Hénaff y Frachon, esa nueva Constitución era «la mejor, la más democrática que Francia habría conocido jamás». Para Daniel Mayer, el «sí» tenía el significado de una «Revolución por la Ley». Para Thorez, según uno de sus artículos, la Constitución supondría la garantía de que «las fuerzas militares de Francia no intervendrían jamás en una guerra imperialista». Jouhaux, que según se dijo no se pronunció abiertamente por el «sí», sólo veía en esa nueva fórmula un medio de «salir de esta situación provisional».

Más allá de esa parte de la orilla derecha del Sena, donde tenía lugar esa concentración monstruo, París tenía todo el aspecto de una ciudad muerta: sin medios de transporte, sin periódicos, con los servicios de correos funcionando al *ralentí*, con los cierres de los comercios y tiendas echados, con la mayoría de los restaurantes y cafés cerrados y vacío de gente. La poca animación que quedaba en París se concentraba alrededor de los vendedores de muguete (situados en las bocas del metro) y en las cercanías del Velódromo de invierno, donde la CFTC (sindicatos cristianos), de acuerdo con la POC (Juventud Obrera Cristiana), había organizado un mitin a la misma hora del desfile cegetista.

En provincias, este primero de mayo tuvo también una amplitud pocas veces igualada. Pese a todo, la comparación cuantitativa con el 1º de Mayo de 1937 confirma, en términos generales, que el punto culminante de la concentración de masas tuvo lugar el 37. Efectivamente, la manifestación de Lille, que en aquella ocasión reunió a unas 60.000 personas, en el 46 congregó sólo a 30.000; la de Niza pasó de 50.000 a 25.000; la de Longiwyl, de 25.000 a una cifra entre 7 y 10.000; la de Toulouse, de 20.000 a 10.000. En conjunto, pues, la manifestación del 1º de Mayo de 1946 sólo llegó a movilizar aproximadamente a la mitad de participantes congregados el año 1937. Con todo, en el Loire no cabe duda de que tuvieron lugar lo que podríamos llamar demostraciones masivas. Por ejemplo, en Saint Etienne con 50.000 personas y en Roanne con 10.000. En esta última localidad se organizó incluso una exposición del trabajo local que comprendía 17 stands. Es de señalar que, en Bayona, incluso los agentes de policía tomaron parte en el desfile. Aunque no parece que en esta ocasión

utilizaran los silbatos como ocurriera en Niza, que fue precisamente esa música la que amenizó el cortejo.

En conjunto, así como en París la demostración recordaba –con sus carrozas, sus adornos y sus banderas– los desfiles de carnaval de antaño, las manifestaciones de provincias –con sus combates de boxeo, encuentros de fútbol y de rugby, conciertos, bailes y fuegos artificiales– tenían más bien un aire de fiesta mayor de pueblo. En la gran fiesta nocturna celebrada en Mónaco, como es natural, participaron los coros y el conjunto de ballet del Casino. En Tulle, a las consabidas carreras pedestres y al lanzamiento de discos se sumó también una carrera más pintoresca: la de camareros con sus bandejas y servicios. Y en Mentón se llegó incluso a celebrar la elección de Miss Trabajo (sic).

Por obra y gracia de los sindicatos sujetos ya a la obediencia estalinista, el desfile de París del 1º de Mayo de 1947 debía adquirir un carácter burlesco todavía más acentuado. Estábamos muy lejos, desde luego, de aquellos 1º de Mayo combativos y dignos de antaño.

El 1º de Mayo de 1947

En París, el desfile del 1º de Mayo de 1947 tuvo, gracias a los Sindicatos que habían caído en la obediencia estaliniana, un carácter «burlesco» más acentuado que en 1946.

El órgano de la CGT lo había predicho «sin temor de equivocarse» evocando los Primeros de Mayo desviados de su significación y especialmente el último. Asimismo, el diario del MRP (Movimiento Republicano Popular) pudo titular su reportaje sobre la manifestación: «Desde la Plaza de la República hasta la Concordia, carrozas y charangas dieron al desfile del 1º de Mayo, a pesar de los slogans agresivos, un aspecto de verbena».

Los slogans que recordaban, a pesar de todo, el carácter de la manifestación del 1º de Mayo eran sobre todo de jóvenes que dejaban sus cuerdas vocales en aquellos gritos acompasados: «RPF (Unión del Pueblo Francés) a la horca», «Abajo De Gaulle», «De Gaulle al retiro», «Disolución del RPF», «Libertad para los malgaches», «Paz con Vietnam», «Los Zazous al trabajo» eran los gritos de los comunistas, mientras que los ajistas repetían «Casas, no cuarteles», «Supresión de la PM (Preparación militar)», «Pan, no cañones». Las pancartas y los banderines recogían los mismos temas completándolos con reivindicaciones profesionales o económicas a veces sorprendentes. Así, una banderola llevada por representantes de la CGT había sido concebida en estos términos: «Por la libertad comercial inmediata». Todos esos eslóganes mostraban el camino que se había recorrido desde que hacía un año: salida de De Gaulle del poder, fundación del RPF, guerra de Indochina, tragedia de Madagascar, persistencia del racionamiento de alimentos, la huelga en la Renault que desbordaba por la izquierda a la CGT y al ministro de Trabajo Croizat, en fin, la crisis política que desembocaría, en la salida de los estalinianos del gabinete Ramadier.

Pero como el PC todavía tenía a su secretario general en la vicepresidencia del Consejo de ministros, como su oposición al gobierno sólo era larvada, las carrozas seguían glorificando el Trabajo y la intensificación de la producción. Así, «L'Humanité» nos cuenta cómo los obreros de Delaunay–Belleville «inscriben en carteles, justamente orgullosos, sus resultados de producción y sus perspectivas». Hay una carroza de la construcción, otra de la reconstrucción, la de los aprendices que han equipado un planeador, las de la seguridad social que muestran a los obreros las ventajas de esta reciente conquista, la carroza de Químicas presentando dos trozos de jabón (con proporción del 72%) avanzando sobre el mercado negro. Los ferroviarios exponen un vagón de viajeros recién salido de los talleres de Batignolles, los obreros de la industria aeronáutica un avión cubierto totalmente por la bandera tricolor y acompañado por dos hermosas azafatas tocadas con el gorro frigio. En cuanto a los trabajadores del gas y electricidad exhiben en inmensos paneles las normas de la producción nacionalizada, superior a la de 1938.

Eugène Morel, en el periódico de la confederación, comparó este desfile moderno de las carrozas que mostraba la recuperación de Francia gracias a la clase obrera con las «obras maestras» de los cofrades de otro tiempo. No era precisamente ésta la opinión de los anarcosindicalistas. Arremetieron contra esta «glorificación del Trabajo» ante la mirada de los patronos «confortablemente instalados en las ventanas de las grandes avenidas» en las que «sus esclavos» iban en procesión. Denunciaban la vergüenza de ver «hombres y mujeres encaramados en camiones llenos de máquinas–herramienta, vestidos de trabajadores, repitiendo los gestos que

simbolizaban su condición de esclavos». Y no los comparaban con los cofrades del deber sino que recordaban los gladiadores de la Roma antigua desfilando delante de los Césares antes de matarse mutuamente, para divertirlos, para encontrar un símil a aquellos extraños sindicados de 1947. En consecuencia, organizaron una asamblea por separado en Sociétés Savantes, seguida por una manifestación en el bulevar Sebastopol presidida por el grito «CGT vendida».

No todas las carrozas estaban dedicadas a glorificar el trabajo. Los aficionados habían podido dar rienda suelta a su arte. Había carrozas para todos los gustos: trágicas, como la que precedía a la delegación griega, con frescos de ciudades en ruinas dominadas por un esqueleto armado con la guadaña; cómicas, como la que representaba un «zazou» arrastrado al trabajo, encadenado, con los pantalones arremangados. En fin, hubo otras que P. Locardel, periodista del Partido de la Fidelidad encontró «odiosas y ridículas», como las que representaban a De Gaulle, con una nariz inmensa y largos brazos extendidos hacia la multitud. Lo que acababa de dar una «atmósfera alegre de fiesta», como indica «Le Populaire» era la aportación de numerosas bandas de música y charangas que no dejaron de Interpretar piezas durante las seis horas que duró este desfile hábilmente alargado. La multitud, por su parte, dio pruebas de buen humor. No se consignaron más que algunos ligeros incidentes, sin olvidar las interrupciones cuidadosamente calculadas al grito de «Unidad» dirigidas contra Daniel Mayer, representante del Partido Socialista, cuando tomó la palabra en la tribuna levantada en la Plaza de la Concordia. Maurice Thorez, en cambio, fue objeto de interminables ovaciones que acabaron de dar un color estaliniano A la manifestación. Y como era su 47

cumpleaños, el «hijo del Pueblo», al terminar la manifestación dio una recepción en los salones del hotel Talleyrand a sus amigos y al general Petit, «director del gabinete militar de François Billoux, ministro de Defensa Nacional». Esta manifestación de idolatría, de orgullo y adulación, añadida al almuerzo íntimo ofrecido el 26 de abril al viejo sindicalista Eugène Morel con ocasión de su «promoción a la Legión de Honor» daba la medida, no menos que el cortejo de Mi-Carême, de la degradación del movimiento proletario. Todo eso hubiera sido impensable en los tiempos de Jaurés, de Guesde, de Vaillant, de Grifuelhes.

Es cierto que en 1905, por ejemplo, a pesar de una propaganda metódica, las organizaciones obreras no habían podido arrastrar a la calle a un millón de trabajadores ni celebrar su fiesta de la plaza de la Concordia mientras se desfilaba al pie de la Madeleine donde se apiñaban miles de personas. Su potencial numérico era demasiado débil. Se habrían enfrentado con las fuerzas armadas de una burguesía feroz y egoísta. Pero precisamente el despliegue de esas fuerzas indicaba en una capital que temblaba la preocupación del gobierno y de la policía así como la sorda inquietud de los capitalistas y de los comerciantes: éstos cerraban con miedo sus tiendas mientras aquéllos vigilaban con ansia sus fábricas. Entonces la sociedad entera estaba atentamente a la escucha el 1º de Mayo, día de un proletariado poco numeroso pero serio, grave, digno, firme, fiel a su ideología, lleno de esperanza y de libre decisión.

Ahora, ciertamente, había todavía en los cruces piquetes de agentes. No era más que para guardar las formas. Comerciantes y patronos estaban tranquilos y el obrero, a pesar de sus

eslóganes agresivos, lanzados entre canción y canción en medio de exhibiciones carnavalescas no sabía ya en el fondo con quién meterse. ¿No figuraba el gobierno, a fin de cuentas, a la cabeza de la manifestación?

Esta situación falsa, más bien decepcionante y bastante descorazonadora, fue analizada con notable finura por un redactor de «Combat».

En provincias y en Argelia, lo mismo. El 1º de Mayo fue masivo por el número, y, en muchas ciudades, marcado por diversiones standard: bailes, conciertos, fiestas deportivas, combates de boxeo. En Séte, los pobres boxeadores fueron los únicos que combatieron realmente en esa «jornada de lucha reivindicativa», como anunciaban los carteles de la UD, lo que arrancó de los labios de un sindicato de la enseñanza esta exclamación de desengaño: «Primero de Mayo, hermoso recuerdo». Y, sin embargo, en todas partes el mitin y la *Internacional* recordaban la naturaleza del día. Por lo demás, Orán destacó con treinta carrozas; Orleans, Creil, Beauvais y Compiègne con una exposición de obras de aprendices; Mostaganein con un desfile de los niños de las escuelas, los scouts musulmanes e israelitas. Mientras Frachon hablaba en París, en nombre del secretariado de la CGT, Jouhaux hablaba en Cherbourg.

Fuera de Francia, por primera vez en la historia de Persia, en Teherán, los obreros habían respondido al llamamiento de sus organizaciones. En Varsovia, en Berlín Este, había habido importantes desfiles, al igual que en Belgrado, donde Marcel Cachin, huésped del mariscal Tito, se había hecho aclamar.

Se encuentra más o menos por igual en todas partes las mismas manifestaciones, excepto en Teherán, a causa de la prohibición del gobierno iraní. Hay que señalar los desfiles importantes de Roma, Jerusalén, Shanghai, Bucarest y Praga, ciudad que estaba engalanada como en un día de fiesta nacional. A pesar de las autoridades franquistas, en Bilbao 20.000 obreros hicieron huelga y prolongaron heroicamente el movimiento durante algunos días, mientras que en Madrid se hizo una amplia distribución de octavillas clandestinas.

En Trieste y en Sicilia, como consecuencia de bombas lanzadas sobre los manifestantes, hubo que registrar víctimas. La emoción causada por los muertos y los heridos de Palermo fue tal que la CGIL decretó una huelga general de una tarde.

XVI. LA FIESTA DEL TRABAJO

El 1º de Mayo y las condiciones climáticas

Los hechos del socialismo, en general, no se pueden separar de las nociones espaciales en que se mezclan estrechamente la geografía, la historia y los modos de producción. Cuando se examina el 1º de Mayo en cada país, hay que tener, pues, en cuenta el «complejo» tan a menudo invocado por Antonio Labriola en sus estudios sobre la concepción materialista de la historia. Y como el 1º de Mayo es una *fecha*, apenas hace falta decir que su éxito depende en cierta medida de las condiciones climáticas.

Sin duda su carácter original, social ante todo, lo pone a cubierto de estos efectos excesivos del clima, cuyo gran campeón después de los antiguos más doctos ha sido Montesquieu. Pero no es menos cierto que los reflejos humanos, las inclinaciones y la atracción de clase que determina al 1º de Mayo se vean influidos por los factores climáticos.

Nacido en el hemisferio norte, fue lanzado por los partidos socialistas de las grandes naciones occidentales de Europa. Su periodicidad en el momento de la buena estación en esos países

facilita las fiestas, las manifestaciones populares, y se piensa en la seductora composición bucólica del dibujante Edmond Morin. Pero el examen de un mapa de isotermas hace reflexionar. No olvidemos que en la época en que en el hemisferio norte la naturaleza se muestra más claramente, el hemisferio sur está a fines del otoño, época poco propicia para expansiones.

Así se explica la intervención del delegado australiano Scensa en el Congreso Internacional Socialista de Zúrich (agosto de 1893), haciendo notar que el 1º de Mayo en su país cae a principios del invierno, lo que –con la fiesta del 21 de abril– contribuye a perjudicar su éxito. Además, sabemos que en el Congreso Internacional Socialista de Ámsterdam (agosto de 1904), el danés Olsen invocó el mal tiempo que, en los países nórdicos de Europa, dañaba al 1º de Mayo.

La fiesta de las ocho horas en Australia

La idea de semejante fiesta viene de Australia, lo que es bien comprensible, ya que este país fue el primero en conquistar las ocho horas.

De colonia penitenciaria que era a fines del siglo XVIII, Australia se convirtió en colonia de inmigración a mediados del XIX, luego del descubrimiento de las minas de oro. Siguió toda una conmoción. Metrópolis como Melbourne y Sydney surgieron como hongos; se desarrolló la construcción. Los sindicatos obreros de esta industria alcanzaron gran extensión y

como los salarios eran elevados debido a la abundancia del metal amarillo y la escasez de obreros cualificados, el esfuerzo obrero se dirigió sobre todo a la cuestión de la disminución de las horas de trabajo. Hay que decir también que dada la temperatura del continente austral las jornadas cortas eran de tal necesidad para los obreros, que se agotaban al sol o ante el fuego, que para obtenerlas hubieran estado dispuestos a sacrificar, si era necesario, parte de su salario. La cuestión fue planteada desde 1853 por los trabajadores de la construcción de Melbourne, y en poco tiempo el movimiento se amplió y logró éxitos.

Los sindicatos obtuvieron por primera vez que se inscribiera la jornada de ocho horas en sus contratos de trabajo en el año 1855, en Nueva Gales del Sur. El 21 de abril del año siguiente los obreros de la construcción de la provincia de Victoria lograron el mismo resultado y los de Queensland en 1858. Estos éxitos fueron obtenidos con bastante facilidad sin huelgas ni manifestaciones. En 1859, año de paro, al contrario, los obreros sólo pudieron conquistar o mantener las ocho horas en once ramas de la industria después de una gran batalla conducida por la Amalgamated Trades Association, batalla a la que están vinculados los nombres de James Stephens, Andrew Clarke y el diputado Don.

Estos resultados sucesivos, que se consolidaban unos a otros y favorecían el desarrollo de las Trade-Unions, constituían una importante etapa en el progreso social del país. Así lo sintieron muy especialmente los trabajadores de Melbourne, centro principal de la industria y de la organización obrera de Australia. Así, nueve cuerpos de oficios, que agrupaban a 700 obreros de

la provincia de Victoria que habían logrado las ocho horas, consideraron que debían desfilar en Melbourne el 21 de abril de 1857 para conmemorar el contrato firmado el año anterior. Desde entonces el 21 de abril fue consagrado por los obreros australianos que habían logrado las ocho horas al recuerdo de la victoria obtenida. Y el engrosamiento y ampliación del cortejo de Melbourne en la medida de las nuevas conquistas señalaba de manera tangible la ganancia obrera en este plano especial. Así, en 1869 desfilaron 12 corporaciones de oficios; en 1870, 17; en 1883, 20; en 1884, 29; en 1885, 34; en 1886, 44; en 1888, 48; en 1890, 50; en 1891, 60.

Mientras tanto, Australia del Sur en 1873 y Tasmania en 1874 habían ganado la jornada de ocho horas que Australia occidental conquistaría en 1896, año en que las cosas estaban ya tan adelantadas que en Sydney, en las minas de carbón, de oro y de estaño, así como en los astilleros y talleres, la duración del trabajo semanal no pasaba de 44 horas. Más aún, en Nueva Gales del Sur, en octubre de 1891 se vio a una mayoría derribar un ministerio hostil a la duración legal de la jornada de trabajo.

Todos estos hechos establecen claramente que la reivindicación de las ocho horas, que en general parecía muy lejana, casi inaccesible, en Australia era ya, si no la ley, al menos la práctica corriente, en los mismos momentos en que los trabajadores se conmovían internacionalmente para obtenerla. Y el desfile obrero en fecha fija el 21 de abril, a propósito de las ocho horas, es ya en cierto sentido un 1º de Mayo. Pero al asentarse sobre una victoria no reviste carácter sedicioso y difiere profundamente de la jornada decidida en París en 1889. Le faltan todos los elementos de fuerza, todos los factores

dinámicos de esta última: su sentido de clase, su tenor de combatividad, su carácter internacional. Se había tenido la prueba desde 1857 con la ejecución del *God save the Queen* ante la casa de gobierno, aunque la *Marsellesa* fuese ejecutada luego por los obreros ante las Cámaras. Se vio mejor aún en 1890, cuando los parados se abrieron paso en el cortejo desplegando una bandera negra con esta bárbara inscripción:

Cómete nuestra sangre y nuestra carne, hiena capitalista,
que es tu comida funeraria.

No nos asombremos, pues, de que el 21 de abril haya sido reconocido como fiesta por el gobierno.

En 1890, el cortejo de los oficios que habían logrado las Ocho horas agrupaba a 8.000 hombres. Desfiló por las principales calles de Melbourne, desde el *Trades Hall* hasta la *Friendly Society Gardens*, parque de esparcimiento de los obreros, en medio de una asistencia considerable. A la cabeza flotaba la venerable bandera de 1856, que llevaba la inscripción de los Tres Ochos. A retaguardia venían en coche los pioneros del movimiento, los militantes encanecidos en la lucha. Los oficios, cada uno con su bandera, su música y sus cuadros de circunstancia ocupaban el grueso del cortejo. El parlamento y las oficinas administrativas estaban cerrados, pero el gobernador general asistió al desfile desde lo alto de las ventanas de la Tesorería. Luego se dirigió en coche al parque para recibir, como representante del Imperio, una nota «llena de lealtad», después de lo cual participó, con los capitalistas y los políticos, en el banquete obrero. Hubo discursos favorables a la colaboración de las clases y luego, hasta la tarde, juegos, danzas y música con

asistencia de 30.000 personas. El taquillaje se dedicó a obras de beneficencia.

Esta fiesta australiana de las ocho horas, a pesar de celebrarse el 21 de abril y pese también a estar llena de confusión, es ya una Fiesta del Trabajo. Y esto en 1857, es decir, treinta y tres años antes de que la clase obrera mundial pensara en ella.

El Labor Day en los Estados Unidos

En los Estados Unidos, el Labor Day es otra fiesta menos inofensiva, menos confusionista, no más internacionalista por cierto, pero igualmente ligada a las ocho horas y del mismo modo surgida de la iniciativa obrera. Esta Fiesta del Trabajo americana, mucho menos débil en cuanto a contenido de clase que la fiesta australiana, debe considerarse además, por su celebración en la década anterior al 1º de Mayo internacional, como un precedente muy serio de la Fiesta mundial del Trabajo. El origen del Labor Day se remonta a una moción presentada en un mitin de la Central Labor Union de Nueva York el 8 de mayo de 1882 Esta moción pide que un día del año se designe como día del trabajo y sea la fiesta general de las clases trabajadoras. Su autor es Peter J. MacGuire, secretario general de la Fraternidad de Carpinteros y Ebanistas de América del Norte, y al mismo tiempo delegado de la «Union» de Nueva York. Sugiere como fecha de la fiesta el primer lunes de septiembre por ser la estación más placentera. La resolución fue adoptada por un Comité que organizó el plan de una manifestación que debía revestir la forma de un cortejo callejero para mostrar la fuerza y

el «espíritu corporativo» de los trabajadores, y cerrarse con un festival y una merienda en el campo.

El primer Labor Day tuvo lugar el 5 de septiembre de 1882 en Nueva York, de acuerdo con los planes de la Central de Trabajo de esta ciudad. Según un informe del «New-York World», tuvo mucho éxito. Se dieron conciertos al aire libre, y en la merienda que coronó los festejos, participaron numerosos obreros que habían debido esperar el final de la jornada, ya que sus empresarios habían rehusado concederles el día libre. Tomaron la palabra en el mitin John Swinton, Louis F. Post, C. A. Beecker de Newark y el iniciador, MacGuire. Una reproducción de un grabado de la época muestra al cortejo –de más de 10.000 trabajadores– desfilando en buen orden por una gran arteria de Nueva York, con banderas y carteles. En primer plano aparece un cartel que reclama las ocho horas. El año siguiente, la Central Union de Nueva York celebró un nuevo Labor Day, y el primer lunes de septiembre de 1884 organizaciones similares de otras ciudades siguieron el ejemplo. Asimismo, en la convención de la Federation of Organized Trade and Labor Union, que precedió inmediatamente a la American Federation of Labor, un miembro de la Unión Tipográfica hizo adoptar una resolución estableciendo que el primer lunes de septiembre de cada año fuera un día de fiesta nacional del Trabajo observada por los trabajadores de todas las profesiones y nacionalidades y de uno y otro sexo. Esta resolución, votada por el Congreso de Chicago de la AFL (noviembre de 1884), fue propuesta y sostenida en él por A. C. Cameron, representante de los sindicatos de Chicago.

En 1885, el *Labor Day* es celebrado en muchos centros Industriales. Su primer reconocimiento oficial como fiesta

pública se encuentra en las ordenanzas municipales en 1885–1886, y el primer proyecto de ley referente al mismo se produce en la legislatura de Nueva York. Pero el Estado de Oregon fue el primero en legislar sobre la materia, el 11 de febrero de 1887, designando no obstante el primer sábado de junio como fecha del Labor Day. Durante este mismo año de 1887 cuatro Estados, además de Oregon (Colorado, Massachusetts, New Jersey y New York), instituyen el Labor Day por vía legal. Pronto se les unen Connecticut, Nebraska, Pensylvania, y después Iowa y Ohio.

Tal la situación más allá del Atlántico cuando se comienza a hablar de Fiesta del Trabajo en Europa occidental, con ocasión del 1º de Mayo de 1890. Es imposible que al menos una parte de estos hechos no hubiesen llegado al conocimiento de los principales líderes. Se puede incluso pensar que habían sugerido la idea de injertar una Fiesta del Trabajo en la manifestación del Trabajo prevista para el 1º de Mayo. Tanto más cuanto que el célebre mensaje de Gompers en julio de 1889 evocaba, como lo hemos dicho, el Labor Day. Pero los trabajadores americanos no abandonarán por otra su fiesta propia. La prueba es que en el Congreso de Detroit de la American Federation of Labor, que se realizó en diciembre de 1890, posteriormente al primer 1º de Mayo internacional, Samuel Gompers, presidente de la organización informó sobre el Labor Day subrayando que el primer lunes de septiembre ha sido generalmente observado y reconocido por muchos Estados. Pidió que en todos los Estados Unidos se realizaran esfuerzos para obtener una ley federal a este respecto y que a la espera de su votación los gobernadores imitaran el ejemplo de Kansas, invitando a todos los ciudadanos a observar el Labor Day.

De 1891 a fines de 1893, más de 21 estados crearon el Labor Day y el 28 de junio de 1894 fue adoptado por aclamación en el Congreso. Después de 1900 se le reconoció oficialmente por muchos Estados y fue ratificado en 1923 por los 48. Pero, como las fechas diferían de un Estado a otro y las directrices no eran las mismas, hizo falta tiempo para obtener la unificación el primer lunes de septiembre. Además la American Federation of Labor había decidido en 1909, a propuesta de Frank Morrison, que el domingo precedente al Labor Day, llamado Domingo del Trabajo, se consagraría a los aspectos espiritual y educativo del movimiento del trabajo.

Hoy, el mundo obrero norteamericano sigue celebrando el Labor Day.

Acuerdo de la naturaleza y del trabajo

A pesar de nuestro conocimiento de los orígenes y del deseo de penetrar por debajo de los hechos superficiales, nos hemos visto conducidos a rechazar como seducción de la leyenda toda relación entre la Fiesta del Trabajo, el 1º de Mayo y las tradicionales solemnidades de este día.

Sin embargo, no sería de sana lógica concluir que la moderna Fiesta del Trabajo no ha aprovechado los regocijos que por una feliz coincidencia se celebraban desde tiempo inmemorial el mismo día promovido a la historia por el Congreso Internacional de París.

La Fiesta del Trabajo nace con buena estrella en los países occidentales, porque desde el principio pudo apoyarse en las viejas costumbres relacionadas con la resurrección de la naturaleza. El éxito le estaba asegurado porque en ella se reunían como dos ardientes llamas el Trabajo de la naturaleza y el Trabajo de la humanidad.

El calendario trata de persuadirnos –escribe Fanny Clar– de que el año comienza el 1º de enero. No obstante, en esta fecha oficial no experimentamos la alegría de la primavera que exalta mayo, al menor rayo de sol.

Es verdaderamente extraordinaria esta asociación fortuita de la naturaleza que renace y del proletariado que asciende. A los efluvios emotivos y proletarios de que está cargado el 1º de Mayo, agrega la alegría que hace palpar el corazón de todos los hombres. Se presta a las amplificaciones, y las seducciones de la retórica se unen aquí a las seducciones de la leyenda. Adolphe Tebarant escribe a este respecto:

A menudo me ha maravillado la intuición del azar que hizo elegir... esta fecha del 1º de Mayo, fresca y sonriente, hermosa como una mañana de primavera.

Hemos visto documentalmente que la elección de la fecha por los congresistas de 1889 no se debió a «la intuición del azar». El hecho es incontestable. Pero, reflexionando bien, se podría encontrar que la fecha americana de cambio de los contratos que ha suscitado la fecha del 1º de Mayo proletario surge de la naturaleza.

Así, la Fiesta del Trabajo del 1º de Mayo se relacionaría –si no

inmediatamente, al menos en sus orígenes más lejanos– con el despertar y el impulso de la naturaleza.

En todo caso, el hecho de que el 1º de Mayo obrero Caiga en la plenitud del nuevo espectáculo acrecienta su Carácter simbólico y su coeficiente de afectividad.

La naturaleza manifiesta su potencia y la clase obrera también. La corriente de energías productoras de los trabajadores se une a la savia, la corriente de vida y de producción de la naturaleza. Las abejas de la colmena sacuden el sopor del invierno y las abejas de la ciudad que han trabajado todo el invierno dejan de libar pensando en el Injusto reparto del botín.

Junto a la común afirmación de potencia, la animación común de las plantas y de los seres encuentra su complemento en la vibrante animación de las masas. Y ya que en la naturaleza toda sonríe, acariciando el naciente verdor e impulsando a los pasatiempos amorosos, los proletarios, a pesar de sus negras inquietudes tienden a asociarse a esta alegría de vivir. Así como el canto de los pájaros llama a los días soleados y los prodigios de la vegetación, el canto de los trabajadores anuncia los ramilletes rojos del porvenir y los prodigios de la humanidad. La esperanza de las abundantes cosechas hace pensar en los tiempos mejores, y el esplendor de la primavera que vuelve, en la humanidad liberada de su cruz. La áspera faz de los apóstoles se ilumina con la dulce idea de la miseria suprimida, de las guerras enterradas, de las mentiras y las intrigas desaparecidas. Un soplo de generosidad humana, de bondad y justicia envuelve durante un momento la despiadada y terrible lucha de clases.

Esta aproximación simbólica de la Naturaleza y el Trabajo, las dos grandes fuerzas creadoras de la vida, en un día de fiesta, esta prenda de esperanza que apunta, a través de las convulsiones que sacuden al mundo, al alumbramiento de un nuevo orden, era bien digna de entusiasmar a los poetas de la clase obrera, que no fueron los últimos, como se piensa, en cantar «la fiesta del Trabajo florecida en la novedad de la primavera».

Así se expresaba Georges Pioch, deplorando que una República que invoca los Derechos del Hombre y del Ciudadano hubiese puesto su gloria en rechazar como fiesta aquella que hace «bajo todos los cielos y en todos los tiempos más honor al hombre, al espíritu humano». Agregaba:

Si Francia podía y debía glorificarse por una fiesta, era organizando ésta, haciendo de ella una solemnidad magnífica entre todas las solemnidades...

Llamar a las artes, a las efusiones de la sentimentalidad más noble para sellar el perfecto acuerdo del Trabajo y de la primavera, a hacer de manera que durante todo un día florezcan juntos: simple y suprema comunión en que el pueblo y la paz hubieran comulgado en la más fecunda esperanza...

Todos los corazones reconciliados durante un día en aquello que constituye la única grandeza del hombre... Sé que no hubieran muerto en la desesperación de la justicia y la libertad...

Originariamente, el 1º de Mayo no es una fiesta

En muchas oportunidades ha sostenido Bracke que ya en sus fuentes, en los días de 1889 en que fue decidido y aun «desde el primer documento», el 1º de Mayo internacional era una fiesta.

Los textos son formales. En la célebre resolución del Congreso de París que, hablando con propiedad, es el acta del bautismo del 1º de Mayo internacional, no se habla en absoluto de fiesta, sino de manifestación. Este término aparece cuatro veces, y además, figura la expresión «intimación», que lo respalda. Dos palabras que encontramos también, con exclusión de toda otra, en el protocolo en alemán del Congreso con prefacio de W. Liebknecht, «Kundgebung», «öffentlichen Gewalten (Behörden)». En la resolución complementaria adoptada, el único término que se emplea es el de manifestación.

Todo esto es lógico, ya que se trata de hacer triunfar la reivindicación de las ocho horas y al mismo tiempo las otras reivindicaciones formuladas en el congreso. No es con una fiesta como se obtienen reivindicaciones o reformas. Por lo demás, ni en el espíritu de Jean Dormoy y Raymond Lavigne, ni en el precedente francés del 10 y del 24 de febrero de 1889, ni el 1º de Mayo proyectado por el movimiento americano se trataba de fiesta, sino simplemente de presión obrera.

Para ligar a sus orígenes la idea de fiesta a la idea del 1º de Mayo, Bracke escribe:

La consigna «¡A la calle, fuera!» implicaba dos consecuencias aparentemente contradictorias, en realidad simétricas y que convergían para imprimir su sello original a la manifestación nueva. Primero, no se trabaja en la calle, se para. Luego, parar es Vacación, es día festivo. Fiesta con paro, paro festejado... Desde su nacimiento, desde el primer día, la expresión «Fiesta del Trabajo» estuvo asociada a las de «reivindicación», «intimación» y «manifestación».

Claro está que para manifestarse en la calle es necesario abandonar el taller. Pero el hecho de hallarse en estado de paro no implica el estado de fiesta. Si no se trabaja es para manifestarse en la calle, y aun se manifiesta indirectamente en la fábrica al no trabajar. ¿Por qué asociar a toda costa el paro colectivo voluntario y reivindicatorio en una fecha no fijada por el calendario con el paro de un día de fiesta? Es desconocer todo un aspecto, y no el menor, de la acción obrera; es olvidar la historia de las luchas proletarias. Por lo demás, en el espíritu de los iniciadores y de los congresistas de la calle Rochechouart la presión sobre los poderes públicos, el 1º de Mayo de 1890, debía ejercerse principalmente por vía de delegaciones. No implicaba un paro en gran escala en los países donde se fortalecía el socialismo, ni siquiera un paro cualquiera en los otros. Para tener la prueba, bastaría remitirse al último párrafo, muy suave y muy prudente, de la resolución adoptada. Pero se debe argüir también el rechazo de una proposición de huelga general en el curso de la discusión, luego las deliberaciones posteriores de las sesiones de la Internacional sobre el paro del 1º de Mayo y por fin el carácter completamente parcial del paro logrado el 1º de Mayo de 1890. Todo esto se explica por la debilidad de las condiciones objetivas de entonces.

Es verdad que no se podría ocultar lo que Bebel ha escrito del Congreso Internacional de París con ocasión del 60 aniversario de Víctor Adler:

... Entonces Víctor Adler, Vaillant, Lafargue, Liebknecht, yo y algunos otros nos pusimos de acuerdo en el curso de conversaciones particulares para concebir el proyecto de una fiesta mundial del 1º de Mayo, y hacer una propuesta en tal sentido.

Pero la expresión de «fiesta mundial» empleada 23 años después del voto de la célebre resolución no es más que el reflejo de las condiciones nuevas en que se desarrollaba el 1º de Mayo. No podría hacernos cambiar y sustituir los términos mismos de la resolución que ni de cerca ni de lejos implica una sola palabra que se relacione con una fiesta o haga alusión a ella. Giovanoli, que ha estudiado también la cuestión, llega a esta conclusión:

Cuando en 1889 se decidió en París «festejar» el 1º de Mayo, ninguno de los autores de la propuesta pensó en este elemento, que luego se afirmó tan poderosamente en el movimiento del 1º de Mayo.

No se debe adjudicar más significación a las afirmaciones de Louis Bertrand (1894), W. Liebknecht (1895) y otros que pretenden que la resolución del Congreso de París hacía del 1º de Mayo una fiesta, porque son de la misma naturaleza.

Como contraprueba se debe citar el artículo muchas veces reproducido de Jules Guesde, sobre la génesis del 1º de Mayo. Es notable que Guesde, que quiere «oponer la historia» a todas

las «novelas contradictorias», no dice palabra de una fiesta originariamente planeada para el 1º de Mayo. Los términos que vienen a su pluma son los de manifestaciones, movilización, intimación. Y, sin embargo, Guesde informa también sobre las conversaciones previas en que ha tomado parte. Más aún, como lo hemos mostrado, es uno de los que admitieron, con fines tácticos, que los trabajadores «transformen» la manifestación en fiesta. Pero esto no le impide respetar la verdad histórica.

Oposición a la idea de fiesta en Francia

Bracke reconoce «que algunas veces se ha discutido la expresión Fiesta del Trabajo» aplicada a las manifestaciones del 1º de Mayo. Llegó a decir:

He conocido horas en que aquellos que decían «fiesta» se veían acusados de disfrazar el pensamiento original a que se debía la demostración mundial.

Nada más justo. Y aquí, rogando al lector que se remita a los capítulos que tratan de los diferentes Primeros de Mayo, debemos abordar otro problema. Porque la doble ¡Concepción de fiesta y manifestación que actualmente prevalece –al término de más de sesenta años de «costumbre obrera»– aún es combatida por algunas fracciones del proletariado.

Desde el principio los anarquistas, divididos sobre la cuestión de la participación en el 1º de Mayo, se encontraron unánimes

para rechazar toda idea de fiesta ese día. Su punto de vista fue vigorosamente sostenido por el «Père Peinard» (Émile Pouget), que denunció «este banquete refrigerante» de la «fiesta de los vientres vacíos ante el *buffet* más vacío aún» y que «cumple rudamente las órdenes de los copetudos de “arriba”».

Así se dejó hacer sin decir ni mu.

Con poco los ricachos han pagado los violines para que sus lacayos se zarandeen, porque «el que baila, come». Y el populacho ha mordido el anzuelo tendido por los políticos cobardes que se han puesto máscara socialoide.

Para el «remendón» libertario, en efecto, son los «cobardes y los frenadores del socialismo» los que han «cortado el chicote al aire protestador y frondoso del 1º de Mayo», ladrando que era la fiesta del proletariado al mismo tiempo que desfilaban ante los poderes públicos.

Los anarquistas se han mantenido hasta el presente en este plano de intransigencia, y no sería demasiado notar, de paso, que cuando Guesde los ataca a propósito del 1º de Mayo a través de artículos o de manifiestos, no les reprocha el rechazar la idea de fiesta. El llamamiento en vista del 1º de Mayo de 1891, firmado por él, hace observar muy bien –y su redacción merece ser recordada– que son los congresos nacionales de los diversos partidos obreros los que han decidido «perpetuar el 1º de Mayo como Fiesta Internacional del Trabajo».

La masacre de Fourmies, sobrevenida precisamente el 1º de Mayo de 1891, vino a reforzar la corriente subyacente que, entre los socialistas intransigentes, se dirigía contra la idea de

fiesta en conexión con la idea de manifestación. Casi habían olvidado la sangre vertida en Chicago; al menos todo pasaba en Francia como si hubiera sido así. La mancha púrpura de Fourmies, al enlodar un Mayo florido de muchachos y chicas alegres, hizo del 1º de Mayo un día de duelo, y quedó así marcado.

En tanto que el llamamiento del POF para el 1º de Mayo de 1891 terminaba con el grito de «¡Viva la Fiesta Internacional del Trabajo!», el del 1º de Mayo de 1892, que insistía en las ventajas de la jornada legal de ocho horas, hace marcha atrás en esto. Ya no habla de fiesta, sino sólo de manifestación y de presión sobre los poderes públicos. En cuanto a la decisión del Congreso del mismo año, que fijaba la actitud del Partido para el 1º de Mayo de 1893, no admite fiesta más que en las localidades de ayuntamiento socialista.

Remitiéndose a las deliberaciones del Congreso Corporativo de Calais (octubre de 1890), se observa que los delegados no enfocan el 1º de Mayo sino desde el ángulo de una manifestación. Pero, en cambio, no se nota ninguna intervención contra la idea adventicia de una fiesta. No sucede lo mismo en el Congreso Corporativo de Marsella (septiembre de 1892), después de la masacre de Fourmies.

En su informe sobre el 1º de Mayo, uno de los delegados de Lyon, Dufeu, plantea limpiamente la cuestión: «El 1º de Mayo ¿debe ser un día de Fiesta del Trabajo?» La responde negativamente proponiendo en la resolución sobre el 1º de Mayo la adopción de los dos párrafos siguientes:

El congreso decide que la manifestación del 1º de Mayo, aun siendo pacífica, no debe tener carácter de fiesta oficial.

Que este día sólo será realmente fiesta del trabajo cuando los trabajadores hayan ganado la causa de sus reivindicaciones, triunfado de todas las resistencias que a ello se oponen, y derribado todas las tiranías que oprimen y explotan al mundo obrero.

A decir verdad, en el primer párrafo el epíteto «oficial» junto a la palabra fiesta se presta al equívoco, sobre todo cuando se sabe que uno de los delegados se pronuncia por el 1º de Mayo como fiesta legal. Pero el segundo párrafo indica bien que el informante rechaza toda idea de fiesta el 1º de Mayo en el plano burgués.

Una gran discusión enfrentó a Dumortier, Decluze, Roussel, Danflous, Martino, Augros, Autric y otros. El primero, conocido anarquista lyonés, calificó de «puramente platónico» un 1º de Mayo festejado. Decluze, secretario general de la Federación Nacional de Sindicatos, «en un lenguaje arrebatador y pleno de vigor» refutó, dice el informe, «este título de fiesta que se da al 1º de Mayo» para atenerse a los términos de demostración, manifestación, mítines con paro y «bandera a la cabeza» que expresan la idea de lucha. La intervención de Roussel (París) tuvo más matices. Preconizó el paro para todos, pero que se dejara toda la libertad en cuanto a la forma de manifestar. Finalmente, se adoptaron los párrafos propuestos y en adelante, hasta la guerra de 1914, puede decirse que el movimiento sindical francés se mantiene con pocas variantes en esta posición de ruptura con la idea de una fiesta el 1º de Mayo.

El último llamamiento de la Federación Nacional de Sindicatos, firmado por Cazandumec, Amelot, Foucher, Roussel y Arégot, en nombre de la Comisión de organización del 1º de Mayo para 1896, habla en verdad de «celebrar el 1º de Mayo». Pero, aun en este caso, tal celebración se refiere al porvenir, ya que se trata de «el radiante aniversario de las esperanzas altivamente proclamadas, de las liberaciones alegremente entrevistadas, de las fraternidades universalmente Esparcidas».

Un hecho que prueba fehacientemente que la idea de un «1º de Mayo, Fiesta del Trabajo» estaba lejos de haber conquistado derecho de ciudadanía en esta época, es la posición tomada por Albert Regnard. Este sabio doctrinario, cuidadoso de proveer al socialismo de ceremonias nuevas en las que, junto a diversiones, figurara el elemento político y social indispensable, no hace lugar a ninguna fiesta de este género en su calendario cívico, cuidadosamente elaborado en 1892. Y, sin embargo, consagra el mes ventoso¹⁶ al trabajo, que se encuentra especialmente glorificado el día 10 en la persona de Guntenberg.

Adrien Véber, en un artículo aparecido después del 1º de Mayo de 1894, hace ver que la idea de fiesta está ligada a la de triunfo. Citando la fórmula de Millerand, «14 de Julio de 1789 – 1º de Mayo de 1890: dos fechas, dos revoluciones», recuerda que la primera de estas fechas se ha convertido en una fiesta porque celebra un triunfo popular. Agrega:

La segunda, a pesar de todas las ventajas de propaganda que obtendría tomando este aspecto, no se considera como

16 Sexto mes del calendario republicano francés, que comenzaba el 19 de febrero y terminaba el 21 de marzo. [N. del T.]

una fiesta casi en ninguna parte de Francia; y esto no sólo a causa del duelo de Fourmies, sino también y sobre todo porque la idea que encarna no ha triunfado aún.

El 1º de Mayo, si puedo expresarme así, no es más que una fiesta potencial. Pero el porvenir le pertenece. El victorioso empuje del socialismo y la instauración progresiva del colectivismo transformarán rápidamente en una verdadera fiesta este austero aniversario, este acto de fe revolucionaria y de comunión internacional.

En las líneas precedentes se expresa con fuerza la argumentación que luego se hará valer muy a menudo contra el 1º de Mayo considerado como fiesta en la sociedad capitalista. Así, en 1908 el ex blanquista Louis Dubreuilh, secretario del Partido Socialista Unificado, sólo ve como fiesta posible el 1º de Mayo una vez establecida la sociedad socialista.

Este día, pero sólo ese día, el 1º de Mayo podrá transformarse de manifestación guerrera en fiesta pacífica y alegre.

Fiel a esta concepción, Dubreuilh lanza este mismo año a los trabajadores para el 1º de Mayo, en nombre del Consejo Nacional del Partido, un llamamiento que no habla de fiesta proletaria. Lo mismo sucede, sin duda, en el llamamiento concomitante de la CGT.

Todos los llamamientos de la CGT lanzados hasta entonces, y principalmente el del 1º de Mayo anterior que intenta crear, gracias al 1º de Mayo, «una atmósfera reivindicativa» que sobreexcite las actividades obreras y atemorice a los «Amos», estaban concebidos dentro del mismo espíritu, el espíritu del

sindicalismo revolucionario fuerte mente influido por la tradición de las Bolsas de Trabajo, los principios y luchas del anarquismo obrero. Estos llamamientos, en el fondo, expresaban en lenguaje corriente la concepción muchas veces formulada en términos crudos por el «Père Peinard», a saber, que lo que debe hacer asombroso al 1º de Mayo es que por todas partes sople un «viento de revuelta».

Como escribirá el órgano confederal para el 1º de Mayo de 1909:

¿Qué tenemos que hacer este día? ¿Regocijarnos? ¿Hacer fiesta?

Dejemos esto a los que, con fórmulas políticas y adulonerías abusan del trabajador, lo chasquean y retrasan o desvían así los efectos de su cólera.

El manifiesto de la CGT de este mismo año, por lo demás, recuerda que el 1º de Mayo no es una fiesta sino una manifestación de odio contra la sociedad burguesa. Naturalmente, es aprobado por Gustave Hervé, que se sirve de él para fustigar «a las personas que tienen una singular concepción del 1º de Mayo». Y después de haber citado el caso de un gran centro obrero del Norte donde habrá «fuegos de artificio en honor de la fiesta del proletariado», el «enfant terrible» del Partido Socialista enuncia burlescamente estas visiones proféticas:

Espero que haya también luchas de gallos, caballos de madera, cucañas con salchichones en la punta. Cuando ciertos socialistas estén en el poder, no hay que desesperar

de verlos celebrar el 1º de Mayo con exhibiciones militares y desfiles de bomberos, como el 14 de Julio.

Lo mismo que el Congreso Corporativo de Marsella, Adrien Véber y Louis Dubreuilh, Gustave Hervé no admite fiesta el 1º de Mayo sino después del victorioso asalto del proletariado.

Después –sólo después– el 1º de Mayo se convertirá en Fiesta del Trabajo, del trabajo liberado por la revolución social.

Y agrega, como profesor de historia y líder de la fracción insurreccional del Partido:

Ese día bailaremos sobre las ruinas de la Bastilla –de la Bastilla capitalista–, pero antes ¡echémosla a tierra!

Algunos años más tarde, Georges Yvetot insiste en el mismo tema en un estudiado artículo que merece que nos detengamos en él. El secretario de la Federación de las Bolsas comienza por evocar en el lejano pasado las fiestas populares de mayo y se pregunta si «por una especie de atavismo del que no se da cuenta», el pueblo no se ve inclinado a celebrar el 1º de Mayo con festividades y manifestaciones alegres. Aun declarándose favorable a los días de esperanza y al buen tiempo que el pueblo trata de darse, Yvetot se levanta contra tal inclinación.

Verdaderamente, ¿corresponde al obrero organizado y que se pretende consciente querer transformar en día de bulliciosa alegría, como el 14 de Julio, este día de reivindicación del 1º de Mayo?

El obrero ha olvidado la génesis de este día de protesta, de este día de reivindicación...

Después de haber establecido con bastante extensión este carácter del 1º de Mayo que, en su opinión, debe ser reforzado para que la manifestación «sea el preludio de acontecimientos serios» y si es necesario «los engendre», el redactor termina, como Hervé, insinuando que sólo la revolución victoriosa dará a los trabajadores el derecho de regocijarse.

Para mejor llegar al meollo de la realidad, este artículo del sindicalista libertario Yvetot debe compararse con un artículo sobre el mismo tema escrito por el sindicalista- socialista Niel. La tesis que éste había sostenido en 1908, diez meses antes de llegar al estrado confederal, se apoyaba en una argumentación diferente de la del «bulldog». Sin embargo, se le asemeja en el fondo, lo que arroja una luz reveladora sobre la opinión casi general vigente en los medios sindicales franceses.

Para Niel:

El 1º de Mayo no debe ser una fiesta, como algunos tienden demasiado a creerlo y establecerlo. Nada me parece más contrario a la verdad que decir: «El 1º de Mayo es la Fiesta del Trabajo».

¿Por qué? Porque en principio una fiesta es un regocijo organizado para rememorar un recuerdo agradable o celebrar un feliz acontecimiento. Ahora bien, los orígenes del 1º de Mayo tienen sus fuentes en la sangre de los trabajadores. Desde este punto de vista moral, no se podría hacer de este día una fiesta. Por otra parte si, desde que se le ha instituido, el 1º de Mayo

hubiera dado la jornada de ocho horas o alguna otra mejora importante, se le podría festejar en rigor en recuerdo de este éxito.

Pero, como no se ha obtenido ningún beneficio positivo, hay que esperar los resultados para regocijarse. Por fin, tercera razón:

Hay que oponerse a que el 1º de Mayo se convierta en día festivo porque perdería así todo su sentido. Tal como lo concebimos y deseamos, el 1º de Mayo es de una necesidad absoluta para la gimnasia revolucionaria del proletariado. Si por culpa nuestra o de una disposición legal perdiera tal sentido, estaríamos obligados a crear otro.

Esta última razón expresada por Niel correspondía también al pensamiento de los militantes sindicalistas franceses que «La Voix du Peuple» escribía dos años más tarde:

El 1º de Mayo debe seguir siendo para nosotros un día de movilización, de manifestación, de reivindicación. Si alguna vez perdiera este carácter, el 1º de Mayo habría muerto para nosotros.

Sólo después de la guerra de 1914–1918 y la escisión sindical que sigue, la CGT, privada de sus elementos de extrema izquierda, ratifica la doble concepción de fiesta y de manifestación el 1º de Mayo. Aun llamando a los trabajadores a parar y si es necesario a manifestarse, los invita a asistir a fiestas.

En el Comité confederal del 12 de marzo de 1928, Guiraud, secretario de la UR de Sindicatos del Sena, va más lejos. Propone

en nombre de ésta «que se examine si no sería posible emprender una acción en el parlamento para obtener el voto de una ley que dé carácter legal al paro del 1º de Mayo». Se hacen oír protestas, principalmente por parte de los mineros, y Jouhaux consigue la devolución de la cuestión para su estudio a la Comisión Administrativa. Pero la brecha está abierta. Arguyendo que «la jornada de ocho horas, objeto cada vez más preciso de la manifestación del 1º de Mayo, está inscrita en la ley», la CGT reclama pronto el beneficio de la misma inscripción para transformar el 1º de Mayo en solemnidad, renegando formalmente de su posición de antes de la guerra:

La CGT se ve obligada a obtener que esta jornada tenga el carácter de un *día festivo*. Así los trabajadores, en la época primaveral de la Naturaleza, conmemorarán este día el largo pasado de luchas y esfuerzos de sus mayores en la vía de la emancipación humana, concediendo un pensamiento Heno de gratitud a los que han caído víctimas de las reivindicaciones obreras por la liberación del trabajo y el bienestar del proletariado.

La CGTU actúa de otro modo. Se propone hacer del 1º de Mayo únicamente una manifestación, una plataforma de agitación y de acción. Rechaza toda idea de fiesta y reprocha a la CGT que sacrifique en el ara de esta idea. El llamado de la CGTU en vista del 1º de Mayo de 1931 constituye la declaración-tipo y da a este respecto un sonido puro:

Con sus combates heroicos, con sus sacrificios, los trabajadores del mundo entero han hecho del 1º de Mayo una jornada internacional de batalla contra sus explotadores.

Los jefes reformistas intentan quitarle este carácter. Ensayan transformar las manifestaciones de clase de los proletarios en celebración de una fiesta.

El 1º de Mayo no podrá ser una fiesta en tanto que los obreros no hayan derribado el régimen que los explota y tomado el poder.

Es la misma idea que habían expresado los sindicalistas minoritarios británicos en vista del 1º de Mayo de 1929:

El 1º de Mayo no será una fiesta sino cuando la clase obrera haya conquistado el poder. Por el momento, es un día de unión y de lucha contra la opresión capitalista y la guerra imperialista.

Convendría, observando los diversos países, tratar extensamente este punto en particular. Tomemos a título de ejemplo Italia, donde, como en Francia, encontramos gran oposición a la idea de fiesta el 1º de Mayo.

Así Turati, en su conferencia del 1º de Mayo de 1891 en Milán, se abstiene de emplear la expresión de Fiesta del Trabajo, pero aprueba visiblemente a los obreros de Australia que festejan el 21 de abril como «fecha memorable» de la primera aplicación seria de las ocho horas.

En 1892, Armelani estima que el 1º de Mayo es ante todo la afirmación del principio político del Cuarto Estado.

En consecuencia, no admite que se considere como fiesta al 1º de Mayo mientras el Cuarto Estado no haya tomado por su

cuenta y hecho pasar a la realidad la famosa fórmula de Sieyès en la aurora de la Revolución Francesa.

En 1907, Guarnieri ve una degeneración en el hecho de que el 1º de Mayo se haya convertido, a los ojos de demasiados obreros, en una simple fiesta que no se diferencia casi de las fiestas del calendario. El 1º de Mayo –dice– es otra cosa que un cortejo y un paseo al son de la música: constituye una manifestación de la conciencia proletaria, es un día de batalla y una declaración de guerra. Resume su pensamiento en estas palabras:

Menos fiesta y más dignidad, más seriedad y firmeza.

Más cerca de nosotros, Tommaso Pedio comienza su folleto sobre *El 1º de Mayo* con esta afirmación categórica:

No, el 1º de Mayo no es ni un día de fiesta ni un día de alegría.

Los partidarios de la fiesta del trabajo

La idea de una fiesta del trabajo que ha venido a injertarse en la manifestación decidida por el Congreso Internacional de 1889 está lejos, como se ve, de haber arrastrado y de arrastrar aún la adhesión de todos los trabajadores. Son muchos los que han disociado siempre esta idea de la jornada del 1º de Mayo, sin llegar quizás a ver en ella, como Ernest Lafont y Le Guéry, una

«singular inconsecuencia». El primero, en efecto, alega para rechazar una fiesta «fuera de las tradiciones [y] que ninguna necesidad evidente imponía», que sólo es digno de esclavos glorificar el trabajo, «fuente de provecho de sus amos y causa de su servidumbre». En cuanto al segundo, afirma que la clase obrera «no puede estar de fiesta el 1º de Mayo, porque en todas partes sufre y llora y sólo puede manifestarse».

Se debe notar aquí que debido a la orientación sindicalista revolucionaria del movimiento corporativo y a la orientación más radical del movimiento político socialista, los países latinos y especialmente Francia denotan esta corriente de disociación mucho más que los países anglosajones y en especial Alemania. En casi todas partes, sin embargo, se encuentran personalidades socialistas que estiman que el trabajo, esto es el proletariado, aun en la sociedad capitalista tiene el derecho de poseer una fiesta, del mismo modo que la Iglesia tiene las suyas, como las posee el Estado burgués y como las tienen todas las naciones. Ya que la Iglesia –dicen– posee sus fiestas, que los trabajadores observan aún por espíritu de rutina y bajo el pueril pretexto de que «es costumbre», y ya que la burguesía tiene su fiesta nacional que obliga a celebrar a los trabajadores, no hay razón para que la clase obrera no tenga al menos un día de fiesta. Tanto más cuanto que este día los trabajadores del mundo lo han creado por sí mismos, en una toma de conciencia realmente extraordinaria que es al mismo tiempo una hipoteca sobre el porvenir.

Las anotaciones al respecto de Joseph Diner-Dénes, talladas en lo vivo, merecen citarse aquí porque son de lo más sugestivas:

El 1º de Mayo, el proletariado no pertenece a nadie más que a sí mismo. Lo he visto muchísimas veces y siempre me ha sorprendido. Hombres, mujeres y niños desfilan por las calles bordeadas de casas, pero es una cosa completamente distinta de los días de fiesta y los domingos habituales. Esta vez no desaparecen en la masa, no se ven eclipsados en las veredas por los rutilantes atavíos de los burgueses, no tienen que ceder la calzada a los numerosos coches de lujo de los rentistas. La calle les pertenece a ellos, a ellos solos. Sin preocuparse de que desfilan en país enemigo, van radiantes, sin inquietud, seguros del porvenir. No deben compartir este día, como los otros días de reposo, con sus adversarios y enemigos. Este día les pertenece, es solamente de ellos.

Clara Zetkin, elevándose a la síntesis ha iluminado muy bien este hecho, que sería imposible subrayar demasiado:

El 1º de Mayo es el único verdadero día de fiesta del proletariado explotado y militante.

Es un día de fiesta libremente querido y resuelto, en antagonismo con los días de fiesta religiosos o laicos otorgados a los esclavos de la fábrica, de la mina y de los campos por la voluntad de los gobernantes y de los explotadores. Un día de fiesta que, por su misma esencia, contrasta con la totalidad de las fiestas de la sociedad burguesa. Todas estas fiestas glorifican acontecimientos o victorias cuyos frutos no han tocado a los hombres y mujeres de la gran masa trabajadora.

Todas estas fiestas arraigan en el pasado, son conservadoras; en contradicción con ellas, el 1º de Mayo es una fiesta del por venir, una fiesta revolucionaria.

Benoît Malon ve también, en la «solemnidad socialista y obrera» la promesa y el anuncio de la sociedad ideal que los asalariados de ambos mundos edificarán con sus propias manos. Lo mismo Karl Kautsky y Léon Blum. Y como Clara Zetkin y Diner-Dénes, uno y otro subrayan el doble hecho de que esta fiesta no existe más que por la voluntad obrera y que está enteramente vuelta hacia el porvenir. También es completamente diferente, como lo hacen observar Malon y Th. Rothstein, de las antiguas saturnales, reminiscencia de una legendaria edad de oro, que los amos otorgaban e imponían a sus esclavos.

Otro rasgo de esta fiesta es que, sobrepasando con mucho los límites de la jornada, arroja un rayo de felicidad en la vida de los trabajadores. En la espesura de las luchas sociales aparece como un claro soleado desde donde los asalariados vuelven sus miradas hacia el porvenir.

Reconforta, tanto más cuanto que en nuestros países cae –se repite lo dicho antes– en la fecha en que la liberación de la naturaleza hace aspirar a la liberación del trabajo. Hecho de incontestable importancia psicológica, el trabajador se setena con el pensamiento de que el mundo es bello y la Sociedad también debe ser y será bella. Arthur Wallpach se ha esforzado por transmitir esta idea en un delicioso poema, una de cuyas estrofas, dirigidas a los felices de este mundo, transcribimos:

Comme le monde est beau!
Vous tous qui de la vie avez cueilli les fruits,
Aurez-vous donc le coeur de vous y refuser
Si, après de mornes semaines de labeur,
La misère á son tour convoite aussi la joie?
Si ceux qui pour vous tous produisent et combattent,
Qui préparent pour vous le banquet de la vie,
En un beau jour de mai, ont le désir ardent
De savourer enfin un morceau de printemps?¹⁷

Esta fiesta presenta con todo un carácter muy particular cuya evidencia no podría oscurecerse. No es un aniversario, como por ejemplo el 18 de marzo, la conmemoración de la semana sangrienta, la glorificación de un apóstol del Socialismo. Así como lo ha hecho observar Léon Blum después del abogado italiano Francesco Armelani, el 1º de Mayo «no recuerda ninguna de las grandes pruebas, ninguna de las grandes victorias de la clase obrera». Precisamente de este carácter, confirmando su orientación exclusiva hacia el porvenir, se desprendió durante largo tiempo su carácter exclusivo. En efecto, hasta la última guerra mundial fue la Única fiesta celebrada solamente por el proletariado. Porque en la celebración de sus diversas fiestas éste coincidía con otras clases. Aun en la insurrección comunalista, importantes fracciones de la burguesía combatían con el proletariado. Era natural, pues, que tomaran parte en la conmemoración del 18 de marzo. Para el 1º de Mayo no hay tal cosa. El proletariado era y continuó siendo el único en

17 ¡Cuán hermoso es el mundo! / Todos vosotros, que habéis cosechado los frutos de la vida, / ¿tendréis pues corazón para rehusaros / si, después de sombrías semanas de labor, / también los miserables codician la alegría? / ¿Si aquellos que para vosotros producen y combaten, / que para vosotros preparan el banquete de la vida / en un bello día de mayo, tienen el ardiente deseo / de saborear por fin un trozo de primavera?

celebrarlo. Por lo demás, esto es lo que sucede aún en todas partes donde no prevalece la política de los frentes populares.

Por fin, lo más notable de esta fiesta, lo que la hace única en su género es que sobrepasa los límites de la jornada, no sólo en el tiempo –como se ha indicado más arriba–, sino en el espacio, en un espacio de escala planetaria. De ahí su inmensa significación internacional, su carácter universal. Es éste el rasgo que al comienzo sorprendió más al mundo burgués. En él insisten hombres como John Lemoine y Jules Simón, que no dejan de subrayar la importancia de esta solidaridad internacional de los trabajadores, concretada en una movilización general de sus fuerzas tanto como en esta fiesta general «más acá y más allá de las montañas, de los océanos y de las barreras multicolores». Este rasgo esencial se va afirmando posteriormente cada vez más, hasta el punto de que un maestro sindical políglota, el saboyano Perroton, exclamaba en un aforismo humorístico:

El día de la *vogue* ¹⁸ [fiesta] hablaremos *patois*; el 14 de Julio, francés; el 1º de Mayo, esperanto.

Como hemos visto, el decano de la democracia socialista, Víctor Considerant, un año antes de morir ponía de relieve este punto fundamental. ¡Ah!, por cierto, que no emplea el término de Fiesta del Trabajo –como tampoco lo emplean los otros líderes socialistas interrogados con él–. Pero es evidente que lo que dice de la manifestación del trabajo se aplica *ipso facto* a la Fiesta del Trabajo. Además, el jefe del Partido Socialista Italiano,

18 Fiesta patronal, en ciertos departamentos del sudeste de Francia [N. del E.]

Andrea Costa, encontró, después de Considerant, la fórmula que en pocas palabras hace resaltar la universalidad de la solemnidad del 1º de Mayo:

Hay una Pascua para los católicos; en adelante, habrá una Pascua para los trabajadores.

Pero corresponderá a Dobrogeanu-Gherea, el más célebre teórico marxista de los países balcánicos, el establecer la superioridad de la Fiesta del Trabajo sobre todas las fiestas de las religiones. Comienza por enunciar que si las grandes fiestas religiosas han durado y sobrevivido para la gran masa, aun cuando los dogmas fueran incomprensidos e ignorados, es porque todas están impregnadas de un doble carácter social: económico y moral. Luego hace notar que si las religiones no han sabido impedir las carnicerías humanas entre naciones, al menos sus fiestas han podido inspirar a los creyentes un sentimiento de reconciliación con aquellos que rogaban a un dios común. Y entonces concluye:

Pero si, más que los dogmas absurdos, el aspecto social y humano que implicaban ha asegurado la supervivencia de las fiestas religiosas, ¡cuánto más universal y duradera será la Fiesta del 1º de Mayo! Este día, la conciencia liberada de los trabajadores afirma su creencia en una próxima justicia social y proclama el más noble ideal: la solidaridad humana sin distinción de raza, patria o religión.

Festejaremos el 1º de Mayo hasta el día de la victoria... y después... lo festejaremos aún en un piadoso recuerdo de reconocimiento por aquellos que hayan luchado, sufrido y

sucumbido por la liberación del trabajo y la fraternidad de los pueblos.

Así, como fiesta a escala mundial, la más universal en el espacio, la Fiesta del Trabajo, el 1º de Mayo está llamada, según el líder balcánico, a ser universal en el tiempo. Y en este aspecto no teme hablar de una «fecha eternamente festejada».

Iniciativas en el sentido de una fiesta legal

En Francia los militantes de la clase obrera que primero tuvieron la idea de convertir al 1º de Mayo en fiesta Oficial no parecen haber sabido que en su país había precedentes legales para la Fiesta del Trabajo. En todo caso, Si nos referimos a lo que nos ha llegado de las discusiones de la época, no han hablado de ello.

La iniciativa pertenece a Danflous. Formaba parte de los Cuadros proletarios y socialistas a los que Tolosa debe sus Cimientos socialistas en la aurora de la Tercera República. De Tolosa había salido ya el 1º de Mayo de 1890, como hemos visto, una proposición de fiesta anual internacional del Trabajo el 1º de Mayo. En el V Congreso Nacional sindical de Marsella, el 22 de septiembre de 1892, Danflous representaba a la Bolsa de Trabajo de Tolosa, que agrupaba a 46 sindicatos, como los días siguientes representará en el Congreso del Partido Obrero al «grupo socialista republicano obrero» de la misma ciudad. Propuso que el Congreso sindical «invite al gobierno a convertir

en fiesta legal el 1º de Mayo. Su proposición fue rechazada después de una discusión que ya hemos relatado.

Pero la idea estaba «en el aire». Michelin presentó en la Cámara el 8 de febrero de 1894 un proyecto de ley que adoptaba el 1º de Mayo «como día de Fiesta Nacional anual del Trabajo». Al año siguiente, en Bélgica, el diputado socialista Anselme propuso sin más éxito en la Cámara de Representantes que ésta auspiciara –parando el 1º de Mayo– la consagración de la Fiesta del Trabajo. Al mismo tiempo, por así decirlo, el Consejo General de Bocas del Ródano adoptó un voto «tendente a que el Parlamento vote una ley que declare fiesta nacional la jornada del 1º de Mayo en toda Francia, comprendidas nuestras dependencias coloniales».

Este voto fue aprobado por el grupo republicano–socialista «Los Iguales», de Toulon, de tendencia blanquista–rochefortista, reunido precisamente el 1º de Mayo de 1895. Y el mismo día, en el mitin del Edén del Temple, en París, bajo la presidencia de Boicervoise, asistido por Millerand y Chauvin, después de una laboriosa discusión se adoptó una especie de Carta del Trabajo de 19 puntos, que comprendía, además de la reivindicación de las ocho horas.

Que el día del 1º de Mayo, Fiesta del Trabajo, sea decretado festivo por los poderes públicos.

Hay que subrayar, para mostrar los progresos que hacía en la opinión obrera la idea de una legislación de la fiesta del 1º de Mayo, el triple apadrinamiento, para el caso, de un blanquista, del CCSR (Comité Central Socialista Revolucionario, fracción

rochefortista): Boicervoise; de un socialista independiente: Millerand; de un guesdista: Chauvin.

La marcha progresiva del 1º de Mayo como fiesta legal del trabajo entra en una vía más positiva y amplia hacia 1900–1901 gracias a Keir Hardie, líder del Partido del Trabajo en la Cámara de los Comunes, que propone a los diputados socialistas, en los distintos parlamentos de Europa, que lleven este proyecto a la tribuna, «a fin de hacer pasar a la legislación, según la evolución ordinaria, lo que los obreros de los diversos países ya habían conquistado parcialmente por su propio esfuerzo».

Pero, en Francia, los diputados socialistas no entraron en la tendencia de su colega británico. Para los años 1901 y siguientes se pueden consultar los índices del «Journal Officiel», que son bien claros, sin encontrar rastros de ninguna propuesta de tal naturaleza.

No obstante, en 1906, después de un 1º de Mayo que hizo temblar a la burguesía, el diputado del Sena Adolphe Maujan, radical del gobierno, manifestó la intención de presentar en la Cámara una propuesta tendente a dar al 1º de Mayo el carácter de una fiesta legal. Este proyecto, concebido con un fin de apaciguamiento social, era la antípoda del 1º de Mayo de reivindicación y combatividad surgido del Congreso Internacional de París. Tendía a establecer una «Fiesta de la Concordia» en el curso de la cual los trabajadores podrían «aportar pacífica y fraternalmente sus reivindicaciones a los mandatarios de la democracia». «Le Matin» apoyó la idea, que fue combatida por Jean Longuet en el diario socialista. En el plano sindical Pouget, sin rechazar «un 14 de Julio más» que

diera un poco de descanso a los trabajadores, propuso el traspaso de la jornada reivindicativa para el 2 de mayo, y Paul Delesalle se alzó contra el proyecto:

El 1º de Mayo, como tantas otras cosas, se ha impuesto y a nosotros corresponde no dejar ahora que se deforme su verdadera significación.

La jornada del 1º de Mayo es y debe seguir siendo una jornada eminentemente proletaria. Que la burguesía intente desnaturalizar su sentido, allá ella, y comprendemos muy bien lo que la guía en esto.

En cuanto a nosotros, haremos todo lo debido para que no sea así.

Por último, el diputado Maujan renunció a su proyecto.

Nuevas proposiciones de ley

Hubo que llegar a un nuevo período de temor, suscitado en las esferas gubernamentales y conservadoras por un 1º de Mayo cada vez más poderoso, para ver de nuevo a la Cámara oficialmente ocupada con una resolución «que invitaba al gobierno a declarar Fiesta Nacional del Trabajo la jornada del 1º de Mayo». Su autor era Antoine Borrell, «socialista independiente» de Saboya. La proposición, presentada el 18 de abril de 1919 y que pedía se tratara con urgencia, tenía por

objetivo confesado consagrar «el impulso del espíritu democrático y el lugar dado por la República al trabajo regenerador». En el fondo, como lo indica la exposición de los motivos, tendía a amortiguar el 1º de Mayo:

Desde hace años el mundo obrero ha elegido el 1º de Mayo tomo Fiesta del Trabajo y la cesación del trabajo en esta jornada, pedida por unos y rehusada por otros, es siempre objeto de lamentables conflictos entre patronos y obreros.

¡El mundo obrero quiere su fiesta! ¿Por qué no se la va a conceder el gobierno?

Tenemos el 14 de Julio, nuestra fiesta de emancipación política, y también muchas fiestas religiosas; tendremos una fiesta de la Victoria... ¿Por qué no puede poseer Francia, como tantos otros países, su fiesta del trabajo? ¿Y podríamos elegir mejor fecha que la que quieren los trabajadores?

En todos los campos de batalla los obreros de la República, que a menudo no tenían nada personal que defender, se han batido, animados por el patriotismo más puro; en el curso de esta guerra no han ahorrado ni sus sufrimientos ni su sangre. ¿Qué más natural que permitirles consagrar un día a la alegría de vivir después del deber cumplido, un día en el cual los trabajadores de los campos y de las fábricas manifiestan su voluntad de crear con su unión un mundo mejor?

La proposición fue enviada a la Comisión de la Administración

General departamental y comunal, donde se la enterró en el silencio.

Al año siguiente, el 14 de abril de 1920 fue recogida, esta vez por 41 diputados pertenecientes a las más diversas fracciones de la asamblea, desde los radicales-socialistas hasta la reacción más pura. El iniciador fue Géo-Gérald, diputado «republicano-demócrata» de Charente, y entre los signatarios figuraban los siguiente: Louis Rollin, Maurice Colrat, Charles Daniélou, Louis Puech, Henri Galli, Pierre Taittinger, André Fribourg, César Chabrun, el coronel Picot, el almirante Guépratte. Ningún socialista respaldaba la proposición.

La exposición de motivos recuerda que la Fiesta del Trabajo se celebra en la mayoría de los países «como una fecha solemne para el mundo obrero».

Este día, el trabajo suspendido manifiesta pacíficamente su poder y obliga a las fuerzas organizadas a reconocer su supremacía.

La exposición reconoce que la manifestación del 1º de Mayo no sólo tiene un alcance político o social, sino un alcance político y económico internacional, ya que «todos los trabajadores del mundo afirman su solidaridad y tratan de confundir, en un mismo ideal, sus aspiraciones y tendencias». Luego viene la apología del trabajo y de los trabajadores, que «han constituido siempre la fuerza de las naciones». Después de una breve evocación de las enseñanzas de la historia a este respecto, la exposición llega a la situación del momento:

Hoy más que nunca, en una época en que la competencia

se ha impuesto como necesidad ineludible, el trabajo se ha convertido en el centro de gravitación de todas las fuerzas económicas, sociales y políticas. Es el estimulante de la producción; nutre a los pueblos, activa a las sociedades; fecunda el espíritu de los hombres al mismo tiempo que el suelo de la tierra...

El trabajo constituye, pues, la fuerza de los pueblos que quieren vivir y prosperar. Debe ser también, y más aún, la fuerza de los que intentan levantarse de las ruinas causadas por la horrible tormenta de las guerras.

En estas condiciones, parece justo consagrar un día del año a celebrar el Trabajo, «como antaño se celebraba en fechas memorables a las divinidades protectoras o a las energías fecundantes».

La fiesta del 1º de Mayo debe ser el día de la consagración del mundo a la energía creadora que asegura sus necesidades cotidianas y que rige la marcha ascendente del progreso humano.

Y he aquí el sentido dado a esta solemnidad que debe prolongar en la paz recobrada «la unión sagrada» que ha permitido ganar la guerra:

Esta fiesta no debe ser el monopolio de una categoría de trabajadores, porque el trabajo no constituye la herencia de algunos: es el hecho de todos los que, en cualquier grado, cooperan con su esfuerzo cotidiano a la vida del conjunto.

Por otra parte, no debe presentar el carácter reivindicativo

que ciertos organismos quisieran atribuirle. No tiene que llevar en sí ningún carácter exclusivo de odio o de celos. Todas las clases (si, no obstante, existen aún clases) y todas las energías productivas de la nación deben fraternizar en un mismo pensamiento y en el mismo ideal...

A consecuencia de una petición de discusión inmediata, la Comisión del Trabajo examinó la proposición. Después de oír al ministro de Trabajo, que declaró no tener tiempo, «vista la fecha próxima del 1º de Mayo, para hacer una encuesta ante las agrupaciones interesadas», y vista por otra parte la necesidad de discutir con urgencia «la creación de nuevos recursos fiscales», la Comisión se pronunció contra toda discusión inmediata. La Asamblea la siguió el 20 de abril de 1920, enterrando esta vez a plena luz el proyecto «que instituía el 1º de Mayo como fiesta legal del trabajo». Sin embargo, la idea de oficializar la fiesta del trabajo prosperaba.

Cada año, ya pasara el 1º de Mayo ruidosamente, en crisis de odio y de rabia o sin incidentes serios, la idea se veía preconizada, por una parte, por los espíritus generosos que sentían la nostalgia de la fraternidad general y de la glorificación del trabajo, y por la otra, por los conservadores asustados, con la intención –según la fórmula de Marcel Déat– de «aislar el fuego, para que el incendio revolucionario llegue a extinguirse suavemente, falto de pretextos y alimentos».

Pero los diputados obreros, al menos en Francia, no siempre respondían en la Cámara a las sugerencias de Keir Hardie.

Primeros resultados

Después de la URSS, la Alemania de Hitler decreto fiesta legal el 1º de Mayo. Estos precedentes, en el momento de la ascensión al poder del Frente Popular, incitaron a Pétrus Faure, diputado del Partido Obrero Campesino, a presentar una proposición que tenía por objeto la transformación del 1º de Mayo en Fiesta Nacional. La Comisión de Trabajo adoptó el informe favorable de Georges Izard, diputado de Meurthe-et-Moselle y, al decir de éste, gran número de trabajadores le habrían hecho saber la alegría que experimentarían si el Trabajo recibiera la consagración que tiene derecho a esperar de la nación, bajo un gobierno de Frente Popular». Siendo imposible realizar este anhelo, visto el corto tiempo que separaba el nuevo período de sesiones parlamentarias del 1º de Mayo, G. Izard pidió por carta a Léon Blum, presidente del Consejo (19 de abril), que tomara la iniciativa de un reglamento para un procedimiento de urgencia. Léon Blum dio curso a esta demanda invocando el apoyo «adquirido en las cámaras» por la proposición de Pétrus Faure.

En consecuencia, «para las administraciones y los servicios sometidos a su autoridad», decidió dar instrucciones a fin de que el sábado 1º de Mayo de 1937 fuera considerado de antemano un día festivo. Desde entonces, los servicios que no abrían los domingos estuvieron cerrados, y todos los servicios que funcionaban en domingo organizaron el mismo servicio que ese día. Las cajas públicas permanecieron cerradas y el ministerio de Educación Nacional informó con urgencia a los rectores

que los establecimientos de enseñanza pública tenían festivo el 1º de Mayo. Además, los auxiliares fueron pagados.

En esta forma anticipada, indirecta y parcial, de la que no figura ningún rastro en el «Journal Officiel», el 1º de Mayo tomó en Francia, por primera vez, carácter de fiesta legal. Por el contrario, Pétain instituyó formalmente, por ley del 12 de abril de 1941, la «Fiesta del Trabajo y de la Concordia Social».

Se buscaría en vano la primera parte de esta formulación en la ley del 28 de abril de 1946 firmada por Félix Gouin, entonces jefe del gobierno que era simplemente «relativa a la jornada del 1º de Mayo de 1946», en que se pararía.

Leyes del 1º de Mayo de 1947 y del 1º de Mayo de 1948

Esta redacción indicaba una ley circunstancial. Por eso, al aproximarse el 1º de Mayo de 1947, el gobierno de Paul Ramadier –con Croizat como ministro de Trabajo– se vio obligado a presentar a la Asamblea nacional un proyecto de ley «relativo a la jornada del 1º de Mayo de 1947», que reproducía los términos de la ley del 28 de abril de 1946. El proyecto para el cual se pedía la discusión de urgencia fue adoptado por la Comisión del Trabajo, luego por la Asamblea sin discusión y, por fin, por el Consejo de la República, sobre informe de Caspary, el 29 de abril de 1947.

Ante la Asamblea nacional Daniel Mayer, informante, declaró

que la Comisión del Trabajo había aceptado el proyecto, «tendente a permitir a todos los trabajadores, festejar la jornada del 1º de Mayo». Pero no habló de una «Fiesta del Trabajo». Agregó:

A fin de evitarnos y evitar, con ocasión del 1º de Mayo, la Comisión ha sido unánime –a nuestros sucesores que voten cada año, con ocasión del 1º de Mayo, disposiciones análogas, el señor ministro de Trabajo, con quien me he entrevistado inmediatamente, me ha dado su asentimiento– para suprimir la mención «1947» y legislar así definitivamente sobre la materia.

En consecuencia, os pedimos que se adopte el texto del gobierno suprimiendo «1947» en el título del proyecto de ley y en los artículos 1 y 4.

Así se decidió y el presidente de la Asamblea, antes de someter a votación el conjunto, recordó que el texto votado era un «Proyecto de Ley relativo a la jornada del 1º de Mayo».

La ley, transmitida al gobierno para su promulgación, está redactada así:

ARTÍCULO 1. – En las administraciones pública y servicios públicos, así como en las empresas privadas, sea cual fuere su naturaleza, no se trabajará la jornada del 1º de Mayo.

ART. 2. – El día festivo instituido por el artículo precedente no podrá ser causa de reducción de los emolumentos o salarios mensuales o semanales.

Los obreros y empleados remunerados por hora o por jornada tendrán derecho al pago de una indemnización igual al importe del salario de una jornada de trabajo, a cargo de su empresario.

ART. 3. – En los establecimientos y servicios que, debido a la naturaleza de su actividad, no pueden interrumpir el trabajo, los asalariados ocupados el 1º de Mayo tendrán derecho, además del salario correspondiente al trabajo efectuado, a una indemnización igual a dicho salario. Tal indemnización está a cargo del empresario.

ART. 4. – Las horas de trabajo perdidas a causa de la fiesta del 1º de Mayo podrán ser recuperadas en las condiciones previstas por la reglamentación en vigor. Las horas de trabajo recuperadas serán remuneradas como horas normales de trabajo.

ART. 5. – Las disposiciones previstas en el artículo 7 del decreto del 10 de noviembre de 1939, cuyas disposiciones relativas a la reglamentación de los salarios han sido prorrogadas por el artículo 11 de la ley 46-2924 del 23 de diciembre de 1946, son aplicables en caso de infracción a las disposiciones de la presente ley. La comprobación de estas infracciones se efectuará en las mismas condiciones que la de las infracciones a las disposiciones del Código de Trabajo.

ART. 6. – Esta ley es aplicable en Argelia, en los departamentos de Ultramar y en las Colonias.

La presente ley se ejecutará como ley del Estado.

Tampoco ahora se trata de «Fiesta del Trabajo», lo mismo que en la ley del 29 de abril de 1948, «relativa a la jornada del 1º de Mayo», que modifica así el art. 1º:

El 1º de Mayo es día festivo de vacación. Sin embargo, no le es aplicable la ley del 13 de julio de 1905 concerniente a las fiestas legales, modificada por ley del 20 de diciembre de 1906.

La verdad que resulta de los hechos y de los textos, a pesar de lo que cree la inmensa mayoría de la nación y lo que registra el calendario postal para la fecha del 1º de Mayo, es que en Francia no hay, oficialmente, una «Fiesta del Trabajo».

Paro voluntario y paro legal

Entre los numerosos elementos que integran el contenido de la noción del 1º de Mayo se debe colocar, como hemos visto, el paro voluntario generalizado.

Este paro en gran escala, que en el espíritu de sus protagonistas debe crear un «día negro», en que la vida común esté como herida de parálisis, un día de «muerte social», para decirlo todo, se relaciona con una idea fundamental que reencontramos en la teoría de la huelga general: la de la indispensabilidad del proletariado. Por eso la huelga general se ha visto ligada a la lucha primitiva por las ocho horas en Inglaterra, al 1º de Mayo norteamericano y luego a la jornada proletaria internacional.

También Aristide Birand, campeón de la huelga general a quien combatían los guesdistas, predicadores de la manifestación del 1º de Mayo, no dejaba de poner a éstos en contradicción consigo mismos a propósito de la jornada obrera. Es lo que hizo especialmente en su famoso discurso en el Congreso general del Partido Socialista Francés (diciembre de 1899), tantas veces reimpreso. Después de haber recordado que el Partido Obrero «fue de los primeros en adherirse con entusiasmo a la idea de la manifestación proletaria del 1º de Mayo», exclamó:

Sin embargo, ¿qué fue en realidad el 1º de Mayo, sino un primer ensayo de movilización de los trabajadores, una verdadera tentativa de huelga general?

Además, por esta razón rechaza Briand, con toda lógica en el mismo discurso la idea de un 1º de Mayo que sea un «simple pretexto para fiestas familiares». Briand ha comprendido muy bien que el valor simbólico de 1º de Mayo es igual que el valor simbólico de la huelga general. Constituye una suprema afirmación de fuerza, no de regocijo, de revolución, no de distracción.

Es verdad que como el trabajo ocupa el sitio cardinal en la sociedad, una fiesta en honor del mismo puede tener, a fin de cuentas, idéntico valor simbólico. Los metalúrgicos de Bourges lo han hecho sentir así cuando escriben:

El 1º de Mayo es la más noble de las fiestas... Es el homenaje rendido al trabajo, al esfuerzo permanente y doloroso de los artífices de la riqueza social.

Los trabajadores intelectuales y manuales adquieren cada día más la conciencia de que todas las riquezas que hay en la superficie de la tierra y son el orgullo de una civilización, constituyen el producto de su esfuerzo, tanto de concepción como de ejecución.

La fiesta del 1º de Mayo honra dicho esfuerzo. Honra al trabajo, la más alta virtud de todos los tiempos; al trabajo, que ha sido siempre una batalla cotidiana áspera y dura del pensamiento contra lo desconocido, del esfuerzo manual contra la materia y los elementos. Batalla vieja como el mundo, que ha producido innumerables víctimas caídas en la más bella de las muertes, dando a la humanidad la abundancia y el bienestar dentro de la paz...

Así, partiendo de la glorificación del trabajo, los asalariados conscientes llegan a hacer de un día de fiesta un día de reivindicación y finalmente de emancipación. Pero, en realidad, no llegan a esto sino indirectamente y por deducción. En tanto que con el paro voluntario del 1º de Mayo, haciendo el sacrificio de una jornada de trabajo por la causa de la soberanía del trabajo, plantean de golpe y directamente el problema fundamental de su liberación. Desde este ángulo, Bernard Lazare ha puesto de relieve luminosamente el sentido del 1º de Mayo:

Por este solo hecho de parar un día –aunque el paro durara unas pocas horas tendría la misma importancia–, los proletarios afirman que deben ser ellos mismos los obreros de su emancipación. Tal es, en efecto, el gran valor de esta jornada; debe ser ella una afirmación de potencia y de

fuerza y también una afirmación libertaria. Los brazos se detienen momentáneamente; dejan por un instante de trabajar; significa que también podrían, movidos por la misma voluntad, levantarse y romper este viejo decorado carcomido, putrefacto y hediondo de la sociedad capitalista.

He aquí cuál tiene que ser el símbolo de este 1º de Mayo; y dicho símbolo, por desgracia, lo comprenden mejor los que odian, dudan o se burlan de este día, que aquellos otros que deberían ser los actores. ¿No es gracias al 1º de Mayo como los trabajadores pueden comprender de manera impresionante que tienen en sus manos los engranajes fundamentales de esta sociedad que vive de su trabajo, y que bastaría un día de su voluntad consciente y reflexiva para detener la vida social y obtener así de aquellos que hoy son sus amos más en un solo día que lo que han querido conceder en veinte años de régimen parlamentario?

Notemos, en esta página impresionante y llena de esperanzas, el pasaje en que Bernard Lazare deplora que a menudo los obreros comprendan menos que los dirigentes y los patronos el sentido simbólico del 1º de Mayo.

Y, en efecto, es natural que estos últimos consideren con inquietud la detención voluntaria de la producción capitalista y con un objetivo que pone en cuestión la existencia de ésta. No pueden menos que levantarse contra la audaz y orgullosa pretensión de la clase oprimida de intervenir en su destino. De ahí los lock-out que respondían al paro, considerado por los patronos como una huelga, aunque casi nunca los obreros les presentaran ninguna reivindicación particular. De ahí la

importancia que los Primeros de Mayo sucesivos toman en la lucha de clases, hasta el punto de suscitar a veces batallas gigantescas en espera de «la batalla de las batallas»: la revolución social.

Kurt Eisner –que debía morir asesinado a la cabeza de la República de los Consejos de Baviera y unía, a su apasionada militancia, talentos de poeta y dramaturgo– ha puesto de relieve esta toma de posición del patronato respecto del 1º de Mayo. Su cáustica sátira es como una variante de la célebre parábola de Saint-Simon, y hace más evidente el hecho de que el 1º de Mayo, festivo, sin paro voluntario y por tanto sin sacrificio, es un 1º de Mayo desprovisto de su alta significación simbólica. Toda tentativa de suprimir el paro voluntario aplazando el 1º de Mayo para el domingo siguiente o para la tarde desnaturaliza igualmente su alcance y su sentido profundo. Estamos aquí en el núcleo de la cuestión y comprendemos mejor la hostilidad –que se ha abierto paso entre los militantes– a toda fiesta legal del 1º de Mayo. En este aspecto el razonamiento de L. Niel está en completo acuerdo con la realidad obrera:

Para que el 1º de Mayo tenga verdadero valor es necesario que los trabajadores que paran este día lo hagan por su propia voluntad, sin el consentimiento de nadie.

Si los trabajadores sólo paran con el permiso de sus patronos o de sus administraciones, su acto no tiene sino un valor relativo. El 1º de Mayo no posee ni puede poseer valor revolucionario si no es a condición de que los trabajadores participen en él por su propia y exclusiva voluntad.

Esto se escribió antes de la primera guerra mundial. En el período posterior a ésta, en una forma más elevada, otro militante sostuvo en el fondo el mismo razonamiento:

El 1º de Mayo no puede... convertirse en fiesta oficial, ser un vago día festivo cuyo paro no tenga ninguna significación social. En tanto que la clase obrera quiera cada año realizar ciertas reformas parciales que refuercen su acción por la conquista del poder, mientras tenga la elevada ambición de asegurarse la posesión de su destino y convertirse en clase representativa del Trabajo, misionera y animadora de una civilización superior, de donde habrán sido eliminados los privilegios plutocráticos, no deberá tener confianza más que en sí misma, permanecer en su terreno de clase, «aislarse del poder», como decía Griffuelhes en el Congreso de Amiens, rehusar los mismos favores o los regalos falaces que la encadenarían o la domesticarían.

Desde el día en que el 1º de Mayo fuera fiesta legal –oficial– quedaría a su vez vacío de todo contenido positivo, de toda significación de un porvenir mejor conquistado por los esfuerzos de la clase obrera, de todo su potencial social. Y los conservadores habrían logrado una nueva victoria.

Siete años más tarde, luego de la ocupación del poder por el Frente Popular, el 1º de Mayo se convirtió casi en fiesta nacional, con el paro reglamentario en los servicios públicos. Bracke se creyó entonces autorizado a escribir:

Inscrita en la ley, representando la obligación, si no la aceptación, de la clase capitalista, la fiesta del 1º de Mayo

no sólo no pierde, sino que afirma su carácter. La inscripción da al adelanto más firmeza y por consiguiente más calma y orden; no lo detiene. Señala con un jalón la etapa franqueada. Más adelante, al término del camino, el trabajo habrá hecho la ley, no sólo por un día, sino permanentemente.

Sin duda hay una parte de verdad en este razonamiento, pero en el clima actual de paro legal y de insipidez social se debe convenir en que, si el 1º de Mayo atestigua el lugar tomado por el cuarto estado en la vida nacional, es bien difícil reconocer hoy en él la fisonomía primitiva de la jornada de los trabajadores.

Fiestas nacionales y Fiesta del Trabajo

La idea de una fiesta del Proletariado o del Trabajo no ha dejado de suscitar comparaciones con las fiestas nacionales de la burguesía, y es interesante examinar este aspecto de la cuestión.

Veinte años antes de la institución del 1º de Mayo internacional, los internacionales de la Suiza de habla francesa se levantaron contra la fiesta patriótica del 1º de Marzo, que celebraba el triunfo de la República en el principado de Neuchâtel, en 1848.

James Guillaume, hablando en su nombre, dio razones de clase a su oposición de clase. Dijo a los obreros:

La fiesta del 1º de Marzo es un fiesta nacional y burguesa que no nos concierne.

Se os habla de las glorias de la patria. El trabajo no tiene patria. La República, es verdad, ha dado a los ciudadanos la igualdad política, la libertad de prensa y la de cultos. Pero ¿qué frutos habéis sacado de todas estas bellas cosas?

En 1848, en vez de una revolución social se os dio una revolución burguesa que no os pertenece.

Y James Guillaume concluía oponiendo a la fiesta burguesa de los «hombres del pasado», que se vuelven hacia el pasado, la fiesta proletaria del porvenir:

Mirad ante vosotros, hacia la espléndida y gloriosa fiesta del porvenir. Uníos, trabajad y avanzad, y cuando queráis podréis dar al mundo un nuevo e inmortal aniversario a celebrar; ¡el de la emancipación definitiva del trabajo y del advenimiento de la justicia sobre la Tierra!

Al año siguiente, James Guillaume confirmaba en otro artículo su bien definida posición. Sin embargo, a la espera de esta regeneración social admitía que el proletariado celebrara «a los mártires del trabajo, las víctimas de junio, los defensores del derecho encadenados en las prisiones burguesas, etc.». Admitía incluso que el pueblo de París celebrara el 14 de Julio. Se estaba entonces bajo el Segundo Imperio, y la fiesta del 14 de Julio era subversiva, ya que sólo contaba oficialmente la Fiesta del Emperador. Bajo la Tercera República el cambio fue completo. La consagración legal del 14 de Julio, luego su celebración a partir de 1880 en una atmósfera de verbena y en una orgía

tricolor, exasperó a muchos socialistas. No obstante, vemos que un líder como Paul Lafargue admite la celebración del 14 de Julio por la clase obrera.

... Hagamos nuestro, pues, este día de fiesta, ya que es el único día que los opresores de la clase obrera han devuelto a los trabajadores, y aprovechemos para hacer revivir el recuerdo de los actos revolucionarios que le han hecho merecer la atención de la Historia.

Pero fueron pocos, desde que la idea de una Fiesta del Trabajo se injertó en la manifestación internacional, los que osaron colocar en el mismo plano el 14 de Julio y el 1º de Mayo. Jean Blaize se contó entre ellos.

Siguiendo sin saberlo los rastros de Babeuf –que el 3 de julio de 1790 glorificaba la «Confederación memorable» en que todos los hijos de Francia «sellarán el pacto más importante que pueda concertarse entre los hijos de la Tierra»– quiere hacer de la expansión de la Pascua obrera «el digno *pendant* de la Federación del 14 de Julio». Escuchémosle:

Esta gran comunión del otro fin de siglo debió ser sublime. ¡Qué entusiasmo hubo de impulsar al trabajo a estos artesanos y nobles, religiosos y viejos, mujeres y chiquillos, a todos esos obreros voluntarios que cavaron con la azada y amontonaron la tierra en el Campo de Marte para transformar la planicie en anfiteatro!

Que sea un día tan grandioso...; pero ¿qué digo? ¡que lo sea más aún, si es posible, la Federación del 1º de Mayo!

Y ¿por qué no, ya que en vez de una vasta muralla tiene el globo mismo; puesto que en lugar de súbditos de un mismo reino son los pueblos que se abrazan?

Jean Blaize no hace ninguna reserva sobre la fiesta de la Federación, en tanto que Babeuf, como contemporáneo sagaz, observaba que si no se traducía en un «acrecentamiento de libertad y de felicidad» sería sólo «un vano espectáculo», una «ceremonia fastidiosa y estéril».

El gran precursor hablaba muy bien y se encuentra como un eco de sus proféticas advertencias en la resolución siguiente de las 14 Cámaras Sindicales Obreras de Saint-Nazaire:

Las Cámaras sindicales obreras reunidas el 8 de julio [de 1892] a las 8 de la noche, en la sala de la Bolsa de Trabajo, después de haber tenido conocimiento de la invitación del señor alcalde, declaran dejar a la burguesía, única que ha sacado ventajas de la toma de la Bastilla, el cuidado de festejar el 14 de Julio. Considerándose hoy tan damnificadas como en 1789:

Declaran abstenerse de toda manifestación y sólo reconocer en adelante como fiesta el 1º de Mayo, día elegido por los trabajadores del mundo entero para formular sus reivindicaciones y llorar sus muertos de Fourmies.

Para dar a esta decisión todo su alcance se debe agregar que Bertreux, secretario de la Bolsa de Trabajo, que la transmitió a las autoridades municipales, era un amigo de Briand y de Pelloutier, entonces inspiradores de los sindicatos locales.

Tal decisión se conforma a la tradición sindicalista que prevalecerá en el movimiento sindical a este respecto. Pero con fecha 1º de Mayo de 1910 –en una época en que Pelloutier había desaparecido y Briand se había convertido en uno de los primeros personajes consulares de la Tercera República– el semanario de la CGT invocaba otras razones para rechazar toda asimilación entre el 1º de Mayo y el 14 de Julio:

Que el 1º de Mayo no sea una especie de 14 de Julio proletario en que las borracheras y las vomitadas forman parte de la fiesta, como los discursos pomposos y los banquetes oficiales.

Es bien visible que estas palabras no son sino una pedantería de las diatribas anarquistas referentes a la fiesta nacional. Es que los libertarios aplaudían la toma de la Bastilla, que había permitido a un pueblo que parecía «vacío, terminado para siempre», hacer «bailar a los aristócratas», a la espera de «cortar el gañote a Luis XVI». Pero no sólo se negaban a festejar la «quiebra revolucionaria», sino que no podían sufrir las revistas de tropas y las orgías a que daba lugar. La fracción de los individualistas, cuyo órgano era «L'Anarchie» desde el 13 de abril de 1905, iba más lejos. En su antisindicalismo, trasponía este género de críticas al 1º de Mayo, que Albert Libertad, con una exageración más que evidente para la época, definía como «la segunda edición de la fiesta de los tenderos», es decir, «el 14 de Julio de la clase obrera sindicalista».

En el dominio político, así como rehusaban casar la bandera roja con la tricolor, la *Marsellesa* con la *Internacional* –cuando este himno se abrió camino en el proletariado–, muchos

socialistas se negaban a casar el 14 de Julio con el 1º de Mayo. En cuanto a los concejos municipales socialistas, puestos a este respecto entre la espada y la pared, salían del apuro generalmente con gran oportunismo, que se manifiesta en los congresos de diputados por la ausencia significativa de resoluciones que zanjean la dificultad.

Empero, se pueden citar municipalidades socialistas que no celebraban la fiesta nacional, como por ejemplo la de Romilly-sur-Seine (Aube), conquistada por el Partido Obrero. Ese día, para servirse de la expresión de un periodista local, el Ayuntamiento quedaba «en la sombra». En cambio, la Fiesta del Trabajo se celebraba allí brillantemente el primer domingo de mayo. Entonces, la alcaldía estaba ricamente iluminada, las plazas y las calles llenas de mástiles con oriflamas rojas, la bandera roja tremolaba al viento y la charanga municipal ejecutaba el himno de Pottier. Todo esto con la participación de miles de obreros «que esperaban celebrar el 1º de Mayo como aniversario de su emancipación». La municipalidad de Romilly, por lo demás, había dado a una de sus arterias el nombre de «calle del 1º de Mayo».

Entre las dos guerras mundiales, la actitud dominante en el proletariado francés sigue siendo la oposición entre el 14 de Julio y el 1º de Mayo. Abundan los textos, y uno de los más típicos está firmado por un militante de la Federación Autónoma de Funcionarios: Jacques Toesca. Escribe, antes de glorificar el 1º de Mayo:

El 14 de Julio es una fiesta oficial, la celebración «conformista» de un acontecimiento que los gobiernos

sucesivos de la Tercera República han introducido en la historia «clásica» y que ha tomado lugar en la serie de los aniversarios arcaicos y sin posibilidades que se proponen al regocijo mecánico de las multitudes inconscientes. Hace ya mucho tiempo que el 14 de Julio es insignificante. Se le acepta y se le festeja por hábito o por distracción, como el lunes de Pentecostés o el 15 de agosto... Pero nadie atribuye importancia social a esta fecha thermidoriana, y los trabajadores, especialmente, saben que está vacía de todo sentido revolucionario.

Estas líneas datan de 1930. Algunos años más tarde, con el Frente Popular, empujado por el PC más allá de las posiciones de clases tradicionales, el 14 de Julio, al mismo tiempo que la bandera tricolor y la Marsellesa, volverá a las masas trabajadoras.

Entonces se produjo la exaltación del 14 de Julio por el grueso de las organizaciones obreras y, conforme hemos visto, el alineamiento del 1º de Mayo en el plano patriótico y su especie de transformación en 14 de Julio pequeño-burgués.

XVII. ASPECTOS, PASADO Y PORVENIR DEL 1º DE MAYO

Los aspectos del 1º de Mayo

El italiano Armelani se ha preguntado si el 1º de Mayo es una demostración, una conmemoración, una fiesta o una afirmación.

Al término de esta historia, nos vemos obligados a concluir que en realidad el 1º de Mayo ha llegado a ser todo esto a la vez.

Sin embargo, Jaurés lo define como «la afirmación del entendimiento universal de los trabajadores». Es esta seguramente su significación profunda, aun cuando los trabajadores discrepen sobre cuestiones de doctrina, de tendencia o de táctica, porque a fin de cuentas tienen necesidades, objetivos e ideales comunes, a pesar de que sus costumbres, sus usanzas nacionales y sus actitudes psicológicas señalen importantes variaciones de un país a otro. Esta significación profunda muestra la unidad de acción y la unidad del movimiento, pese a las divisiones de toda índole, especialmente las disputas de las diversas fracciones. Paul Brousse lo expresa cuando asegura que

el 1º de Mayo une «exteriormente» a los socialistas «interiormente» divididos. Hay, pues, en la gran familia obrera y socialista, así como en cada familia particular, un día determinado en que, con ocasión de un gran acontecimiento, se olvidan momentáneamente las disidencias y los reproches mutuos. Y como el entendimiento universal de los trabajadores se opone a la coligación también universal de los explotadores y propietarios, el 1º de Mayo constituye, en suma, una afirmación internacional de la lucha de clases.

Así la creación y el funcionamiento de la Internacional, como la realización de los congresos internacionales obreros, y también las grandes huelgas corporativas o políticas que desbordan las fronteras, representan para el proletariado una toma de conciencia a escala mundial y constituyen donde quiera la prueba rotunda de su voluntad de oposición irreductible al sistema capitalista.

Esto es algo que hoy nos parece elemental, lógico y pueril, pero en los orígenes del 1º de Mayo, en 1889, era un hecho de primerísima importancia. El líder socialista español Pablo Iglesias ha hecho resaltar con fuerza este carácter del 1º de Mayo:

Lo que durante todos los días del año se manifiesta en la esfera local por huelgas y acciones políticas, lo que se revela a menudo por medio de agitaciones nacionales..., pasa el 1º de Mayo al terreno internacional en el mundo entero. Este día, ya no se lucha por reformas que beneficien sólo a los trabajadores de tal país o región, sino por soluciones favorables a todos aquellos que sufren la tiranía patronal.

Este día no son grupos de explotados los que combaten contra grupos de explotadores: es toda la clase oprimida que lucha contra toda la clase opresora; este día, en fin, no se trata de cuestiones que conciernan sólo a una parte del mundo del trabajo, sino de aquellas que interesan y son susceptibles de liberar a este mundo en su conjunto. Por esto –porque la lucha de clases se afirma en ella de manera tan potente y anuncia a los proletarios un triunfo seguro– la manifestación del 1º de Mayo es más que un hecho pleno de brillo y de belleza, es una acción de suprema utilidad para la clase de los trabajadores.

Esa revista, esa movilización internacional de las fuerzas obreras y socialistas tiene un parentesco muy cercano con la huelga general, cuya «idea-fuerza» fue introducida en Francia sobre todo por el anarquista Tortelier en 1887– 1888. Y si en ciertos países –especialmente Austria– esta noción encontró luego tan poca resistencia, es sin duda porque el 1º de Mayo la hizo familiar a las masas por el hecho de su retorno anual. Hilferding lo ha reconocido y no es este el menor de los provechos obtenidos de su jornada internacional por la clase obrera.

Por otra parte, cuando se reflexiona bien, esta movilización anual tiene doble valor, porque es a la vez una advertencia periódica para el capitalismo y un test para el proletariado en lo tocante a su progresión o regresión.

Si se considera este último punto hay que notar que los líderes socialistas que han lanzado el 1º de Mayo en la aurora del movimiento obrero no creían, en su desbordante entusiasmo,

en una regresión proletaria. Por el contrario, estaban persuadidos de que el 1º de Mayo sólo registraría de año en año un avance de los trabajadores, de tal modo que su límite señalaría el fin del sistema capitalista.

Muy curiosa y clara es a este respecto la opinión de Jules Guesde:

Los repetidos Primeros de Mayo darán cuenta de la sociedad burguesa. No hay régimen que pueda resistir a estas citas dadas anualmente a los descontentos y a las aspiraciones de un proletariado cada vez más consciente, que se afirma unido en voluntad y en acción más allá de las fronteras, de la diversidad de idiomas y razas. Tarde o temprano, a pesar de los lebel de Fourmies, la sociedad burguesa tendrá que someterse y dimitir después.

Se puede admitir que la clase obrera, a despecho de los altibajos que experimenta terminará por triunfar, y ciertamente Guesde lo pensaba así.

Pero tanta ilusión respecto al 1º de Mayo resulta hoy desconcertante. Tanto más cuanto que Guesde no ignoraba, al escribir estas líneas, que el tercer 1º de Mayo no se presentaba con los auspicios más favorables. Él conocía demasiado, por ejemplo, las dificultades experimentadas por las organizaciones sólo para realizar este paro voluntario –por lo menos parcial– de los trabajadores, sin el cual no hay ni puede haber verdaderamente 1º de Mayo. Es importante insistir en este aspecto de la cuestión.

Importancia moral del paro voluntario

La mayoría de los asalariados de hoy, habituados al paro legal y pagado del 1º de Mayo, no se dan cuenta del sacrificio que representaba, no hace mucho tiempo, el paro voluntario, y los dolorosos problemas que planteaba a las organizaciones obreras.

Es un hecho que más de un trabajador, sobre todo el que tenía a su cargo una familia, veía llegar con ansiedad, aun con más inquietud que el patrón, la jornada anual y en cierto sentido ritual de su clase. Comprendía el alcance de su gesto de valor; estaba orgulloso de realizarlo. Pero su alma se hallaba atormentada por temores. Porque sabía que después de su ausencia de la fábrica o del taller, a los golpes de la policía sucedería la represión patronal. Arrojado a la calle y marcado con lápiz rojo, se veía condenado a la desocupación prolongada, lo que equivalía a la miseria en una época en que los desocupados no se beneficiaban con ninguna ley de asistencia. En cuanto al funcionario, no se arriesgaba a abandonar su escritorio o su clase porque la cesantía estaba suspendida sobre su cabeza como una espada de Damocles. No ignoraba que una simple suspensión del trabajo por un tiempo muy restringido significaba su comparecencia ante un consejo de disciplina y un retraso para siempre en sus ascensos. Así, antes de la guerra de 1914–1918 y aun mucho después, los maestros sindicados, para apaciguar su conciencia recurrían a una escapatoria: consagrar el empleo del tiempo del 1º de Mayo aun «centrándolo» sobre el Trabajo.

Oreste Capocci, uno de los militantes llegados al movimiento durante los años que precedieron a la primera guerra mundial, no hacía más que apelar a su recuerdo cuando escribía acerca del 1º de Mayo:

La jornada, muy al contrario de ser pagada, era casi siempre la fecha que señalaba un cambio de patrón.

Las generaciones anteriores a Capocci conocieron tiempos aún más duros. Muy edificante es la posición tomada en vista del 1º de Mayo de 1895 por el sindicato parisiense de los silleteros, embaladores y de la tornería de peines y abanicos. Después de la jornada de trabajo, este sindicato organiza una reunión familiar en la sala del Comercio, barrio del Temple, con el concurso de Gérauld Richard, y se excusa en cierta forma de no poder hacer más:

Considerando que la mayoría de los trabajadores no pueden parar el 1º de Mayo para asistir a los mítines organizados durante la jornada sin arriesgarse a perder su trabajo...

En consideración a semejantes hechos –que se podrían ilustrar con ecos conmovedores– Georges Vidalenc ha escrito muy justamente:

Es necesario que los jóvenes aprendan –y no olviden– que parar el 1º de Mayo era aún a principios de este siglo un gesto de valor, casi de heroísmo, ya que en gran número de empresas ello significaba el despido inmediato al día siguiente. Y conviene conservar el recuerdo de esos militantes oscuros que, sin fanfarronería, pero con

resolución, afrontaban la represión de los poderes públicos y la venganza patronal para afirmar su fe en el porvenir.

De la digna y robusta línea de todos esos «desconocidos» eran los metalúrgicos suizos de 1924, que rechazaron una proposición de su empresa que implicaba trabajar el 1º de Mayo, dejando el paro para la fiesta federal de Tiradores. Con un orgullo y un sentido de clase notables, respondieron:

El 1º de Mayo es nuestro día y no aceptaremos cambiarlo, ni aun por tres semanas de vacaciones, por la fiesta federal de Tiradores.

En todas partes del mundo los riesgos corridos a causa del paro voluntario acarreaban dificultades a las organizaciones con ocasión del 1º de Mayo. Así H. Quelch, de la Social Democratic Federation, después de haber recordado en 1904 los esfuerzos de su agrupación para hacer del 1º de Mayo británico el «principal día de vacación de la clase obrera, reconoce con toda franqueza:

Desdichadamente, hasta ahora sólo hemos conseguido despertar el interés de una muy pequeña minoría de la clase obrera...

Se comprende mejor a Quelch si se piensa que este paro voluntario difiere esencialmente de los otros paros en que no significa el reposo, sino al contrario, una jornada de luchas, de manifestaciones, conflictos, alborotos, trabajo de organización y aun a veces de barricada. Bujarin lo ha hecho sentir muy bien al analizar las características del 1º de Mayo, que él llama «la gran jornada de la primavera de la humanidad».

El día del proletariado internacional –escribe en conclusión– no es un día de reposo, sino de trabajo y de lucha.

El problema del paro en Alemania

Hemos señalado en varias oportunidades, más allá del Rhin, la actitud de los líderes socialdemócratas que posponían para el domingo siguiente la manifestación del 1º de Mayo, a fin de eludir la cuestión del paro. Pero los congresos nacionales en la materia están plenos de enseñanzas.

El sindicalismo alemán, guiado ante todo por el deseo de no arriesgar la existencia de las organizaciones y la prosperidad de las cajas, se mostraba poco favorable al paro del 1º de Mayo. A medida que crecía orientándose hacia resultados prácticos, tenía tendencia a considerar al 1º de Mayo como una manifestación puramente idealista, más nociva que útil a la acción corporativa. Muchos de sus militantes llegaban a hacer del 1º de Mayo una cuestión de táctica en lugar de una cuestión de principios, lo que ocasionaba renovados conflictos con el Partido Socialdemócrata. Es que el patronato infligía demasiado a menudo despidos y lock-out a los que paraban el 1º de Mayo. De ello resultaban sacrificios pecuniarios demasiado duros para las tesorerías sindicales, y a veces la obligación de aceptar un combate en malas condiciones. Además, y sobre todo, el paro del 1º de Mayo iba contra el método sindical de los contratos colectivos, cuya validez amenazaba. Sólo algunos contratos

estipulaban el paro, porque a los responsables no les gustaba suscitar dificultades.

En el Congreso Socialista de Jena (septiembre de 1904) un violento debate enfrentó a los partidarios y adversarios de la actitud de los sindicatos.

Por espíritu de conciliación, se votó por unanimidad una moción intermedia que dejaba la cuestión en suspenso. Pero después de los sindicatos de Silesia, que habían declarado imposible el paro del 1º de Mayo, se vio al más fuerte sindicato alemán –el de los metalúrgicos (360.000 miembros)– pronunciarse en el mismo sentido. También en el Congreso Político de Essen (1907) se intentó regular el problema del socorro de manera de no gravar a los sindicatos. El acuerdo concluido entre el Comité Dirigente del Partido y la Comisión General de los Sindicatos –ratificado por el Congreso Sindical de Hamburgo– fue rechazado sin embargo por el Congreso Socialista de Nuremberg (1908).

El debate se reinició en el Congreso Socialista de Leipzig (septiembre de 1909), tomando un carácter más agudo a consecuencia de la reciente depresión industrial y de las muy onerosas cargas de los lock-out. El secretario Muller confesó:

El 1º de Mayo es el hijo enclenque del Partido, a pesar de que ya se acerca a su mayoría legal.

El congreso ratificó por amplia mayoría el nuevo acuerdo concluido con los sindicatos y que preveía una cuota de las organizaciones destinada a los socorros.

Se especificaba que la jornada no debería posponerse para otro día, lo que en realidad era un gran paso. Pero el Vorwaerts, pesimista temía el estrangulamiento del paro.

Así fue, en efecto, porque los poderosos sindicatos de mineros y de escultores adoptaron la posición de los metalúrgicos. Las cosas iban tan mal que un periódico sindicalista revolucionario de Berlín pudo titular un artículo:

La agonizante fiesta del 1º de Mayo

El acuerdo puramente formal de Nuremberg fue suprimido en el Congreso de Chemnitz (1911) y luego, a consecuencia de nuevas críticas, Ebert, el futuro canciller, sometió una moción al Congreso de Jena (septiembre de 1913). Fue adoptada, pero la discusión dio la prueba de la imposibilidad de un paro generalizado y los sempiternos debates que resultaban dieron un golpe muy duro a la jornada. Fischer, de Hannover, llegó a pedir que se pusiera fin a toda manifestación del 1º de Mayo, y otro orador de Hamburgo propuso una moción a someter al Congreso Internacional de Viena tendente a modificar el carácter del 1º de Mayo.

En estas penosas condiciones se arrastró el 1º de Mayo en Alemania hasta la guerra de 1914. No obstante, para apreciar justamente las cosas en su verdadera perspectiva, hay que reconocer que en el problema del paro del 1º de Mayo se hubiera salido ganando de plantearlo tan seriamente en los otros países como lo fue en Alemania.

La preparación de la jornada

El paro voluntario no era el único problema delicado que planteaba el 1º de Mayo en su «período heroico».

En una época en que el poder se mostraba receloso y poco comprensivo, las organizaciones obreras debían cuidar de no caer en las provocaciones y las trampas. Son muy sugestivos a este respecto los consejos que prodiga J.-B. Clément en nombre de la Federación de Trabajadores Socialistas de las Ardenas para el 1º- de Mayo de 1893. Aun comprendiendo y compartiendo la cólera, la indignación y «la febril impaciencia» de los libertarios, se preocupa por refrenar los movimientos inconsiderados y las «escenas tumultuosas» que pueden acarrear.

Además, las organizaciones debían –y deben aún– arreglar mil pequeñas cuestiones de detalle, sin perder de vista el acento mayor que había que dar al complejo social de la jornada.

Habría que penetrar «en la intimidad» del 1º de Mayo para mostrar a lo vivo cómo lo preparaban los militantes, qué cuidado tenían, por ejemplo, de evitar los roces entre trabajadores sindicados y trabajadores socialistas, que no siempre eran los mismos.

Así en Somain, en el Pas-de-Calais, departamento donde la organización sindical y la agrupación del Partido tenían el hábito de practicar la unidad de acción, las cosas estaban minuciosamente reguladas. Una carta del 27 de abril de 1901 relativa al 1º de Mayo siguiente, dirigida al orador previsto

Lucien Roland, prueba que han hecho falta «muchas discusiones» y los esfuerzos de un delegado especial designado por Delory para llegar al entendimiento, que se logra por último con las condiciones siguientes:

En la conferencia del sindicato que tendrá lugar a las 7 horas, el presidente del sindicato, ciudadano Roussel, prevendrá al abrir la reunión que, en cuanto conferencia sindical, el ciudadano Roland tratará de las leyes obreras y de la cuestión económica, pero que luego de ésta tendrá lugar una conferencia política en la Casa del Pueblo, en la que los ciudadanos Roland y Demésy se ocuparán de la cuestión socialista, y que invita a todos los asistentes a ir a escuchar esta segunda conferencia.

Por otra parte, los miembros de la mesa directiva de la conferencia sindical no exhibirán en el ojal más que su insignia de sindicatos y, sobre todo, no llevarán insignias de ningún partido político.

Por vuestra parte, en cuanto miembros del Partido, exhibiréis toda la jornada vuestra insignia de miembros del POF.

Tengo igualmente la promesa de que la mesa directiva de la conferencia sindical asistirá en pleno a la conferencia política.

Esta carta aborda, entre otras cosas, la cuestión de las insignias políticas y sindicales. Pero en todos los países, ya sea periódicamente o de manera permanente, se ha planteado el problema de la insignia especial de la jornada. Sobre este punto, los archivos del movimiento obrero noruego son ricos en

documentos divertidos y significativos. Encontramos los croquis más singulares de símbolos en vista de la manifestación, croquis inhábiles pero plenos de fervor, dibujados por hombres a quienes jamás se hubiera creído halagados por una ambición artística. Tales insignias podrían por sí solas formar un capítulo. Además, esto no sorprende cuando se sabe que las aspiraciones sociales de los campesinos noruegos se han traducido especialmente, desde el siglo XVI a nuestros días, por una profusión de imágenes y de paneles.

Ya que nos ocupamos de Noruega, sirvámonos de este país para mostrar cómo el problema de los oradores complicaba –y complica aún– la preparación de la jornada. Es que hay que servir simultáneamente a todo el mundo y los buenos oradores no son legión. Confrontando el cuadro de las localidades con los oradores pedidos y los previstos, se tiene la medida de las decepciones. Hace treinta y cinco años pedían sobre todo en Noruega a Jeppesen, Buen, Lian y Gjostem. Algunos descontaban el éxito absoluto si podían tener un diputado; otros querían de todas todas tener un miembro de las «juventudes». Y los oradores tenían sus exigencias. Además, existe el orador exclusivo del 1º de Mayo y que manifiesta tímidamente un complejo de inferioridad. Se declara de acuerdo, «pero sólo en una pequeña localidad».

En 1915, 17 centros reclamaban a Buen, y si el 1º de Mayo de 1916 Trammel hubiera debido ir a todas partes donde lo llamaban, no hubieran bastado las rutas aéreas, de haber existido entonces. En 1923 hubo que repartir a 140 oradores por toda la extensión de Noruega; el 1º de Mayo de 1923, decimoprimer semana del gran lock-out, fueron necesarios

250. Las dificultades aumentaron aun para el 1º de Mayo de 1937, que se concretó en manifestaciones en 601 localidades...

El 1º de Mayo y el elemento religioso

Como toda huelga, el paro voluntario ligado a la idea de lucha –acto de fuerza que Ch. Gide, G. Scelle y G. Pirou han comparado a la guerra– da al 1º de Mayo, como a todo el movimiento obrero político y sindical, un carácter militar, que Robert Michels ha aislado y analizado en detalle.

Pero repetimos que el elemento religioso tiene también gran importancia cuando se estudia la psicología social del 1º de Mayo.

Y si a menudo se habla del «sordo ruido de los batallones obreros, de la movilización, del frente, de los combates, de la estrategia y de la táctica de clase, a propósito del 1º de Mayo, no hay que olvidar que esto no hubiera tenido lugar sin la fe en un porvenir mejor, sin la fe en el socialismo. Aquí tocamos –quírase o no– el carácter religioso del socialismo, que un hombre como Antonio Labriola –impregnado sin embargo de «materialismo histórico»– ha reconocido formalmente. Por lo demás, mucho antes del diputado socialista francés Francis de Pressensé, que declaraba haber encontrado el máximo de religión en el socialismo, tal como él lo comprendía, el diputado al Reichstag Jean Most –futuro anarquista– declaraba el 6 de febrero de 1875:

Mi religión es el socialismo; sólo en él encuentro la verdad, la moral, la justicia y la fraternidad.

Como la bandera roja y como la Internacional, el 1º de Mayo deriva del socialismo en cuanto fenómeno religioso que interviene de manera concreta en las condiciones sociales de la época moderna. Y hay que esperar que inspirándose en trabajos más modernos que los de Gustave Le Bon, en especial sacando partido de las observaciones de Serge Chajotin y de Philippe de Félice, se estudie objetivamente el socialismo desde este punto de vista, como se ha comenzado a estudiar la religión revolucionaria.

La historia del 1º de Mayo no es más que una consagración, un constante testimonio de la fe en el socialismo, de una fe que se expande y reverdece todos los años, como los árboles de los huertos.

Desde muy temprano los dirigentes socialistas reconocieron la importancia del 1º de Mayo visto desde este ángulo. Así Víctor Adler declaró en Berlín, en 1892, que mientras reinara el orden capitalista habría siempre en el hecho de sentirse ligado a todos los proletarios en el mismo momento y en torno a la misma idea un sentimiento mucho más profundo y revolucionario que el que nace de la sola defensa de los intereses obreros. Y agregó que no había que subestimar los elementos religiosos que están en la base de este sentimiento, en su acción de levadura sobre las masas. Por otra parte, al año siguiente, hablando de la fórmula de los «Tres Ochos», Émile Vandervelde decía:

La fórmula de los «Tres Ochos» no significa sólo menor

fatiga y mejor salario; adquiere, gracias a los resultados que se pueden esperar, una significación moral, casi diríamos religiosa.

Y el líder belga, continuando su observación, enuncia que lo que da al 1º de Mayo «un carácter de grandeza incomparable» es que cientos de miles de proletarios se levantan a la misma hora «para afirmar la misma fe». Ve en ello «una renovación del milagro de Pentecostés», porque quince pueblos diversos llegan a comprenderse «a favor de este nuevo Espíritu Santo, el socialismo».

Esa alusión al Pentecostés es significativa. Otros han comparado el 1º de Mayo con la Pascua o con el Viernes Santo. Hemos citado ya las palabras del líder italiano Andrea Costa. En 1894 Adrien Véber veía en la «Santa Federación del Trabajo» no sólo una «Pascua obrera» en que el pueblo comulga en nombre de la fraternidad internacional, sino también «la Navidad del colectivismo». Más cerca de nosotros, un militante sindicalista, Roger Hagnauer, evocando en 1938 los Primeros de Mayo tibios o caídos en el «formalismo oficial», escribe:

¡Y, sin embargo, mantenemos la fecha, la jornada, tan tenaces en nuestra fe como un cristiano que busca en el cielo, el día de Pascua, los signos de la Resurrección de Cristo...!

Él mismo, al año siguiente volvía sobre esta idea y comparaba el 1º de Mayo «a una especie de Viernes Santo obrero». Además, nos confiesa:

¡El 1º de Mayo, fecha ritual! La palabra no nos choca.

Quizá el animal religioso que vive en cada uno de nosotros se estremezca al pronunciar ciertas palabras o al realizar determinados gestos...

Todas estas consideraciones y muchas más que podríamos enumerar son, por así decirlo, confirmadas por Édouard Bernstein, cuyo espíritu crítico no se puede tachar de divagaciones místicas. Escribe sobre el tema:

Si nuestra época fuera aún capaz de crear fiestas populares a imagen de las fiestas religiosas antiguas, yo diría que es necesario que el 1º de Mayo sea una de estas fiestas populares. Y si la palabra religión puede chocar aún, no perjudica a nadie, en la medida en que se trata de una comunión de espíritus con el mundo ideal del socialismo, de una sublimación del aspecto moral del socialismo.

Ejemplos de fervor

En otra obra trataremos del fervor religioso tocantes a la bandera roja. Algunos hechos típicos y textos verdaderamente sugestivos establecen que la Jornada del Trabajo, lo mismo que el Estandarte del Trabajo, han dado lugar a exteriorizaciones y prácticas que no pueden explicarse sino por la fuerza de la emoción religiosa.

Roger Denux (Boeufgras) ha expresado bien esta emoción al relatar un 1º de Mayo en el Luxemburgo. En este día de

primavera, día de cielo, día de escape hacia un mundo nuevo, los proletarios de «la Internacional del sufrimiento», con «dignidad de clase» llevan su pensamiento «al corazón de los tiempos futuros». Por un momento la inmovilidad los gana. La elevación y «el brillo de la mirada» indican «la nobleza y la actividad de su vida interior». El tiempo ya no existe. Son los hombres de un porvenir que ellos no verán jamás.

El 1º de Mayo de 1914, el anarquista Louis Lecoq, encerrado en la prisión central de Clairvaux (Aube), planta un abeto. Este acto que puede parecer pueril toma ese día una significación simbólica muy neta. Y aún más. Hay que ver en él una reminiscencia de las prácticas de la Revolución Francesa relativas a los árboles de la Libertad, de la Fraternidad, la Paz, la Igualdad, la Razón, la Reunión, etcétera. Debemos notar aquí –extraña coincidencia– que el padre Grégoire, buscando los antecedentes de los árboles de la Libertad, se ve llevado a ocuparse de los árboles del 1º de Mayo, y a señalar que en las riberas del Delaware los *mays* o *may-poles* habían entrado en el dominio cívico, ya que se habían convertido en el punto de reunión de los ciudadanos.

De lo individual pasemos a lo colectivo; de Francia pasemos a Rumanía; de 1914 a 1926. Estamos en la prisión de Jilava, bajo un régimen de terror fascista. Los combatientes obreros, reducidos a la categoría de bestias, hacen huelga de hambre en un alarde de voluntad. Se les concede celebrar a su gusto el 1º de Mayo. Entonces, en esta cárcel se elevan los cantos revolucionarios y se realiza un mitin en el patio. Los oradores truenan contra el capitalismo y dan la significación del 1º de Mayo. Se vota una orden del día y, finalmente, la *Internacional*

sale de las tumbas. Así, a pesar de la persecución eventual, a despecho de la degradación, del embrutecimiento, del decaimiento físico y de la terrible incertidumbre del mañana, se desarrolla en un despertar admirable de una fe persistente un 1º de Mayo que sumerge las almas en pasajera embriaguez, antes que los pobres cuerpos regresen a los calabozos. Esta superación de sí mismo provocada por el 1º de Mayo en plena pesadilla ¿no postula acaso un extraordinario sentimiento religioso?

Volvemos a encontrarlo en un volante distribuido a los obreros de Charleroi con ocasión del 1º de Mayo de 1898. Ahora bien, este documento que compromete la responsabilidad de diputados y militantes socialistas conocidos no es, hablando con propiedad, un *factum* político. En él se desprende de la primera a la última palabra un pensamiento ético y, hay que decirlo, religioso, que conmueve. Por lo demás, se coloca junto a la divisa de Marx: «Proletarios de todos los países, uníos», bajo el signo de la palabra de Jesús: «Amaos los unos a los otros.» El exordio sobre la naturaleza que aparece más deslumbrante en este día «de fiesta y de primavera» pide al pueblo que se llene de esperanzas y se prepare para la vida nueva. He aquí los consejos que se dan a este respecto:

Oh pueblo, toma conciencia de tus derechos y de tus deberes. Sé fraternal y bueno; declárate solidario de las alegrías y dolores de los otros. No busques tu felicidad sino en la felicidad general. Respeta en todas partes la debilidad y el sufrimiento... Todos los días hay que ser socialista: la fe nueva será propagada mejor por los actos cotidianos que por los discursos. Cuida de tu dignidad; desconfía de las

bebidas que embriagan y de las pasiones que envilecen. Desprecia la opaca resignación de los agotados y los cobardes. Que el fecundo espíritu de rebeldía te posea y el odio vigoroso hacia las cosas malas (pero no hacia los hombres que las conservan) inflame tu orgulloso valor.

Gloria al laborioso, pues, el trabajo honra y reconforta. ¡Es santo! Pero el exceso de trabajo es maldito: embrutece y deprime. Queremos la jornada de ocho horas para que, después de ocho horas de descanso, otras ocho horas de cada día puedas vivirlas con los tuyos, distraerte e instruirte. Instrúyete... Bebe en las fuentes de la ciencia y del arte; entonces serás lo bastante poderoso para realizar la justicia. Haz el inventario de las ideas y de las religiones: las encontrarás múltiples y contradictorias y serás tolerante para con toda convicción sincera. Tus hermanos son no sólo los hombres de tu país, sino los del universo entero. Pronto se desvanecerán las fronteras; pronto vendrá el fin de las guerras y de los ejércitos. Cada vez que practiques las virtudes socialistas de solidaridad y amor acercarás este porvenir ya próximo; y en la paz y la alegría surgirá el mundo en que, mejor comprendido el deber social de todos por el desarrollo total de cada uno, triunfará el socialismo.

Nos sentimos tentados de decir «¡amén!» después de la lectura de esta pieza, emparentada con innumerables plegarias de la religión revolucionaria de 1790–1794, y como ellas, denota un estado de espíritu que no engaña.

Posición de los cristianos hasta Vichy

Otra plegaria escrita con ocasión del 1º de Mayo de 1920 llama nuestra atención. Emana del pastor Elie Gounelle, uno de los apóstoles del protestantismo social, director de la revista «Le Christianisme social».

Esta plegaria, aun reconociendo como fundada la defensa de los intereses de clase del proletariado, e incluso sosteniendo con comprensión y ardor las necesidades de la población obrera, lleva el sello de un mundo espiritual que tiene sus raíces fuera del movimiento proletario. Porque, en fin, ante la indigencia de su Iglesia frente al problema social, el autor apela a la justicia del Señor. Ahora bien, el movimiento proletario moderno proclama que «la emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos» y, en efecto, la jornada del 1º de Mayo surgida de las entrañas de la clase obrera demuestra precisamente que ninguna fuerza –por grande que sea– que no venga de los trabajadores, es capaz de liberarlos. Sin embargo, esta plegaria, pese a que emana de un medio confesional y aun por el hecho de provenir de tal medio, constituye una prueba más que suficiente de la fuerza de las emociones religiosas suscitadas por el 1º de Mayo.

En Francia, la iglesia católica y, por consiguiente, las agrupaciones creadas o inspiradas por ella, hasta los católicos sociales, han dado pruebas durante más de medio siglo no sólo de incompreensión, sino de hostilidad al 1º de Mayo.

De una carta del segundo presidente del Sindicato Mixto de

Roubaix al bien conocido industrial cristiano Léon Harmel, fechada el 3 de julio de 1891 –dos meses después de la masacre de Fourmies–, resulta que los obreros de la agrupación «han resistido a la tormenta del 1º de Mayo» y que «N. D. [Notre Dame] de la fábrica ha dominado a los agitadores socialistas». La carta agrega:

En la fábrica de M. Hendryckx y en la mía, todos los obreros han trabajado sin formular la menor demanda. En otras, han trabajado al menos los cofrades, en tanto que en las fábricas no sindicadas [al sindicato mixto] el paro ha sido casi general.

El 1º de Mayo de 1896, en las fábricas «controladas» por este sindicato mixto no se contó más que un trece por ciento de huelguistas y un nueve por ciento al año siguiente, mientras que la media general se elevaba a 70%. En agosto de 1896, el sindicato mixto de Fourmies, cuyo capellán era el padre Margerin, opuso al 1º de Mayo una fiesta sindical el día de San Luis.

En general, las publicaciones de la Action Populaire y los cursos de las Semaines sociales evitan abordar la cuestión del 1º de Mayo, lo mismo que los manifiestos del movimiento de los amarillos, sostenido entonces por la Iglesia, como lo prueban documentos incontestables.

Sin embargo, el obrero tipógrafo amarillo Gautherot, al aproximarse el 1º de Mayo de 1906 se levanta contra la idea del 1º de Mayo «símbolo de la Fiesta del Trabajo» y denuncia como una «trampa política» la campaña de la CGT en favor de las ocho

horas. Por su parte, Pierre Biétry, líder de los amarillos, se opone a la ley sobre la reducción progresiva de las horas de trabajo como contraria a la vez a los intereses de la industria y a los intereses de los trabajadores.

Cuando se creó en París la Confederación de Sindicatos Cristianos (CFTC), el 1 y 2 de noviembre de 1919, y la Confederación Internacional de los mismos sindicatos en La Haya, del 15 al 19 de junio de 1920, no se trata del 1º de Mayo en los estatutos respectivos de dichas organizaciones. Por lo demás, no parece que la actitud de la democracia cristiana de los diversos países haya sido uniforme.

Sea o no con un objetivo táctico, el hecho es que en Italia, por ejemplo, en esta época los «sindicatos blancos» –como se les llamaba– festejaban el 1º de Mayo, y hacen lo mismo hoy, después de la escisión en la CGT italiana.

En Francia, en abril de 1920 fue un diputado demócrata cristiano de Saboya, Léger, como informante de la Comisión del Trabajo quien se encargó de hacer rechazar la propuesta de ley tendente a hacer declarar el 1º de Mayo «Fiesta legal de los trabajadores».

Es verdad que reserva el fondo, pero se opone a toda discusión inmediata. En 1936, los sindicatos cristianos franceses seguían sin apoyar al 1º de Mayo y, así como se habían opuesto a la huelga antifascista del 12 de febrero de 1934, persistían desde 1921 en elegir el día de la Ascensión como Fiesta del Trabajo.

La reciente adhesión

La ocupación alemana y el régimen de Vichy señalan un giro respecto al 1º de Mayo para la Iglesia de Francia, que se adhiere unánimemente a la fiesta decretada por Pétain.

El 1º de Mayo de 1941, en Notre Dame de París una ceremonia resucita –dice el comunicado oficial– «las viejas costumbres de los gremios franceses». Un simple banco de carpintero recubierto de herramientas profesionales sirve de altar y dos garlopas hacen las veces de candeleras. Cada una de las provincias ha enviado un don representativo de sus especialidades. Suhard, arzobispo de París celebra sobre este altar la misa de los oficios. En la nave mayor se lleva a cabo una procesión con los estandartes de las corporaciones. El número de asistentes se estima en 4.000. Pero hay que reconocer que en general los periódicos gustaron poco de esta ceremonia.

Hubo ceremonias similares en toda Francia hasta la Liberación. El cardenal Suhard había comprometido a los curas de la diócesis de París a celebrar una misa y a los fieles «a hacer del 1º de Mayo una jornada de plegarias, en unión con el jefe del Estado, por todos los trabajadores y por la unión de todos los franceses».

No obstante, desde noviembre de 1940 tres líderes de la CFTC: G. Tessier, M. Bouladoux y J. Zirnheld, habían firmado con los representantes de las dos grandes tendencias de la CGT un manifiesto clandestino de espíritu antipetainista. No se trataba del 1º de Mayo, como tampoco en el proyecto de noviembre de

1943 del Comité de Unión de las Organizaciones Sindicales Cristianas. Pero el tono general de estos documentos indica que la CFTC también ha dado un viraje y que, sino se adhiere al 1º de Mayo de las organizaciones de clase, tampoco se propone ya participar en el 1º de Mayo de Vichy. Esta posición explica, en gran medida, la actitud posterior.

Así, el 1º de Mayo de 1945, pretextando que la CGT llama a los trabajadores a protestar «contra la gravedad de la ofensiva llevada contra el laicismo y la escuela pública», la CFT no se adhiere al gran cortejo y organiza su propia manifestación. Y desde entonces hasta ahora hará lo mismo cada 1º de Mayo.

¿Qué espíritu anima estas manifestaciones? A falta de textos precisos que emanen de la central cristiana, los discursos y artículos de sus principales líderes nos dan indicaciones al respecto.

G. Tessier acude al tema de la alegría de la primavera correspondiente a la esperanza de los corazones. J. Mo-rienvil, que ve en el 1º de Mayo «el Cuarto Estado que se levanta» y proclama que la clase obrera «no gusta de las maniobras hábiles», recoge casi sin reservas la tradición histórica del 1º de Mayo. También lo hace G. Esperet, que ve en la jornada la «fiesta de los militantes» que han trabajado en la liberación de los obreros y evoca a estos «luchadores infatigables, cuyas vidas jalonan la historia obrera». En fin, uno de los editoriales sobre el 1º de Mayo, «símbolo de la lucha obrera», subraya que las reivindicaciones de la CFTC, están «en la línea de aquellas que los trabajadores defienden desde hace sesenta años y por las cuales se manifestaron tan a menudo el 1º de Mayo».

Es más que la adhesión, es la anexión. Más aún, Maurice Boudoux, para el 1º de Mayo de 1946 se permite dar lecciones de «purismo» a los líderes de la CGT.

No dejemos que se desluzca la significación del 1º de Mayo. Sean cuales fueren las necesidades políticas y económicas de la hora... debemos afirmar, hoy más que nunca, el carácter reivindicativo del 1º de Mayo...

En tanto que ciertos camaradas quieren hacer del 1º de Mayo la fiesta de la producción, recordaremos aquí que esta fiesta es tradicionalmente la del trabajo y de la liberación del trabajador, y que debe dar una ocasión de precisar y renovar las reivindicaciones obreras...

Por nosotros y para nosotros, el 1º de Mayo será la verdadera Fiesta del Trabajo.

Un hecho que ilustra mejor que cualquier otro la adhesión de los sindicatos cristianos es la conmemoración común del trágico aniversario de Fourmies que se realizó el 1º de Mayo de 1951, a los sesenta años y en el mismo lugar del crimen. Los responsables sindicales de las uniones locales, CGT y CFTC, con los dirigentes locales del Movimiento de Liberación del Pueblo, declararon en esta ocasión, evocando el siniestro 1º de Mayo:

Los mártires caídos ese día por la emancipación de los trabajadores son un símbolo de unión que debe reunir en torno a sus tumbas a toda la clase obrera de Fourmies, por encima de las tendencias.

Sería sin embargo formarse una idea falsa en su conjunto, del

estado de espíritu del movimiento sindical cristiano respecto al 1º de Mayo, fiarse de estos artículos y declaraciones. Otros textos –especialmente los periódicos cristianos de empresas– muestran que el sindicalismo cristiano se adhiere al 1º de Mayo sólo en la medida en que éste se considera como «Fiesta oficial del Trabajo», como una fiesta entre tantas otras, como una jornada que ha «perdido su carácter de lucha civil». Lo mismo la Iglesia, que celebra actualmente en gran escala «misas del trabajo» el 1º de Mayo, invitando a veces a los sindicatos «rojos».

Tales misas se dicen hasta en la catedral de Numea, donde el níquel, metal sagrado, figura en sitio de honor.

Pero no estamos todavía al término de esta adhesión –más bien deberíamos decir cambio de frente– de la Iglesia. Hay «puristas» cristianos, tales como A. Deman, que se levantan ahora contra la manera de hablar del Trabajo, sea profana o sagrada, «que enerva y suena a falso».

En su celo de neófito, Deman rechaza toda celebración «amanerada, irrealista, etérea o truncada», y después de tantos socialistas, se levanta incluso contra el principio de una fiesta del trabajo en tanto que el trabajo no sea transformado, liberado, humanizado.

Por último, Daniel Rops, haciéndose eco de muchos de sus correligionarios, pide mucho más que vagas Misas del Trabajo. Para dar verdadera y plenamente sentido cristiano a la jornada del 1º de Mayo, para hacerla entrar en la liturgia, propone que se instituya, para esta fecha o para el domingo siguiente, una

«Fiesta de Jesús obrero», que una «teología del Trabajo» haría explícita. Sobrepasando los límites y acumulando las contraverdades, llega a escribir:

La Fiesta del Trabajo es, según la historia y conforme a la equidad, una fiesta cristiana: celebrándola, la Iglesia no haría más que recuperar algo suyo.

Por cierto, no sería la primera vez que la Iglesia se sirviera de una fiesta pagana para celebrar con brillo una fiesta cristiana. Nos da esta lección secular y se sabe no sólo que hay siempre acomodos con el cielo, sino que la Iglesia es una potencia sin igual en el arte de las flexibilizaciones. Esta vez iría más lejos. Se apoderaría no positivamente de una fiesta –porqué esto se puede discutir–, sino de una jornada de clase, una jornada revolucionaria que hasta los últimos años ha revestido, fuera de Inglaterra, Holanda, Suiza y Alemania, un carácter anticristiano.

Declinar del 1º de Mayo

Que esto se realice con el hábil designio de tomar hipoteca sobre el porvenir, no habría nada de asombroso en ello, después de la canonización de Tomás Moro, la anexión de Varlin, el marxismo de agua bendita, los pastiches del internacionalismo sindical y de la estructura confederal... ¿Acaso éstos no son hechos que hubieran resultado inconcebibles hace sólo veinte años? Al igual que la adhesión al 1º de Mayo, han sido posibilitados –hay que confesarlo– por la deformación y la

degradación del movimiento obrero, degradación que se ha ido acentuando a medida que el proletariado perdía en profundidad lo que ganaba en extensión.

Hoy asistimos a la paradoja de que el 1º de Mayo, después de haber federado las debilidades obreras para hacer de ellas una fuerza inquietante por su eventual poder, federa ahora las fuerzas obreras llegadas por fin a una incontestable potencia económica y política, para hacer resaltar a plena luz sus debilidades.

Prácticamente, tenga o no reconocimiento legal, el 1º de Mayo tiende en los países más grandes a convertirse en una fiesta vulgar, que se diferencia poco o nada de las otras fiestas del calendario. Sufre la misma evolución que el Labor Day, cuya «significación perdida» fue denunciada por Gompers en 1910 y que hoy celebran por la radio norteamericana los clérigos, los educadores y personajes oficiales, más bien que los oradores de la clase obrera.

En una palabra, el 1º de Mayo ha perdido su carácter original. Se ha convertido en jornada de fraternidad de clases en vez de ser una jornada de lucha de clases. Y aunque conserva teóricamente este último carácter, se le asocian a menudo mascaradas y desfiles militares o paramilitares que prácticamente lo anulan. Todo sucede como si el proletariado, a despecho de los grandes gritos que lanza la parte de la clase obrera que tiene la especialidad de aturdirse, hubiera perdido la confianza en sí mismo, como si no tuviera ya conciencia ni de sus responsabilidades históricas, ni de su potencia, ni de su ideal de emancipación. A este respecto podemos decir que la decadencia

del 1º de Mayo es uno de los signos más notables de la decadencia del movimiento obrero.

No hemos de analizar aquí tal decadencia ni buscar sus múltiples causas. Pero, en lo que atañe al 1º de Mayo en los grandes países de Europa, convengamos en que la conquista de las ocho horas, sin constituir un factor dominante, ha desempeñado un papel nada despreciable al «disminuir el ejército de los descontentos».

La expresión es de Albert Goullé, quien veía en la jornada de ocho horas una «reivindicación anodina» y «el menor de los artículos del programa mínimo», desproporcionado a «la grandeza del esfuerzo». Consideraba como «pura ingenuidad» la creencia en semejante «concesión» por el capitalismo todopoderoso. Pero otro blanquista, Henri Place, veía muy bien que esta «limosna» caería en las escudillas obreras, vistos los progresos de la ciencia y el maquinismo, por poco que la conciencia y la acción de clases se desarrollaran. Y agregaba:

Entonces no serían ya ocho horas lo que tendríamos que penar, que sudar la riqueza. Estas ocho horas que hoy se califican de utopía, ¡a qué poco se verían reducidas!

Desde 1894, año en que se escribieron estas líneas, la historia ha decidido. En buena parte, en la parte más evolucionada del globo, se ha logrado la jornada de ocho horas. Y esto, sin que el maquinismo se haya convertido en propiedad colectiva, sin que el capitalismo haya cedido su lugar al socialismo. Así, la sociedad burguesa ha devuelto esta fórmula de los «Tres Ochos» que le fue arrojada como un desafío. La cosa ha sido posible, a pesar

de las previsiones de ciertos revolucionarios, debido a la concentración y al desarrollo inauditos de los medios de producción y de cambio, de un mejor equipamiento técnico y del acrecentamiento de la productividad, todo lo cual permite un margen de concesiones sin que el principio mismo del sistema económico se ponga en tela de juicio.

Pensemos que para cosechar un área de trigo se tardaba una hora con una hoz en 1800, 15 minutos con una guadaña en 1850, 2 minutos con una cortadora-gavilladora en 1900, 40 segundos con una cortadora-gavilladora con tractor en 1920, 35 segundos con una cosechadora-trilladora en 1950. De manera que un quintal, que exigía tres horas de trabajo, no pide ahora más que diez minutos.

Esta penetración de la máquina cada vez más perfeccionada en los cuadros ya pasados de moda de Millet, basta para mostrarnos, tomando como ejemplo sólo el dominio de la agricultura, que el problema de la duración del trabajo ya no se plantea hoy en los mismos términos en que lo planteaban los pioneros del 1º de Mayo.

Más aún, gracias a los sistemas de racionalización de la producción el patronato industrial ha llegado a explotar de manera mucho más intensiva al trabajador sin prolongar su presencia en la fábrica y aun abreviándola. Y como el desgaste por la intensidad del trabajo no se mide sino a largo plazo, al cabo de años, y muy difícilmente, en tanto que la medida por la cantidad de horas se registra fácilmente cada día, esta forma acrecentada de explotación conmueve menos la conciencia obrera y el espíritu público.

La jornada de ocho horas, que Clara Zetkin en su tiempo rehusaba considerar justamente como «una inocente reivindicación», no tiene ya el alcance revolucionario que junto con ella le atribuían los otros líderes del movimiento obrero. Esto se debe en parte al hecho de que hemos entrado en la era del automatismo, y en parte a la pobreza de las organizaciones obreras. De todos modos, la conquista de las ocho horas no se ha traducido en los resultados revolucionarios que se daban por descontados. No ha dado al proletariado ni «el juego necesario para temprar sus fuerzas en vista de la última guerra santa», predicho por Clara Zetkin, ni la «liberación intelectual» con que soñaba Vandervelde.

En todo caso, no se puede negar que habiéndose conseguido en muchos países el objetivo principal asignado al 1º de Mayo durante largos años, la jornada obrera ha sufrido por ello un serio contragolpe.

Sin embargo, esta explicación aparentemente seductora sólo se puede ofrecer a título parcial y no es en ningún caso determinante cuando se analizan las causas del declive del 1º de Mayo. Porque en el fondo de esta gran aventura humana se encuentran, reflexionando bien, todos los ideales del socialismo, lo que representa un margen infinito.

Uno se siente más bien tentado de dar la prioridad, a pesar de su origen reciente, a un envejecimiento del movimiento obrero que acarrea cierta decrepitud de sus símbolos. Además, como en la vida de las especies y de las civilizaciones, ¿no se debe pensar que intervenga una evolución regresiva, una especie de evolución al revés?

Más de sesenta años de epopeya

Sean cuales fueren las explicaciones que se den, la declinación del 1º de Mayo sigue siendo un hecho que se desprende del fresco viviente en que a lo largo de sesenta años se animaron en todas partes del mundo los innumerables cortejos de trabajadores.

Los hemos seguido de año en año en su unidad profunda y también en su diversidad, en su variedad, en lo que podríamos llamar su polimorfismo, porque ninguna de estas grandes jornadas se parece verdaderamente a otra. Como una persona viva, cada una tiene su fisonomía, su comportamiento particular. Junto a los colores generales del socialismo lleva los colores del tiempo y del lugar. Se inserta en el cuadro de la acción obrera, de la cual constituye una repercusión pasional y, según las circunstancias, pone el acento en una gran reivindicación, una gran conquista o un gran peligro. En este aspecto, el 1º de Mayo es como un fiel espejo donde se refleja –y donde se deforma también, por desgracia– la cuestión social. Por su intensidad o por su distorsión revela, mucho más que las decisiones de los congresos, los artículos de periódicos o los votos de asambleas generales, la temperatura siempre cambiante del proletariado.

Al releer este apasionante relato, al ver desfilar las escenas de esta película impresionante, se mide cuánto lugar tiene la epopeya del 1º de Mayo en la historia social y en la evolución del movimiento obrero.

El primer 1º de Mayo en 1886 en los Estados Unidos es solamente nacional, pero ya es el límite de utopías, experiencias y combates en escala internacional, puesto que lleva muy fuerte el sello de los esfuerzos realizados en las antípodas: en Inglaterra y en Australia. Debuta bajo el signo de las ocho horas y de la acción directa puramente obrera y recibe el bautismo de sangre en Chicago, para saldarse con un apreciable resultado en la limitación de las horas de trabajo.

De América pasamos en 1889 a Francia, donde –según una pintoresca expresión– el 1º de Mayo tiene lugar en febrero. Esta manifestación dirigida hacia un objeto legal, por presión sobre los poderes públicos, anuncia con su ejemplo el advenimiento del 1º de Mayo internacional, ese hecho grande y decisivo, punto de convergencia de las líneas de fuerza provenientes de los países ya citados, a los cuales hay que agregar Bélgica y Suecia en primer lugar. Estas líneas de fuerza concluyen en la célebre resolución del Congreso Internacional de París, el 21 de julio de 1889.

El 1º de Mayo de 1890 inaugura la larga serie de los Primeros de Mayo simultáneos, sincronizados, impregnados de espíritu socialista y dirigidos por la Internacional obrera en todos los países del mundo.

La conquista de las ocho horas en el plano parlamentario primero, casi exclusivamente, luego el mantenimiento de la paz entre los pueblos con esta reforma, constituyen su objetivo principal. Desde entonces, cada año y con un acuerdo notable de trabajadores, en gran número, fieles al llamamiento de sus organizaciones de clase se liberan durante un día entero de las

servidumbres capitalistas y se ponen más o menos a soñar en el porvenir que liberará su voluntad.

La fiesta del trabajo, presentida por tantos pensadores, iniciada en Australia el 21 de abril de 1857, y más tarde en América el 5 de septiembre de 1882 por los trabajadores mismos, se injerta más o menos en la jornada reivindicativa.

El 1º de Mayo de 1891 hay un nuevo bautismo de sangre en Francia –el de Fourmies–.

Su resonancia es considerable y la Iglesia toma posición públicamente sobre la cuestión social. De 1892 a 1905, serie negra: la manifestación del 1º de Mayo conoce el fracaso, provocando una crisis tal de desafección, que los militantes ponen en tela de juicio el principio de la jornada.

La curva de la manifestación, después de una preparación ardiente y metódica de la CGT, remonta bruscamente en Francia el año 1906, sacudiendo a la burguesía de este país con el pánico y dando al movimiento directo por las ocho horas, renovado en América, una amplitud jamás lograda en la tierra natal de los Varlin y de los Pelloutier.

Pero los años siguientes, a pesar de sus esfuerzos, la CGT no puede reeditar este 1º de Mayo de excepción. Ya no hay atmósfera para él. Preciosa enseñanza que nos demuestra que no se crea a voluntad una psicología de lucha proletaria y que, con mayor razón, todos los artificios son vanos en el dominio de la guerra social.

Hasta la guerra de 1914–1918, los Primeros de Mayo se

arrastran con altibajos –sobre todo bajos–, lo que arranca a un viejo militante que hace poco echaba una mirada retrospectiva, esta confesión libre de artificios:

Ahora se puede decir bien que la suma de los segundos fue superior a la de los primeros.

Sin embargo, como en el horizonte se acumulan las pavesas que pondrán fuego al mundo, el proletariado asigna un potente índice antiguerrero a su jornada de recogimiento y de combate. Cuando el gobierno le permite desarrollar libremente su ritmo, por regla general el 1º de Mayo transcurre en calma, sea el que sea el espíritu de lucha de las masas. Por el contrario, cuando la aterrorizada burguesía apela al socorro de sus fuerzas de coerción y de corrupción, es ella la que contribuye a dar a la jornada su verdadero carácter revolucionario.

Los Primeros de Mayo de la Primera Guerra Mundial, sobre todo en los países beligerantes, son lamentables. Pero jamás los militantes irreductibles y las agrupaciones que permanecen firmes en el terreno de la lucha de clases lo dejan en barbecho. Queda una chispa de fe que anuncia el regreso de las llamas. Poco a poco, a pesar del estado de sitio, la censura y la corrupción del movimiento obrero, la curva remonta para llegar, con la Revolución Rusa, al formidable 1º de Mayo de 1917.

Después de la derrota de los imperios centrales y de que tantos tronos «cayeran como hojas muertas», el proletariado, más potente que nunca, arranca por fin la ley de ocho horas y un comienzo de legislación internacional del trabajo a los gobernantes de los grandes países. En Francia se realizan en

1919 y 1920 Primeros de Mayo excepcionales, en tanto que en Asia y en las regiones más lejanas, las capas hasta entonces retrógradas participan en la demostración anual. Pero, con los tiempos sombríos de la doble escisión política y sindical, y luego con la aparición del fascismo, la serie de los Primeros de Mayo señala un desesperante retroceso. El proletariado, sin embargo, ocupa el poder en diversos países y por primera vez –aparte de Rusia– los gobiernos obreros son mencionados en los llamamientos que invitan a la clase obrera a la cita.

Del llamamiento de la CGT, para el 1º de Mayo de 1925 se puede sacar esta frase, de un derrotismo terrible en su laconismo:

Hoy, esta manifestación no tiene más que la fuerza del recuerdo.

Sin embargo, no todo se ha perdido. La tradición permanece tan viva que la casi totalidad de los jefes fascistas se esfuerzan por apropiársela torciendo su sentido. Transforman los Primeros de Mayo en «servicios obligatorios» y concentraciones militares en que los proletarios, vencidos, desfilan bajo el ojo de sus amos y no celebran en el fondo más que su encadenamiento. Aún los vemos así, y es un triste homenaje que el totalitarismo rinde al socialismo.

La tradición de los verdaderos Primeros de Mayo está tan poco perdida que en pleno auge de las saturnales de Hitler –en 1936 y 1937– se desarrollan en Francia bajo el signo del Frente Popular poderosas manifestaciones, imponentes por el número, hasta el punto de que las cifras pierden sus derechos. Pero no

tienen porvenir, porque la guerra aún amenaza. Y asistimos en Francia a estos Primeros de Mayo «tricolores» de 1938–1939, haciendo juego con los desfiles militares de numerosos países de Europa y con los cañonazos que conforme al uso truenan ese día en Haití.

Llegamos a los Primeros de Mayo de la última carnicería, de la ocupación y de Vichy, cuya cruel evocación nos hace experimentar gran malestar y una especie de vértigo. La jornada se halla hasta tal punto deslucida, manchada, rociada de agua bendita y templada en una *Marsellesa* que suena a falso, que muchos consideran que ya no se levantará más. Pero, ¡vamos!, desaparecidas las nubes negras tras la caída de Mussolini, Hitler y Pétain, se reanuda la serie de los grandes Primeros de Mayo, que reúnen a tanta gente que de nuevo las matemáticas resultan impotentes para enumerar las cohortes que surgen de todas partes, lo mismo que la multitud de simpatizantes que las encuadran. Pronto, con la legislación del paro para el 1º de Mayo, la decadencia del sindicalismo obrero, la degradación de las fuerzas proletarias y las escisiones, se observa una nueva regresión de la jornada del trabajo. La vemos como ahogada en las mascaradas, los desfiles militares o paramilitares, los eslogan y paneles de propaganda, las fiestas del muguete y las misas del trabajo. Y ahí estamos.

Porvenir del 1º de Mayo

No obstante, este doloroso espectáculo no puede hacer

desesperar del porvenir del 1º de Mayo. Sesenta años de existencia durante la cual se devela un destino atestiguan que sus retrocesos han sido sólo pasajeros.

Es que en cada uno de los eclipses de esta epopeya vivida por el alma obrera hay un secreto que no por estar profundamente oculto es menos vivo y que se revela con brillo después de los años de pesadilla. Se cree muerto al 1º de Mayo y está sólo replegado sobre sí mismo.

Por más malherido y deformado que aparezca, el pueblo le guarda su virtud. Ninguna tendencia centrífuga puede volver a poner en cuestión lo que se ha logrado. Deja cimientos tan fuertemente anclados en la conciencia popular, lleva en sí un recuerdo tan alto y una esperanza tan tenaz que conserva, a pesar de todo, su razón de ser.

Se debe reconocer, pues, y afirmar vigorosamente que hay algo de irreductible y permanente en el 1º de Mayo y, en este sentido, se puede decir que es un gran día prometido al porvenir.

Aun suavizado, ¿no está acaso en pie, no ha conquistado derecho de ciudadanía en la sociedad burguesa? Octave Mirbeau lo presentía en 1894, ¡cuando el 1º de Mayo tenía sólo cinco años! Se expresaba en los términos siguientes:

Para el que reflexiona, para quien se atreve a entrever el porvenir, el 1º de Mayo está destinado a convertirse, un año u otro, en una fecha primordial en la evolución de la humanidad.

En esta época, tampoco demasiado brillante para el 1º de Mayo, una fracción de los anarquistas confesaba que no es fácil herirlo de frente:

Para combatirlo eficazmente hay que sustituirlo por alguna otra cosa. ¿Qué? No lo sabemos. Que lo busquen los anarquistas.

Los violentos ataques de que fue objeto entonces en Francia la jornada simbólica de parte de Sébastien Faure cayeron en el vacío. En cuanto a Ives Guyot, al otro lado de la barricada podía intentar desacreditarla haciendo la observación –antes que Charles Maurras– de que el 1º de Mayo es una fecha monárquica, ya que sin saberlo los trabajadores festejan a San Felipe. Pero los periódicos obreros no vieron en esto más que una «pintoresca extravagancia» y una nueva «tartufería» del redactor de «Le Siècle». De la misma manera trataron más tarde al «Saint Philippe» de Pétain.

En su folleto consagrado al 1º de Mayo en 1902, el militante italiano Luigi Bertoni, una de las bellas figuras del anarquismo obrero, hace el balance de doce años de esfuerzo. Concentrando sus síntesis en tres países, considera que si gracias a la acción directa el 1º de Mayo se ha traducido en América en «excelentes resultados prácticos», en Italia y Francia ha arrojado como saldo una decepción. Hace constar que la jornada en la cual la clase obrera había depositado «locas esperanzas» ha «perdido progresivamente toda importancia». Pero, sin pretender lanzar una profecía, piensa que el 1º de Mayo no ha dicho aún su última palabra. Con los elementos moderados el 1º de Mayo «se convertirá en una petición ridícula o una fiesta inoportuna»; con

los revolucionarios podrá ser cada año «un medio excelente de propaganda y de organización». Concluye con estas palabras:

Y como, a pesar de los errores, las mentiras y las ilusiones, la experiencia terminará por convencer a los obreros de todos los países, saludamos desde hoy las luchas valientes y victoriosas del proletariado internacional contra el mundo burgués. El 1º de Mayo será entonces la alegre fiesta del trabajo emancipado en una sociedad libre y feliz.

Por tanto, Bertoni corona su exposición con una nota optimista. Algunos años más tarde, en 1906, pudo verificar con alegría sus predicciones, al asistir a la conquista de las ocho horas; pudo darse cuenta el 1º de Mayo de 1945 de que, a pesar de las caídas y de los disfraces impensables en 1902, la jornada de los trabajadores seguía estando viva.

La verdad es que el 1º de Mayo se halla tan fuertemente arraigado en la conciencia obrera que está como preservado de un descrédito total. A título de contraprueba, toda jornada obrera que de algún modo quiere disputarle el puesto se ve condenada al fracaso.

Se comprobó en 1929, cuando la Internacional comunista y la Internacional sindical roja, conjuntamente, imaginaron otra «jornada roja», un «1º de agosto mundial de manifestación contra la guerra imperialista», el día del 15.º aniversario de la «gran matanza». Pero estuvo lejos de ser un éxito y los años siguientes se debió devolver al depósito de cachivaches del movimiento obrero de «nueva palanca para la movilización de las masas contra la guerra imperialista». Contrariamente a las

previsiones del autor de esas líneas, el 1º de agosto no se ha revelado como una «manifestación de mayor importancia que el 1º de Mayo»; no se ha abierto camino y no ha llegado a pasar a «las tradiciones del proletariado universal».

El 1º de Mayo, pues –a despecho de sus puntos débiles, de su tendencia a manifestaciones estériles, convencionales e infecundas, por una parte, y a manifestaciones ruidosas, espectaculares y sectarias, por otra, así como a deformaciones que, esclerotizándolo, lo alejan de su principio original–, es una de las más nobles aventuras que hayan atravesado nuestra época.

Se puede no creer en la eternidad de las cosas, y hay que convenir en que las formidables devastaciones en perspectiva barrerán muchas instituciones y experiencias. Pero es difícil admitir que en una sociedad en que el Trabajo, siempre indispensable, sea soberano, desaparezca la jornada que le está consagrada. Podrá tomar formas nuevas, y esto será todo, y la savia que la anima se acordará con las exigencias de un cuerpo social en continua transformación.

El pasado enseña el porvenir. El 1º de Mayo, que durante más de sesenta años ha sabido resistir a todas las borrascas y ampliar considerablemente el campo de su actividad, sabrá superarse renovándose.



ACERCA DEL AUTOR

MAURICE DOMMANGET, fue un profesor, sindicalista revolucionario, historiador de la Revolución Francesa y especialista del movimiento obrero.

Se convirtió en secretario del Syndicat des instituteurs de l'Oise en 1919 y se unió al Partido Comunista desde su creación en diciembre de 1920 (Congreso de Tours).

En 1929, dejó el PCF y se convirtió en un comunista opositor (antiestalinista).

Tras la Liberación en 1944, contribuyó a la reconstitución dentro de la Federación de Educación Nacional (ex FGE) de la

tendencia sindicalista revolucionaria, entonces llamada Les Amis de l'École émancipée.

Apegado a la independencia del sindicalismo, Maurice Dommanget también ha apoyado siempre la lucha secular y anticlerical, particularmente dentro de los grupos de librepensadores del Oise.

Especialista de Babeuf, Blanqui y los blanquistas, también fue historiador de símbolos, canciones y banderas. En su despacho, que se convirtió en un verdadero museo Blanqui, Dommanget trabajó hasta su último año en una colección de estudios sobre Jean Jaurès.

Escribió: "Todos los colores del arco iris del socialismo revolucionario incluyendo el anarquismo comunista están más o menos tomados del *Manifiesto de los iguales*" (*Babeuf y la Conjunción de Iguales*).